

Luis Cruz Salas

**LAS IZQUIERDAS
EN LOS OCHENTA**

NOTAS CRÍTICAS

**OMNIA SUNT
COMMUNIA
EDICIONES**

LAS IZQUIERDAS EN LOS OCHENTA

Notas Críticas

Luis Cruz Salas

Se permite y alienta la reproducción total o parcial de este libro por todos los medios posibles.

¡Todo es común!

1ª Edición, invierno 2019.

Tiraje, 200 copias.

Santiago, Región dominada por el Estado chileno.

Edición, notas y correcciones: Grupo "Omnia Sunt Communia".

Antidiseño–Antidiagramación

Luis Cruz Salas

**LAS IZQUIERDAS
EN LOS OCHENTA**

NOTAS CRÍTICAS

ÍNDICE

Presentación	11
Prólogo	13
Recomposición del movimiento obrero y partidos de izquierda Algunas reflexiones	25
Movimiento obrero y partidos populares en Chile 1970-1973	79
La crisis del militantismo	111
La crisis de la izquierda	141
La izquierda renovada ¿Socialdemocracia renovada?	179
Conversación con Luis Cruz Salas	287

Dedicado
a Rosa Juana y a Carmen Dolores,
a Pedro, Juan y Diego y
a todas y todos con los que un día
marchamos por las grandes alamedas
por la dignidad de todos y de todas.

A los Juan y Juanas sin Nombre
que en las protestas de los 80
hicieron de sus luchas
un himno por la libertad.

PRESENTACIÓN

El panorama político de la izquierda en los años '90 (que en cierto modo sigue siendo el nuestro) era absolutamente desolador: un movimiento social diluido, partidos revolucionarios cayendo presa de sus contradicciones, un panorama ideológico donde las nociones de conflicto daban paso a las de consenso, una sociedad en que la resignación se consolaba con una utópica paz perpetua derivada de una renovación del ciclo del capital. En ese oscuro panorama, aparece un texto, probablemente no muy leído en ese entonces, pero que irrumpe como un vislumbre que atraviesa su época para dirigirse a la nuestra: la carta que Luis Cruz Salas le dirige a Luis Vitale, en 1993. El encuentro con este texto significó para nosotros no sólo la lectura de un texto lúcido, sino que sobre todo el encuentro con el autor mismo, y junto con él con el encuentro con todo un universo de reflexiones, organizaciones y acciones de la izquierda chilena posterior al Golpe.

Para quienes formamos parte de *Omnia Sunt Communia*, presentar estos textos de Luis Cruz Salas significa al menos dos cosas: primero, presentar a un pensador lúcido del marxismo, que ofrece herramientas teóricas importantes para elaborar en nuestra época; y segundo, abrir una época, la de la izquierda del período de la Dictadura, cuya historia, quizás aún más que la de la izquierda anterior al Golpe, ha sido terriblemente tergiversada, cuando no por completo borrada. Una izquierda confrontada a su terrible y al mismo tiempo extraña derrota durante la Unidad Popular, que parecía no tener explica-

ciones para lo ocurrido, o que parecía tener demasiadas. Una izquierda que, tal como en el caso de Luis Cruz, se vio confrontada al exilio y al juicio que las distintas organizaciones hacían del proceso chileno, sobre todo en territorio europeo. Del eurocomunismo a la autonomía obrera, todos parecían tener certezas bastante firmes acerca del asunto; para todos parecía obvio lo que había pasado, y parecía obvio lo que había que hacer en consecuencia.

Esa evidencia se presentó también en la izquierda de los '80, confrontada por un movimiento social en ascenso, pero bastante distinto de aquel al que pretendían dirigir hace diez años. Esa evidencia comenzó a presentarse bajo el concepto de "renovación", título cuya peligrosa ambigüedad ya se captaba en esa época, pero cuya disputa no se podía sino dar, si es que quería conservar todavía algún vínculo con el movimiento social, y no resignarse a ser un grupo reducido y apartado dedicado a repartir sus verdades, o una organización que estuviera trabajando (conscientemente o no) para la instauración democrática del régimen impuesto por la Dictadura. Los textos de Luis Cruz Salas no sólo son un testimonio de este proceso, sino que, por, sobre todo, son un intento de reelaboración teórica revolucionaria, no a través de una mera superposición de contenidos y temas supuestamente más "contemporáneos" al marco teórico de la versión hegemónica del marxismo en ese momento, sino de una relectura de sus orígenes, tanto de los textos mismos, como de los movimientos políticos en los que estaban insertos tales textos.

¡OMNIA SUNT COMMUNIA!

Invierno, 2019

PRÓLOGO

Presento en este volumen una recopilación de notas críticas sobre las izquierdas, escritas entre fines de los 70 y mediados de los 80. La intención original de estas *Notas* era presentar a los grupos autónomos chilenos y belgas en los que entonces participaba elementos de reflexión crítica sobre las condiciones de lucha en que se había desenvuelto la acción de nuestra clase y en particular, sobre las prácticas de las izquierdas –de las que de alguna manera hacíamos parte– en sus relaciones con la lucha de clases. Inspirados en lecturas de experiencias anteriores, pretendíamos realizar una crítica exenta de toda veneración supersticiosa por el pasado, sin conjurar en nuestro auxilio ni los grandes nombres ni los espíritus del ayer, invitándonos a nosotros mismos a dejar que los muertos (los que habían dejado de vivir en la esperanza) enterraran a sus propios muertos (Mateo, VIII, 22), buscando nuevas vías –al menos en el terreno discursivo– hacia la emancipación social, hacia la reapropiación por los seres humanos de todas nuestras potencialidades como género humano. Partíamos de una idea vieja de un siglo de que *“la emancipación de la clase trabajadora debe ser obra de las trabajadoras y trabajadores mismos”* (Estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores).

Tanto esas condiciones de lucha como el sujeto social que lucha han experimentado grandes transformaciones. Esperamos que estas *Notas* puedan ayudar a entender dónde estamos hoy en relación a un ayer tal vez no tan lejano, en-

tendimiento en todo caso que abordamos sin nostalgias ni remordimientos de ningún tipo, o tal vez de uno solo: el no haber luchado con más fuerza por lo que considerábamos correcto. Valdría tal vez la pena traer a la memoria a Marc Bloch, uno de los grandes historiadores franceses muerto en los campos de concentración nazis quien decía que para comprender el presente es necesario comprender el pasado y viceversa. Si estas *Notas* no ayudan a comprender el pasado y de esa manera, a comprender el presente (para actuar en él) tal vez sirvan al menos para tener una idea de la representación que de ese pasado tenía un trabajador.

Estas *Notas* fueron escritas durante mi exilio, el que fue tanto un lugar de encuentro entre compañeros y compañeras con distintas experiencias de lucha adquiridas en Chile o en otras latitudes como también la posibilidad de acceder a lecturas de autores y temáticas que no había conocido en Chile. No puedo dejar de señalar que el encuentro que más determinó el contenido de estos escritos fue con el “Grupo de Trabajadores de Bruselas”, constituido fundamentalmente por dirigentes sindicales de base, algunos con experiencia en los Cordones, ex militantes del PS o del FTR (MIR) en su mayoría y uno que otro del PC, organizaciones con las que habían roto sea un poco antes del Golpe, sea después. Salidos de los campos de detención y tortura de la Dictadura, se exilian en Bruselas, Bélgica, donde se constituyen como grupo. La crítica a los partidos, tomados en bloque, era generalizada, planteándose la necesidad de desarrollar la tendencia revolucionaria en el seno del movimiento obrero, cuestión ya desarrollada por Alejandro Alarcón, el único obrero de la lista del Frente de Trabajadores Revolucionarios que llegó al Consejo Directivo Nacional de la CUT en las elecciones nacionales en 1972. Cabe recordar que un poco antes del Golpe un grupo de militantes del MIR, entre ellos, además de Alejandro Alarcón, Sergio Zorrilla y otros, se marginan de esa organización y se

nuclear en torno a la revista “Correo Proletario”, la primera publicación en Chile, a mi conocimiento, en plantear el punto de vista de la autonomía obrera. La manera diferente de plantear las cuestiones esbozada en la revista me abrió un nuevo campo en materia del lenguaje necesario que permitiera dar cuenta de las nuevas perspectivas de análisis.

Señalo desde ya que se trata de notas críticas sobre las izquierdas desde dentro de ella y desde su base. Desde “dentro” de la Izquierda porque en ella crecí y me desarrollé como persona. Desde que comencé a los 16 años ese largo camino en solidaridad con la Revolución Cubana he militado en alguna de sus vertientes. Hablo entonces desde “dentro” de la izquierda, a diferencia de quienes, como el sociólogo, el politólogo, el historiador, pueden hablar desde “fuera”, considerando que su relación al objeto es y debe ser la de un observador exterior: “*los hechos sociales deben ser tratados como cosas*” escribía Durkheim. Es decir, como algo que no me concierne, como un objeto “exterior” frente al cual debo tener una cierta distancia. Pero, en cuanto trabajador y en cuanto la izquierda algo ha tenido que ver con los trabajadores y los trabajadores algo que ver con la izquierda, no puedo ser indiferente frente al “objeto”. La izquierda ha sido y es parte de mí.

Desde la base. Escribo no desde la cúspide dirigente sino como simple militante de base como parte de “los de abajo” (Mariano Azuela). Si, como escribía Maquiavelo, “*para conocer la naturaleza de los príncipes hay que ser del pueblo*”, quien, como el autor de esas líneas a lo más ha ocupado cargos de presidente de un centro de alumnos o de director de un sindicato de base, siendo toda su vida un militante de

1- El material producido por este grupo se encuentra en gran medida aún inédito. Nuestro colectivo se encuentra preparando una edición que recopila su producción teórica para poner esta experiencia en el lugar que le corresponde en la historia de nuestra clase en la región chilena. [N. del E.]

base, puede estar más autorizado para escribir sobre el hacer del Partido-Príncipe que los reyecitos, príncipes, barones y otros elementos que hacen parte de las cúpulas del poder y que sólo ven “desde arriba y desde bien lejos”.

Entiendo por “izquierdas” en la coyuntura de los 80 al conjunto de grupos políticos que se definían no sólo por luchar en contra de la Dictadura Militar, sino que también se declaraban partidarios del cambio social en sus diversos matices. Estas *Notas*, sin embargo, no se preocupan de esas izquierdas en todas sus dimensiones, sino que principalmente de su relación contradictoria con el movimiento obrero a lo largo de un período que se extiende desde los años 60 a los 80 y es esta relación el eje en torno al cual se articula el conjunto de escritos que se presentan aquí.

Los dos primeros textos se centran principalmente en esa relación en el período de la UP y en el período post Golpe. Mientras en la mayoría de los enfoques se insiste en el rol determinante de los partidos para la conformación de una acción de clase, acá, por el contrario, se afirma que la lucha misma de los trabajadores y trabajadoras es el motor del desarrollo social, invirtiendo así el orden de las cosas tal como es presentado. Se intenta dejar en evidencia la génesis de las formas históricas de organización del movimiento obrero, en particular de la forma-Partido, lo que implica entender esas formas como modos de existencia finitos, sujetos al cambio determinado por la misma práctica social misma. Más allá del relato histórico que se detiene en los meros hechos, pretendemos dejar constancia de algunas relaciones, conexiones internas determinantes. Al mismo tiempo hacemos alusión al cómo el fetichismo dominante en la sociedad –el que, siendo producto de la actividad humana, a través de la misma práctica social, termina por transformarse en potencia social que pasa a dominar a los productores– determina también la re-

lación Partido/movimiento social de los trabajadores, apareciendo el primero como lo determinante y el segundo como lo determinado, determinando al mismo tiempo la manera de enfocar esa relación por parte de los estudiosos del tema.

Los dos escritos que siguen tratan de la crisis de la izquierda. El primero intenta describir la crisis del militatismo, percibida no sólo como deserción de la masa militante, sino que además como cambio en los comportamientos de los miembros de los grupos de izquierda (la “pérdida del compromiso”). Una parte está destinada a la crítica de la figura del “revolucionario profesional”. El segundo aborda el tema de la crisis de la izquierda propiamente tal –se tiene como supuesto que es crisis internacional– la que se expresa en el progresivo debilitamiento estructural y funcional de los aparatos tradicionales de la izquierda: los partidos y los sindicatos, los que pese a conservar su forma y figura de antaño, han cambiado su contenido. La crisis es organizacional, ideológica y política, determinada por las profundas transformaciones experimentadas por el capitalismo global y en particular, por el cambio de la composición de la clase trabajadora.

Hablar de “las izquierdas” es reconocer la diversidad de posiciones existentes en su seno, diversidad aumentada a partir del Golpe Militar. No fue el propósito de estos escritos hacer un recuento de esas diversas expresiones, pero a lo largo del desarrollo dos figuras terminaron por perfilarse: la “izquierda burocrática” –y a la cual habíamos dedicado en su momento un par de textos, los que se perdieron en las contingencias del exilio y del retorno– y la “izquierda renovada” a la que consagramos el último de los escritos publicados en este volumen.

Redactados durante mi exilio, en los momentos libres que me quedaban entre un trabajo precario y otro, o, en los meses

de cesantía forzada, estos escritos, salvo uno o dos, tienen la forma de notas, destinadas a ser trabajadas una y otra vez. De ahí la escasa preocupación por el estilo. He intentado efectuar las correcciones posibles de hacer que no implicaran alteraciones al contenido, además de las correcciones ortográficas y tipográficas pertinentes, rogando al lector desplegar su bondad infinita y perdonar todos los pecados cometidos en esta materia.

Cabe, por último, manifestar mi más profundo agradecimiento a “*Omnia Sunt Communia*” por haberme ofrecido la posibilidad de publicar estos escritos que, de otro modo, habrían estado condenados a perecer bajo las inclemencias del olvido.

Los textos y sus fuentes:

–“Recomposición del movimiento obrero y partidos de izquierda. Algunas reflexiones”. En “*Estudios. Revista de Análisis*”, N° 8, Bruselas, octubre–diciembre de 1980.

–“Movimiento obrero y partidos populares en Chile 1970–1973”. Ponencia presentada al Fórum de Estudio sobre América Latina realizado por el *Institut de Sociologie de l’ Université Libre de Bruxelles* en mayo de 1981. Versión en francés en: Cruz, Luis, “*Chili, mouvement ouvrier et partis politiques*”, Bruxelles, “*Estudios*”, 1983.

–“La crisis del militanismo”. Mimeografiado, Halle, julio de 1981.

–“La crisis de la izquierda (Notas de discusión)”, mimeografiado, 1982. La primera versión fue redactada en 1982 para ser discutida en el Comité de Defensa de los Derechos Humanos

y Sindicales (CODEHS) de Bruselas. Sobre la versión corregida y aumentada de 1983 se basa la presente edición.

–“La Izquierda renovada ¿social democracia renovada?”. Mimeo-grafiado, noviembre 1986–marzo 1987. Documento destinado al Encuentro de los Grupos de Renovación por la base, en Bochum, Alemania.

Luis Cruz Salas

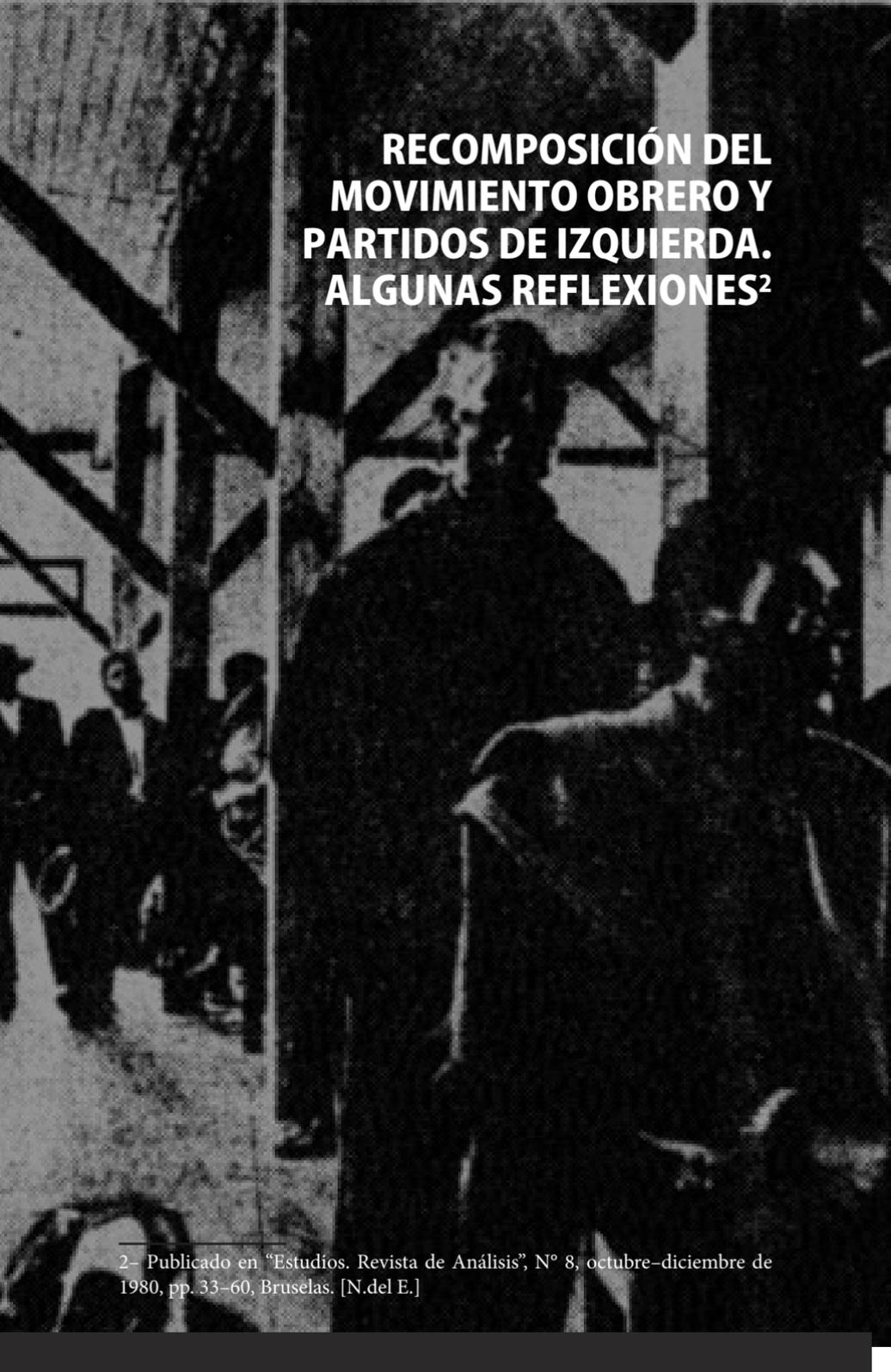
*“(...) la intelección positiva de lo existente
incluye también, al propio tiempo,
la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina (...)”*
Karl Marx, 1873

*“(...) no es en lo alto, en la cumbre de las organizaciones
y de su unión federativa, sino en la base,
entre la masa proletaria organizada,
donde reside la garantía de
la unidad real del movimiento obrero”*
Rosa Luxemburg
Huelga de masas, partido y sindicatos

*“(...) el análisis crítico del pasado del movimiento comunista en que
nos hemos formado y deformado; que nos ha hecho vivir y en el cual
nos hemos desvivido; que ha sido nuestros instrumentos de acción
sobre la realidad y la raíz de nuestra alienación de esa realidad. En
fin de cuentas, no se trata de mesarse los cabellos ni rasgarse las
vestiduras, se trata de plantar las bases de
una nueva lucha por el socialismo”*
Jorge Semprún en La crisis de la
Internacional comunista de Fernando Claudín

*“En los mismos ríos no podrías bañarte dos veces, como dice Heráclito,
pues siguen afluyendo aguas distintas”*
Plutarco





**RECOMPOSICIÓN DEL
MOVIMIENTO OBRERO Y
PARTIDOS DE IZQUIERDA.
ALGUNAS REFLEXIONES²**

2- Publicado en "Estudios. Revista de Análisis", N° 8, octubre-diciembre de 1980, pp. 33-60, Bruselas. [N.del E.]

Poco después de la consumación de la derrota del proletariado alemán en manos del nazismo, el psicoanalista comunista y fundador del movimiento sexual-político Wilhelm Reich, se preguntaba ¿Hay que crear inmediatamente una organización e iniciar una campaña en su favor valiéndose de su programa, o bien hay que dejar primero que la ideología y el programa lo penetren todo y sólo luego llevar a cabo la unión organizadora sobre una base más amplia?

Pregunta similar es la que hoy día se hace lo que queda de movimiento obrero en Chile y, en particular, los sectores que, en su seno, luchan, con enormes dificultades acrecentadas por la Dictadura Militar, por la independencia política e ideológica del proletariado. Es cierto que los términos del problema han cambiado: tanto las experiencias de los respectivos movimientos obreros son diferentes como también es distinta la fase de la lucha de clases en que deben insertar su acción. Pero la pregunta sigue conservando cierta validez.

Todo un conjunto de elementos hace más urgente buscar una respuesta a esta cuestión: Nuevas experiencias de lucha hacen su aparición, constatándose un cierto desplazamiento al campo cultural y a dominios no directamente ligados a la producción –aunque sobredeterminados finalmente por la contradicción entre capitalistas y proletarios– en tanto que surgen nuevas formas organizativas tales como el Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales, el Frente Unitario de Trabajadores, la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, los Comités de Cesantes, Centros Culturales, etc.

El objeto de este artículo, más que entregar una respuesta a la pregunta inicial, es presentar algunas líneas de reflexión a partir de la respuesta práctica que de una u otra manera está dando en el interior mismo de Chile el movimiento obrero. Más que invitar a poner en práctica una teoría cualquiera, se trata de intentar llevar a la teoría la experiencia práctica del movimiento obrero, con todas las limitaciones que la situación impone.

Pero la respuesta que hoy en día el movimiento obrero está dando, está ligada de una u de otra manera a su pasado, a su historia. Y ese pasado y esa historia, en lo que concierne al objeto de este artículo, han estado dominados por la figura del Partido. Este parece ser el artífice del movimiento obrero, su dirigente y conductor, el guía que le ha llevado a obtener grandes victorias y muchas conquistas sociales. Si se acepta esto, habría que aceptar también que le ha llevado a grandes derrotas.

Dos grandes concepciones parecen haber configurado el hacer de los partidos en los últimos cuarenta años: la concepción liberal-parlamentaria y la concepción kautskiano-leninista. Quiérase o no, ellas constituyen un punto obligado de referencia, no sólo porque de una u otra manera, los aparatos partidarios que sustentan estas concepciones siguen y seguirán luchando denodadamente por imponer su “concepción del mundo” y de la lucha de clases, sino también porque en esas concepciones se alimentó también nuestra práctica, en tanto que militantes y en tanto que trabajadores. No se trata aquí de renegar de nuestro pasado y de nuestras luchas, sino que de resituar nuestra experiencia actual en relación a ese pasado y a esas luchas para asumir con más bríos nuestro combate por el socialismo. Es por eso que no tememos el que se nos diga que nos convertiremos en estatuas de sal al mirar hacia atrás: nuestra perspectiva sigue y seguirá siendo

la realización de una sociedad sin clases, sin explotadores ni explotados.

Sobre la tradición liberal–parlamentaria

Aunque de manera no muy explícita, un poco escondida y vergonzosa de sí misma, sigue pesando en sectores de la izquierda chilena la vieja tradición liberal–parlamentaria, legada por la Ilustración y la Revolución Francesa, tradición que, dadas las particularidades que ha asumido la lucha de clases en Chile, se ha continuado reproduciendo en el seno de esa izquierda.

Dentro de esa concepción, el partido es una agrupación voluntaria de hombres unidos por las mismas ideas o por los mismos intereses que buscan la conquista del poder político a fin de realizar un programa previamente diseñado. Fuera del partido se encuentran tanto los miembros de otros partidos como la gran masa electoral cuyo apoyo es necesario obtener para realizar los objetivos partidarios. Esta masa es supuesta políticamente “educada”, con pleno conocimiento de las distintas alternativas programáticas que se le ofrecen y plenamente consciente de sus “deberes y derechos” (aunque en la práctica cotidiana se la presuponga manipulable e ignorante). El movimiento obrero es visto a lo más como fuente de potenciales electores para el Partido. Para asegurar esos votos se recurre, en los casos más extremos, a formas clientelistas, aunque en general no se pide el apoyo explícito de los votantes.

En esta concepción, la política se reduce a la actividad que desarrollan los representantes elegidos en los diferentes niveles: Parlamento, municipalidades, etc. La política es puramente representativa; la actividad de los representados se limita meramente a emitir el voto para elegir a representantes,

que, a su vez, no son responsables frente a sus electores ni son revocables por estos.

El problema para los portadores de esta concepción es que el Congreso Nacional fue cerrado por la Dictadura Militar apenas producido el Golpe, clausurando toda posibilidad de política representativa. La Dictadura Militar designa directamente a todas las autoridades regionales y locales, al mismo tiempo que prohíbe todo tipo de elecciones en organizaciones sociales. En cuanto a elecciones parlamentarias, la Constitución recientemente impuesta contempla su realización sólo a fines de los 80. Frente a esto, la única solución que ve esta corriente es encontrar aliados en otros partidos, formando alianzas espurias con las mismas fuerzas que ayer estuvieron en la base de apoyo del Golpe. El movimiento obrero como cualquiera otra fuerza social sólo les interesa como base social de apoyo, como masa a movilizar ¿El objetivo? Crear condiciones para negociar una solución que posibilite el “retorno a la democracia” y al “sistema representativo” lo que debiera permitirles seguir subsistiendo como “representantes del pueblo”.

Sobre la tradición “kautskiano-leninista”

Esta misma tradición liberal-parlamentaria aparece travestida en “marxista”, con los hábitos monacales de las órdenes leninistas en los partidos que se autocalifican como marxista-leninistas. La política es aquí también actividad de pocos para pocos. Pero, a diferencia de la corriente precedente, el espacio de la política no se reduce al espacio estatal, sino que es toda la sociedad la que se ofrece como campo de acción para el Partido, el que se ve sí mismo como organizador y conductor del conjunto. El Partido es la política y lo político. El resto es lo puramente “social”, lo “económico”, lo no-político. El movimiento obrero no es visto, sino que como mera

masa indiferenciada, apolítica y moldeable por el Partido. Es este el que le da forma a la masa, al darle conducción política.

Las fuentes en las que se inspiran quienes, en el plano nacional, se autodenominan marxistas-leninistas se encuentran en Kautsky, el maestro e inspirador de Lenin.

En 1901, el todavía no “renegado” Kautsky publica su artículo “Akademiker und Proletarier” en la revista de la social-democracia alemana “Neue Zeit” en el que afirma:

“Muchos de nuestros críticos revisionistas consideran que Marx ha afirmado que el desarrollo económico y la lucha de clases, además de crear las condiciones necesarias para la producción socialista, engendran directamente la conciencia de su necesidad. Y esos críticos objetaban que el país de mayor desarrollo capitalista, Inglaterra, es el que está más lejos de esta conciencia. A juzgar por el proyecto, podría creerse que esta sedicente concepción marxista ortodoxa, refutada de la manera indicada, es compartida por la comisión que redactó el programa austriaco. El proyecto dice: ‘Cuando más crece el proletariado con el desarrollo capitalista, tanto más obligado se ve a emprender la lucha contra el capitalismo y tanto más capacitado está para emprenderla. El proletariado llega a adquirir conciencia de que el socialismo es posible y necesario’. En este orden de ideas, la conciencia socialista aparece como el resultado necesario e inmediato de la lucha de clases del proletariado. Eso es falso a todas luces. Por supuesto, el socialismo como doctrina, tiene sus raíces en las relaciones económicas actuales, exactamente igual que la lucha de clases del proletariado; y lo mismo que esta última dimana de la lucha contra la pobreza y la miseria de las masas, pobreza y miseria

que el capitalismo engendra. Pero el socialismo y la lucha de clases surgen juntos, aunque de premisas diferentes; no se derivan el uno de la otra. La conciencia socialista moderna sólo puede surgir de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es premisa de la producción socialista en el mismo grado que, pongamos por caso, la técnica moderna; y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una, ni la otra; ambas surgen del proceso social contemporáneo. Pero el portador de la ciencia no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa [subrayado por C. Kautsky]: es del cerebro de algunos miembros de este sector de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clases del proletariado, allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clases del proletariado y no algo que ha surgido espontáneamente dentro de ella. De acuerdo con esto, ya el viejo programa de Heinfel decía, con toda razón, que es tarea de la socialdemocracia introducir en el proletariado la conciencia (literalmente: llenar al proletariado de ella) de su situación y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases. El nuevo programa, en cambio, ha transcrito esta tesis del viejo programa y la ha prendido a la tesis citada arriba”³.

Estas afirmaciones del “renegado” Kautsky se encarga de completarlas su discípulo Lenin –y esto ya mucho antes que ordenara el aplastamiento de la Comuna de Kronstadt (1921)– afirmando que “los obreros no tenían ni podían tener concien-

3– Lenin, V (1975) *¿Qué hacer?*, en Obras Escogidas en doce tomos. Moscú: Progreso. T. II. P.37.

cia de la oposición inconciliable entre sus intereses y todo el régimen político y social contemporáneo, es decir, no tenían conciencia social-demócrata"⁴ la que "sólo podría ser traída desde afuera" por los intelectuales revolucionarios organizados en el Partido, el que pasa así a representar la ciencia socialista frente a la masa de obreros con simple conciencia "tradeunionista". Así, "sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia"⁵.

Ahora bien, como los portadores de esa ciencia son los intelectuales burgueses, son ellos los que deberán dirigir el Partido de vanguardia, el que sin esa ciencia no puede cumplir su rol de vanguardia. Pero Lenin va más lejos: "sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario"⁶. Así, la condición necesaria del movimiento revolucionario se encuentra en la teoría revolucionaria, elaborada y transportada al movimiento obrero por los intelectuales burgueses, lo que en buenas cuentas significa que el motor fundamental del movimiento revolucionario se encuentra en la teoría revolucionaria, elaborada y transportada al movimiento obrero por los intelectuales burgueses. Es por ello que los obreros espontaneístas tendrán que subordinarse siempre a los intelectuales burgueses, poseedores del saber, organizados en el Partido.

En buenas palabras, como sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario, los trabajadores tienen que esperar que surjan los intelectuales revolucionarios que elaboren las teorías revolucionarias que les señalen el camino correcto a seguir. Y como sería gracias a las ideas revolucionarias que existen los procesos revolucionarios y esas ideas están hoy en día prohibidos en Chile por la Dictadura reaccionaria, a los trabajadores no les queda más que pegarse a la cola de todo

4- Lenin, Op. Cit. P. 27.

5- Lenin, Op. Cit. P. 23.

6- Lenin, Op. Cit. P. 22.

el democratismo burgués tras la consigna de Asamblea Constituyente.

Es cierto que en los períodos revolucionarios los duros y porfiados hechos obligan al Lenin jacobino a retractarse y a reconocer el carácter revolucionario de la actividad de las masas y al contenido socialista de la conciencia que estas desarrollan en las coyunturas revolucionarias gracias a su práctica misma de lucha en contra del látigo y la opresión capitalistas, como se expresa en algunos de los textos sobre la revolución rusa de 1905 o en *El Estado y la Revolución*. Ciertamente es también que no tarda mucho en renegar de sus posiciones revolucionarias, volviendo a sus posturas del *¿Qué Hacer?*

Son estas posiciones las predominantes en su pensamiento y en su acción. Esas posiciones son las que están en la base de la praxis de las organizaciones leninistas. El que sectores del movimiento obrero consideren esa concepción como libro sagrado y que estén dispuestos a llevar sobre sus hombros, como en un altar, a esas organizaciones, está determinado finalmente por la práctica misma de este movimiento y por la necesidad que éste ha tenido, en un momento de su desarrollo, de un partido de ese tipo y de direcciones leninistas.

Esta concepción kautskiano-leninista del partido y de su relación con las masas –concepción desarrollada, por otra parte, por Stalin y por Trotsky, así como por Mao– ha servido para justificar la práctica pasada y presente a todas las burocracias partidarias de la izquierda chilena, desde la neo-revisionista y estalinista burocracia del PC, pasando por la mayoría de las fracciones que se autodefinen como marxistas en el destrozado PS hasta las mini-burocracias trotskistas y/o “maoístas”.

Con lo anterior no se pretende afirmar que son esas concepciones, en tanto cuerpo de ideas, las que determinan la

práctica de las organizaciones partidarias portadoras de esas “teorías”. No son las teorías las que determinan la práctica, la que está determinada por la lucha de clases misma, en su conjunto, en tanto actividad social global, de la cual lo ideológico es sólo una parte, el cemento que cohesiona a las otras partes. Lo que queremos es dejar de manifiesto cómo funciona ese cemento que cohesiona la práctica de las organizaciones partidarias que sustentan una u otra doctrina, sirviéndoles de justificación de su acción frente a sí mismas y frente a los otros. Se trata de mostrar la ideología sistemática que recubre las prácticas de los aparatos partidarios de las burocracias de la izquierda, sirviéndoles de justificativo de su actividad.

Sobre las causas de la derrota del 11 de septiembre

Que esas ideologías sirven de justificación a la acción de esos aparatos, queda aún más claro en los intentos de análisis que hacen para explicar la derrota del 11 de septiembre de 1973.

En una primera aproximación es posible distinguir dos líneas de análisis: la de la “Unidad Popular” y la “revolucionaria”.

Las causas de la derrota de la Unidad Popular

A lo largo de todo el período de gobierno de la UP, un sector se destaca por sus posiciones abiertamente reformistas, sector conformado por el PR, el PC, las fracciones “elena” y socialdemócrata del PS, el MAPU-OC y sectores de los otros partidos.

Para estos sectores, las causas de la derrota se reducen a las siguientes⁷:

7- A fin de evitar citas aburridoras, se invita al lector a remitirse a las publicaciones de esas organizaciones.

1- El movimiento obrero es incapaz de comprender el carácter del gobierno de la UP, puesto que obstaculiza la implementación del programa de éste al continuar con sus luchas reivindicativas en una posición totalmente “economicista”, “anarco-sindicalista” y espontaneísta.

2- Ello imposibilita la concretización de la alianza de la UP con sectores de la burguesía nacional e internacional interesados en el cumplimiento del programa, lo que le resta también el apoyo de la pequeña y mediana burguesía y de los sectores leales y constitucionalistas de las FFAA.

3- Lo que falta entonces es una dirección política única, homogénea y fuertemente centralizada capaz de poner coto a esos desbordes reivindicativos, subordinando la actividad “economicista” del movimiento obrero a la actividad política de los partidos de izquierda.

Como esto último no se logra en el período de la UP y la lección que queda es la necesidad de esa dirección, se propone la creación de un Frente Antifascista que permita reanimar el movimiento “popular”, lo que exige la previa reconstrucción de los partidos.

Sólo una vez reorganizados los partidos y constituido el Frente, el movimiento popular podrá ser revivido. La lucha obrera y popular solo podrá recomenzar cuando los partidos hayan sido reconstruidos. Sin “partido de la clase obrera” no hay lucha obrera. Sin frente antifascista no hay movimiento “popular”.

Las causas de la derrota de los revolucionarios

La otra línea de análisis ha sido elaborada por el otro sector de la burocracia de izquierda que se autocalifica como “revolucionario”, en el que se incluyen las tendencias centristas e izquierdistas del antiguo PS, las Coordinadoras Nacionales de Regionales, el MAPU, sectores de la IC, el MIR, los grupos trotskistas y los de origen “chino”.

Para estos grupos, lo esencial es que la hegemonía del movimiento obrero y popular está en manos de la dirección reformista de la UP y, en particular, del PC. Y si esa dirección ha sido y continúa siendo hegemónica y los “revolucionarios” han sido incapaces hasta el momento de disputársela y finalmente arrebatarla es porque se encuentran dispersos debiendo unirse en un Partido Revolucionario.

La causa esencial de la derrota se encuentra, entonces, en la dirección reformista y, por tanto, en la falta de un Partido Revolucionario. La tarea actual es, entonces, construir ese Partido Revolucionario capaz de dirigir a las masas por el camino revolucionario.

Pero como no basta tan sólo con la “vanguardia revolucionaria” del proletariado, con su “Partido”, “Estado Mayor Revolucionario”, “Dirección Política Revolucionaria” o como se llame, sino que también es necesario que esa dirección tenga alguien a quien dirigir, es preciso reactivar el movimiento de masas. Se llama entonces a constituir Comités de fábrica, Comités de Resistencia o diferentes tipos de organizaciones de base, los que deben constituir el Frente de la Resistencia, el Frente de la Patria, el Frente Revolucionario, o como se llame. Sólo en la medida en que los trabajadores se integren a estos comités podrán “encontrar un puesto en la lucha”. Fuera de la “dirección revolucionaria”, no hay lucha de la clase trabajadora.

Las coincidencias

Tanto en la práctica como en los análisis de los bloques rivales, existen, sin embargo, puntos de coincidencia por sobre las diferencias secundarias:

1- De una u otra manera, ambos sectores se sienten incomprendidos por el movimiento obrero: o éste es “economicista”, culpable luego de la derrota, por no haber seguido las directivas de la UP o es “reformista”, culpable también de la derrota, por no haber seguido los consejos de los “revolucionarios”.

2- En otras palabras, para esos sectores, las masas eran políticamente inmaduras: o incapaces de comprender que el gobierno de la UP es su gobierno, habiendo debido someterse a las decisiones de este o incapaces de comprender las abstractas exquisiteces que les son ofrecidas por los “revolucionarios”, a los que deberían haberles hecho caso.

Si las masas han desarrollado en algo su “conciencia política”, es gracias a los esfuerzos de los partidos (del bloque que lo afirma) y si no la han desarrollado aún más es por culpa de los partidos del otro bloque. De todos modos, las masas se habrían “desbordado”, yendo más allá de lo que querían las direcciones políticas, por tanto, se trata de “desbordes economicistas”. Lección para el futuro: una dirección revolucionaria férrea y monolítica que impida los ímpetus espontaneístas de las masas.

3- Lo principal, en todo caso, es que la clase obrera habría sido derrotada por no haber aceptado ni la dirección de la UP ni la de los “revolucionarios”. De ello se desprende que la clase obrera necesita siempre una dirección política (el Partido),

la que una vez constituida organizará al Frente (cualquiera sea su nombre), el que es condición básica e indispensable para la reconstrucción del movimiento obrero y popular.

En otros términos, tanto para los desheredados herederos de la UP (su ala reformista) como para los “revolucionarios”, para que la clase obrera pueda luchar es necesaria la previa actividad de los partidos políticos de la izquierda. Sin partidos políticos de izquierda no habría actividad política obrera, puesto que el movimiento obrero es incapaz por sí mismo de tener conciencia de los objetivos revolucionarios de su lucha. De aquí entonces que, para estos sectores, lo esencial sea el fortalecer la “Organización” partidaria y redactar el “Programa” como la tarea esencial del momento.

El gran olvidado

Tanto la práctica como la teoría de los partidos de izquierda “olvidan”, sin embargo, a quien fuera el actor principal del gigantesco drama vivido.

Olvidan al movimiento obrero, reniegan de él no solo tres veces, sino todas las veces que sea necesario a fin de no asustar a sus enemigos de ayer. Olvidan entonces, sus raíces, el suelo del cual han extraído durante décadas su fuerza y su potencia, la tierra que les ha permitido florecer y desarrollarse.

Esos partidos reniegan del movimiento obrero cuando son incapaces de verle sino como un simple campo de maniobra, como la infantería siempre dispuesta a seguir sus estópidas órdenes de generales de derrotas, cuando sólo son capaces de percibirle bajo la forma cosificada de arcilla modelable al uso y al abuso del alfarero, del Partido.

De aquí entonces que todos estos análisis y todas las prácticas de las burocracias de izquierda descuiden, como bien lo constataba años atrás la revista “Correo Proletario”: *“el hecho fundamental que el proceso conducente a la creación de los Cordones Industriales dejó entrever en Chile: la capacidad del movimiento obrero para establecer condiciones específicas de lucha, generando con su autoactividad las instancias del combate, su ritmo, así como los medios para desarrollarlo y profundizarlo. Conquistando su independencia de clase como el prerequisite que prepara el terreno para la toma del poder (la ‘toma de conciencia’ de esta realidad debería llevar a la izquierda a tomar otra actitud que la de ofrecedora de programas). Y ese proceso fermentó dentro de las condiciones materiales creadas por la etapa histórica (por la que atravesaba, NDLRE) el capitalismo chileno (y no de ningún otro capitalismo o de otro tipo de antecedentes históricos sobre las relaciones entre las clases). Y esto sucedió sin que existieran programas previos escritos, sin la ayuda de los partidos y, más aún, a pesar de estos en la mayor parte del proceso (lo cual no niega la actividad del militante en dicho movimiento, lo que no es lo mismo que la actividad y la posición del partido frente a la acción de los obreros, frente a ese movimiento: miles de militantes en Chile conocimos el desgarramiento producido entre la actividad política de los trabajadores y la nefasta “línea del Partido” u “¡Orden del Comité Central, compañero!”⁸.*

Crisis revolucionaria y autonomía proletaria

Baste solo recordar sumariamente algunas de esas “condiciones materiales” (en su sentido amplio) que juegan en el proceso de formación de los Cordones Industriales.

8- “Correo Proletario”, N° 4, septiembre de 1976.

1- La integración creciente de la economía chilena (y con ella toda la sociedad) a la cadena monopólica mundial crea problemas nuevos en las relaciones entre las clases y fracciones de clase del bloque dominante, las que se acentúan con la recesión industrial comenzada en 1967 –y compensada sólo por los altos precios del cobre en el mercado internacional– y con la aplicación de la Reforma Agraria del gobierno de la DC. Estos procesos provocan una violenta lucha por la hegemonía en el seno del bloque dominante, determinando su crisis: ninguna fracción de la burguesía es capaz de dirigir con éxito y de organizar al resto del bloque en el poder. Ello se expresa como crisis institucional: baste solo recordar que casi todos los aparatos de Estado, tanto los represivos como los aparatos “ideológicos” se ven conmovidos por la crisis de hegemonía, las FFAA, la Universidad y el conjunto del aparato escolar, la Iglesia, los medios de comunicación de masas, etc.

La crisis se transforma así en crisis del sistema de dominación, en crisis del Estado. El ascenso al gobierno de la UP, el cambio del personal político del Estado que ello conlleva, la detención de la dinámica represiva del aparato de coerción del Estado, los intentos de aplicación del programa de la UP y, principalmente, el aumento de la actividad del movimiento obrero, aceleran ese proceso, transformando la crisis en crisis prerrevolucionaria.

2- El aumento de la fuerza de trabajo en actividad, la concentración de enormes masas de obreros en nuevas ramas de actividad, la ausencia de un verdadero ejército industrial de reserva, en fin todo lo que en otra parte hemos englobado bajo el término de “dimensiones cuantitativas de la fuerza de trabajo”⁹ confieren a la clase obrera un peso social enorme a lo que se agrega la confluencia en el espacio y en el tiempo de las luchas de distintos sectores y fracciones de la clase obrera, todo lo cual otorga a la lucha un carácter nacional y gene-

9- “Estudios”, N° 7, P. 5 y ss.

ral: la lucha obrera asume un carácter abiertamente político¹⁰.

3- La masificación y la radicalización de la lucha obrera y popular rompen los espacios geográficos (marchas por las calles, ocupaciones de fábricas, tomas de terreno, etc.) e institucionales (enfrentamientos con las fuerzas del orden burgués, negociación directa con las más altas autoridades, etc.) habituales.

4- Todos estos procesos conllevan una politización creciente de todas las luchas. Toda lucha económica muestra sus rasgos políticos; toda lucha política muestra su verdadero rostro “económico concentrado”. Todo deviene político, todo deviene económico, todo deviene ideológico. La sociedad comienza así a mostrar su carácter de totalidad estructurada. La separación que la sociedad capitalista mantiene entre “lo económico” y “lo político”, como instancias estancas e independientes la una de la otra, comienza a esfumarse en las luchas cotidianas entre las clases.

5- Es en este marco, en que la lucha del movimiento obrero empieza a superar sus aparatos tradicionales de lucha y, particularmente, a los partidos “obreros”.

Sobre el origen de los partidos “obreros”

La proposición anterior obliga necesariamente a detenerse en la cuestión del origen de los partidos “obreros”, problema que es distinto al de los comienzos históricos de estos.

Los partidos surgen como expresión de la parcelación de la vida social, en condiciones en que una parte de la sociedad se ocupa de “lo económico” y otra de “lo político”. En estas condiciones, el movimiento obrero no puede, sino que opo-

10- En los términos del *Manifiesto Comunista*, como realización de la tendencia a la centralización de las luchas.

ner a los “representantes políticos y literarios” de las clases dominantes sus “profesionales de la revolución”, cuya única misión es la de ocuparse de los asuntos del movimiento obrero y de la representación de sus intereses.

Los obreros, explotados, oprimidos, reprimidos y subordinados, no pueden sino delegar su potencia política e ideológica en sus representantes, los que son reclutados, sea promoviéndolos de entre las filas obreras sea aceptando a aquellos que provienen de la descomposición de otras clases sociales.

Los partidos surgen de la disgregación y de la atomización de los obreros en el seno de la sociedad capitalista y en el seno de la fábrica, de la escisión entre su calidad de “ciudadano” y su calidad de “productor”, o, mejor dicho, de su calidad de obrero, de explotado. Los partidos resultan de la parcelación de la vida individual de los obreros.

En una sociedad en que todo tiende a transformarse en fetiche, los partidos creados por los obreros para que asuman la defensa de sus intereses y su representación pasan a convertirse en “objetos físicamente metafísicos” para retomar la expresión de Marx. Los partidos “obreros”, creación de los trabajadores mismos, comienzan a proyectar frente a estos el carácter eminentemente social de su actividad partidaria como si esta fuese un don natural propio del partido, como si el origen de su fuerza estuviera en el partido mismo y no en el movimiento obrero que le dio vida. Todo ocurre como si la relación social que media entre los trabajadores y los partidos por ellos creados, fuera una relación inversa a lo que realmente ha ocurrido, como si los partidos hubieran creado el movimiento obrero. Las relaciones que los partidos establecen entre sí pasan a ser relaciones puramente políticas, al margen de las clases sociales que ellos dicen representar. De

esta manera, así como en la política estaría el principio y el fin de todo lo que existe en la sociedad, en el Partido obrero estaría el principio y el fin de la actividad política del proletariado: este no existe políticamente sin el Partido.

Esta fetichización de la relación entre el Partido “obrero” y el movimiento obrero muestra la manera como la ideología burguesa y sus prácticas dominan en el conjunto de las relaciones sociales y como dominan también en el seno del movimiento obrero, imponiendo a la práctica de éste la misma división del trabajo y el mismo fetichismo que domina a la sociedad.

Aún más, en la medida en que el partido obrero cuenta con “intelectuales” y funcionarios cuya única misión es servir de representantes políticos e ideológicos de la clase obrera, eximidos por tanto de la obligación de ser obreros, eximidos, por tanto, de la explotación, de la opresión, de la represión y de la dirección del capitalista en la fábrica, exteriores en consecuencia a las condiciones de existencia de los trabajadores, puede obtener una visión global, más universal y más “política” que la estrechamente “localista” y “economicista” que la alcanzada por los trabajadores mismos.

De aquí entonces que, una vez operada esa división del trabajo en el seno del movimiento obrero entre los que luchan y los que representan a los que luchan, entre dirigentes y dirigidos, termine por prevalecer la concepción del mundo, la manera de ver de los dirigentes y no la de los trabajadores.

Es por esto que no es imposible que, en condiciones “normales”, en que la lucha de los trabajadores se ve reducida a su mínima expresión, el partido “obrero” se burocratice; el aparato partidario, de medio de lucha de los trabajadores se transforma en un fin en sí mismo. Lo más importante será entonces salvar por todos los medios posibles la existencia

misma de ese aparato. Entonces, “partido” empieza a ser escrito con mayúscula y sin apellido.

Cuando, por el contrario, los trabajadores intensifiquen su actividad, cuando su lucha deviene abiertamente política, los enormes elefantes blancos que son los partidos populares se mostrarán incapaces de reaccionar con la celeridad que exigen los acontecimientos. Esto comienza a hacerse más claro a partir del paro patronal de octubre de 1972. Los partidos de izquierda no entregan ninguna dirección que realmente corresponda al nivel de conciencia alcanzado por las masas. Son incapaces, en otros términos, de integrarse en el proceso de autonomización política e ideológica que vive la clase trabajadora en esos momentos. Para seguir siendo revolucionarios, muchos militantes rompen sus carnés partidarios.

Sobre los sindicatos

Los sindicatos, surgidos como órganos de defensa y de resistencia del trabajo contra la explotación del capital expresan, también a su manera, la división social del trabajo que se expresa en el seno de la sociedad global.

Nacen como los órganos “naturales” de la lucha económica, pero no pueden escapar a las determinaciones de la división del trabajo social en ramas y sectores de la economía: trabajadores del campo/trabajadores del sector minero/trabajadores urbanos; trabajadores de tal o cual rama o de tal o cual sector de la economía, etc. De ahí que el movimiento obrero haya debido organizarse en federaciones por rama de la producción. Del mismo modo, los sindicatos expresan la división de los trabajadores en el espacio delimitado e impuesto por el capital: la empresa. Esta separación de los trabajadores en distintas empresas es una traba para el desarrollo del movimiento obrero, siendo una de los principales obstáculos a superar.

El sindicato está así encadenado de una u otra manera al centro de producción mismo. Se encuentran aquí las razones de su mayor limitación política e ideológica con respecto al partido “obrero”. En tanto que negociador de la venta colectiva de la fuerza de trabajo, su existencia está ligada a la existencia misma del sistema capitalista.

Luego, su rol, marcado por sus orígenes, es contradictorio: instrumento de negociación dentro del sistema capitalista e instrumento de lucha de los obreros que les permite reencontrarse como clase y percibirse como fuerza social frente al capitalista. El que uno u otro aspecto de esta contradicción se convierta en dominante estará determinado por el carácter concreto que la lucha de clases adopta en un momento determinado. En condiciones de desarrollo “normal” y “pacífico” no es raro que también el sindicato se burocratice, se transforme en un fin en sí para sus miembros. Al contrario, en los momentos en que la lucha de clases arrecia, el sindicato se reaviva, cambiando sus características, superando sus límites.

Partidos y sindicatos

Si lo característico de todo el largo período que se extiende hasta 1973 es la preeminencia de las estructuras partidarias por sobre las estructuras sindicales, no es extraño entonces, que cuando los partidos “obreros” comiencen a ser superados por la actividad del movimiento obrero, también lo sean los sindicatos, en un proceso asimétrico.

En esta coyuntura de masificación y de radicalización de la lucha obrera y popular, los obreros encuentran en el sindicato la “herramienta natural” que les permite percibirse como miembros de una misma clase social. El sindicato representa la unidad de la clase; los partidos “populares”, la diversidad. De aquí que no sea extraño que hoy en día muchos obreros

combativos encuentren tan inútiles las querellas partidarias y se acantonen en los sindicatos.

Por otra parte, mientras a través del sindicato, los obreros que hasta entonces se mantienen marginados comienzan a participar activamente, el Partido les exige la adhesión formal como miembro para “poder incorporarse a la lucha”. Es cierto que los partidos de izquierda abren sus puertas en el período de la UP, pero su carácter de estructura cerrada, o, mejor dicho, abierta sólo a unos pocos, se mantiene. Ello constituye su esencia, so pena de “disolverse en la clase”.

Mientras en el período en cuestión la toma de decisiones se traslada de la dirección del sindicato a la asamblea sindical o de fábrica, en los partidos, las decisiones siguen siendo tomadas por las cúpulas dirigentes quedando siempre atrás con respecto a las masas en lucha.

Esto no significa que una vez comenzada en la práctica la ruptura entre el movimiento obrero y los partidos, esta ruptura se haya expresado inmediatamente a nivel de la conciencia. Muy por el contrario, este es un proceso que recién comienza a operar después del paro de octubre en 1972, proceso lleno de ambigüedades y de contradicciones, que muestra las contradicciones de la experiencia proletaria; contradicciones que, por otra parte, sólo pueden espantar a la beatería ortodoxa de los constructores de partidos marxista-leninistas, “bolcheviques”, “internacionalistas”, de “cuadros político-militares”, etc.

Los Cordones Industriales

En el período de la UP, la actividad sindical se incrementa no sólo en términos cuantitativos a nivel organizativo (aumento del número de sindicatos, de afiliados, etc.) sino también en términos cualitativos. La actividad reivindicativa pasa de la lucha por el pliego de peticiones a la lucha por el control de la fábrica. Es en este proceso y sobre la base de los sindicatos, aunque superando los límites de estos, que surge el Cordón Industrial.

Es en este proceso, enmarcado en la radicalización y en la masificación de la lucha y en su politización creciente, que surgen las bases de la unificación del movimiento obrero, las bases de la superación de las diferencias, contradicciones y separaciones que el sistema capitalista ha introducido en la práctica misma del movimiento obrero, en las luchas del proletariado.

En primer lugar, unificación de los trabajadores de una misma unidad productiva por sobre su calidad particular de obrero, de empleado, de técnico o de ingeniero, sea bajo la forma de unidad de acción del sindicato industrial y del profesional sea bajo la constitución de un sindicato único, etc. El trabajador “objetivamente” colectivo en el proceso de producción, a través de la lucha, deviene “subjetivamente” colectivo.

En segundo lugar, la unificación de los trabajadores de distintas ramas y sectores de la producción situados en el mismo territorio: los de la metalurgia con los de la alimentación, de la construcción, de la química, de los servicios, etc., los que al constituir el Cordón crean no sólo un órgano sindical nuevo, intermedio entre los sindicatos de base y la cúpula dirigente de la CUT, sino que crean una situación radicalmente distinta: la unificación orgánica real de los trabajadores por sobre

la separación que les es impuesta por la división del trabajo social y con ello, la posibilidad de unirse por encima de las federaciones a las cuales están afiliados.

En tercer lugar, a través del Cordón pueden expresarse también los trabajadores de las pequeñas empresas, a los que les está negada legalmente la sindicalización. Unificación por tanto de los sindicalizados y de los no sindicalizados.

En cuarto lugar, unificación de “lo económico” con “lo político”, a través de la lucha. El Cordón Industrial es un aparato que expresa tanto los aspectos económico-corporativos de la lucha obrera como sus aspectos políticos, asumiendo así características nuevas que actúan a su vez, sobre la actividad de las bases, politizando aún más toda la actividad obrera, adoptando decisiones que sobrepasan el campo reivindicativo, exigiendo la estatización de la industria, la dirección obrera, etc.

En quinto lugar, comienzos de la unificación entre la teoría y la práctica. Las ideas, las concepciones, las maneras de ver que tienen hasta ese momento los trabajadores se ven confrontadas con la nueva realidad que deben enfrentar, realidad que es producto de su misma actividad, creándose así problemas nuevos que requieren de nuevas acciones sobre la realidad en un proceso incesante al cual sólo pondrá término la intervención sangrienta de las FFAA. La teoría es de manera directa reflexión de la práctica efectiva, cuestionamiento de las categorías tradicionalmente ocupadas para entender la realidad de luchas que ya habían sido, pero que ya estaban siendo resignificadas por las luchas que se desarrollaban en esos momentos y que escapaban a todo lo conocido. Que para expresar los nuevos significados se continúan usando los viejos términos, las nociones heredadas de las prácticas

precedentes, es propio de todo momento de transición, en que no se ha terminado con el pasado y en que lo nuevo aún no se despliega en todo su esplendor.

El Cordón Industrial, expresión histórica del proceso de unificación del movimiento obrero aparece, de este modo, como la superación (afirmación y negación a la vez) del partido “obrero” y del sindicato.

Afirmación, en cuanto es el sindicato el que se encuentra en la base del Cordón Industrial. Afirmación, en cuanto es a través del Cordón Industrial –como conjunto de sindicatos– que la clase obrera aparece abiertamente en la escena política –y ello es particularmente claro en la coyuntura creada con el paro patronal de octubre– como “partido de clase”, como aparato político a través del cual se expresa el movimiento obrero.

Negación, en cuanto supera los límites de la acción sindical “normal” y en cuanto supera a los partidos “obreros”, en tanto expresión particular de la acción política de sectores de la clase obrera. Negación, en cuanto sobrepasa las diferencias que separan al uno del otro, uniendo en un aparato único las funciones partidarias y las sindicales. Negación del carácter de “aparatos del Estado”, en su sentido amplio, de los partidos y sindicatos, al constituirse el Cordón en aparato productor de una ideología en la que se busca articular los diferentes discursos en que se expresan las prácticas partidarias y sindicales de “antes” para dar cuenta de las nuevas relaciones que se establecen entre “lo económico” y “lo político”, lo viejo y lo nuevo, lo general y lo particular, al mismo tiempo que el Cordón deviene ejecutor de nuevas prácticas económicas y políticas basada en el poder de los trabajadores en la fábrica.

Frente a la clase obrera constituida en partido, los partidos obreros sólo tienen dos alternativas: o integrarse a las luchas que libra el movimiento obrero en la perspectiva de la “constitución del proletariado en clase” –en los términos del *Manifiesto*–, de la autonomía política e ideológica del movimiento obrero como condición esencial para el derrocamiento de la burguesía y para la construcción de un poder proletario; o, perseverar en sus intentos por construir o desarrollar el Partido, de autonomizarlo frente a la clase obrera y en tomar los aparatos de Estado (“toma del poder”) por el Partido, para desde allí continuar dirigiendo los destinos de los trabajadores.

Sabido es que es esta última perspectiva la que dominó y que continúa dominando en el seno de la izquierda.

El “partido de clase” del proletariado –“la constitución del proletariado en clase”– existe, de este modo, con sus contradicciones, sus desfases y sus ambigüedades, en las organizaciones que, surgidas en los centros de producción mismos, expresan la actividad económica, política e ideológica de los trabajadores por transformar la realidad, en el proceso de surgimiento de esos gérmenes de poder, de decisión económica y política que comienzan a desarrollarse por y en la acción del movimiento obrero.

Es en la lucha de los Cordones Industriales, en la masificación y en la generalización, a una escala nunca vista, de la lucha “económica” –que tiende a transformarse cada día más abiertamente en lucha por el poder–, que se encuentran las claves para la victoria del movimiento obrero.

Por primera vez en la historia del movimiento obrero chileno, las cinco grandes minas de cobre presentan un pliego único de peticiones: se pide un aumento salarial del 300%, al que se

unen los sindicatos textiles y de la construcción de Santiago, proyectándose para octubre de 1973 la presentación de 1.500 pliegos de peticiones similares.

Ello habría determinado la “quiebra” de la economía chilena y con ella el “quiebre” del sistema institucional, lo que al final sucedió, pero por obra de los militares. Decir “quiebra” en el primer sentido es decir ruptura de todo el sistema de relaciones basadas en la explotación del hombre por el hombre, la quiebra de la sociedad capitalista dependiente chilena, quiebra producida por la actividad revolucionaria del movimiento obrero.

Sabido es como las FFAA intervienen para evitar esa quiebra, asesinando y masacrando trabajadores, destruyendo sus organizaciones, sentando las bases para el triunfo de la burguesía y la derrota del proletariado.

La derrota del movimiento obrero

¿Qué es lo que conduce entonces a la derrota del movimiento obrero?

La incapacidad del movimiento obrero para generar respuestas frente a cada ofensiva patronal. Ni la experiencia anterior del movimiento obrero alcanza a ser rápidamente superada por el conjunto de la clase, ni la experiencia que los trabajadores viven en esos momentos es inmediatamente asimilada. Las ideas y las conciencias marchan en retardo con relación a la práctica, más aún cuando se ha estado acostumbrado a sentir y pensar la propia práctica como producto de otro, sea este el Partido, el líder carismático o, incluso, de la Teoría. El paso de la heteronomía a la autonomía es largo y difícil.

Por su parte, los partidos de izquierda, amenazados en su existencia misma por la actividad autónoma del movimiento obrero, actúan en función de la defensa de sus intereses particulares como aparatos burocráticos. Se lanzan así a frenar esa actividad, condenándola, retirando a sus militantes obreros de las luchas, descargando la represión en contra de los insumisos, obteniendo como efecto, en todo caso, contener la radicalización y masificación de la lucha “económica”, la que de haber continuado incrementándose habría conducido a resituar la lucha en el terreno justo donde existían posibilidades de ganar la lucha por el poder, en el terreno del enfrentamiento entre capital y trabajo, entre clases que se oponen como rivales antagónicos.

Elemento substancial de la derrota es, sin embargo, la división de la vanguardia obrera, entre los sectores que continúan manifestando una actividad puramente reivindicativa y los sectores que se manifiestan en los Cordones Industriales. En 1973, los trabajadores del cobre, sector fundamental de la “vanguardia histórica” del movimiento obrero, se lanzan a la punta del combate reivindicativo, lucha que es capitalizada por la derecha. La división del movimiento obrero se acentúa todavía más, atizada por las direcciones burocráticas y por la derecha reaccionaria. Sólo es a partir de agosto de ese año que un proceso de acercamiento de los dos sectores comienza a producirse, pero en un momento en que el conjunto del movimiento histórico de los trabajadores comienza a declinar.

Es frente a este proceso de lucha por la autonomía política y sindical del movimiento obrero, de “constitución del proletariado en clase”, proceso que debería conducir directamente a la quiebra del sistema capitalista, al derrocamiento de la burguesía y a la instauración de un poder obrero, es frente a ese proceso que las FFAA dan el Golpe. El Golpe no es así solo

la obra de cuatro generales traidores: “es muy pobre el porvenir de un partido político pertrechado con el conocimiento del solo hecho de que el individuo Fulano de Tal no es merecedor de confianza”¹¹.

Sobre los porqués de un Golpe

Elucidar, aunque sea brevemente y de una manera muy general las causas del Golpe, puede permitir aportar otros elementos a la problemática del “Partido”.

De todo lo expresado hasta el momento se puede concluir que el Golpe Militar constituye una respuesta, en primer lugar, a una coyuntura caracterizada por la exacerbación de la lucha de clases, en la que se destacan tres elementos:

1- Incapacidad de todas las fracciones burguesas para imponer su hegemonía, no solo sobre el conjunto del bloque dominante, sino además sobre el conjunto de la sociedad. Ni los métodos “institucionales”, ni los métodos terroristas se muestran como efectivos para recobrar esa hegemonía. Solo un agente externo a cada fracción de las clases dominantes y a sus partidos pero que a su vez las representase a todas podía solucionar este problema. El único aparato burgués que reúne en esas condiciones estas cualidades son las FFAA.

2- La creciente autonomía relativa de las FFAA que se transforman progresivamente en una fuerza política más dentro del sistema, no sólo a través de la ocupación de puestos en la administración pública (desde Ministerios y consejerías para abajo) y de su participación directa en los procesos de decisión política, sino que además producto del mismo contexto de exacerbación de la lucha de clases señalado, en que la presencia de las FFAA contribuye a agudizarla aún más, ha-

11- Engels, F. *Revolución y Contrarrevolución en Alemania*.

ciéndolas aparecer como las solas fuerzas capaces de salvar el sistema, con la agravación consecuente de la crisis “institucional”.

3- La masificación, la generalización, la radicalización y la politización de la lucha obrera y popular, que lleva a la creación de gérmenes de un poder proletario que tiende a amenazar directamente la supervivencia del capitalismo dependiente chileno. Es en contra de esta actividad que se dirige fundamentalmente el Golpe.

En este sentido, el Golpe Militar responde a las necesidades del conjunto de las clases dominantes. Desde la pequeña burguesía propietaria hasta la gran burguesía “externa” y las transnacionales lanzan chillidos de gozo aplaudiendo la intervención de sus *yanaconas* armados. Frei, Vilarín, Sáenz, Guzmán y toda la cohorte de plumíferos se desgañitan loando el “restablecimiento del orden y la salvación de la Patria”.

Integración monopólica mundial y Golpe de Estado

En segundo lugar, el Golpe responde a los problemas que impiden el desarrollo del gran capital “nacional” que ya no puede seguir desarrollándose en los estrechos y limitados marcos nacionales sino únicamente incorporándose al proceso de integración monopólica mundial. Ello implica necesariamente inversiones extranjeras en empresas ocupando alta tecnología y baja ocupación de mano de obra y la liquidación de la pequeña y mediana empresas, “ineficientes” desde el punto de vista del capital transnacional. Las bases nacionales de la mediana y de la pequeña empresa son socavadas por la libre competencia y por la eliminación de la ya tradicional protección aduanera.

Sabido es que, si bien las tan ansiadas inversiones extranjeras no llegan en los montos esperados, la eliminación de todo el capital no rentable e ineficiente ha sido más o menos rápida y brutal gracias a la política librecambista aplicada. Así, en el nuevo proceso de división internacional del trabajo que se esboza en los años 70, Chile queda reducido al mero papel de país exportador de materias primas y semi-elaboradas con un pequeño sector industrial fuertemente concentrado y centralizado, de alta tecnología y en manos del capital transnacional en conjunto con sectores del capital local, el que así se internacionaliza.

De este modo, el Golpe crea las condiciones políticas (represivas e institucionales) para:

1- Eliminar a todas las fracciones y capas de la burguesía “no rentables”, proceso que en condiciones políticas democráticas o habría tardado muchos años en producirse o habría sido imposible efectuarlo con la rapidez con que se ha hecho, opinión que es corroborada entre otros por el Premio Nobel de Economía Paul Samuelson¹².

2- A través del aplastamiento inmisericorde como fuerza política del movimiento obrero y de su destrucción física, el capital obtiene una mano de obra sumisa, de bajo costo de producción y de reproducción, gracias a los niveles de subsistencia que le impone, con lo que queda en condiciones de reducir el capital variable (el empleado en pagar a esa mano de obra) y aumentar el capital constante (máquinas, materias primas, amortizaciones, etc.), vía a través de la cual intenta solucionar su crisis de acumulación, tendiendo la economía a concentrarse cada vez más.

Todo lo anterior significa que tanto las relaciones de las clases

12- Revista “Hoy” N° 169.

dominantes con las clases dominadas han experimentado importantes modificaciones como también las relaciones internas en el seno del bloque dominante. Las transformaciones no son menos profundas entre las clases explotadas.

1- Es el capital monopolista multinacional y sus ramificaciones internas el que se lanza en una ofensiva a fondo por copar el mundo y encontrar salidas a sus productos, lo que obliga a lanzarse en contra de todas las formas nacionales, regionales, locales, del capital no integradas. Ello supone la liquidación de la mediana y pequeña empresa ligadas al desarrollo interno y que ocupan una gran cantidad de mano de obra. El capital multinacional o inunda el mercado nacional con productos más baratos del extranjero o los produce a un precio inferior a los del mercado local. El resultado es el mismo: la eliminación de todas las ramas del capital “ineficiente”, no competitivo. Pero esa eliminación requiere a su vez la supresión de todas las barreras políticas que la impidan, lo que demanda a su vez la exclusión de la arena política de los “representantes políticos” de esos sectores. De aquí el “receso” que se les ha impuesto a los partidos del bloque dominante. Ello no significa, sin embargo, que los sectores excluidos del gobierno hoy en día, hayan dejado de pertenecer al bloque dominante. No gobiernan, pero siguen explotando y ejerciendo su dominación sobre los trabajadores.

2- Lo que se ha dado en llamar “proceso de desnacionalización de la economía” continúa agravado por la crisis económica mundial, concentrándose así aún más el capital y desapareciendo sus formas arcaicas. Pero ello no significa la desaparición absoluta del mediano y del pequeño capital y de la pequeña propiedad. En lo fundamental su papel es ahora subsidiario con respecto al capital monopolista multinacional.

Capas de la pequeña burguesía asalariada, ligadas a ese desarrollo del capitalismo monopolista (publicistas, administradores, etc.), ven sus filas reforzadas. Paralelo a ello, resurgen formas arcaicas de producción, especialmente en la pequeña minería y en la agricultura, en la extracción del ksil, o en el transporte con la proliferación de taxistas, todo lo cual determina modificaciones en el comportamiento de las clases y en las relaciones mutuas. Todo este reacomodo no puede operar sin el terrorismo abierto y declarado del Estado, terrorismo que ni la fracción monopolista “externa” de la gran burguesía, ni el gran capital multinacional pueden por sí mismos efectuar. Les es necesaria la bota militar para aumentar el grosor de sus chequeras.

La reorganización del capitalismo en Chile no puede operar sin represión ni ésta puede continuar sin la reorganización del capitalismo.

El fin de la democracia

La concentración/exclusión económica, exige la concentración/exclusión política. Si la tendencia general que se constata hoy en día a nivel mundial es a la clausura de los mecanismos de concertación y de acuerdo entre las clases sociales, lo que se expresa en la disminución del rol del Parlamento y en la concentración de poderes en el Ejecutivo con una cierta personalización del poder, este proceso se agudiza todavía más en el caso chileno, en que el Congreso Nacional fue clausurado desde el primer momento por los militares.

Si ayer los partidos constituían los aparatos ideológicos que elaboraban y transmitían un discurso basado en la voluntad general, discurso que cimentaba las instituciones de la democracia representativa garantizando así el Estado de Derecho, hoy son las FFAA burguesas las que se erigen como las prin-

cipales organizadoras políticas del bloque dominante y, por esta vía, del conjunto de la sociedad. Son así el verdadero partido político de las clases dominantes, representando la hegemonía del capital monopólico multinacional. De la soberanía popular se ha pasado a la soberanía militar.

La sociedad capitalista dependiente chilena no puede seguir subsistiendo como tal, sino que con la casta militar reaccionaria encaramada sobre sus hombros. La militarización de la sociedad no puede detenerse: Chile debe seguir siendo un cuartel para poder seguir siendo capitalista.

Las formas de dominación democrático-parlamentaria, en tanto expresión de una cierta relación de fuerzas en el seno de las clases dominantes y de estas con las clases dominadas, parece ya no tener viabilidad. La lucha en contra de la Dictadura Militar es lucha en contra del capitalismo. La lucha en contra del capitalismo es lucha en contra de la Dictadura Militar.

Lo económico y lo político

En este contexto, la separación de lo económico y de lo político se ha profundizado. Bajo el manto de la despolitización de todas las actividades, se prohíbe a los trabajadores toda actividad política. Su única función es la de trabajar, de producir plusvalía para los patrones. La actividad política únicamente les está permitida a los representantes de las clases dominantes: las FFAA. Ello queda claramente expresado en el texto de la nueva constitución.

Al mismo tiempo, siendo la Dictadura Militar el centro donde se adoptan las decisiones, puede dirigirse directamente a los diversos grupos socio-profesionales favoreciendo en los

hechos un neo-corporativismo institucional y un neo-clientelismo vertical. De aquí también las formas plebiscitarias de creación del pretendido “consenso” institucional.

Todo este conjunto de elementos ahonda aún más la disociación entre las esferas de la vida económica y de la vida política. Lo político pasa a ser dominio de los técnicos y de las “personalidades”. Ello se complementa con la supresión de las libertades esenciales, con la restricción de otras, con la desaparición de los derechos individuales, con la reorganización del aparato represivo: de los aparatos de inteligencia, de la justicia, etc., con el fichaje de todos los ciudadanos, todo ello mientras la burguesía se reapropia de los temas libertarios enarbolados anteriormente por sectores de los trabajadores, desarrollando un discurso anti-estatal en contra del “Estado-patrón”, del “Estado intervencionista”, etc., discurso en que mientras se habla de las libertades individuales se relegitima la ideología liberal-individualista más reaccionaria, lo que le permite a la vez legitimar el abandono que el Estado hace de las funciones sociales que las luchas obreras y populares le habían impuesto. Todo ello es acompañado de un discurso eficientista, pragmático e instrumentalista. Todo este discurso se combina perfectamente bien con la ideología de la Seguridad Nacional con su afirmación de la idea de orden y autoridad.

Es un retorno al Estado-gendarme del liberalismo decimonónico, pero bajo su forma terriblemente moderna de Dictadura Militar.

Reorganización del capitalismo y clase obrera

Los efectos que el proceso de reorganización del capitalismo provoca sobre la clase obrera son ya conocidos. Valga la pena, sin embargo, insistir sobre algunos de ellos que inciden

directamente en la línea de análisis desarrollada.

El régimen dictatorial de la FFAA representa una correlación de fuerzas favorables a la burguesía. En otros términos, el que el régimen militar subsista se debe a la debilidad del movimiento obrero, ya que éste no existe como fuerza política.

La derrota de la clase obrera no ha sido un problema puramente político o militar u orgánico, sino que constituye un proceso de alteración de todas las condiciones a través de las cuales la clase obrera se produce, se reproduce y lucha; de las condiciones que generan el nivel del enfrentamiento entre el capital y el trabajo, antes del Golpe de Estado, condiciones que éste eliminó en primera instancia.

La situación actual del movimiento obrero

La situación actual del movimiento obrero es radicalmente diferente a la de antes del Golpe y ello no solo porque los partidos de izquierda hayan sido reprimidos o porque los dirigentes no sean “buenos”. El problema esencial es que todos aquellos elementos que determinaban que la clase obrera fuera una fuerza social han sufrido importantes modificaciones.

1- Disminución de la mano de obra en actividad. Ya en febrero de 1974, habían sido despedidos de sus trabajos, según cifras parciales, 145.000 trabajadores que representan el 25% de los afiliados a dieciséis grandes federaciones de trabajadores del sector público y del sector privado, cifras que podrían alcanzar niveles superiores si se toma en cuenta a los trabajadores pertenecientes a las otras federaciones y a los no-sindicalizados.

Esto se ha prolongado con una cesantía media del 20%. Se ha creado así un verdadero ejército industrial de reserva donde antes, en términos históricos, no existía: Una parte de la población obrera ha quedado sin empleo, pero a disposición del capital, perteneciéndole a este de una manera absoluta, sobrepoblación siempre explotable y siempre disponible a satisfacer las necesidades fluctuantes del capital.

2- Como resultado de la presencia de esta población obrera excedente en el mercado de trabajo, se acentúa la competencia entre los trabajadores. Para poder subsistir, los obreros se ven obligados a vender su fuerza de trabajo por un salario menor que el que les es pagado a los que se encuentran en actividad. Estos últimos, por su parte, se esfuerzan en ser “buenos trabajadores” a fin de no ser despedidos, evitando por lo demás plantear reivindicaciones. De esta manera, la presencia de un ejército industrial de reserva no sólo incrementa las ganancias del capital, sino que constituye, además, un freno a la lucha de clases del proletariado.

3- De aquí entonces que el salario, de relación entre el capital y el trabajo, haya pasado a ser relación entre la fuerza de trabajo en actividad y el ejército industrial de reserva. Es la masa de obreros cesantes, dispuestos a reemplazar a los obreros en actividad la que determina la baja de salarios de los activos, impidiéndoles luchar por mejores salarios. Por otra parte, los patrones gozan de todas las garantías para reemplazar unos obreros por otros (supresión del derecho a la inamovilidad del empleo, por ej.) y aun pasarse un tiempo sin obreros gracias a la acumulación de *stocks*.

4- Fenómeno importante es la creación de estatutos diferentes en el seno de la clase obrera. Además de la clásica separación entre obreros y empleados, se agrega ahora la separación entre trabajador a tiempo completo y trabajador

a tiempo parcial, de trabajadores con contratos de duración indefinida y trabajadores contratados por períodos limitados o de acuerdo a la duración de la obra (como es el caso de la construcción) o en forma interina. Ello se acompaña de una cohorte de contratistas, de nuevos patrones y de sub-patrones cada uno de los cuales se apropia de una parte de la plusvalía producida por los trabajadores. En fin, restablecimiento de la negociación individual, la que aparece hoy como un arma en contra de la solidaridad de clase y como negación de los mecanismos de negociación colectiva.

5- La represión política e ideológica, fenómeno consustancial a la reorganización capitalista frena también la lucha de clases del proletariado, no sólo porque ella se descarga sobre los hombros de los trabajadores como “condición general externa de la producción”, en especial en contra de los trabajadores más combativos, sino por su función preventiva, por la auto-represión que cada trabajador se ve obligado a imponerse a sí mismo.

6- La lucha contra el sindicato juega un rol esencial en el proceso de reorganización del capital. Debilitados por todas las medidas jurídicas adoptadas en su contra por la Dictadura, con sus dirigentes perseguidos o atemorizados, disminuidos sus márgenes de acción, raleadas sus filas por la cesantía, los sindicatos son prácticamente incapaces de resolver los problemas más apremiantes de los trabajadores. Sólo los grandes sindicatos de algunas ramas de la industria, fundamentales para la actual fase de acumulación del capital, logran oponer una cierta resistencia.

7- La vanguardia obrera, ese sector obrero cuya capacidad de enfrentamiento y de combatividad le permitió en otros momentos estar al frente de las luchas del resto de los trabajadores, está social y políticamente reducida a sus más míni-

mas expresiones. Desaparecidas las condiciones que le permitieron desarrollarse, ha prácticamente desaparecido como fuerza social. Es sólo a partir de la huelga de El Teniente, en noviembre de 1977, que comienza a perfilarse una mínima reestructuración de ese sector en combate.

8- La huelga, como arma de los trabajadores para presionar sobre sus patrones, en las actuales condiciones impuestas por el Plan Laboral y en la situación en que se encuentra el movimiento obrero, ha perdido su efectividad. Ello no se debe a los buenos o a los malos dirigentes; significa, lisa y llanamente que no se tiene la fuerza para emplearla ni la experiencia suficiente para utilizarla con efectividad¹³.

La recomposición del movimiento obrero

Es en este conjunto de condiciones desfavorables que el movimiento obrero debe desarrollar su lucha, es por ello que el problema esencial que se plantea no es tanto obtener mayores conquistas, sino, por una parte, defender el resto de conquistas anteriores que aún no les han sido arrebatadas y, por otra, lo que es lo principal, reconquistar el derecho a luchar. Lo que requiere a su vez de la necesaria acumulación de experiencia, asimilada a través de los éxitos, aunque éstas sean parciales, y de las derrotas.

Es por todo ello que el problema central del período actual no es el de la construcción de un partido o el de la formulación de un programa, sino el de la recomposición del movimiento obrero, de su reconstitución como fuerza social, perspectiva a la que cada lucha parcial y aislada debe ser ligada.

Esto precisa ser más afinado y ello porque el movimiento obrero no es la simple “clase en sí”, como mero producto del 13- Véase a este respecto, “¿Por qué las huelgas?” en revista “Hoy”, N°169.

capitalismo y, por tanto, simple objeto de éste. El movimiento obrero no es la pura existencia física del proletariado, abstracción que, por otra parte, sólo existe en los peores manuales del estalinismo. Pero tampoco el movimiento obrero es la simple suma de organizaciones que el proletariado ha creado a través de su lucha en contra del capital. El movimiento obrero no se reduce ni a lo uno, ni a lo otro.

El movimiento obrero, producto de la división del trabajo/explotación/represión/opresión del capitalismo, es la acción colectiva, espontánea o mediada, de los trabajadores por cambiar sus condiciones de vida, acción que puede ser parcial o integral.

En tanto acción colectiva el movimiento obrero es siempre una acción organizada. Organización, en cuanto disposición de los distintos elementos que conforman un todo y no bajo su forma cosificada de aparato, formal o informal, transitoria o permanente, centralizada o descentralizada. Sólo las burocracias y las mini-burocracias fetichistas son capaces de entender la recomposición del movimiento obrero como la simple y pura recomposición de los aparatos, sean estos partidarios o sindicales.

Cuando se habla de recomposición del movimiento obrero, se habla de la reconstitución de su potencial de lucha, de la capacidad de los trabajadores para enfrentar en forma colectiva al capital. En otros términos, se trata de la recomposición de la fuerza y de la capacidad de los trabajadores para vencer y transformar la presente coyuntura de la lucha de clases, para eliminar todo lo que en ella somete y reduce a la clase obrera a la situación en la que se encuentra.

Tanto la experiencia del movimiento obrero internacional como la experiencia de lucha en contra de la Dictadura Militar reaccionaria han mostrado que es únicamente la acción decidida (de lo que queda) de la vanguardia obrera la que puede permitir la reactivación sindical y la actividad, aunque mermada, de los partidos de izquierda, abriéndoles un cauce de expresión.

Luchas económicas y luchas políticas

Las luchas reivindicativas desarrolladas hasta ahora no enfrentan a un capitalista individual, sino que al conjunto de los capitalistas y aparecen, por ende, como luchas en contra del Estado, en contra del sistema de dominación. La lucha económica es así, al mismo tiempo, una lucha política; puesto que la única forma como el movimiento obrero puede conquistar sus reivindicaciones elementales es a través de un choque frontal con la política de la Dictadura Militar y de los patrones, pero a la vez dentro de los marcos y de las condiciones fijadas por estos, dada la debilidad del movimiento obrero: *“Si nosotros iniciamos la huelga, no es porque apoyemos el Plan Laboral. Al contrario, con el conflicto demostramos nuestro rechazo a él. Solamente estamos usando un derecho, aunque las condiciones sean desfavorables”*, afirma Julio Malverde, presidente del sindicato N°1 de la industria textil Panal en entrevista a *“Hoy”* del 15 al 21 de octubre de 1980.

El afirmar que esas luchas económicas son, al mismo tiempo, políticas, significa afirmar que este carácter no sólo está dado por los efectos que ellas tengan a nivel de *“la política”*, a nivel del Estado, sino porque expresan la única forma de actividad política que en los hechos, hoy en día, la clase obrera pueda darse: la solidaridad económica de los trabajadores por encima de todas las barreras y las limitaciones que el sistema capitalista les impone, lo que ha quedado claramente expresado

en las todavía débiles relaciones que se han establecido entre algunos sindicatos en huelga y los comités de cesantes, en la formación de cooperativas para crear puestos de trabajo, en la constitución de ollas comunes de los huelguistas, apoyadas por la población local y, entre otros, por los pequeños comerciantes (¿“alianza con la pequeña burguesía”?), en la constitución de comedores populares en las poblaciones y en las minas, sostenidos por los trabajadores mismos.

Esta solidaridad de clase, no está escrita en ninguno de los programas de ninguno de los partidos populares. No ha surgido porque al partido A o al B se le haya ocurrido, sino que ha surgido como respuesta de los trabajadores mismos a situaciones que les afectan directamente.

Es a través de esos movimientos espontáneos que se vinculan entre sí sectores diferentes de la clase obrera. Es de esa lucha y sólo en ella que surge el programa de lucha de la clase obrera.

El programa es así expresión de la fuerza reivindicativa que en un momento determinado tiene el movimiento obrero. Es claro, entonces, que esa capacidad de reivindicación no le viene al movimiento obrero, ni de la lectura de “Nuestro Programa”, ni de la lectura del “Programa de Transición”, ni de los acuerdos del Pleno del CC del Partido de “nuevo tipo”, sea este de la vieja guardia estalinista o neo-revisionista, sea de la neo-estalinista.

Si en el Chile de hoy se puede hablar de un “programa” obrero es porque hay necesidades que satisfacer, las que para ser satisfechas requieren de una determinada fuerza del movimiento obrero.

La organización sindical

Es en este contexto y solo en él, y pese a todas las limitantes que entraban su accionar y a la represión de que son objetos, que los sindicatos pueden jugar un papel en el proceso de recomposición del movimiento obrero. Los sindicatos, agrupando a los trabajadores en tanto tales, sirviéndoles de canal de organización, les permiten prepararse para la lucha a través de la lucha misma, echando así las bases para una futura masificación de la lucha económica. Condición básica es que estas organizaciones sean capaces de aglutinar tras sí los comités de cesantes, organizándolos fundamentalmente alrededor de los intereses del movimiento obrero, aumentando así la fuerza de éste. Experiencias todavía aisladas se han dado en ese sentido, así como vinculaciones con otras organizaciones populares de base.

Un gran papel juega en este sentido el Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales en Chile presidido por el compañero Clotario Blest.

Es dentro de esa perspectiva de recomposición del movimiento obrero que el problema de la unidad de la clase obrera encuentra su plena significación: se trata de la unidad de acción y de lucha de los trabajadores independientemente de su filiación política, religiosa, filosófica o de cualquier otro tipo, en los términos planteados por la “Declaración de Principios” de la Central Única de Trabajadores de 1953.

El problema no es entonces el de la “imperiosa” necesidad de la unificación de las cúpulas sindicales existentes en una organización sindical única a escala nacional, a menos que por ello se quiera entender la creación de un mecanismo de unificación y de coordinación de las luchas obreras actualmente parciales y aisladas, de sistematización de las experiencias y de la generalización de ellas.

Pero para ello es imprescindible que esas luchas existan y de aquí, por tanto, la necesidad de apoyar todas las luchas que se den, sin restricciones de ningún tipo. Solo el aumento de la cantidad y de la calidad de las luchas obreras conducirá, como paso fundamental, aunque no único, a la más amplia unidad de acción de los trabajadores en su conjunto y a la centralización orgánica. Pero ello no se producirá tampoco si no se libra una lucha a fondo en contra de todos aquellos que se oponen a la unidad de los trabajadores como clase, en nombre de sus intereses particulares como aparatos partidarios, frenando las luchas, obstaculizándolas o intentando someterlas a su control burocrático.

Frente, Partidos y Recomposición del Movimiento Obrero

El problema al cual deben responder los trabajadores hoy en día no es entonces si se debe constituir el Frente A o el Frente B, si en él debe estar la Democracia Cristiana o todos los “sectores progresistas o patrióticos antifascistas” o sólo una parte de ellos. Y ello porque no es de la actividad de un frente, cualesquiera sean las características que este tenga –aunque este sea el tan trajinado, manoseado y ultrajado Frente de Trabajadores, no menos olvidado y abandonado por moros y cristianos del dividido PS–, que depende la existencia del movimiento obrero, su actividad, sus luchas. Así como no es tampoco de la existencia o de la actividad de un Partido Obrero o popular, que depende la actividad del movimiento obrero.

Los partidos de izquierda, en una crisis cada vez más profunda, podrán frenar o acelerar el proceso de recomposición del movimiento obrero. Para lo primero, reúnen todas las condiciones; para lo segundo, algunos grupos solo recién ahora, después de sentir fuertemente esa crisis y el aislamiento a que los ha condenado su práctica anterior, comienzan a re-

plantearse una nueva relación con las luchas obreras y populares. En esta perspectiva parece plantearse el llamado Frente Socialista de reciente constitución en Chile. Sectores cristianos ligados a los diferentes MAPU y a la Izquierda Cristiana se mueven en torno a estos mismos problemas. Sin dudar de las buenas intenciones y de los no menos beatíficos propósitos de unos y otros, siempre queda en pie el problema de la práctica real que estas organizaciones continúan manteniendo. Los resultados, en todo caso, están por verse.

Lo que sí queda claro, de todo lo que se ha expuesto y de todo lo que se ha podido constatar de la práctica de las masas trabajadoras en Chile, es que la recomposición del movimiento obrero será obra de los obreros mismos y no de elementos externos a la clase misma.

Es a partir de las situaciones objetivas, creadas por el propio desarrollo del capitalismo como la clase obrera forma su ideología, la representación de sus propios intereses, en el enfrentamiento diario y permanente contra el autoritarismo y el látigo del capital, en contra de la expropiación constante de su plus trabajo.

La ideología revolucionaria del proletariado es el resultado de la experiencia que el proletariado posee de su desarrollo y de sus luchas. Si la “conciencia” es siempre conciencia del ser, ella no puede ser producida ni transmitida desde el exterior.

Nadie puede resolver los problemas de la lucha obrera en lugar de los obreros mismos. Las respuestas que estos den a sus problemas como clase están determinadas por el desarrollo que, como movimiento obrero, como fuerza social, hayan obtenido. Los cambios, las modificaciones que experimenten estas respuestas se producen porque así lo exigen las condiciones de lucha y no porque a algún iluminado se le ocurriera.

Política y proletariado

La política es así para el proletariado, no un conocimiento abstracto, sino una realidad que resulta de su vida cotidiana. Es en esta reapropiación de sus propias luchas que el proletariado encuentra la posibilidad de desprenderse de quienes, como un pesado fardo, se han encaramado sobre sus espaldas, asumiendo su representación política y actuando como mediadores de sus intereses. Los partidos, externos a las condiciones en las cuales el proletariado se produce y se reproduce, son externos también a la fuerza política que el proletariado es capaz de desarrollar en dichas condiciones.

La subsistencia de los partidos de izquierda, en tanto representantes políticos y mediadores de los intereses de los trabajadores, está dada en la medida en que el sistema político democrático parlamentario se recomponga. Si estos sectores se llegan a mostrar hoy en día interesados en la recomposición y en la reorganización del movimiento obrero es para contar con las fuerzas necesarias de apoyo que les permitan negociar con la Dictadura la reconstitución del sistema parlamentario, lo que les permitiría resucitar como aparatos políticos. Pero ya son conocidas las intenciones de la Dictadura: no sólo eliminar cualquier organización partidaria de la izquierda, sino en general, toda expresión política de rechazo y de resistencia al sistema capitalista por parte de los obreros. A diferencia del fascismo, la Dictadura Militar busca la “despolitización” de la sociedad y con ella, la despolitización del movimiento obrero. Es la barbarie del último cuarto de siglo.

Los sepultureros del capitalismo

Sin embargo, estos propósitos despolitizadores de la Dictadura Militar chocan con las mismas tendencias generadas por el capitalismo. La sociedad capitalista es al mismo tiempo

división social del trabajo, explotación, opresión y represión en un mismo movimiento, lucha de los capitalistas por expropiar a los trabajadores de su plus trabajo y lucha de estos por dejarse expropiar menos o por terminar con la expropiación.

El capitalismo concentra a los obreros, unificándolos bajo un mismo mando y una misma autoridad, haciéndoles conocerse y tomar conciencia de sus intereses comunes, homogeneizando sus condiciones de existencia. Con ello, el capitalismo echa las bases de su propia destrucción al organizar a sus propios sepultureros. El proletariado revolucionario es, en este sentido, producto del desarrollo del capitalismo mismo y no de una “instancia” o “nivel” particular de éste.

El que el proletariado se transforme en fuerza social revolucionaria no es producto del “nivel político”, no es producto del partido, ni de la “instancia ideológica”: la existencia del marxismo no determina el surgimiento del movimiento obrero. Por el contrario, tanto el partido como las ideologías revolucionarias son el producto y los efectos de las luchas obreras y populares.

Independientemente de cualquier otra consideración y de todo lo que los revolucionarios puedan querer, la clase obrera no se pondrá en pie si ha sido destruida, atomizada en tanto fuerza social, si sus efectivos han disminuido en relación al conjunto social, si está minada por la competencia y por la presencia de un fuerte ejército industrial de reserva. El enterrar el capitalismo pasa entonces, hoy día, necesariamente, por todo un conjunto de procesos tendientes a restablecer la solidaridad de clase, de reganar el derecho a luchar, en fin, de lograr todo aquello que hemos denominado recomposición del movimiento obrero.

Si la caída de la Dictadura Militar no es para hoy, es necesario desde ya comenzar a prepararla a partir de la perspectiva señalada anteriormente: la recomposición de la capacidad de lucha y de resistencia del movimiento obrero, incrementando la solidaridad de clase, vinculándose los trabajadores en lucha con los trabajadores desplazados de sus trabajos, haciendo renacer la solidaridad de clase que dio origen en otros momentos al Cordón Industrial.

Los trabajadores exiliados

El régimen militar no solo provocó un exilio político, afectando fundamentalmente a los trabajadores más combativos, a la vanguardia obrera que se expresó en los Cordones Industriales.

Inserto en un proceso de reorganización acelerada del capitalismo y como expresión de él, el régimen reaccionario de Pinochet ha provocado también un exilio económico, cuyos efectos no son distintos a las políticas similares seguidas en otras latitudes, tanto por gobiernos dictatoriales como por regímenes democráticos: crear un enorme ejército industrial de reserva a escala mundial.

Los tan despreciados –por la izquierda burocrática– “exiliados económicos” son también producto del mismo movimiento del capital, de la reorganización que este impone no sólo a nivel nacional sino en todo el planeta.

Y aunque las motivaciones de origen sean distintas, lo cierto es que muchos de esos trabajadores exiliados están dispuestos en la práctica y no en la teoría a solidarizar con sus hermanos de clase que restan en Chile. Y ello de la misma manera en que han participado en las luchas de los trabajadores en los

países en que residen.

En cualquier caso y más allá de las fronteras partidarias, para todos los trabajadores exiliados –sean “políticos” o “económicos”–, se nos impone como tarea el apoyar todas las luchas, por pequeñas que sean, que impliquen un enfrentamiento entre capital y trabajo, así como las acciones de solidaridad con las cuales esas luchas podrían ser acompañadas.

Lucha ideológica y recomposición del movimiento obrero

Es dentro de esa perspectiva que hoy en día se hace más necesaria que nunca la coordinación de los trabajadores que vivieron la rica experiencia de lucha de los Cordones Industriales y de aquello que se llamó el “Poder popular”.

Coordinación destinada no sólo a ampliar la solidaridad de clase con los compañeros de Chile, sino que además a provocar una reflexión crítica sobre la experiencia pasada e iniciar un análisis serio de la situación actual, que permita así una maduración y una asimilación de la experiencia obrera.

Hasta el momento ha ido quedando claro que la realización de estas tareas –solidaridad de clase y maduración de la experiencia–, chocan con las maneras de hacer y de ver de la izquierda burocrática. Son dos concepciones del mundo distintas, porque surgen de prácticas distintas y culminan en modos de hacer también diferentes.

Es a partir de una práctica diferente de lucha en contra de la Dictadura Militar y del sistema capitalista que se puede enfrentar a la burocracia de izquierda y no a partir de una pura lucha ideológica o de la lucha por ganar adherentes para un pretendido “partido de la revolución”. Ello no significa, sin

embargo, que la lucha ideológica no sea necesaria. Pero ella surge naturalmente a partir de la confrontación de nuestros esquemas de análisis con la realidad misma, de la representación mental que nos hacemos de nuestra propia práctica y es allí, en ese proceso de ruptura con los esquemas de pensamiento heredados de la izquierda burocrática, en el proceso de construcción de una nueva problemática, que se encuentra la necesidad de esa lucha ideológica en contra de las representaciones ideológicas no sólo de las clases dominantes sino que también en contra de las representaciones mentales de la propia burocracia reformista de izquierda.

A lo largo de los años que han pasado bajo la bota militar, el movimiento obrero ha comenzado a segregar lentamente una vanguardia. Los años que vienen verán, probablemente, profundizarse este proceso.

Pero, para que dicha vanguardia obrera evite repetir los mismos errores del pasado tendrá que madurar sus experiencias de lucha en ese pasado, releyendo su propia historia en los resultados del presente y aplicando las lecciones que de allí se desprendan en las luchas actuales.

A modo de conclusión

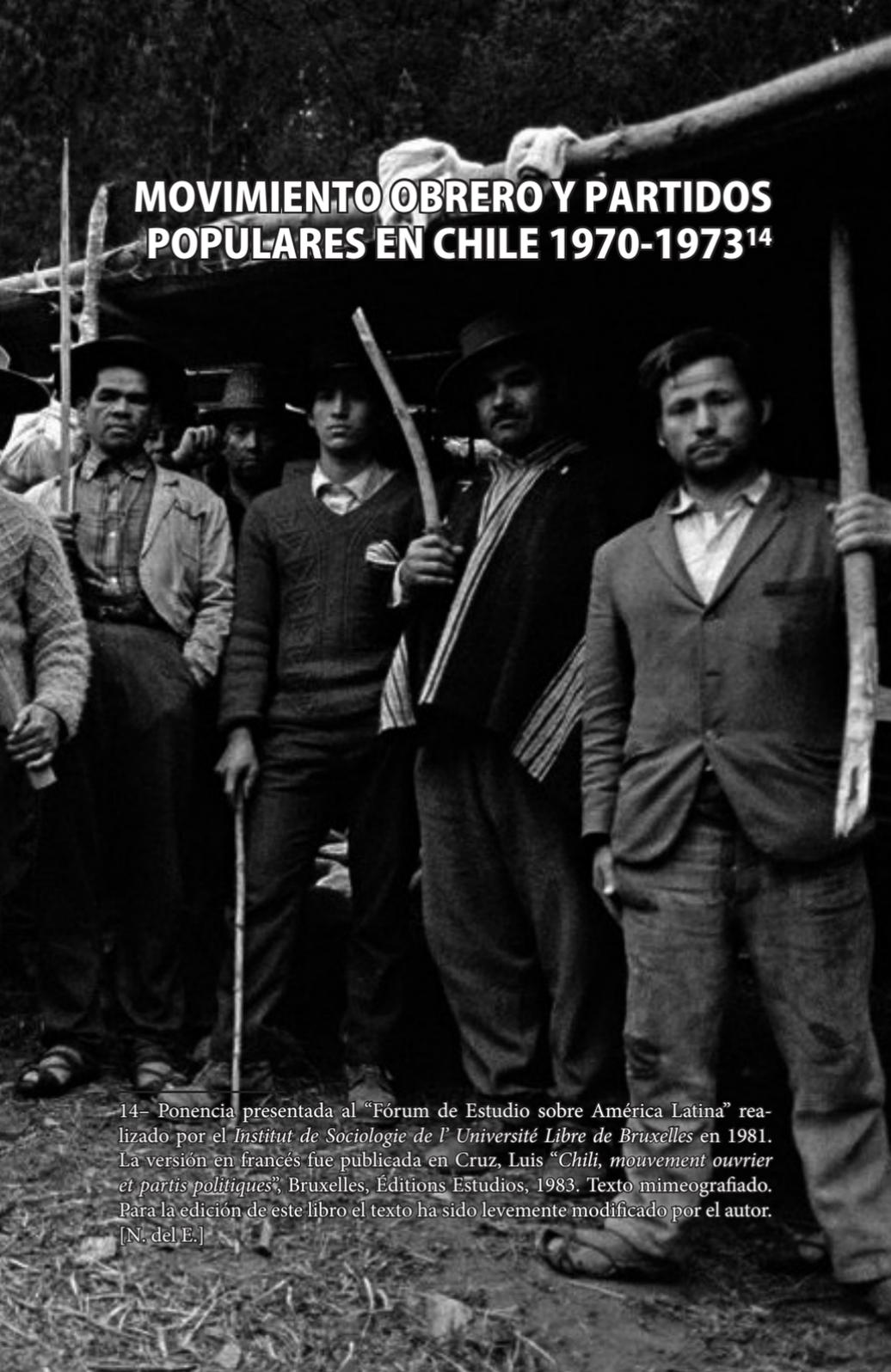
La pregunta formulada por Wilhelm Reich entonces, parece sólo a medias correctamente planteada si se la piensa en función de la situación chilena. Es correctamente planteada en cuanto induce a pensar en la relación entre la organización y la ideología, entre el Partido, en tanto aparato y la ideología que difunde. La respuesta de Reich era difundir primero la ideología y el programa y después construir la organización.

Para nosotros, la pregunta no podría ser formulada de la misma manera, porque el problema hoy en día se nos plantea en forma diferente ¿El Partido es necesario para la recomposición del movimiento obrero o este es capaz de recomponerse por sí mismo? ¿Los trabajadores para derrocar la Dictadura necesitan ser dirigidos por un Partido o son capaces de emprender esta tarea por ellos mismos? ¿La sociedad socialista será aquella en que el Partido esté en el poder o será aquella en que sean los propios trabajadores los que tomen todos los asuntos de administración y de dirección de la sociedad en sus manos?

Nuestra respuesta a la primera cuestión es clara: “*la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos*” como se afirmaba en el primer considerando de los Estatutos Generales de la Asociación Internacional de Trabajadores. De aquí se desprenden también las otras respuestas, pero ellas serán finalmente contestadas, no sobre el papel sino en las llamas ardientes mismas de la lucha de clases por el movimiento obrero en su lucha en contra de la Dictadura Militar, por el derrocamiento de la burguesía, en un proceso de conquista de su autonomía política e ideológica y de construcción de un poder obrero.

Halle, octubre de 1980





MOVIMIENTO OBRERO Y PARTIDOS POPULARES EN CHILE 1970-1973¹⁴

14- Ponencia presentada al “Fórum de Estudio sobre América Latina” realizado por el *Institut de Sociologie de l’ Université Libre de Bruxelles* en 1981. La versión en francés fue publicada en Cruz, Luis “*Chili, mouvement ouvrier et partis politiques*”, Bruxelles, Éditions Estudios, 1983. Texto mimeografiado. Para la edición de este libro el texto ha sido levemente modificado por el autor. [N. del E.]

El objetivo de este artículo es precisar el problema de la relación entre el movimiento obrero y los partidos populares en Chile en el período 1970–1973.

En el momento actual el análisis de esa relación parece fundamental. Para muchos estudiosos, la prolongación del régimen dictatorial se debe a la falta de capacidad de los partidos políticos para conducir al movimiento obrero. Sus análisis se basan en estudios realizados antes de 1973 y otorgan al partido la preeminencia sobre las luchas de clases¹⁵ reflejando así, por una parte, la realidad en la que fueron elaborados y, por

15– Aunque existan diferencias más o menos importantes entre los historiadores socialistas, comunistas y trotskistas, la visión que predomina en sus estudios es la del “Partido” como productor de la historia y del movimiento obrero. Entre los historiadores socialistas se puede citar: Casanova, Fernando y Fernández, Manuel (1972) *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*. Santiago: Quimantú; Chelén Rojas, Alejandro (1962) *Trayectoria del socialismo*. Corrientes: Astral; Jobet, Julio César (1953) *Recabarren: Los Orígenes de movimiento obrero y del socialismo*. Santiago: Prensa Latinoamericana; (1965) *El Socialismo Chileno a través de sus Congresos*. Santiago: Prensa Latinoamericana. Entre los comunistas: Comisión de Estudios Históricos, anexa al CC del PC (s/d) *Ricardo Fonseca, combatiente ejemplar*. Santiago: 21 de julio; Ramírez Necochea, Hernán (1956) *Historia del Movimiento Obrero en Chile*. Santiago: Siglo XX; (1965) *Origen y formación del PC en Chile. Ensayo de Historia del Partido*. Santiago: Austral. Dos artículos que corresponden a la visión estalinista clásica: González Díaz, Galo (1958) “La lucha por la formación del PC de Chile”, en “Principios”, Revista Teórica y Política del CC del PC, Santiago; Millas, Orlando (1962) “Medio siglo de Partido Obrero en Chile”, en “Principios”, julio–agosto. Entre los trotskistas: Valenzuela, Humberto (1976) *Historia del Movimiento Obrero Chileno*. s.i: I.S.P. Verlag, 1976; Vitale, Luis (1962) *Historia del Movimiento Obrero*. Santiago: Editorial P.O.R. Una visión distinta de las anteriores se encuentra en: Alan, Angell (1974) *Partidos Políticos y Movimiento Obrero en Chile*. México: ERA. En relación al período posterior a 1970, existe una abundante literatura, bastante conocida por lo demás, que aborda el tema en cuestión.

otra, las perspectivas políticas de sus autores. La cuestión es determinar en qué medida dichos enfoques expresan de un modo adecuado la realidad de las luchas de clases de los años citados.

La cuestión de esta relación no es nueva. Por el contrario, ha sido planteada en numerosas ocasiones en el seno del movimiento obrero internacional. Las distintas experiencias de lucha han dado nacimiento a respuestas diferentes y variadas que se han expresado a nivel teórico en formas más o menos sistematizadas. La historia de estas teorías, en su forma ideológica, es la historia de las prácticas que las produjeron. Esto condiciona la perspectiva del presente trabajo: se trata de priorizar el análisis de las prácticas antes que las teorías que expresan dichas prácticas.

A este respecto, el principio de especificación histórica¹⁶ es de gran utilidad. Al considerar las relaciones sociales como asimismo las categorías que las expresan como históricas, cambiantes, percederas, llenas de contradicciones y antagonismos¹⁷, el análisis sitúa los términos de la relación partido–movimiento obrero en la historia misma.

1- El Movimiento Obrero en 1970

La coyuntura de 1970 se caracteriza por la masificación, la radicalización y la politización de la lucha de los trabajadores.

16– “El primero de los principios fundamentales de la nueva ciencia revolucionaria de la sociedad, es el principio de la especificación histórica de todas las relaciones sociales. En efecto, Marx concibe en su singularidad histórica todas las instituciones y todas las relaciones existentes en el seno de la sociedad burguesa”. Korsch, Karl (1971) *Karl Marx*. París: Champs Libre. P. 37.

17– Marx, Karl (1974) *Miseria de la Filosofía*. Madrid: Júcar. pp. 165 y ss.

La masificación de las luchas

A partir de 1966 se produce una masificación de las luchas obreras y populares lo que se expresa en el aumento del número de conflictos y de huelguistas.

Conflictos del Trabajo

Año	Nº de conflictos	Trabajadores en conflicto	Días de trabajo perdidos
1963	642	115.331	585.914
1964	---	---	---
1965	772	212.397	1.952.494
1966	718	88.498	793.448
1967	2.177	368.801	2.252.478
1968	1.124	292.794	3.651.569
1969	1.277	362.010	1.178.706
1970	1.819	656.170	2.804.517
1971	2.696	298.677	1.387.505
1972	3.325	393.954	1.678.124
1973	2.050	711.872	2.503.356

Fuente: Bureau International du Travail (1978) *Annuaire International du Travail*. Genève: Bureau International du Travail.

Este aumento de la actividad del movimiento obrero está condicionado por lo que hemos denominado¹⁸ dimensión cuantitativa de la fuerza de trabajo, por las dimensiones espacio-temporales de las luchas y por el éxito logrado.

18- Salas, Alberto [Luis Cruz Salas] "Pasado y presente del movimiento sindical chileno", en "Estudios", N° 7, abril-mayo, 1980.

La dimensión cuantitativa de la fuerza de trabajo

El aumento de la fuerza de trabajo juega un rol fundamental en el desarrollo de las luchas obreras. El capital, al concentrar grandes masas de trabajadores en un mismo lugar y bajo el control de un solo capitalista crea un entorno favorable al desarrollo de una red de relaciones entre ellos, bajo la forma de sistema de disposiciones duraderas¹⁹, de matrices comunes de percepción, de pensamiento y de acción. Esto crea en términos “objetivos”, la posibilidad de establecer una relación de fuerzas favorable al proletariado. Ello es evidente en los años en cuestión. Entre 1960 y 1967 la mano de obra ocupada aumenta en 39.4%. Los sectores más favorecidos son el textil (6.5%), los equipos de transporte (5.9%), la metalurgia (3.3%).

Por otra parte, el surgimiento de un nuevo sector proletario nacido en las industrias de punta, ligadas a la industrialización imperialista, es un elemento que jugará un rol dinamizador de las luchas. Se trata de un sector de la clase obrera que se reproduce en las ramas de alta composición orgánica del capital, que exige menos mano de obra. Son, en su mayoría, obreros jóvenes con cierto nivel de especialización. Son estos trabajadores los que participan en las luchas más duras a partir de 1967. Sin embargo, esta lucha se enfrenta a la recesión que afecta a esas industrias en los años 67–70. A partir de 1972, son esos obreros los que se encuentran a la cabeza de los “Cordones Industriales”.

Otro aspecto de esta dimensión cuantitativa es la situación del empleo. En el período en cuestión no existe un verdadero ejército industrial de reserva. Se constata, por el contrario, la mantención de las tasas históricas de cesantía hasta 1970 y su posterior disminución.

19– Bourdieu, Pierre (1976) *Esquisse d'une Théorie de la Pratique*. Genève: Droz.

Cabe recordar en todo caso que las modificaciones de las dimensiones cuantitativas de la fuerza de trabajo no operan de manera mecánica: determinan prácticas, condicionan nuevos hábitos que a su vez se encuentran en la base de nuevas luchas y, por consiguiente, de nuevas experiencias, en un proceso en espiral de asimilación colectiva de dichas experiencias por los trabajadores.

Las dimensiones espacio-temporales de las luchas

Hasta 1966, los conflictos locales, parciales y de corta duración son los predominantes. La huelga de los trabajadores de la mina de cobre El Salvador en 1966, aunque fuertemente reprimida, es seguida por una huelga general lanzada por la Central Única de Trabajadores (CUT), la que constituye el punto culminante de esas acciones y anuncia al mismo tiempo nuevas movilizaciones.

Es preciso detenerse, aunque sea brevemente en la huelga general del 23 de noviembre de 1967²⁰ puesto que es característica de las luchas de ese período. Esta huelga, convocada por la CUT en contra de la política de ahorro obligatorio decretada por el gobierno, se produce en un contexto de conflictos que tienden a generalizarse en todo el país afectando no sólo a las grandes ciudades sino también a las pequeñas. El enfrentamiento entre el capital y el trabajo toma proporciones nacionales. Al mismo tiempo, tiene un carácter general: los conflictos se producen en todas las ramas de la economía.

En estas luchas están implicados tanto los sectores de vanguardia como los de menos combatividad. Los conflictos se extienden a todas las categorías de trabajadores, desde el sindicato industrial (obrero), hasta el sindicato profesional (constituido principalmente por empleados).

20- Retomamos el excelente análisis de esta huelga contenido en "Movimiento Obrero y Lucha de Clases" en "Correo Proletario", N°3, mayo, 1976.

Una de las características más notables de las luchas del período es la gran interrelación entre las huelgas de cada empresa –impulsadas por el sindicato local o por la federación sindical por sectores– y la huelga general lanzada por la CUT. Mientras las primeras preparan y generan la segunda, esta última confiere un carácter universal, general y nacional a las primeras, las que a su vez se vuelven más combativas. En los hechos, al romper la política gubernamental, los trabajadores quiebran la política del conjunto de la burguesía. Al mismo tiempo, obtienen nuevas conquistas. Esta huelga general y los conflictos parciales son los primeros síntomas de una lucha política abierta del movimiento obrero.

La radicalización de las luchas

La masificación de las luchas determina la modificación de sus formas y carácter, así como el contenido de las reivindicaciones. Los espacios geográficos e institucionales tradicionales de las luchas son sobrepasados por el carácter masivo de éstas.

Se puede constatar asimismo que los conflictos toman un carácter cada vez más ilegal ya que los huelguistas no respetan las formalidades establecidas en el Código del Trabajo. De 6.956 conflictos producidos entre 1960–1969 sólo 1.368 respetan esas formalidades. Entre 1966 y 1969 sólo 19% son legales.

Los conflictos salen del marco de la empresa y su solución es buscada en los más altos niveles del Estado, con lo que la mediación de los partidos se hace más que necesaria. Lo que es más importante, sin embargo, es que las huelgas son acompañadas casi siempre de manifestaciones callejeras que, en su mayoría, terminan en enfrentamientos con la policía. Las huelgas se declaran sin un plazo de término prefijado de an-

temano. Los huelguistas organizan “ollas comunes” recibiendo la ayuda solidaria de los vecinos del sector, de obreros de otras fábricas, de estudiantes y de pequeños comerciantes.

En 1968 empiezan las primeras ocupaciones de fábricas a fin de impedir que los patrones retiren los stocks acumulados, lo que les permitía aumentar su capacidad de resistencia a los trabajadores y prolongar el conflicto. En 1968, se producen 3 ocupaciones, en 1970, 113. Esta radicalización es evidente también en el campo: en 1968, 13 ocupaciones, en 1969, 118 y 367 en 1970. Otros sectores, como los estudiantes y los habitantes de las poblaciones marginales, desarrollan también luchas radicales.

Politización de las luchas

La masificación y la socialización de las luchas politizan (en el sentido tradicional) las luchas obreras, aseveración esta que debe ser precisada, por lo menos en algunos aspectos.

Contrariamente a ciertas opiniones, las relaciones entre obreros y capitalistas no son sólo “económicas”, como tampoco la política se encuentra sólo a nivel de gobierno y de partidos políticos. Por el contrario, el poder, la dominación está presente en el proceso mismo de producción. La empresa es más que un simple lugar de producción, de distribución, de intercambio y de consumo de mercancías: es también un centro de contradicciones ideológicas y políticas. La fábrica es un lugar de opresión y represión (“el látigo capitalista”), de división social del trabajo y de subordinación del trabajo al capital. El capital es hegemónico en el proceso de producción puesto que “es el capitalista quien consume la capacidad de trabajo y que, en consecuencia, la vigila y la dirige”²¹. Las rela-

21- Marx, Karl (1972) *El Capital. Capítulo VI* (inédito), Buenos Aires: Siglo XXI. P. 61.

ciones políticas, es decir, de poder y de lucha contra ese poder, están así presentes en el proceso mismo de producción.

Al oponerse por diferentes medios sean estos “velados” (desinterés por el trabajo, ausentismo, *turn over*, trabajo lento, sabotaje camuflado, autorreducción de la producción), sean estos “francos y abiertos” (huelgas, imposición del sello del sindicato, boicot, etc.) los trabajadores cuestionan el despotismo del capital²².

El movimiento obrero surge y se desarrolla como una fuerza social creada por el propio capitalismo y en oposición a éste. En cualquier caso, el movimiento obrero no se reduce a la simple noción de “clase obrera”, como simple conglomerado de personas que ocupan el mismo lugar en el proceso de producción, como puro elemento pasivo, determinado completamente por las leyes del sistema. El movimiento obrero, producto de la división del trabajo/opresión/represión/hegemonía del capital es la acción colectiva de los trabajadores constituida como la respuesta de oposición, de rechazo y de resistencia a sus condiciones de existencia. El movimiento obrero es el conjunto de prácticas de resistencia a la explotación capitalista, a la subsunción²³ a la que el capital somete al trabajo vivo, prácticas que se dan sin que necesariamente se materialicen en aparatos. En otros términos, el movimiento obrero es más que las formas orgánicas por medio de las cuales puede llegar a expresarse en un período o en una coyuntura concreta²⁴. De aquí que no se pueda identificar pura y simplemente movimiento obrero y organización sindical.

Cabe señalar a este respecto que la sociedad capitalista ha instituido la economía y la política como instancias separa-

22- Bourdet, Yves (1970) *La délivrance de Prométhée*. Paris: Anthropos. pp.131 y ss.

23- Véase *La Advertencia del Traductor al Capítulo VI*, ya cit.

24- Véase Salas A., artículo citado.

das y relativamente autónomas. De aquí entonces que todo en ella funcione como si a los trabajadores sólo les correspondiera producir y a los representantes políticos, gobernar. El personal especializado en política aparece, así como una exigencia “técnica”, situación que tiene repercusiones negativas en el seno del movimiento obrero: la separación entre lucha “económica” expresada a través del sindicato y lucha “política” expresada a través del partido de clase. De aquí entonces que la primera aparezca como “apolítica” o simplemente como “no-política”.

Hablar de politización de las luchas es referirse al hecho que la lucha de los trabajadores, al tomar un carácter general y nacional, al transformarse en lucha contra la clase burguesa en su conjunto, sobrepasa el “nivel económico” y toma un carácter abiertamente “político” alcanzando la superestructura político-jurídica del Estado. Esta lucha económica afecta al sistema de dominación, la gestión global de la sociedad, cuestionando la cohesión y la unidad de la formación social capitalista.

2- Los partidos populares

Sus orígenes

Los partidos políticos nacen como expresión de la parcelación de la vida social entre lo político y lo económico.

La política es, en Chile hasta 1973, el campo de representación de los intereses de clase; es el terreno correspondiente a la superestructura jurídico-político, al Estado.

En esas condiciones y como expresión de su propia debilidad como clase dominada, el movimiento obrero no puede sino

oponer a los “representantes políticos y literarios” de las clases dominantes sus propios “profesionales de la revolución”, cuya única tarea es ocuparse de los asuntos permanentes del movimiento obrero y de la representación de sus intereses. En esas condiciones, los trabajadores explotados, oprimidos, dominados, no tienen otra alternativa que delegar su poder político en sus “representantes”, reclutados ya sea en las filas obreras de vanguardia, ya sea entre personas provenientes de otras clases sociales, dispuestas a asumir ese rol.

Este proceso de separación de algunos sectores de trabajadores de vanguardia del resto de la clase obrera comienza a producirse, como fruto de la experiencia de las luchas obreras, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. En efecto, los años 90 ven aparecer efímeros “partidos” socialistas. En 1906 se separa la corriente demócrata-socialista del Partido Demócrata y en 1912 nace el Partido Obrero Socialista, que se transforma en 1921 en Partido Comunista afiliado a la III Internacional. La base social de este último se encuentra sobre todo entre los obreros del salitre y del carbón, en una época en que esas actividades juegan un rol importante en la economía del país.

El nacimiento del Partido Socialista en 1933 está ligado al paso –tras la gran crisis económica mundial– a una nueva fase de acumulación del capital. En esa época, el PS agrupa principalmente a los obreros industriales de los nuevos sectores de la industria de bienes de consumo.

En los años 1970, la composición social de esos dos partidos no difiere fundamentalmente y esto en contra del mito del según el cual el PC sería un partido “obrero” frente a un PS “pequeñoburgués”, lo que se puede verificar analizando la pertenencia política de los dirigentes de las federaciones obreras.

Más allá de cualquier diferencia, ambos partidos nacen de la disociación introducida por el sistema capitalista en los trabajadores entre su calidad de ciudadanos y la de productores, entre su vida “económica” y “política”.

Finalmente, cabe señalar que los partidos políticos existen en y por su relación al Estado (entendido éste como una instancia aparte, como esfera de lo político y de la política, separada de la “economía” y de la “cultura”) encontrando en éste su fundamento. Dadas las características del Estado chileno, estos partidos pueden insertarse en su estructura como aparatos ideológicos del Estado²⁵. Los llamados partidos “obremos” no parecen escapar a la regla.

El Estado y los partidos populares

A partir de los años 20, el Estado capitalista chileno asegura la cohesión y la unidad de la formación social permitiendo la reproducción de ésta a través del desarrollo de su función económica (su función propiamente política pasa progresivamente a un plano secundario). El Estado comienza a intervenir directamente en el proceso mismo de producción y de reproducción del capital constante (inversiones directas en medios de producción, políticas de fomento del sector privado, de protección aduanera para la industria, de la infraestructura, etc.) y del capital variable (creación y desarrollo de los servicios públicos: salud, enseñanza, legislación social, etc.) en un período marcado por la industrialización sustitutiva de importaciones.

25- La noción de “aparatos ideológicos del Estado” es tratada por el filósofo francés Louis Althusser en su artículo “Ideología y aparatos ideológicos del Estado” en *La filosofía como arma de la revolución*, México: Pasado y Presente, 1976. Se trataría de instituciones especializadas, pertenecientes al dominio “privado”, funcionando preponderantemente “con ideología” y no “con violencia” como sería el caso del aparato del Estado. Entre ellas incluye la familia, el sindicato, la escuela, el partido político, etc.

Esta intervención acentúa la autonomía relativa del Estado respecto a las fuerzas sociales en lucha. Como todo Estado capitalista, el Estado chileno desde su nacimiento tiene una cierta autonomía con relación a las clases sociales, pero por razones que no es el propósito de exponer aquí, este fenómeno es más acentuado en su caso. Desde sus comienzos como Estado-Nación aparece como Estado democrático-republicano “impersonal”, ubicado encima de las clases y sus conflictos, lo que confiere una gran estabilidad al sistema y al mismo tiempo mucha soltura y flexibilidad para absorber las luchas sociales²⁶. Cuando esto se revela imposible, se recurre abiertamente a la represión: la historia social de Chile está llena de masacres obreras, de campesinos y de pobladores.

Esta característica del Estado permite reforzar más aún la separación entre la política y la economía. Al mismo tiempo, esta autonomía relativa del Estado permite el predominio de la ideología jurídico-política en la vida social. El juridicismo y el legalismo son concepciones fuertemente enraizadas tanto en las clases dominantes como en las dominadas²⁷.

A pesar del aumento de las prerrogativas del “poder ejecutivo”, el sistema político se basa en el pluripartidismo y, en consecuencia, en la posibilidad que tienen las diferentes fuerzas sociales de verse representadas en el parlamento, terreno de lucha y de concertación entre los representantes de esas fuerzas.

Independientemente de los objetivos explícitos que formulen, los partidos populares cumplen ciertas funciones dentro de la sociedad chilena que nos limitaremos a enumerar.

26- Zeitlin, Maurice (1973) “Los determinantes sociales de la democracia política en Chile”, en *América Latina: Reforma o Revolución*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

27- Respecto a este tema: Garcés, Joan (1974) *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*. Madrid: Siglo XXI.

En primer lugar, una función de representación: los partidos tienen el mandato del pueblo para actuar en su lugar en el parlamento.

En segundo lugar, una función de mediación: los partidos constituyen un canal de concertación y de acuerdo, permitiendo expresar los intereses de las clases populares por las vías institucionales.

En tercer lugar, estas funciones de representación y de mediación obligan a cada aparato político a “organizar” –o desorganizar– a las clases que representan.

En cuarto lugar, y para cumplir su rol de “organizadores”, deben sistematizar las representaciones ideológicas de esas clases, sirviéndoles de portavoces ideológicos.

Estas funciones se desarrollan a medida que aumenta el peso y el rol “intervencionista” del Estado.

Por otra parte, el sistema político se ve reforzado cada vez más por las diferentes reformas al sistema electoral que aumentan el peso de los grandes partidos en detrimento de los pequeños. La importancia e influencia de estos grandes partidos en las luchas de clases se ven así acrecentadas. Por otra parte, la ampliación del cuerpo electoral durante los últimos decenios refleja el reforzamiento de la tendencia a la participación política institucional, fortaleciendo por esta vía el papel de los partidos como expresión organizada de esa participación²⁸.

28– Vega, Héctor (1979) *Chile 1969–1973: La política económica de la transición al socialismo*. Bruselas: Instituto de Sociología Université Libre de Bruxelles. pp. 73 y ss.

La autonomía relativa de los partidos populares

El proceso de transición de una economía exportadora hacia otra que tiene como eje la sustitución de importaciones, determina la existencia de capas populares explotadas que tienden a identificarse más con la noción de “pueblo” que con la de “clase obrera”. Las luchas de esas capas determinan que la ideología de la que son portadores esos partidos constituya más bien una ideología “popular” que “obrero”.

Al asumir los intereses de esas capas, los partidos –inicialmente obreros– se transforman progresivamente en “partidos populares”, proceso que se percibe claramente en los años 30. Este fenómeno, así como las funciones que esos partidos cumplen en el sistema social, determinan su autonomía relativa en relación a las fuerzas sociales que dicen representar, hecho que es particularmente claro en los años 60.

Esta autonomía de los partidos puede ser expresada en los términos de la teoría del fetichismo de las relaciones sociales. En efecto, los partidos populares, creación de los trabajadores mismos, proyectan frente a estos el carácter eminentemente social de su actividad como si ésta fuera un don natural, propio del partido, como si el origen de la fuerza de éste se encontrara en el partido mismo y no en el movimiento obrero que les dio vida. Todo pasa como si la relación social entre los trabajadores y los partidos creados por ellos mismos se hubiera invertido: los partidos serían así el fundamento del movimiento obrero. El principio y el fin del movimiento obrero se encontrarían en el partido “obrero”. Esta fetichización de la relación partido–movimiento obrero no hace más que expresar la manera como la ideología y las prácticas burguesas dominan en la sociedad, influenciando al movimiento obrero mismo, imponiéndole a su práctica la misma división del trabajo y el mismo fetichismo que imperan en el conjunto de la sociedad.

En términos más concretos y en relación al sindicalismo, como uno de los aspectos del movimiento obrero, se puede afirmar que aquel, caracterizado por su fragmentación en pequeños sindicatos por industria, después de las derrotas de las luchas obreras en la mitad de los años 50, se ve forzado a buscar el apoyo de los partidos populares lo que condiciona su subordinación a estos²⁹. En todo caso, esta subordinación no puede ser interpretada como una forma de clientelismo político puro y simple. Son los trabajadores los que utilizan a los partidos populares como base de apoyo para su acción sindical en la superestructura política, los que a su vez podrán contar con una base electoral más o menos segura. Se trata así de una verdadera simbiosis. Esto es claro en el caso de los trabajadores de las grandes minas del cobre³⁰. Sin embargo, es el partido, en el contexto político existente hasta 1973, el medio privilegiado para obtener un apoyo a las luchas sindicales, lo que contribuye a la fetichización en cuestión.

Otro aspecto a considerar es la burocratización de los partidos populares, proceso ya evidente en los años 30 en el seno de los partidos obreros³¹. El aparato partidario, medio y herramienta de lucha, se convierte en un fin en sí mismo. En condiciones “normales”, en las que las luchas de los trabajadores están reducidas a su más mínima expresión, los partidos populares pueden jugar su rol sin que la burocratización que los invade se constituya en un obstáculo para esa lucha. En la situación de masificación y de radicalización de las luchas de los años 60, los partidos, por el contrario, si bien se ven afectados por la nueva realidad –lo que se expresa a nivel de sus programas (“Las Tesis de Chillán” del PS, el reconocimiento

29- Cf. Angell, A., op. cit.

30- Zapata, Francisco, “Action syndicale et comportement politique des mineurs chiliens de Chuquicamata”, en “Sociologie du Travail”, N°3, 1975.

31- Cruz, Luis, “Los partidos populares en Chile, 1931-1941”. Memoria presentada para obtener el título de Profesor de Historia y Geografía Económicas, Instituto Pedagógico Técnico, Universidad Técnica del Estado, Santiago, 1969

del rol hegemónico de la clase obrera en la revolución democrática anti-imperialista del PC, etc.)—, son incapaces de reaccionar con la rapidez que exigen los acontecimientos.

Se puede postular, junto con Poulantzas, que en esta relación compleja entre lucha de clases y aparatos, son las luchas el elemento determinante³². Estas luchas “obligan” a los partidos a tomar posición, a apropiarse de los conflictos y a canalizarlos de tal manera que el sistema los pueda absorber, en vistas a lograr los objetivos de esos partidos: la conquista del gobierno. En los hechos se trata de dos lógicas diferentes; por un lado, la voluntad orientada hacia un fin, la “conciencia”, el cálculo orientado a la conquista del poder. Del otro, la necesidad apremiante, la inconsciencia de la propia fuerza, la acción determinada por condiciones precisas, la espontaneidad. Por una parte, la institucionalización, la concertación, el acuerdo. Por la otra, la impugnación, el rechazo, la ruptura. Sin embargo, las dos lógicas logran a veces, en determinadas condiciones, articularse.

En este entrecruzamiento multiforme y dispar se constituye la identidad entre las reivindicaciones del movimiento obrero y el programa de la UP, aunque ese programa constituya una profundización del capitalismo de Estado.

3- Movimiento obrero y partidos de izquierda en la UP

Los dos actores, movimiento obrero y partidos populares, van a permitir la subida al gobierno de la Unidad Popular. El período abierto en 1970 puede ser dividido en algunas etapas que marcan las diferentes actitudes del movimiento obrero en relación a los partidos de izquierda.

32- Poulantzas, Nicos (1978) *L'État, le pouvoir, le socialisme*. Paris. Presses Universitaires de France. P.50.

La etapa de identificación del movimiento obrero al Programa de la UP

Antes e incluso después de las elecciones se puede constatar la identidad entre las reivindicaciones del movimiento obrero y el programa elaborado por los partidos de la izquierda. En efecto, el programa de la UP retoma todas las reivindicaciones planteadas por el movimiento obrero, aunque bajo la forma ideológicamente falsa e invertida enunciada por la burocracia de izquierda.

Ahora bien, aplicar ese programa significa dar satisfacción a esas reivindicaciones, pero para llevar a cabo dicho programa es necesario contar con la fuerza de los trabajadores. La UP, a diferencia del populismo, debe aceptar la existencia de un movimiento obrero que tiene fuerza propia. Para conservar esta fuerza, la dinámica represiva del Estado capitalista debe ser, por lo menos momentáneamente, paralizada. Esto constituye un elemento fundamental para entender la lucha de ese período.

El gobierno pone en funcionamiento una política de redistribución de ingresos basada en el aumento de los salarios y en la fijación de precios. El aumento del poder de compra de los trabajadores reactiva la industria, lo que obliga a la plena utilización de la capacidad productiva de ésta y a la absorción de la mano de obra cesante. En diciembre de 1970, la cesantía alcanza al 8% de la fuerza de trabajo del Gran Santiago; en septiembre de 1971, al 5%.

En los hechos, estas medidas significan la legitimación por la cúpula del Estado de las luchas de los trabajadores, lo que refuerza la identidad entre la UP y el movimiento obrero, ya mencionada.

Estos procesos expresan el cambio en la correlación de fuerzas entre obreros y capitalistas a nivel de la sociedad global. Sin embargo, en el contexto político existente, esta fuerza política obrera existe como una potencia al servicio de las tareas del gobierno de la UP. Es éste el que aparece como la dirección política del movimiento obrero y no los partidos.

Estos últimos se desdibujan detrás del gobierno, canalizan su acción a través del aparato administrativo del Estado, persistiendo en mantener las organizaciones de masas como correas transmisoras de las decisiones que toman las cúpulas con lo que no hacen más que reforzar su propia burocratización.

Es el gobierno quien representa la unidad, la acción coordinada y centralizada. Es el gobierno quien decide el cómo y el cuándo. En efecto, las principales medidas adoptadas en este período tienen su origen en las decisiones políticas del gobierno, en tanto que los trabajadores sólo se ven limitados a prestarle su apoyo, incluso aun cuando no sean ellos los generadores de tales medidas. La realización misma de éstas pasa por canales legislativos, administrativos y técnicos cuyo carácter mismo excluye a los trabajadores. La práctica de éstos se reduce así a la pura ejecución de lo decidido en la cima³³.

Para defender lo que el gobierno hace por y para los trabajadores, estos deben ser “formados y educados”, para que puedan comprender las consignas del gobierno. En tales condiciones, la experiencia de la lucha de los trabajadores desaparece para convertirse en un puro concepto de un manual de vulgarización del materialismo histórico. La práctica debe someterse a la teoría de los dirigentes con el fin de ganar la

33- Castillo, F., “Las masas, el Estado y el problema del poder en Chile”, en “Cuadernos de la Realidad Nacional”, N°16, Santiago de Chile, 1973, pp. 31 y ss.

“batalla de la producción”, “los estudiantes deben estudiar”, “los campesinos producir”, “los obreros trabajar” y dejar la política en manos del gobierno de los trabajadores, “porque son estos (los obreros) los que ahora gobiernan”³⁴. Esta relación dirigente-dirigido se expresa en las grandes concentraciones: los estados mayores de los partidos hablan, las bases escuchan y aplauden.

A los trabajadores se les deja por lo menos el derecho a “participar”³⁵ en la gestión del aparato del Estado capitalista: participación en las cajas del seguro social, en los organismos de planificación, en la cogestión Estado-trabajadores de las empresas del área de propiedad social, etc.

En este sentido, cabe destacar que el acceso al gobierno de los partidos populares, si bien favorece la promoción de nuevos dirigentes, refuerza la burocracia obrera en tanto capa social. La actividad del movimiento obrero depende –salvo en sectores muy reducidos– del Estado capitalista, ahora dirigido por los partidos populares.

Hacia la diferenciación entre la Unidad Popular y el movimiento obrero

La lucha de la burguesía expresada bajo la forma de especulación, mercado negro, sabotaje de la producción, inflación, etc., así como el agotamiento de la política económica a corto plazo del gobierno, provocan la radicalización de las reivindicaciones de los trabajadores y el nacimiento de una izquierda obrera.

34– Labrousse, Alain (1972) *La experiencia chilena*. Barcelona–Méjico: Grijalbo. P. 321.

35– Castillo F. et al. op. cit. p. 25 et ss.; Labrousse (1972), p. 314 y ss.

Así, tanto el número de huelgas como el número de conflictos sociales aumenta en 1972. El contenido de las reivindicaciones también se modifica. En efecto, como los salarios de las empresas del área de propiedades social son más altos que los del sector privado, los trabajadores de este último comienzan a exigir el paso de las empresas privadas a esa área. La lucha por reivindicaciones “económicas” se transforma en la lucha por el control de las empresas. De esta manera, las movilizaciones de los trabajadores determinan la intervención gubernamental en 267 empresas, de las cuales sólo el 43% hacían parte del plan original del gobierno.

En estas condiciones, para los militantes de la base obrera de los partidos populares, la problemática se sitúa en un nivel distinto al habitual. Hasta ese momento, la cuestión era saber cómo aplicar la línea política del partido en el “frente de masas”. Ahora es cómo actuar para que sea el partido quien se adapte a la lucha de las bases obreras.

El partido que experimenta el impacto más fuerte de esta situación es el PS. Si bien su composición social no es diferente a la del PC, ese partido tiene una ideología menos sistematizada y menos articulada que la de este último, además que su organización real es también más débil. Todas estas condiciones, que favorecen al mismo tiempo la “politización” de sus militantes, lo vuelven incapaz de frenar la descentralización de la actividad política de los trabajadores que se opera a partir de 1972. Son los trabajadores del PS que se encontraban a la cabeza de las luchas en los años anteriores los que constituyen ahora el núcleo de la izquierda obrera. Ésta está constituida por los trabajadores que, sin haber roto sus lazos ideológicos y organizacionales con sus partidos, desarrollan una actividad política independiente. Para ellos, la respuesta práctica a la baja de los salarios reales se encuentra en la actividad misma del movimiento obrero.

El Cordón Industrial y la huelga patronal

Es en este contexto que nace el primer “Cordón Industrial” en Cerrillos, en la periferia industrial de Santiago, en junio de 1972. El “Cordón Industrial” es una organización de sindicatos con base territorial, agrupación que encuentra su origen en la dinámica señalada más arriba. Es necesario destacar que esta forma organizacional, producto del proceso de unificación interna de sectores de vanguardia del movimiento obrero, no se encuentra expresada en el programa de ningún partido obrero ni tampoco ninguno de estos la preconiza o genera.

El Cordón Industrial expresa:

–Primero, la unificación de los trabajadores de una misma unidad productiva, por encima de su calidad particular (obrero, empleado o técnico) o bajo la forma de unidad de acción del sindicato industrial y del sindicato profesional o bajo la forma de un sindicato único.

–Segundo, la unificación de los trabajadores de diferentes sectores productivos, lo que representa la unificación orgánica real de los trabajadores –más allá de la separación que les impone la división social del trabajo– con la posibilidad, por otro lado, de unificarse fuera de las federaciones sindicales a las cuales ellos están afiliados.

–En tercer lugar, unificación de los trabajadores por encima del capital que los explota. Los trabajadores de las grandes empresas, de las medianas y de las pequeñas –estos últimos, por lo general, no están sindicalizados– se reencuentran en el Cordón. La contestación no se encuentra sólo del lado de los trabajadores de las medianas y pequeñas empresas –los más

explotados– sino también de los trabajadores de las grandes empresas³⁶.

–En cuarto lugar, la unificación de lo “económico con lo político” en y por la lucha. El Cordón Industrial es un aparato que expresa tanto los aspectos políticos como los económico–corporativos de la lucha obrera. Estas características influyen a su vez la actividad de las bases, politizando aún más la actividad obrera.

–En quinto lugar, unificación de la teoría y de la práctica. Todas las ideas, maneras de percibir y de actuar de los trabajadores se ven confrontadas con una nueva realidad que es reconocida como producto de su propia actividad, toma de conciencia colectiva que determina nuevas luchas en un proceso incesante que encontrará su término solamente con la brutal intervención de las fuerzas armadas.

La constitución de los Cordones se generaliza a partir del paro patronal, financiado por la CIA y el gran capital. En efecto, en octubre 1972, la burguesía lanza la primera ofensiva generalizada para detener la movilización del movimiento obrero. La falta de una política de gobierno frente a este desafío –en otras palabras, su incapacidad para encontrar una salida institucional al conflicto– resitúa la lucha en los términos precisos en que está planteada, como enfrentamiento entre capital y trabajo.

A la huelga del capital que les impide su sobrevivencia como trabajadores, estos responden tomándose las fábricas y exigiendo su paso al Área de Propiedad Social. Durante algunas semanas, las fábricas marchan sin patrones ni gerentes.

36– Una versión diferente en la obra de Touraine, Alain (1973) *Vida y Muerte de Chile Popular: Diario sociológico, julio–septiembre 73*. Paris: Seuil; y en el artículo de H. Vega, “El desmoronamiento del Estado en Chile. Itinerario de una crisis 1970–1973”, en “Revue de l’Institut de Sociologie”, N° 1–2, 1981.

Esto condiciona la aceleración del proceso de unificación del movimiento obrero sobre la base de la normalización de las actividades productivas, proceso que se extiende a las actividades de distribución y comercialización de la producción. Cabe destacar que la iniciativa nace de la base obrera. La CUT, por su parte, no tiene capacidad de respuesta.

La experiencia del primer Cordón Industrial se extiende. El Cordón Industrial, expresión histórica del proceso de unificación de los sectores de vanguardia de los trabajadores industriales, aparece en ese momento como la superación del partido popular y del sindicato en un doble movimiento de afirmación y de negación de ambos.

Afirmación en la medida que es el sindicato quién se encuentra en la base del Cordón. Afirmación también puesto que es a través del Cordón Industrial que la clase obrera aparece abiertamente en la escena política como partido de clase, como aparato político a través del cual se expresa el movimiento obrero.

Negación en la medida en que el Cordón sobrepasa los límites de la acción sindical normal y en la medida que supera a los partidos políticos como expresión particular de la acción política de sectores de la clase obrera. Negación en la medida en que supera las diferencias que separan el partido del sindicato, reuniendo en un mismo aparato las funciones de ambos.

Pero, al mismo tiempo, el Cordón aparece como negación de los partidos y de los sindicatos como aparatos del Estado capitalista (en su sentido amplio) al constituirse en aparato portador de una ideología revolucionaria y en ejecutor de una práctica de impugnación y de transformación radicales.

La contraofensiva de los trabajadores derrota la ofensiva del capital. Pero, al mismo tiempo, la normalización de la economía permite la recuperación de los partidos populares, que presentan la victoria de los trabajadores sobre la burguesía como la victoria de los partidos de izquierda sobre los partidos de derecha.

Sin embargo, la derrota de la ofensiva patronal no significó una victoria para los trabajadores. Es el Estado el que aparece ahora como potencia suprema, como árbitro supremo: la función represiva del Estado se reactiva con la entrada de los generales al gabinete, se dicta la “Ley de Control de Armas y Explosivos”, se prohíbe ocupar las fábricas abandonadas por los patrones, se establece una nueva política de precios que disminuye el salario real de los trabajadores, etc., a fin de calmar a los representantes políticos de la burguesía y poder iniciar el “diálogo” con ellos. Es “la política” que se impone sobre lo “económico”, el Estado sobre la “sociedad civil”.

Esto constituye la causa del primer enfrentamiento entre los obreros de vanguardia y el gobierno de la Unidad Popular. Sin embargo, la proximidad de las elecciones parlamentarias desplaza los problemas de la lucha por el control de las fábricas a la lucha electoral.

Una vez que la lucha se plantea en términos electorales, los trabajadores no tienen dónde escoger: abstenerse o votar por la derecha es apoyar a los patrones. Luego, el único camino válido es votar por los partidos de izquierda y es lo que hacen. El alto porcentaje alcanzado por estos refuerza los aparatos partidarios; cada voto es interpretado como un apoyo activo a la política de cada uno de dichos partidos. Al mismo tiempo, esa alta votación –no habiendo sobrepasado la mayoría absoluta– cierra las posibilidades a una salida institucional para la crisis del sistema.

Los comienzos de la ruptura

En los días siguientes, es la lucha abierta entre las clases la que se impone por encima de la concertación y del compromiso.

El movimiento obrero continúa en su dinámica. Su ruptura comienza a esbozarse a partir de la ola de huelgas de abril de 1973. Los partidos de la UP adoptan una política hostil frente a esos conflictos que escapan a su control. Los partidos, sobre todo el PC, acusan a esos movimientos de “economismo” y de “espontaneísmo” y exigen a los Cordones Industriales someterse a la CUT.

Es en esos momentos que los trabajadores de la mina de cobre “El Teniente” desencadenan una huelga que cuenta, por lo menos en sus comienzos, con el apoyo de todos los trabajadores. Cinco días más tarde, la Unidad Popular comienza a criticar a los huelguistas y ordena a sus militantes volver al trabajo. Sólo algunos pequeños partidos (Unión Socialista Popular, Partido Comunista Revolucionario) y sectores autónomos apoyan, a partir de posiciones de izquierda, a los huelguistas, afirmando que si el gobierno está verdaderamente dispuesto a arrebatar la plusvalía a los capitalistas y a redistribuir el ingreso nacional en beneficio de los trabajadores –como lo afirma el gobierno en el proyecto de aumento salarial propuesto para su aprobación en el Congreso– debe apoyar las reivindicaciones de los sectores obreros que han sido tradicionalmente los más combativos y extender el movimiento reivindicativo al resto del movimiento obrero. Los partidos populares, por su parte, actúan en el sentido inverso, condenando la huelga de los mineros. Incluso la intervención del Presidente Allende al intentar dar una solución al conflicto es condenada por los comités centrales del PC y del PS³⁷.

37– Garcés, Joan (1976) *Allende y la Experiencia Chilena*. Barcelona: Ariel. P. 54.

Después de 30 días de huelga, la burguesía comienza a utilizar el conflicto para sus propios objetivos. Los trabajadores del cobre, tradicionalmente portadores de una ideología sindicalista y viendo a sus sindicatos amenazados por la UP, se ven apoyados por la burguesía y, en buenas cuentas, lanzados en brazos de ésta. Cabe recordar que los trabajadores del cobre han constituido, a partir de los años 30, uno de los componentes esenciales de la vanguardia del movimiento obrero en razón de la estructura misma del capitalismo dependiente chileno que hace girar todas las relaciones sociales alrededor de las grandes minas de cobre. En la práctica, el aislamiento geográfico de estos trabajadores ha jugado en contra de la alianza con los trabajadores de las grandes ciudades. La política de la Unidad Popular acentúa esta separación transformándola en escisión. La diferencia se transforma en antagonismo. El movimiento obrero aparece así quebrado, lo que agrava el desmenuzamiento de la vanguardia en mil combates y lugares diferentes. La experiencia colectiva de los trabajadores se encuentra así despedazada, desperdigada.

Sin embargo, pese a esas condiciones, los trabajadores industriales, ante el intento de Golpe de Estado del 29 de junio, ocupan una vez más las fábricas. La CUT, por su parte, aparece inmovilizada. En ese contexto, el Cordón Industrial parece ser la única organización capaz de asegurar la dirección del movimiento obrero.

A partir de entonces, el gobierno no tiene más política. Los partidos son desbordados por la lucha de clases. Sin embargo, continuarán intentando reducir los conflictos al nivel institucional, político, justo cuando lo esencial de la lucha se produce a nivel "económico". En efecto, en agosto de 1973, por primera vez en la historia de sus luchas, los trabajadores del cobre presentan un pliego único de aumento de salarios. Los sindicatos textiles y de la construcción de Santiago presentan

demandas del mismo tipo. 1500 pliegos similares serían presentados en octubre a través de los Cordones Industriales.

Los partidos populares, como aparatos de representación popular, no se preocupan en absoluto de esta faceta de la lucha, estando más interesados en discutir sobre la oportunidad del “diálogo” con la DC.

Estos partidos materializan y condensan, en el campo de la política, las relaciones de clase instituidas durante la larga fase de acumulación capitalista que se inicia en los años 20. A partir del momento que las condiciones de producción del capital cambian –producto de su propia crisis y de la actividad del movimiento obrero– cambiando con ellas las formas y las luchas de clases, las relaciones movimiento obrero–partidos populares experimentan transformaciones importantes.

Los partidos populares, autodefinidos como la conciencia y la dirección del movimiento obrero, se muestran incapaces de historizar su propia práctica. Para ellos, los trabajadores tienen necesidad de un partido que los dirija y al cual deben obediencia, disciplina y devoción. Según sus concepciones, la clase obrera tiene exactamente el mismo rol que le ha asignado la burguesía: la de simple clase definida por su situación en la estructura económica. Este *ethos* burocrático se impone hasta el último momento. De esta manera, al término de este período aparece con nitidez la incapacidad de dichos aparatos para asumir el nuevo nivel y contenido de la “consciencia de clase” de los trabajadores, así como la dirección del movimiento obrero.

Después de haber allanado las industrias, de haber torturado a los marineros constitucionalistas, masacrado a mapuches y campesinos en el sur y de mantener bajo control, durante varias semanas, una decena de provincias, los militares derrocan al gobierno constitucional de la República.

El 11 de septiembre de 1973, el Estado democrático parlamentario en el que han nacido, desarrollado e integrado los partidos populares, se hunde. El hundimiento de esta forma de Estado capitalista expresa el derrumbe de las relaciones de clase materializadas y cristalizadas en este tipo de Estado. Gracias al Golpe de Estado, la burguesía puede resolver el problema de la dirección política de la sociedad, al mismo tiempo que obtener la fuerza militar suficiente para aplastar a los trabajadores. La entrada del capitalismo dependiente chileno en una nueva fase de acumulación del capital necesita la represión permanente y cada vez mayor en contra de los trabajadores, represión ejercida por las fuerzas armadas, transformadas en el representante político supremo de la burguesía internacionalizada.

La victoria de las fuerzas armadas es el fracaso y la derrota de los partidos populares. Al mismo tiempo, el triunfo del “orden burgués” es la derrota del movimiento obrero. Aunque se trata de dos movimientos diferentes tienen el mismo resultado. En efecto, la derrota del movimiento obrero no es otra cosa que la desaparición brusca de todas las condiciones que hasta entonces habían permitido la producción de las luchas de los trabajadores. El Golpe de Estado burgués permite a la burguesía actuar sobre las dimensiones cuantitativas de la fuerza de trabajo (despidos generalizados, aumento de la duración de la jornada de trabajo, etc.), sobre las conquistas de los trabajadores, etc., es decir, sobre todos los factores que habían condicionado el desarrollo de la autonomía obrera. El “trabajo” de los militares será terminado de esta manera por la reestructuración del capitalismo.

Al ser brutalmente eliminadas las condiciones históricas que habían posibilitado la autonomía política e ideológica de los trabajadores son eliminados también los Cordones Industriales, expresión de esa autonomía.

Los partidos populares, expresión de la división social del trabajo, podrán, sin embargo, continuar “dirigiendo” al menos sobre el papel, tropas que no existen más y luchas que sólo existen en las cabezas de los dirigentes.

Bruselas, mayo de 1981



LA CRISIS DEL MILITANTISMO³⁸



38- Mimeografiado en Halle, julio de 1981. [N. del E.]

Desde fines del último decenio y en diversas latitudes se asiste a un cierto decaimiento de las organizaciones de izquierda y de trabajadores. Los partidos de izquierda parecen perder fuerzas en tanto que los sindicatos pierden afiliados en una sangría intermitente. La izquierda tradicional, la izquierda constituida por partidos de clase y sindicatos parece descender cada vez más por la pendiente.

Cuando se nos pregunta por Chile, la respuesta se la da el mismo que nos interpela: es “normal” que eso ocurra bajo una dictadura como la chilena ya que los partidos de izquierda han sido prohibidos, reprimidos y los sindicatos reducidos a su más mínima expresión.

En efecto, hasta el Golpe de Estado del 11 de setiembre de 1973 los partidos de izquierda eran grandes partidos de masas. A diferencia de los partidos de derecha, constituidos sobre todo por “notables”, por sus parlamentarios y por una clientela electoral mantenida en base a algunas prebendas, los partidos de izquierda estaban conformados por militantes que no se limitaban solamente a dar su voto a los candidatos propuestos sino que se implicaban, entre otras tareas, en propagandizar los planteamientos de la organización respectiva, en desarrollar la lucha de los sectores sociales en los que estaban insertos, educar políticamente a las “masas”, organizarlas, movilizarlas, etc.

El Golpe Militar terminó con toda actividad política de masas y con ella, con la actividad militante. Los militantes de izquierda o simplemente militantes “sociales”, fueron ferozmente reprimidos, detenidos, torturados, ejecutados o desaparecidos, obligados al exilio, despedidos de sus empleos. Al primer momento de represión masiva siguió un período de represión selectiva orientada esta vez en contra de los sobrevivientes y de los pequeños focos de resistencia que aún se mantenían. Recién en 1979 una débil actividad militante comienza a hacerse evidente. Sin embargo, en el caso del PS, la división que experimentara en el exterior acentuó los problemas que se vivían en el interior. Por otra parte, a partir del plebiscito convocado por la Dictadura Militar para ratificar la nueva Constitución, las posturas de las diversas organizaciones de izquierda tanto en el “interior” como en el exterior experimentaron diversas transformaciones lo que acentuó las divisiones internas como las políticas de alianzas.

En el “exterior” asistimos a la deserción, si no masiva, por lo menos bastante importante de militantes de la izquierda. En algunos partidos, las antiguas tendencias y fracciones han terminado por generar nuevas organizaciones; en otros casos, como en el PC, son las deserciones individuales las que predominan. Sin embargo, cualquiera sea la modalidad de la desintegración, el hecho que se constata es que un gran número de militantes hace abandono de las filas de sus organizaciones partidarias. Como al mismo tiempo constatamos que este vaciamiento de sus afiliados afecta también a los partidos y organizaciones de izquierda de diferentes latitudes –tanto en aquellos países en que ha habido una fuerte represión como en otros en que no se ha evidenciado tal cosa– estimamos que atribuir esta situación, como lo hacen las burocracias de todos los pelajes, a un simple efecto de la represión o a la “descomposición moral”, “natural después de todo período de derrota”, es quedarse en la superficie del

problema. Parece necesario buscar los factores determinantes del éxodo de militantes en otro plano.

Por nuestra parte estimamos que, en lo que se refiere a la izquierda chilena, la base de la crisis organizacional se encuentra en las transformaciones sufridas por el movimiento obrero en este período. Éste ya no es el mismo que el de los años 60, producto de las transformaciones que ha experimentado el capitalismo a nivel mundial. Las relaciones entre movimiento obrero, clases sociales, Estado, política, partidos políticos se han visto modificadas profundamente. Esto ha implicado la crisis de todos y de cada uno de ellos. Desde este punto de vista, la “crisis del militantismo” –que puede ser comparada a una verdadera “crisis de vocaciones”– aparece directamente ligada a la “crisis de la izquierda”. De este modo, esta última es la expresión, en el plano político, de la crisis del movimiento obrero tradicional, movimiento que se veía “representado” política e ideológicamente por los partidos de esa izquierda, en los que delegaba su capacidad política y a los que confiaba su organización y educación.

La crítica a las formas tradicionales de lucha permitirá explorar las nuevas formas de militancia generadas al calor de las luchas de los años 68 al 73, caracterizadas por una profunda participación de la base y, lo que es lo mismo, por la masificación de la toma de decisiones. Es en esta perspectiva crítica que se pretende en las líneas siguientes examinar las formas y las concepciones que orientaban el quehacer militante en los años en cuestión, formas y concepciones que ya en esos años se constituyeron en una traba para el desarrollo del movimiento obrero, justamente en razón de la generalización y la masificación de las luchas. Si ello era así entonces, con mayor razón lo es ahora, en que las circunstancias han cambiado radicalmente, obligando a una participación lo más amplia posible de cada trabajador. El lograr esta participación activa

de todos y de cada uno de los miembros de la clase trabajadora en el accionar colectivo constituiría en sí mismo un triunfo de primera importancia sobre todo si se considera que uno de los objetivos centrales de la Dictadura Militar es la despolitización de la vida social.

Militantes y militantismo

El desarrollo de la lucha obrera ha visto generarse una figura de luchador social particular: el militante. Sobre la imagen del militante obrero se han calcado posteriormente otras formas de militantismo: por los derechos civiles, por la igualdad sexual, por la defensa del medio, etc.

De esta manera, por militante se entiende hoy, en el lenguaje corriente, el adherente a una organización política, sindical o social que participa activamente en la vida de ella. De manera más precisa, militante es la persona que actúa por una causa, por un ideal. El militante se caracteriza por su compromiso con esa causa y por el carácter permanente de su actividad. Más allá de la mera adhesión formal o la simple afiliación a una organización la militancia implica la participación activa en ella. El militantismo es una actividad libre y voluntaria. En los años 60 el o la militante ocupa todo (o gran parte de) su tiempo y energía en luchar por la “causa” o la “revolución”. Esta es su “razón de vida”.

El militantismo es una actividad libre: militando expreso mi libertad. El militantismo surge de un rechazo a las condiciones actuales de existencia. El militante cree posible “cambiar la vida” y estima necesario invitar a otros seres humanos a luchar por el cambio³⁹. El militante lucha y procura ampliar al máximo el círculo de los que luchan. La actividad por el cam-

39– Bourdet, Yves (1976) *Qu'est-ce qui fait courir les militants?* París: Stock. P. 121.

bio es una actividad esencialmente colectiva. Para los luchadores obreros lo esencial es que sea toda la clase trabajadora la que se movilice y luche por transformar sus condiciones de vida.

Para ello se necesita una voluntad, un deseo de transformar las cosas. Es evidente que, sin ese deseo, sin esa voluntad de transformar las cosas, el cambio no se produce. De lo que se trata es que sea la inmensa mayoría de los trabajadores y no solo unos pocos los que experimenten ese deseo y esa voluntad de transformación. El problema central a resolver por el militante es cómo formar esa voluntad colectiva de transformación. La descentralización de la actividad política, la asunción de una enorme cantidad de tareas sociales por la inmensa mayoría de los trabajadores en los años precitados muestra que el enunciado anterior es más que un piadoso deseo y que puede nuevamente ser realidad.

El militante no es ni un ser extraordinario ni especial. Es un producto histórico (a la vez que productor de la historia, como todos los otros humanos). Como producto histórico, los tipos de militantes cambian con el desarrollo de la lucha de la clase obrera y del pueblo: agitadores, propagandistas, guerrilleros, funcionarios de la organización, parlamentarios, etc. Todos ellos constituyen otras tantas expresiones de un mismo proceso: la promoción por la clase trabajadora de los elementos más activos (o de aquellos provenientes de otras clases que se comprometen con la lucha obrera y popular). Este proceso de promoción, sin embargo, presenta varios inconvenientes.

En primer lugar, la separación de la minoría activa de la gran mayoría de la clase, separación que puede llegar a transformarse en una verdadera ruptura. En una primera etapa, esa ruptura se sitúa en términos de actividad (léase de “compro-

miso”), entre los que son más activos y los menos activos o los completamente “pasivos” o indiferentes, entre los “comprometidos” y los “no-comprometidos”. En un segundo momento, esos militantes se transforman en “especialistas de la causa”. Son ellos “los que saben” en relación a los otros, “los-que-no-saben”. Es en “los-que-saben” en quienes se deposita la confianza, la esperanza en la redención de la clase. Es en este proceso en que comienza a perfilarse la figura del “intelectual revolucionario”.

Sin embargo, la diferencia no es aún tajante en el seno de la clase. Más bien podría hablarse de una escala jerárquica con sus grados y subgrados de “saber” y de “compromiso”, sobre todo éste último. Esta diferencia jerárquica se expresa claramente en la mayoría de los partidos “leninistas” en los que existe una verdadera pirámide jerárquica, casi feudal: en la cúspide, el Secretario General, más abajo la Comisión Política, después los miembros del Comité Central, y más abajo, los respectivos miembros de las direcciones regionales, comunales, locales y en la base, militantes, aspirantes, simpatizantes, “amigos”, etc. Cada círculo condensa niveles distintos de “compromiso” y de “saber”, de derechos y deberes y obligaciones.

Lo esencial, sin embargo, es que a la primera división del trabajo entre “activos” y “pasivos” sucede una segunda división que hace pensar en la división entre trabajo manual y trabajo intelectual. Es a partir de esa noción de “compromiso” y de “saber” que se legitima la función de dirección de la clase. Los “más comprometidos” y “los-que-más-saben” asumen el trabajo de dirección de la lucha. La gran mayoría asume el papel de ejecutante de las tareas que la dirección le encomienda. Se crean así las condiciones para que se reproduzcan en el movimiento obrero los mismos esquemas de dominación que existen en la sociedad burguesa.

Una tercera división de la lucha obrera y popular se da cuando esta se escinde en lucha económica y lucha política. En términos de organización, ello se traduce en la formación del partido, ocupado de la lucha política de la clase obrera, y del sindicato, ocupado de la lucha económica. Completado el círculo, estas diferentes posiciones pueden llegar a transformarse en posiciones de poder/obediencia, de mando, de unos sobre otros, de poder sobre los otros. Este proceso de reproducción de las formas de dominación burguesa no constituye el resultado natural e inevitable de la lucha obrera. Es, por el contrario, el resultado de las derrotas de la lucha o el producto de la integración del movimiento obrero en el sistema como simple apéndice del capital.

En Chile, el proceso anterior se produce, a grosso modo, de la manera siguiente:

- 1-** Luchas de masas a fines del siglo XIX y aparición de los primeros grupos de militantes revolucionarios (primeros grupos socialistas y anarquistas).
- 2-** Constitución de una capa de “revolucionarios profesionales” a comienzos de siglo (Recabarren, Hidalgo, Sepúlveda Leal, etc.) los que actúan como verdaderos “tribunos populares” y como “educadores de la masa”.
- 3-** Correlativamente, la actividad del movimiento obrero se escinde en una actividad sindical (las mancomunales) y una actividad partidaria (Partido Obrero Socialista), fenómeno que se cristaliza en los años 30 cuando la separación entre la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCh) y los partidos socialista y comunista queda claramente instituida.

4- Es a partir de esos años, y en función de los cambios que sufre el Estado chileno y de las derrotas del movimiento obrero, que el predominio de los partidos sobre éste se acrecienta. Son estos los que van a constituir el punto de referencia de la lucha social (y no otras instituciones como el Estado en el Brasil, la figura carismática de Perón en Argentina o la Iglesia en otras latitudes). Estos partidos aparecen como los “representantes políticos y literarios”, para retomar la expresión de Marx, de la clase obrera, como sus dirigentes, sus maestros y educadores.

Otro hecho a destacar es el ingreso de sectores provenientes de otras clases sociales en los movimientos sociales obreros durante los años en cuestión (Contreras Labarca, Grove, Schnake, Matte, por citar algunos). Por otra parte, en razón de la misma estructura de clases de la sociedad chilena se integran a las filas de esos movimientos otros sectores populares. De aquí entonces que los partidos que representan a la clase obrera aparezcan desde sus primeros años de vida como “partidos populares” antes que como “partidos obreros” (lo que es más cierto del PS que del PC). A esta heterogeneidad social –que se expresa sobre todo a nivel de las direcciones nacionales, mientras la base continúa siendo mayoritariamente obrera– se agrega la heterogeneidad ideológica (si bien es cierto que el PC deberá esperar hasta los años del Frente Popular para lograr la homogeneidad ideológica que le caracterizará hasta el momento actual), aunque casi en ninguno de los casos se pierde la referencia a “la clase”.

Vale la pena destacar asimismo que estos partidos se presentan desde su nacimiento como la “dirección de la clase” obrera. De aquí que los otros órganos de lucha creados por los trabajadores (sindicatos, Cordones Industriales, comités de pobladores, etc.) sean vistos por esos partidos como la simple correa de transmisión de lo que el Partido decide. En ca-

En los extremos se llega a formas abiertas de sustitucionismo: se pone al Partido en lugar de la clase. En otros momentos se identifica pura y simplemente la clase con el Partido: éste es la clase o, lo que es lo mismo, la clase es el Partido. Los trabajadores que no están con el Partido o “no tienen conciencia de clase”, simplemente “desclasados”, o son “burgueses” o “pequeñoburgueses”. La clase obrera desaparece como clase social, puesto que los obreros serían tales sólo cuando estén detrás del programa del partido. Ello constituye, sin duda alguna, una forma extrema, pero no por ello menos frecuente de sustitución de la clase por el Partido.

Es en las condiciones citadas que se ha desarrollado en Chile un tipo de militante que aparece marcado por las características siguientes:

- 1-** Representante del pueblo, “voz de los que no tienen voz”, portavoz oficioso de la mayoría. El militante aparece como un verdadero tribuno popular.
- 2-** Organizador y dirigente de masas.
- 3-** Educador de las masas.
- 4-** Agitador y movilizador de las masas.

Esta actividad militante ha sido necesaria e imprescindible, sin la cual el movimiento social de los trabajadores no habría podido desarrollarse como se desarrolló, con sus contradicciones, avances y retrocesos, creando una coyuntura política de alcance mundial. Pero, al mismo tiempo, muestra los límites históricos de esa forma específica de militancia.

Desde el punto de vista del contenido de la actividad militante, esta aparece marcada por el legalismo y por el electo-

ralismo. En efecto, un elemento importante de la actividad política son las elecciones propias a un Estado democrático parlamentario. La actividad política se expresa en la dictación de leyes de carácter más o menos universal. La legitimidad del sistema es salvada gracias a la participación electoral de las masas. Este marco socio-jurídico es absolutamente distinto del existente en la Rusia zarista de comienzos de siglo. Ello tal vez explique el escaso desarrollo en Chile de organizaciones basadas en la militancia clandestina y en el modelo estricto del “revolucionario profesional” teorizado por Lenin o en los modelos tomados de las organizaciones que surgen en Europa bajo la ocupación nazi. La mayoría de las organizaciones de la izquierda chilena recién hace su aprendizaje de la clandestinidad sólo bajo la Dictadura Militar⁴⁰. En el marco político reseñado, la adopción del leninismo por parte de las organizaciones de izquierda aparece como algo puramente formal, por lo menos hasta 1973, aunque no por ello menos real, habiendo poco contribuido a formar una mentalidad militante más abierta a utilizar otras formas de lucha que las tradicionales

En las condiciones señaladas más arriba es lógico que la actividad militante aparezca como actividad “exterior” a la clase. El militante es una persona que está por sobre la clase o fuera de ella. La “masa” es vista como simple campo de batalla electoral o como simple masa movilizable detrás de las consignas del Partido, pero jamás como sujeto social con actividad propia. En la práctica y en la teoría de la izquierda, los obreros serían incapaces de desarrollar por sí mismos un movimiento revolucionario. Sea en la variante parlamentarista, sea en la variante “revolucionaria”, los obreros son vistos como simple masa a ser dirigida.

40- El PC debe vivir en la clandestinidad bajo Ibáñez (1927-1931), Dávila y Blanche (1932), González Videla (1947-1952). Sectores del socialismo son perseguidos bajo González Videla (1947), mientras que el MIR pasa ya a la clandestinidad bajo Frei en 1969.

La concepción más desarrollada en este sentido es la concepción leninista. Puede aparecer como paradójal referirse a esta concepción dado que las condiciones de su elaboración son, como señalamos más arriba y ha sido destacado en numerosas ocasiones, radicalmente distintas a las de Chile en los últimos decenios. La única explicación para este hecho parece encontrarse en el rol hegemónico del PC en el movimiento obrero. Es este partido quien aparece como la referencia central de la izquierda chilena, cualesquiera sean las simpatías que se experimente o no por éste. Pero, ello contrasta con el hecho de que este partido, en general y hasta donde sabemos, no se ha declarado “partido de vanguardia” y que, a lo que más ha llegado es a sostener que es el “partido de la clase obrera”, lo que le ha dado mejores resultados que a los grupos que se autocalifican como “partido de vanguardia”. Fórmula esta última corriente en partidos como el PS, el MIR, el PCR o los grupos trotskistas. De todos modos, la referencia a Lenin es infaltable en todos los casos. De aquí la necesidad de analizar en grandes líneas la concepción leninista de la militancia.

La concepción leninista del militantismo

Para Lenin, el militante revolucionario es, en primer lugar, un tribuno popular y, en segundo lugar, un revolucionario profesional.

El ideal del socialdemócrata es *“el tribuno popular, que sabe reaccionar ante toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea el sector o la clase social a que afecte; que sabe sintetizar todas estas manifestaciones en un cuadro único de la brutalidad policíaca y de la explotación capitalista; que sabe aprovechar el hecho más pequeño para exponer ante todos sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar a todos y a*

cada uno la importancia histórica universal de la lucha emancipadora del proletariado”⁴¹. Este tribuno popular debe “*ir a todas las clases sociales de la población como propagandista, como agitador y como organizador*”⁴².

La actividad política así se dirige no sólo a la clase obrera, sino que a todas las clases de la sociedad. Ello se fundamenta en que la actividad política esencial de los revolucionarios es la lucha por la democracia: “*Debemos exponer y recalcar ante todo el pueblo los objetivos democráticos generales, sin ocultar en ningún momento nuestras convicciones socialistas. No es socialdemócrata quien olvida en la práctica que su deber consiste en ser el primero en plantear, acentuar y resolver todo problema democrático general*”⁴³. De aquí que si se quiere ser “*demócrata avanzado*” hay que “*incitar a quienes estén descontentos... a pensar que es malo todo el régimen político. Nosotros debemos asumir la tarea de organizar la lucha política bajo la dirección de nuestro partido, en forma tan múltiple que todos los sectores de oposición puedan prestar, y presten de verdad, a esta lucha y a este partido, la ayuda que pueda. Nosotros debemos hacer de los militantes socialdemócratas dedicados a la labor práctica, líderes políticos que sepan dirigir todas las manifestaciones de esta lucha múltiple*”⁴⁴.

La acentuación de la labor dirigente del partido es clara. El militante del partido es un tribuno popular que de esta manera puede erigirse en conductor y dirigente de la clase. Ello es más evidente cuando enuncia las tareas a realizar: “*el papel de la socialdemocracia consiste en ser ‘el espíritu’ que no sólo se cierne sobre el movimiento espontáneo, sino que (además)*

41- Lenin, Vladimir (1975) *¿Qué hacer?* en *Obras escogidas*, en 12 tomos. Moscú: Progreso. T. II. P. 77.

42- *Ibíd.*, P. 79.

43- *Ibíd.*, P. 80.

44- *Ibíd.*, P. 88.

eleva este último al nivel de su programa”⁴⁵. Para lograr esta “elevación”, el partido debe “revelar a la clase obrera la oposición y el antagonismo existente entre sus intereses y los de la burguesía”⁴⁶ como si los obreros fueran incapaces de percibir por sí mismos que son explotados. El Partido está así en una situación de superioridad frente a la clase a la que debe “elevar”.

Más adelante, Lenin cambia de registro y habla de “dar educación política a los obreros”. Lo que no dice es cómo el educador ha sido educado⁴⁷ ni por quién. En la perspectiva de Lenin, la política es una cuestión de pedagogía. Una vez más, la relación es de “superioridad”: el Partido es el profesor; las masas, los alumnos. Esta enseñanza no puede hacerse, sino que desde “el exterior de la esfera de las relaciones de producción, del exterior de la lucha económica”. La idea de la exterioridad es así consubstancial a la teoría leninista de la lucha revolucionaria y a su concepción de la relación entre Partido–masas. Es el partido quien induce la lucha, quien enseña a luchar, quien determina las modalidades y objetivos. Los obreros no tienen más que seguirle.

Para todo ello se necesita “revolucionarios profesionales”, es decir “hombres que hacen de las actividades revolucionarias su profesión (...) que tienen preparación profesional en el arte de luchar en contra de la policía política”⁴⁸, dedicados de manera especial y por entero a la acción socialdemócrata⁴⁹. La organización partidaria tiene “el deber de ayudar a todo obrero que se distinga por su capacidad para convertirse en agitador, orga-

45– *Ibíd.*, P. 49.

46– *Ibíd.*, P. 15.

47– Reproche que cabría hacer desde las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx. Ver en particular III Tesis.

48– Lenin, *op. cit.*, P. 120

49– *Ibíd.*, P. 122.

*nizador, propagandista, distribuidor, etc. en profesional*⁵⁰. *Un agitador obrero que tenga algún talento y ‘prometa’, no debe trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglarlo de manera que viva de los fondos del partido, que pueda pasar a la clandestinidad en el momento preciso, que cambie de lugar de acción, pues de otro modo no adquiriría gran experiencia, no ampliaría su horizonte, no podría sostenerse ni siquiera varios días en la lucha en contra de los gendarmes*⁵¹. En otros términos, el obrero que se “destaque”, es decir, que se intelectualice, debe ser alejado de su medio para que se integre a los intelectuales “revolucionarios”. El militante obrero debe así romper los lazos directos que lo atan como un cordón umbilical a su clase. En esta perspectiva ¿no cabría preguntarse si el partido no constituye un modo de ruptura del obrero con su clase, ruptura que se encuentra en la base de la burocratización posterior vivida en los procesos revolucionarios conocidos?

Los fundamentos de la concepción leninista del militante

La concepción leninista del militante se asienta sobre dos bases principales: en primer lugar, la separación metafísica entre vanguardia y masas y, en segundo lugar, en la separación entre lo económico y lo político.

a) La separación entre vanguardia y masas

La separación metafísica entre vanguardia y masas es la expresión en el campo obrero de la teoría de la separación entre dirigentes y dirigidos, propia a toda sociedad de clases⁵². En

50- *Ibíd.*, P. 128.

51- *Ibíd.*, P. 129.

52- No deja de llamar la atención que la teoría vanguardista de Lenin sea contemporánea de la teoría elitista de Wilfredo Pareto y de la teoría de la “ley de bronce de la oligarquía” partidaria de R. Michels.

la concepción del mundo de las clases dominantes siempre han existido, existen y existirán dirigentes y dirigidos, siempre habrá unos que realizan el trabajo de dirección y otros el de ejecución, unos que piensan y otros que ejecutan lo pensado por los primeros. Según esta concepción esta división del trabajo se origina en cualidades “naturales” propias de cada uno de los sectores.

Quien teoriza de manera más precisa esta concepción es el “renegado” Kautsky. Lo que es original en el pensamiento de éste y de su discípulo Lenin es que esta división encuentra su fundamentación en la teoría de la importación de la conciencia socialista en el seno del movimiento obrero.

Para Lenin (como para su maestro Kautsky de quien copia el esquema de análisis) los proletarios son incapaces de liberarse por sí mismos. Necesitan que la conciencia socialista les sea traída desde el exterior del movimiento obrero por los intelectuales revolucionarios. Son estos quienes han elaborado la doctrina socialista. Los obreros no tienen más que aprender esta teoría para adquirir “conciencia de clase”. La conciencia socialista es importada desde el exterior: *“La historia de todos los países demuestra que la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas sólo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar en contra de los patrones, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. De igual modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independiente por completo del crecimiento espontáneo*

del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e ineludible del desarrollo del pensamiento entre intelectuales revolucionarios socialistas"⁵³.

Así, para Lenin la teoría socialista habría tenido un desarrollo independiente de las luchas de clases, desarrollándose como teoría "pura", separada de la praxis proletaria, con lo cual vuelve a las posiciones del idealismo burgués. La teoría socialista no sería, sino que el puro producto de la elaboración de los intelectuales burgueses y no la sistematización y la generalización de la práctica revolucionaria del movimiento obrero.

Es dentro de esta perspectiva fundamentalmente burguesa que, para Lenin, la teoría sea la causa y la condición necesaria y esencial de la lucha: "*Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario*"⁵⁴. El movimiento obrero sería un derivado de la teoría, una mera "aplicación" de ésta. De aquí entonces que "*sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia*"⁵⁵. La consecuencia lógica es que son los "intelectuales revolucionarios" (de origen burgués), poseedores de la "teoría revolucionaria", los que deben dirigir el movimiento obrero: para Kautsky como para Lenin, la emancipación de los trabajadores no será obra de los trabajadores mismos como lo expresaba la Primera Internacional, sino que obra de los intelectuales revolucionarios.

Como la única teoría verdaderamente revolucionaria es la teoría socialdemócrata, el movimiento obrero, para hacerse revolucionario, debe hacerse socialdemócrata, es decir, aprender de los intelectuales revolucionarios la teoría social-

53- Lenin, op cit., P. 28.

54- Ibid., P. 22.

55- Ibid., P. 23.

demócrata elaborada por estos últimos. El criterio de verdad no son las luchas de los trabajadores, sino que las disquisiciones de los intelectuales revolucionarios. De aquí entonces que la lucha de clases aparezca en la obra de Lenin como una lucha entre ideologías: “*el problema se plantea solamente así: ideología burguesa o ideología socialista*”⁵⁶.

Para Lenin, “*la lucha espontánea del proletariado no se convertirá en verdadera lucha de clases mientras no esté dirigida por una fuerte organización de revolucionarios*”. Es decir, el criterio para determinar si la lucha proletaria es o no lucha de clases es la existencia o no de una organización de intelectuales burgueses o pequeño-burgueses que la dirijan. Como es el partido socialdemócrata quien debe dirigir la lucha, las organizaciones de masas⁵⁷ deben subordinarse siempre a éste: Lenin se declara enemigo de la autonomía obrera y de la acción independiente de las masas. Muy por el contrario, esa autonomía constituye a sus ojos una expresión de la ideología burguesa. Al afirmar la primacía del partido sobre el movimiento social de los obreros, Lenin se sitúa en una perspectiva elitista y partidarista de la lucha de clases; esta última se reduce para él a una simple lucha de partidos.

b) La separación entre política y economía

Lenin parte del supuesto de la separación radical entre lo económico y lo político: “*Del hecho de que los intereses económicos desempeñen un papel decisivo en modo alguno se deduce que la lucha económica [léase “sindical”] tenga una importancia primordial, pues los intereses más esenciales y decisivos de las clases pueden satisfacerse en general únicamente por medio de transformaciones políticas radicales; en particular, el interés económico fundamental del proletariado sólo puede benefi-*

56- *Ibíd.*, P. 97.

57- *Ibíd.*, P. 31.

*ciarse por medio de una revolución política que sustituya la dictadura de la burguesía por la dictadura del proletariado*⁵⁸. Lo único que parece importar es la conquista del poder central del Estado, la “revolución desde arriba”. En cambio, “el látigo del capital”, la opresión cotidiana en el proceso mismo de producción no parecen estar presentes en el pensamiento de Lenin, como tampoco la lucha de clase (lucha económica, política e ideológica a la vez) que se realiza en cada punto de la cadena de producción, en cada fábrica, mina, escuela u otro.

A partir de este supuesto, Lenin analiza las distintas expresiones de lucha.

1- Las huelgas de los años 90 en la Rusia zarista “*eran más que una lucha, una manifestación de desesperación y de vergüenza*”. Hay destellos de “conciencia” que “*representaban embriones de lucha de clases (...)* Aquellas huelgas eran en el fondo *lucha tradeunionista, aún no eran lucha socialdemócrata*”. Para Lenin, hay *lucha socialdemócrata* sólo cuando hay “*conciencia socialdemócrata*”, es decir, “*conciencia de la oposición inconciliable entre sus intereses*” [los de los obreros] y *todo el régimen político y social contemporáneo*⁵⁹. La *lucha huelguística* “*es lucha economicista; la lucha contra la autocracia zarista es política*”. La *lucha democrática* tiene para Lenin un carácter general, la *lucha obrera* en cambio, un carácter particular. En este punto como en otros, Lenin se aparta de Marx, para quien la *lucha obrera* tenía un carácter universal⁶⁰. La *lucha democrática* y la *lucha obrera* son exteriores la una a la otra. De aquí entonces que para Lenin sea necesaria unirlas a través del partido⁶¹, asegurando la dirección de la concien-

58- *Ibíd.*, P. 43, nota.

59- *Ibíd.*, P. 27.

60- Cf. Marx, K. *Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*.

61- Lenin, *op. cit.*, P. 29.

cia sobre la espontaneidad⁶². Confundiendo espontaneidad con automatismo, Lenin afirma que *“el desarrollo espontáneo del movimiento obrero marcha precisamente hacia la subordinación suya a la ideología burguesa”*⁶³. De aquí que sostenga que *“la política tradeunionista de la clase obrera no es otra cosa que la política burguesa de la clase obrera”*⁶⁴.

La lucha económica es necesariamente tradeunionista aunque *“es muy frecuente que la lucha económica de los obreros está ligada (si bien de modo inseparable) a la política burguesa, clerical, etc.”*⁶⁵. En otros términos, si la lucha de los trabajadores no está dirigida por la socialdemocracia será o puramente *“economicista”* o será un simple vagón de cola de la burguesía o del clero: los trabajadores son para Lenin incapaces de elaborar su propia política.

2- De aquí entonces que distinga entre política tradeunionista (*“la aspiración común de todos los obreros de arrancar al Estado tales o cuales medidas contra las calamidades propias de su situación, pero que no acaban aún con esa situación, o sea que no suprimen el sometimiento del trabajo al capital”*) y política socialdemócrata. Las luchas tradeunionistas (luchas huelguísticas) sólo atañen a las relaciones de los obreros de un oficio determinado con sus patrones respectivos. De aquí entonces que la socialdemocracia deba dirigir a la clase obrera en vistas *“a destruir el régimen social que obliga a los desposeídos a venderse a los ricos”* y agrega *“la socialdemocracia representa a la clase obrera en sus relaciones no sólo con un grupo determinado de patrones, sino que con todas las clases de la sociedad contemporánea, con el Estado como fuerza política organizada”*⁶⁶.

62- *Ibíd.*, P. 33.

63- *Ibíd.*, P. 37.

64- *Ibíd.*, P. 92.

65- *Ibíd.*, P. 40.

66- *Ibíd.*, P. 53.

Pero la socialdemocracia no sólo se contenta con dirigir y representar a la clase obrera, también la educa: *“debemos emprender una intensa labor de educación política de la clase obrera, de desarrollo de su conciencia política”*. Para ello *“hay que asumir la tarea de organizar campañas de denuncias políticas de la autocracia en todos sus aspectos”*. Todo ello hace que la lucha política socialdemócrata sea *“mucho más amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra los patrones y el gobierno”*⁶⁷.

Del mismo modo, y como consecuencia de lo anterior, la organización partidaria revolucionaria ha de ser incontestablemente de un género distinto que la organización de los obreros para la lucha económica: *“La organización de los obreros debe ser, primero, profesional, segundo, lo más amplia posible, tercero, lo menos clandestina posible (...) Por el contrario, la organización de los revolucionarios debe agrupar ante todo y, sobre todo, a personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria. Debe desaparecer en absoluto toda diferencia entre obreros e intelectuales, sin hablar ya de la diferencia entre las diversas profesiones de unos y otros. Esta organización debe ser necesariamente no muy amplia y lo más clandestina posible”*.

La separación substancial entre las dos luchas tiene como consecuencia la separación entre los órganos de lucha: el sindicato para la lucha económica⁶⁸ y el partido para la lucha política. Por supuesto, es este último quien dirige al primero⁶⁹. Lenin se plantea incluso el remplazo del sindicato por *“un pequeño núcleo bien unido, por los obreros seguros, más experimentados”*, que podrían realizar *“todas las funciones que competen a una organización sindical”*⁷⁰. El sustitucionismo aparece así por todos los costados.

67- *Ibíd.*, P. 108.

68- *Ibíd.*, P. 105.

69- *Ibíd.*, P. 113.

70- *Ibíd.*, P. 115.

Para Lenin, como para sus seguidores, la lucha política es lucha por la democracia. Es esta la que confiere el carácter general a la socialdemocracia. La “lucha económica” debe subordinarse a la lucha política, esto es, a la lucha por la democracia ¿No se encuentran ya aquí, en Lenin los gérmenes de las políticas frente populistas? Es lógico entonces que si el objetivo político de Lenin es el reemplazo del Estado zarista por un Estado democrático (y no la destrucción de todo Estado), el instrumento del cambio sea el partido. Su perspectiva organizacional se inscribe en la óptica “democrática” (burguesa), no en la perspectiva socialista. Si el socialismo es la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos, Lenin está lejos de ser socialista. Representa a lo más el ala más radical del movimiento democrático (con lo cual el apelativo “socialdemócrata” que Marx utiliza para referirse a estos sectores, le puede ser perfectamente aplicado)⁷¹.

Hoy día es evidente que la concepción leninista no sólo no corresponde para nada al nivel de la lucha de clases en Chile (donde el paso siguiente no es la conquista de la democracia, sino la creación de un poder obrero y popular autónomo como alternativa a la Dictadura) sino que además es una concepción elitista y partidarista, que no es ni revolucionaria ni proletaria. Al situarse como teoría importada desde el exterior en el seno del movimiento obrero se desacredita por sí misma, sobre todo si se considera los profundos cambios que ha sufrido este último. Todo ello haría innecesario todo esfuerzo crítico. Sin embargo, la persistencia de esta concepción en sectores importantes del movimiento obrero hace necesaria tal crítica. Más aún si se considera cómo esta concepción ha permitido reforzar el fetichismo militanista, cuestión que se examina a continuación.

71- Marx, K. (1976) *Las luchas de clases en Francia y El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en Marx, C. y Engels, F. *Obras Escogidas*. Moscú: Progreso. P. 286 y 434 respectivamente.

El fetichismo partidario

Se entiende por fetichismo el conjunto de prácticas de culto a un fetiche, a un objeto cualquiera hecho por los mismos seres humanos al que se le atribuyen poderes superiores al de sus creadores. Entendemos por “fetichismo partidario” el conjunto de prácticas de culto al Partido, partido que es el producto de la práctica política de los mismos militantes y al que se le atribuye poderes superiores a los de los individuos que lo produjeron. El Partido adopta la forma de una relación social supraindividual, independiente de sus productores. Este carácter fetichista del mundo partidario deriva del hecho de que es producto de acciones individuales independientes las unas de las otras, de individuos que aparecen como aislados e independientes los unos de los otros. Como estos individuos entran en contacto social sólo al militar en un partido, es normal que el carácter específicamente social de sus actividades sólo resalte en la militancia. Este fetichismo se manifiesta de diversas formas.

La primera forma a considerar es el fetichismo de la “Causa”⁷². Esta, planteada originariamente como ideal, se transforma en la causa (razón de ser) y en el origen de la actividad militante, así como en su fin último. La “causa” adquiere así vida propia. En ese momento, pasa a ser para el militante la razón de su vida, lo que le confiere vida en cuanto individuo social. La sacralización de la Causa hace que el militante como tal no tenga importancia como tampoco la tiene el otro militante. Lo único realmente importante es la “Causa”. La “Causa” aparece como el Todo, como una especie de Dios que determina toda acción, que se transforma en criterio de verdad y de justicia. La “Causa” es la verdad revelada, el dogma que no puede ser sometido ni al examen crítico ni a la

72- “Causa” puede ser sustituida por “revolución”, “socialismo”, “Partido”, etc., siendo el resultado el mismo.

experiencia. Es en este momento que comienza a perfilarse la figura del “intelectual revolucionario” como depositario de la “Causa”, como una especie de sumo sacerdote que conoce las arcanas últimas.

Cualquier cosa o acción es justificable en nombre de la “Causa” y cada individuo sólo cuenta en función de su calidad de militante de ella, de su devoción y entrega a la Causa. De aquí hay sólo un paso a la despersonalización y al cinismo los que pueden transformarse en la norma. El jesuitismo de izquierda pasa a ser ejemplar.

Una segunda manifestación es el fetichismo de la organización y esto en dos sentidos. En primer lugar, el carácter colectivo de la actividad militante es visto única y exclusivamente bajo la forma de “organización”, como estructura formal, como institución. A partir de ese momento, es la reproducción de la institución lo más importante. El medio se transforma en fin. Ello parece ser contradictorio con el punto anterior. Sin embargo, al igual que en el misterio de la Santísima Trinidad en que Dios se encarna en Jesús, la “Causa” se encarna aquí en el Partido. En segundo lugar, la institución –en cuanto portadora de la “Causa”, su encarnación– pasa a ser sacralizada. El Partido es todo, el militante nada: *“Prefiero equivocarme con el partido y no tener razón fuera de él”*, decía Trotsky.

Una tercera expresión del fetichismo partidario y derivada de la anterior es el fetichismo de los dirigentes. Como es el Partido quien encarna la Causa y como el Partido se encarna a su vez en sus dirigentes, estos pasan a ser la encarnación viva de la Causa. La misma subordinación y obediencia que se debe a la Causa, debe ser tributada a los dirigentes, los que pasan entonces a representar el Todo. Los dirigentes, que son tales por y gracias a la actividad de los dirigidos que han delegado

sus potencialidades en sus dirigentes y que son los que llevan sobre sus hombros a aquellos, pasan a ser la expresión máxima de la autoridad y de la sapiencia: el “Gran Conductor”, el “Padre de todos los pueblos”, el “Guía Supremo”, ... o en forma más modesta, el líder carismático al que no se le puede criticar so pena de ser acusado de “estar con el enemigo”, “de hacerle el juego al imperialismo y a la derecha”, etc.

Un cuarto aspecto es la fetichización de la acción, de la actividad pura, la que es presentada siempre como funcional al desarrollo de la “Causa”. Su fundamento se encuentra en ésta. Como la “Causa” es sagrada, la actividad que debe permitir su realización también debe serlo. Todo debe ser sacrificado a esta última. El militante ocupa 24 horas sobre 24 en servir a la “Causa”: reuniones, propaganda, financiamiento, campañas, etc. Todo, incluso la vida afectiva y emocional, debe ser sacrificado en aras de aquélla. La dedicación intensa a la acción militante es al mismo tiempo sobreestimación primordial de la acción, la que se considera como lo único válido y legítimo, frente al quietismo de la reflexión o de la discusión democrática. El activismo pasa a ser la forma más exacerbada y fetichista del militantismo.

¿Qué es lo que está en crisis hoy día?

En primer lugar, la “Causa” misma. Para la militancia de izquierda, la “Causa” ha sido el socialismo, identificado sin mayor reflexión con las sociedades burocráticas del Este. Las distintas experiencias vividas en estos últimos años demuestran que no es por este tipo de sociedades que han vivido, luchado y muerto generaciones de luchadores sociales. El capitalismo burocrático no hace soñar a nadie. No tiene nada que ver con “la libre asociación de los productores” soñada por los primeros trabajadores insurgentes. Las nacionalizaciones y la planificación central en manos de frías e impersonales

burocracias que por su misma estructura excluyen a los trabajadores de los medios de producción y de la determinación de los objetivos de la producción no pueden ser un objetivo para quienes han luchado por la democracia obrera y por el poder de los trabajadores sobre el conjunto de la sociedad. Las insurrecciones masacradas en Hungría y en Polonia en los años cincuenta, las invasiones a Checoslovaquia (1968), a Afganistán (1979- ...), las últimas huelgas en Polonia, muestran que los llamados países “socialistas” del Este no tienen nada que ver con el socialismo o, por lo menos, no es por eso por lo que hemos luchado.

En segundo lugar, la relación de subordinación del militante a la “Causa”. Independientemente de todas las condiciones que han determinado el apartamiento de numerosos militantes de sus organizaciones y de sus “Causas” respectivas, cabe preguntarse ¿Es posible pensar en la subordinación del individuo, la obediencia incondicional –aunque voluntaria– a un verdadero Moloch, cuando lo que justamente se quiere es una individualidad libre y rica en potencialidades, una sociedad “en que el libre desarrollo de cada uno sea la condición del libre desarrollo de todos”, como decía el *Manifiesto*?

En tercer lugar, las organizaciones partidarias de la izquierda. En Chile, esas organizaciones no han logrado sus objetivos; más aún, como “dirigentes” del movimiento obrero tienen a su haber la derrota histórica de éste. Como portadoras colectivas de la “causa” se han mostrado insuficientes, por no decir que han fracasado en su intento. La crisis del militantismo es a la vez crisis de la izquierda.

Frente a la crisis del militantismo, la constitución de una tendencia revolucionaria en el seno del movimiento obrero no puede plantearse, sino que forjar un nuevo tipo de militancia que parta de la experiencia de la clase trabajadora en lucha.

En esta perspectiva, la política no es algo a explicar ni a enseñar, sino que una actividad que está inscrita de manera tendencial en la vida y en la conducta de los obreros mismos⁷³. El militante es, en esta perspectiva, un agente de los trabajadores y no su dirigente, es un par entre pares, una individualidad más que lucha junto a otras individualidades codo a codo por la liberación común. La militancia revolucionaria autónoma surge y se desarrolla en la lucha de clase de los trabajadores por su emancipación colectiva y no en los manuales de los “intelectuales revolucionarios”.

Halle, julio de 1981

73- Lefort, Claude (1976) *Éléments pour une critique de la bureaucratie*. Genève: Droz. P. 113.



LA CRISIS DE LA IZQUIERDA⁷⁴



74- Mimeografiado, 1982. La primera versión fue redactada en 1982 para ser discutida en el Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales (CODEHS) de Bruselas. Sobre la versión corregida y aumentada de 1983 se basa la presente edición. [N. del E.]

Desde hace algunos años, los partidos de izquierda viven una crisis que algunos como el PC, el MIR, el PS Almeyda, se han negado a reconocer o intentan minimizar.

En todo caso, hoy (1982), aunque con matices diversos, esos partidos están de acuerdo en que la crisis:

1- *“Afecta al conjunto de la izquierda, a su actual organización y al sistema de relaciones entre sus partidos”⁷⁵*

2- Se origina en la sangrienta represión desencadenada por la Dictadura Militar. La crisis de la izquierda comienza con la instauración del régimen militar.

3- Es fundamentalmente político-ideológica: Para unos grupos la crisis es más política que ideológica; para otros, es más ideológica que política.

La solución para salir de la crisis es clara: como es una crisis de los partidos, es en ellos mismos donde se encuentran los medios y la solución para salir de ella. Como esta crisis es esencialmente político-ideológica, los medios y la solución deben tener un carácter político-ideológico. De aquí la insistencia sobre la necesidad de elaborar un programa claro que permita reasegurar la hegemonía de esos partidos sobre los movimientos sociales y la necesidad de readecuar el instrumental ideológico de esas organizaciones a las nuevas realidades⁷⁶.

75- Comisión de Unidad del Partido Socialista “El desarrollo de la crisis socialista” en “Chile-América”, N°56-57, agosto-septiembre-octubre de 1979, P. 18.

76- Tironi, Eugenio “Inventario de la crisis de la izquierda” en “Chile-América”, N°68-69, enero-febrero-marzo 1981, P. 27.

La matriz esencial que funda estos análisis puede ser resumida en las siguientes aseveraciones:

- 1-** El partido es una realidad que encuentra en sí misma su propio fundamento y la explicación de su génesis y desarrollo.

- 2-** El partido produce la realidad histórica, modelando y creando movimientos sociales, los que son así producidos y reproducidos a imagen y semejanza de los primeros, con su cohorte de dirigentes, de cuadros y de militantes.

- 3-** La crisis de los partidos les impide a estos dar conducción a los movimientos sociales, los que se encuentran así sin poder, por su propia cuenta, encontrar solución a los distintos problemas que les plantea su quehacer.

La lógica de los análisis sobre la crisis de la izquierda se sitúa así en el centro mismo del pensamiento burocrático que reproduce en el campo de la ideología, la división social del trabajo en la cual ese pensamiento se enraíza y en el cual encuentra la savia para existir: la división entre los que dirigen y los que ejecutan.

Se intentará, en las líneas que siguen, analizar cada uno de los temas de la ideología de la crisis de la izquierda, aunque no en el mismo orden que exige la lógica de esa ideología.

Sobre los comienzos de la crisis

1—La tesis de la izquierda

A la cuestión de cuándo comienza la crisis de la izquierda, la mayoría de los militantes de izquierda responden que ella se origina en la situación creada por el Golpe Militar. En primer lugar, porque la violenta represión desarticula las organizaciones de izquierda, las que no estaban preparadas para tal eventualidad⁷⁷; en segundo lugar, el Golpe Militar modifica substancialmente el escenario político, lo que implica el cambio de las reglas del juego institucional. Para referirse a esto último, algunos utilizan la expresión “cambio del escenario político y social”⁷⁸. El efecto principal de lo anterior es la crisis que se hace sentir recién a fines de los 70 y comienzos de los 80 cuando se toma conciencia cabal de la situación en que se encuentra la izquierda y la diversidad de criterios para enfrentar la nueva situación.

Algunos sectores avanzan en el tiempo los comienzos de la crisis: para algunos representantes de la Izquierda Cristiana, la crisis se origina en el desnivel que se produce entre el ritmo de reestructuración del movimiento de masas a partir de 1976 y el mantenimiento de la situación de desorganización de la izquierda⁷⁹.

Inicialmente, el PS de Almeyda no reconoce la existencia de la crisis: “(...) *la crisis se da sobre todo en la conciencia de algunos. Es un fenómeno básicamente del exilio, producto del ale-*

77— Sepúlveda, Adonis “El Partido Socialista chileno”, en “Socialismo chileno”, N°1, mayo de 1976, pp. 9–10.

78— Jerez, Luis “La convergencia socialista es una empresa en proceso” en Dossier Convergencia Socialista y Unidad Democrática, en “Chile—América”, N°78–79, abril–mayo–junio 1982.

79— Maira, Luis “La lucha contra la dictadura y los problemas actuales de la izquierda chilena”, en “Chile—América” N° 64–65, junio–setiembre 1980, P. 99.

*amiento de la realidad chilena, de la falta de un frente de lucha concreto, de la extracción social e ideológica de estos compañeros*⁸⁰. Más tarde, se reconoce que la crisis se origina en la incapacidad de la izquierda para entregar “*una adecuada dirección política a las masas*” frente al plebiscito convocado por la Dictadura en 1980⁸¹.

Estas opiniones, sin ser falsas, son parciales y no abordan la crisis en su totalidad. Se limitan a situar el momento de origen de la crisis en el momento en que el partido o persona en cuestión comienza a percibir los efectos de la crisis.

2- La crisis del sistema de dominación

A diferencia de esas opiniones, se sostiene en este artículo la tesis de que la crisis de la izquierda comienza ya en el período de la UP y que se inserta en la crisis más general del sistema de dominación.

En efecto, distintos autores han remarcado el hecho de que en los años 60 el sistema de dominación entra en crisis. Los orígenes de esta crisis parecen encontrarse en la integración creciente de la economía chilena (y con ella de toda la sociedad) en la cadena monopolista mundial, lo que agudiza las contradicciones entre las clases y fracciones de clases del bloque dominante.

Estas contradicciones tienden a agravarse debido a la recesión industrial que se inicia en 1967 y a la aplicación de la Reforma Agraria. Esta agudización de las contradicciones entre esas clases y fracciones de clases conduce a una encarnizada lucha por la hegemonía en el bloque en el poder.

80- Almeyda “La crisis de la izquierda es un fenómeno básicamente del exilio”, en “Chile-América” (Roma), N° 60-61, enero-febrero 1980, P.70,

81- “Editorial”, en “Unidad y Lucha”, N°4.

Paralelamente, e íntimamente relacionado con los procesos descritos, se produce una intensificación de la lucha obrera y popular, lo que determina la crisis del bloque dominante: ninguna fracción de la burguesía es capaz de dirigir con éxito y de organizar al resto del bloque en el poder. Esta crisis de hegemonía se manifiesta como crisis institucional: todos los aparatos de Estado se ven conmovidos por ella. Se constata asimismo una acentuación de la violencia represiva del Estado, en sus formas tanto física, abierta, como simbólica. El discurso de la burguesía, hasta entonces basado en el predominio de lo jurídico-político⁸², comienza a reestructurarse sobre otros temas: autoritarismo, neo-liberalismo, irracionalismo, pragmatismo, etc⁸³.

Al mismo tiempo, el reforzamiento del rol represivo de los aparatos ad hoc del Estado les permite cobrar una mayor autonomía con respecto a los otros aparatos del Estado. Ello es evidente en el caso de las FFAA, las que asumen un rol cada vez más político, al ser incorporadas como cuerpo deliberativo en el Consejo Superior de Seguridad Nacional durante el Gobierno de Eduardo Frei Montalva. Igual ocurre con la Ley de Control de Armas dictada por el gobierno de la UP para salir del paro de octubre.

Los aparatos ideológicos de Estado comienzan al mismo tiempo, lentamente, a reestructurarse: la posición dominante en los procesos de inculcación y difusión ideológica es progresivamente ocupada por los medios de comunicación de masas, en particular, por la televisión controlada por la Administración del Estado⁸⁴.

82- Debray, Régis. *Conversación con Allende*. México: Siglo XXI. P. 5 y ss.

83- Mattelart, Armand (1976) "El gremialismo y la línea de masas de la burguesía chilena", en *Chile bajo la Junta*. Bilbao: ZERO. P.104 y ss.

84- Ídem, P.109 y ss.

A través de distintos mecanismos, el Ejecutivo ve aumentadas sus prerrogativas, lo que permite a la burocracia estatal ampliar la esfera de sus atribuciones. La dinámica centralizadora del régimen presidencialista tiende a traspasar los mecanismos de legitimación del poder desde las instituciones representativas y de los partidos a la Administración central del Estado. El Ejecutivo es ya en los años 60, clara y definidamente, el lugar de concentración del poder político, el nudo gordiano en que se centra la unidad del poder político.

Sin embargo, esta dinámica centralizadora no impide que los partidos políticos sigan jugando el rol decisivo de organización política y de representación de los intereses de las clases frente a la administración del Estado, ante la cual siguen siendo un interlocutor privilegiado. En su calidad de aparatos ideológicos privilegiados del sistema continúan elaborando y transmitiendo un discurso fundado en la voluntad general (soberanía popular) y sosteniendo las instituciones de la democracia representativa.

Siendo la legalidad el instrumento de legitimación del poder político, la acción de los partidos se inscribe en este marco. Los partidos políticos aparecen como instancias de representación y de mediación políticas de las clases sociales. La mediación de los intereses de clase es asegurada en y a través del aparato de Estado, el que garantiza de esta manera la cohesión y la unidad de la sociedad. De aquí entonces que, cuando la lucha de clases se intensifica y se agudiza y, por tanto, los intereses de clases aparecen en la palestra histórica en toda su desnudez, esas clases no necesitan de otra instancia mediadora que su lucha misma, expresada en toda su fuerza y violencia. Ese es el momento en que los partidos se ven desbordados por las clases que representan.

1970 marca el punto en que esas luchas se introducen en el seno mismo del aparato de Estado, cuya unidad en cuanto poder político comienza así a romperse.

3- El período de la UP

La crisis del sistema de dominación no se detiene con el ascenso al gobierno de los partidos de la UP; muy por el contrario, se agrava. Aún más, pese a la unidad electoral de los partidos de la burguesía –laboriosamente obtenida en 1972– ésta es incapaz de sobrepasar su crisis, la que continúa hasta el Golpe.

La exacerbación de la lucha de clases, al aumentar la actividad política del conjunto de la burguesía desborda a los partidos que hasta ese momento la encuadraban. Se produce así, en el campo de la derecha, una crisis de representación política por desbordamiento. En estas condiciones, la gran burguesía para asegurar su hegemonía sobre el conjunto de las clases dominantes, no podrá sino buscar mecanismos que le aseguren una representación directa de clase a través de organizaciones que expresen los intereses de todas las fracciones y estratos de esas clases. Esas organizaciones son los gremios. Esta “línea de masas” de la burguesía, esta “estrategia leninista”⁸⁵, le permite reencontrar los intereses de la mediana y de la pequeña burguesía. De ahí su éxito. Sin embargo, el gremialismo es la negación de los partidos como representación política autónoma de las clases sociales. Cuando el Partido Nacional propone la incorporación de los gremios al Congreso Nacional⁸⁶, lo que hace es negar a los partidos como instancias políticas específicas y afirmar la necesidad de su reemplazo por instancias corporativas.

85- *Ibíd.*

86- *Ibíd.*

El discurso republicano democrático tiende así a perder sus bases entre todos aquellos que lo sustentaban. En este nuevo contexto, la burguesía, aterrorizada por la exacerbación de la lucha de clase, se ve mejor representada por la organización en milicias de “Patria y Libertad” o por los “Comandos Rolando Matus” que por las tibias asambleas radicales o demócrata-cristianas. Las prácticas parlamentarias de la burguesía se vacían de contenido, ejerciéndose en los últimos momentos sólo para mostrar su incapacidad como generadoras de consenso y aptas a lo más para condenar las mismas tradiciones democrático-parlamentarias que esa burguesía considera amenazadas por la izquierda.

4- Los partidos de izquierda

Si los factores anteriormente esbozados permiten bosquejar someramente una explicación de la crisis de los partidos en general y de los partidos burgueses en particular, no son suficientes para dar cuenta de la crisis específica de los partidos de la izquierda. Ello no sólo porque la forma en que la burguesía se relaciona con sus organizaciones políticas es distinta a la relación de los trabajadores con sus partidos sino porque, además, los mecanismos de funcionamiento de estos últimos difieren substancialmente del de los partidos burgueses. La fuerza de los partidos de izquierda emana directamente, en términos históricos, de la fuerza y de la potencialidad del movimiento obrero.

En efecto, en los años 60, el aumento de la fuerza de trabajo en actividad, la concentración de enormes masas de obreros en las nuevas ramas de actividad, la ausencia de un verdadero ejército industrial de reserva (las “dimensiones cuantitativas de la fuerza de trabajo”) confieren a la clase obrera un peso social enorme. Cabe a ello agregar la confluencia en el espacio y en el tiempo de las luchas de distintos sectores y

fracciones de la clase obrera y de otros sectores populares, lo que otorga a la lucha un carácter nacional y general, luego, política. Es el conjunto de la clase trabajadora la que aparece enfrentándose al conjunto de los patrones⁸⁷.

La gigantesca masificación de la lucha y la consecuente radicalización que ella conlleva rompen los espacios geográficos e institucionales tradicionales⁸⁸.

En estas condiciones, la identidad de las aspiraciones del movimiento obrero, expresadas en sus luchas, y los programas de los partidos de izquierda, alcanza su máximo nivel. Precisar el sentido de esta identidad es lo que se propone en las líneas siguientes.

5- Partidos populares y movimiento obrero

La tradición teórica dominante ha insistido en esa identidad como dato primario, enfatizando el tema de la interioridad del Partido a la clase obrera y de ésta al primero. El Partido (sea socialista, comunista, trotskista) aparece como el unificador político de la clase (en la tradición comunista es un dogma “el Partido comunista es el partido de la clase obrera”. En tanto, para los grupos trotskistas el “carácter obrero” de los partidos comunista y socialista es un hecho indiscutible). En esta perspectiva, el partido se presenta como la instancia fundamental de organización y de unificación de la clase obrera, el reverso político del anverso social. Es a partir de tales juicios que el jacobinismo imperante en las filas de la izquierda criolla ha podido sostener que sus intereses como casta burocrática son los intereses de la clase obrera y que a

87- “Movimiento obrero y lucha de clases”, en “Correo Proletario”, N°3, mayo 1976 y “Pasado y presente del movimiento sindical chileno”, en “Estudios” (Bruselas), N°7, abril-mayo 1980.

88- V. “Pasado y presente del movimiento sindical chileno”, en “Estudios” (Bruselas), N°8, octubre-diciembre 1980

su vez los intereses de ésta son los intereses del partido. El mito de la identidad de los dos términos, alimentado desde la izquierda y desde la derecha, ha podido mantenerse así durante largo tiempo.

Pretender que esta representación imaginaria ha podido mantenerse puramente por razones de orden ideológico es afirmar una verdad a medias. La razón principal se encuentra en las complejas relaciones que el movimiento obrero chileno ha mantenido a lo largo de su historia con las burocracias partidarias. Estas relaciones, en su forma más esquemática, podrían ser definidas como de simbiosis, en la que cada uno de los participantes en la asociación se beneficia de su relación con el otro.

El proceso podría ser resumido como sigue:

- 1-** Formación de un sector de trabajadores combativos.
- 2-** Esta minoría aparece frente al conjunto de la clase, aplastada por la miseria y la explotación, como depositaria del saber y de la emancipación. Al asumir los intereses generales del movimiento, desarrollando las luchas de vanguardia, esa minoría aparece como la dirección legítima del movimiento de los trabajadores, aunque exterior a éste y, por ende, funcionando con una relativa autonomía.
- 3-** En ese momento, la actividad del movimiento obrero aparece escindida en sus dos componentes: en un lado, la dirección del movimiento y en el otro, la ejecución. Los agentes de esas funciones se diferencian: aparece, por un lado, los dirigentes permanentes y, por el otro, los dirigidos, reproduciéndose así la misma división social del trabajo imperante en la sociedad burguesa. Este proceso adquiere formas institu-

cionalizadas ya a comienzos de este siglo, y ello por razones ajenas a la voluntad misma de los trabajadores y de los militantes.

4- La actividad de la minoría dirigente se sitúa en la esfera política, en el espacio del “interés general”, mientras que la actividad de la mayoría lo hace en el plano “económico”, del interés particular, con lo cual la actividad global del movimiento tiende a escindirse en actividad política y en actividad “económica”.

Es a lo largo de este proceso que la diferenciación se cristaliza. El movimiento obrero que ha surgido como movimiento social, definido en función de su actividad global de oposición y de resistencia al capital del cual es, en gran medida, producto, tiende a reproducir en su seno las mismas estructuras que este último. En efecto, es en el proceso mismo de producción capitalista que los trabajadores anudan lazos de solidaridad y de cooperación que van en contra de la lógica de la explotación y de la dominación capitalistas. Es en este proceso contradictorio que se desarrolla el sindicato, la asociación obrera, como organización directamente social, en un proceso orgánico y paralelamente, el partido obrero y/o popular. “Situación de clase” y “posición de clase” aparecen intrínsecamente ligadas.

La creación del partido supone la reproducción en el seno del movimiento de dos esferas de actividad distintas propias a la sociedad capitalista: lo económico y lo político. La lucha global se escinde y se expresa en aparatos distintos.

El partido aparece como una estructura política distinta de la clase, como una comunidad específica⁸⁹, en la que el punto de referencia es el poder político, la cuestión del Estado.

89- Debray, Régis (1981) *Critique de la raison politique ou l'inconscient religieux*. Paris: Gallimard; Duverger, Maurice (1972) *Les Partis politiques*. Paris: Armand Colin. P. VII.

De aquí entonces que, para los trabajadores, las luchas entre los partidos se sitúen en una esfera de actividad que no es directamente la suya, esfera que les aparece como no importante; incluso como secundaria, especialmente en los “períodos normales” y como obstáculo a sobrepasar, si no a destruir, en los períodos de crisis revolucionaria. Si los trabajadores aceptan que las minorías militantes actúen en su nombre representándolos en la esfera política es porque consideran que esa esfera es el medio natural en que esas minorías deben actuar y representarles, aunque no se sientan particularmente interesados en actuar ellos mismos ni en ese nivel ni de igual forma.

Los partidos, al contrario, viven en y gracias a la existencia de un poder político situado como esfera “exterior”, por sobre la sociedad. De ahí la necesidad para los partidos de luchar por la conservación del Estado y de la política como dominios de actividad autónoma.

Estas percepciones distintas de la política se originan en la distinta situación espacial y temporal de los trabajadores y de los partidos. Movimiento obrero y partidos se sitúan en espacios y en tiempo distintos, lo que diferencia también sus prácticas.

En efecto, el capitalismo ha modificado substancialmente las matrices de espacio y de tiempo, “cuadro material primero de los instituciones y de las prácticas de poder”⁹⁰. Las relaciones de producción capitalistas y la división capitalista del trabajo presuponen un cierto ordenamiento del espacio y del tiempo y, en consecuencia, de la historia. La gran producción capitalista separa al trabajador directo de los medios de producción de un modo completo, convirtiéndolo en un mero apéndice

90- Poulantzas, Nicos (1978) *L'Etat, le pouvoir, le socialisme*. Paris: PUF. P.109 y ss. Las reflexiones que siguen están inspiradas en este texto señero.

de la máquina. Esta separación no es puramente jurídica, sino que claramente social y es en ella que se encuentra la base de la actual división social del trabajo.

6- El espacio capitalista y la política

El espacio de la sociedad capitalista es discontinuo, parcelario, fraccionado, celular e irreversible. Esta separación, este fraccionamiento en el proceso mismo del trabajo se reproduce a todo nivel, no sólo en la esfera económica (el espacio de la producción se presenta como diferente de los espacios de la distribución, del intercambio o del consumo), sino que en toda la sociedad: lo económico aparece separado de lo político. En el lenguaje corriente esto se expresa como “vida” o “esfera económica”, como “esfera” o “mundo político”, etc. Cada esfera supone un cierre. Los muros de la fábrica son más que la delimitación material de la propiedad privada del capitalista. En los hechos demarcan el espacio donde el obrero deja de ser ciudadano, padre de familia o simplemente hombre, para devenir una simple pieza más del proceso productivo: “*Aquí se viene a trabajar y no a hacer política*” parece ser la consigna inscrita en las puertas de todas las fábricas. Ello podría tener su reverso en la esfera política: “*Aquí se viene a hacer política y no a trabajar*”, aunque en el mundo parlamentario haya sido acuñada la expresión “trabajo parlamentario”.

Economía y política aparecen así como espacios distintos, cerrados, con fronteras que marcan los límites respectivos. El paso de una esfera a otra implica el cambio de calidad del viajero: en la industria, se es trabajador o trabajadora; en el hogar, esposa o esposo, padre o madre. Es cierto, también que los partidos más burocratizados y totalizadores como el PC, han intentado recrear la unidad de esos distintos espacios, transformándose al mismo tiempo en iglesia, hogar,

empresa, centro de recreación, etc. Pero, en general, los partidos se sitúan en la parcela de la política. El trabajador que actúa en la esfera política se define no en cuanto tal, sino en cuanto militante de un partido⁹¹. El militante es valorizado en su condición de tal y no de ser mejor o peor padre, creyente o trabajador, lo que para la organización pasa a ser absolutamente secundario.

Lo que distingue a la esfera política es que aparece como la esfera del interés público, general, siendo al mismo tiempo el campo de acción de un personal especializado, lo que deja en evidencia una de las contradicciones del Estado moderno: los asuntos generales son la ocupación de una parte de la sociedad, lo público es la preocupación de unos pocos. En este sentido, los partidos políticos hacen parte de esos pocos y al mismo tiempo se presentan como el puente que permitiría acortar la distancia entre la esfera del interés público y las otras esferas de la vida social.

En la sociedad capitalista contemporánea es el Estado, esfera de los asuntos públicos, el que homogeneiza y unifica bajo su égida a las otras esferas de la vida social. Es el Estado quien delimita el campo de lo público y de lo privado; es él quien constituye esas esferas en cuanto tales, otorgándoles la legitimidad necesaria para que continúen reproduciéndose como instancias separadas y autónomas. De esta manera, el Estado acapara para sí el espacio/tiempo social, monopolizando los procedimientos de organización de este espacio/tiempo.

En el mismo proceso en que el Estado se estructura crea la nación, constituyéndola en cuanto tal, fijándole un territorio. El Estado chileno nace y se desarrolla como Estado nacional. De aquí entonces que los partidos aparezcan directamente ligados a la nación de la que son sus representantes. Deter-

91- Ibid.

minando los límites entre lo público y lo privado, fijando los límites de su intervención de acuerdo a una dinámica que le es propia, el Estado se presenta como instancia autónoma con respecto a la sociedad. Este proceso ha sido suficientemente estudiado como para insistir una vez más al respecto.

De esta manera, esta esfera de la vida social aparece entonces como lo que es: la esfera de la dirección de los asuntos públicos, como esfera de la dirección de la sociedad, esfera que encuentra su fundamento en la división social del trabajo, división de los lugares de dirección y de ejecución del trabajo social. Así, mientras en las otras esferas de la sociedad el trabajo social aparece como simple ejecución, en la esfera estatal, el trabajo se presenta como dirección y control del conjunto de la vida social. Dentro de la división capitalista del trabajo, los partidos aparecen situados en la porción del espacio social donde se encuentra el mando, la jerarquía, la toma de decisiones sobre los asuntos generales de la sociedad. De aquí entonces que los partidos no puedan escapar a la dinámica burocrática engendrada en la división social del trabajo y, particularmente, en la esfera estatal.

Productos del régimen capitalista y de la dinámica misma del desarrollo de ésta, los partidos no pueden escapar a las matrices espaciales del capitalismo. Cada partido se constituye como parcela de actividad, como fragmento de la actividad social, como esfera de una actividad diferenciada: la actividad política. La expresión “entrar a un partido” tiene más que un sentido puramente simbólico: significa franquear un muro y entrar en un espacio distinto del habitual. Adherir a un partido es adherir a sus prácticas, a sus maneras de ser, a sus maneras de comportarse y no solamente a un programa. La exclusión de un militante tampoco es un acto puramente formal: es quedar afuera del muro. La exclusión no constituye, ni mucho menos, un acto puramente simbólico⁹².

92- Padioleau, Jean (1982) *L'Etat au concret*. Paris: PUF. P. 23 y ss.

7- El tiempo del capitalismo y lo político

El otro aspecto a considerar es la matriz temporal. La producción capitalista es reproducción ampliada del capital. Esta presupone un tiempo discontinuo, heterogéneo, segmentado, serial, dividido en momentos iguales, acumulativos e irreversibles, puesto que está orientado hacia el producto y a través de él, hacia la acumulación de capital. *“Es un proceso de producción y de reproducción que tiene una orientación y un fin, aunque no un término. El tiempo capitalista es un tiempo mensurable, estrictamente controlable por los relojes y los cronómetros de los capataces, los controles y los calendarios precisos (...) Este tiempo se hace a medida que se recorre; cada momento va produciendo el otro en un sentido irreversible en un encadenamiento de acontecimientos hacia un futuro siempre renovado”*⁹³.

En esta estructuración del tiempo, la acción política aparece como la acción orientada a un fin, como acción que media entre el presente y el futuro, válida en función de lo que viene después y no de lo que haya sido su pasado o las condiciones que la generan. El tiempo político aparece así como el tiempo de la estrategia y de sus distintos momentos tácticos: la revolución por etapas o la revolución ininterrumpida (con etapas o sin ellas) pueden encontrar así fácilmente un *status* en esta lógica temporal. De aquí la “agenda” política⁹⁴, la que como establecimiento de prioridades en el tratamiento de problemas percibidos como necesitando de la intervención de los poderes públicos es propia del Estado capitalista.

El Estado moderno, de la misma manera que se apropia del espacio, se asegura el dominio de la matriz temporal, imponiendo normas a cumplir en un tiempo determinado y me-

93- Poulantzas, Op. Cit., P. 121.

94- Noción que tomamos de Padioleau, Op. Cit.

didadas a respetar. El tiempo es así un problema político. La acción política de los partidos se inscribe en este tiempo segmentado y dominado para sí por el Estado. Los tiempos de los partidos son los tiempos del Estado.

8- Partidos políticos y Movimiento Obrero

Situados en el espacio y en el tiempo políticos, los partidos populares chilenos actúan como “tribunos del pueblo”, como sus mandatarios frente a los mandatarios de otros partidos.

Es a partir de su ubicación en el campo de la dirección y del mando que los partidos populares agitan las aspiraciones y los impulsos de una masa que, para esos partidos, por sí misma sería incapaz de entrar en actividad (la concepción del proletariado como pura “clase-en-sí” que deviene “clase-para-sí” gracias a la acción del partido, concepción corriente en la literatura trotskista y estalinista).

Los partidos populares, al compartir las claves del dominio del tiempo y del espacio políticos, desarrollan prácticas que les permiten movilizar y encuadrar a los sectores sociales que representan. Es en virtud de su posición como directores y organizadores de los trabajadores que los partidos reelaboran las ideologías producidas por el movimiento obrero, sistematizan las representaciones simbólicas de las luchas de aquellos y se transforman en sus portavoces ideológicos.

De ahí entonces que sea incorrecto afirmar que la exterioridad de los partidos respecto al movimiento obrero reside en que estos sustentan programas o líneas distintas a las que el movimiento obrero hubiera podido producir (aunque el movimiento obrero no produce “líneas políticas”), como si existiera una línea correcta o un programa correcto, frente a

los cuales los partidos tendrían que adaptarse. El problema es más simple: el terreno de acción de los partidos es distinto al del movimiento obrero. La actividad de los primeros se sitúa en un espacio y en un tiempo distinto al espacio y al tiempo del movimiento social de los trabajadores. Esta diferencia no es absoluta ni eterna: existen momentos, raros, en que la actividad de los unos coincide con la del otro.

Otro aspecto a señalar en relación a esta cuestión de la exterioridad: la composición social de los partidos populares. La dinámica social misma en que están comprometidos los lleva a incorporar a miembros de otras clases sociales, los que imprimen a su vez su propio sello a la actividad partidaria. Ello no es raro si se considera que un partido aparece, en primera instancia, como una asociación de individuos, como un grupo formal y voluntario. El movimiento obrero, por su parte, es una acción colectiva que emana directamente de una situación definida y localizable materialmente, en la que los factores de tipo individual tienen un peso menor. El movimiento obrero está compuesto esencialmente por trabajadores que actúan directamente en función de sus intereses, sin necesidad de mediaciones (lo que no significa que estas no surjan).

Habría que agregar, por último, que, en Chile, los partidos de izquierda aparecen identificados claramente, al menos desde los años 30, como “partidos populares” antes que “obreros”. El “pueblo” es el sustrato social que identifica a estos partidos; es el punto de referencia obligado de la acción política mucho más que la noción de obrero o de trabajador (aunque éstas sean las nociones que dominan en los discursos programáticos de los Congresos).

Partidos políticos y movimiento obrero son entes distintos, productos de la división capitalista del trabajo, que pueden o no reencontrarse en el curso de la lucha de clases. Pero,

como al mismo tiempo, son producto del mismo movimiento de desarrollo del capitalismo no son ni radical ni fundamentalmente distintos ni totalmente exteriores el uno al otro. Es la interpenetración de dos esferas distintas lo que se observa. Ello es lo que permite hablar en determinados momentos históricos de grados de identidad y de coincidencia.

En el período en cuestión, los partidos populares no son ni la cabeza política del cuerpo social –el movimiento obrero– ni los generales de unas tropas dispuestas a ser conducidas por cualquiera (las más de las veces indisciplinadas y “espontaneístas”). La subordinación del movimiento obrero a los partidos no es absoluta ni unidireccional.

Lejos de ello puesto que la masificación, la generalización, la radicalización y la politización de las luchas de los trabajadores, obligan a los partidos a tomar posición, a recoger las aspiraciones de aquellos y a expresarlas en lenguaje político en la esfera política, es decir, en el lenguaje y en la esfera de la mediación y de la representación políticas, en la esfera de los “intereses generales” de la sociedad. Al actuar de esta manera, tienden a encuadrar esas luchas dentro de sus objetivos específicos, sometiéndolas a su propia dinámica y a sus propios fines: la conquista del gobierno, en un movimiento contradictorio y lleno de zigzagueos. Un caso patético que permite verificar esta aseveración es la huelga de Saba en 1968.

El período de la Unidad Popular

El ascenso al gobierno de los partidos de izquierda les permite acentuar su autonomía con respecto a las fuerzas sociales de las que son portavoces.

Al mismo tiempo, los partidos se refuerzan en todos los planos: su prestigio aumenta y con ello su caudal electoral. La

ocupación de lugares importantes dentro del aparato estatal les permite agrandar la esfera de sus intervenciones. Las prácticas clientelistas se ven reforzadas.

Es posible observar que, al mismo tiempo, no son los partidos, sino que el gobierno quien aparece a la cabeza del proceso. Aquellos, al igual que sus dirigentes aparecen desdibujados con respecto al gobierno mismo. Durante el “Paro de Octubre” es el gobierno quien toma la iniciativa y no los partidos, los que al final terminan por subordinarse a la voluntad presidencial. Frente a la huelga del cobre en 1973 es el gobierno quien llama a tomar en cuenta las reivindicaciones de los trabajadores y no los partidos⁹⁵.

Y ello mientras los trabajadores aumentan su actividad, con lo que la separación entre lo económico, lo político y lo ideológico se tiende a borrar. Ello va acompañado de un proceso de creciente unificación interna del movimiento obrero que se expresa en la creación de los Cordones Industriales. La actividad política de los trabajadores tiende a desbordar los aparatos de lucha tradicionales y, en particular, los partidos populares. Ello queda claramente de manifiesto durante la crisis de octubre, la que demuestra que los trabajadores son capaces de sobrepasar los límites políticos de los partidos⁹⁶: la puesta en marcha de la producción, cuando los patronos se declaran en huelga, es obra del trabajador colectivo definido socialmente y no de los militantes de tal o cual partido ni siquiera de todos los militantes de izquierda en su conjunto.

En tales condiciones es la clase obrera misma la que aparece como partido. Los partidos populares son sobrepasados por la actividad misma de la clase constituida en partido. El “contenido” social rebalsa su “forma” política. La actividad

95- Garcés, Joan (1976) *Allende y la experiencia chilena*. Barcelona: Ariel.

96- Najman, Maurice (1974) *Le Chili est proche*. Paris: Maspero. pp. 18 y ss.

revolucionaria de los trabajadores desborda las instituciones oficiales del movimiento obrero.

Hasta ese momento los partidos de izquierda, enmarcados en la división social entre economía y política, desde el punto de vista de la organización centraban el problema en torno a las parejas sindicato/empresas y partidos/Estado. En el período en análisis, la exacerbación de la lucha, al desbordar ese cuadro, sale de los sitios de producción, rompe con este esquema, con la escisión entre lo económico y lo político. Ello implica al mismo tiempo, ruptura con el espacio y el tiempo organizados de manera capitalista.

Finalmente, las estructuras burocráticas de los partidos se ven conmovidas en sus cimientos por la activación de todos los sectores sociales. La agenda política es fijada por la actividad de las masas populares y no por los estados mayores. Se pasa de la participación (política = intereses generales) popular a la gestación de formas de poder popular. Es el poder, la capacidad de decisión de las masas populares, de la mayoría del pueblo-nación, lo que se presenta como horizonte teórico y práctico para el conjunto de la sociedad. La democratización generalizada estremece las jerarquías. El imperativo que se presenta a la sociedad es que todo lo ligado al sistema de dominación imperante, valores, ideas, teorías de la legitimación, dogmas, prácticas, debe caer. Pero antes de que tal proceso culmine, se produce el Golpe Militar y la represión generando las condiciones para una nueva fase de burocratización de las organizaciones partidarias.

De esta manera, los orígenes de la crisis de los partidos de izquierda se encuentran, en primer lugar, en la crisis del sistema de dominación y, en segundo lugar, en el salto cuantitativo y cualitativo de la actividad política de los trabajadores durante el período de la UP, lo que modifica substancialmente

la relación del movimiento obrero con los partidos populares. La profundización posterior del proceso de burocratización que viven los partidos como respuesta a la represión no hará más que contribuir a agravar esa crisis.

Sobre las características de la crisis

La izquierda sostiene que su crisis es fundamentalmente político-ideológica, sea porque es incapaz de proponer al pueblo un programa y una dirección válidos, sea porque sus categorías de análisis son inadecuadas para comprender la realidad creada a partir del Golpe.

Sin embargo, esa visión es parcial puesto que la crisis de la izquierda es, al mismo tiempo, organizacional, política, ideológica y social. Cada uno de estos aspectos de la crisis condiciona a los otros. La crisis de la izquierda es estructural, afectándola en su totalidad. Es solamente a través del análisis que se puede descomponer esa totalidad en elementos diferentes. Es la operación analítica la que permite hablar de los aspectos organizacionales, políticos e ideológicos de la crisis, pero siempre como momentos y como caras de una misma totalidad.

La crisis de la izquierda es organizacional

En efecto, los partidos han sido aparatos de encuadramiento y de organización de sectores sociales que se asocian en una comunidad con una estructura particular, eminentemente jerárquica y oligárquica (“periferia”, simpatizantes, militantes, dirigentes, cuadros). La actividad polifacética de las masas durante el período de la Unidad Popular pone en cuestión la praxis organizacional de la izquierda, es decir, no sólo la teoría de la organización, sino que también las prácticas de organización.

Hoy en día se constata una ruptura de la articulación interna de la mayoría de las organizaciones. La ruptura entre los diferentes niveles de la pirámide partidaria se ha cristalizado. En general, los elementos de base de la organización (células, núcleos, unidades) no juegan ningún papel de elaboración política como no sea el de simple ejecución de una política elaborada en las cimas. Al mismo tiempo, las ligazones verticales se refuerzan, aumentando al mismo tiempo la centralización orgánica, política e ideológica de las organizaciones. El círculo interior de dirigentes no se renueva, aumentando las tendencias autocráticas. Se constata al mismo tiempo la selectividad en el reclutamiento de los militantes los que son escogidos de acuerdo a criterios eminentemente subjetivos. La tendencia a la cooptación y a la selección de dirigentes por el centro se acentúa. Todo ello agrava las características jerárquicas y oligárquicas de las organizaciones.

Estas prácticas son legitimadas so pretexto de la represión de la Dictadura Militar, que obligarían al ejercicio de una severa clandestinidad, lo que choca a quienes, desde el movimiento obrero, vivieron la experiencia de la democracia de base en el período anterior.

En efecto, frente a una masa de trabajadores que tuvo una experiencia de participación política democrática con fuertes tendencias igualitaristas y autonomistas, las actuales estructuras partidarias no hacen, sino que reproducir la misma jerarquización que se observa en el conjunto de la sociedad. Si la crisis de la izquierda es crisis organizacional es porque, al mismo tiempo, es crisis de la organización jerárquica, crisis de la planificación y de la regulación desde arriba. Si bien no se puede afirmar que existe una crisis de la organización en general, es posible que la crisis de los aparatos políticos anuncie una tal crisis.

La crisis es política

En el período de la UP, la práctica política de las masas puso en crisis la política como forma “exterior” de la actividad social de los seres humanos, como forma que aparece cada vez más separada de la realidad cotidiana de los trabajadores y del pueblo en general. La mediación política que se presentaba como actividad autónoma e independiente de las necesidades, deseos y aspiraciones de los hombres y de las otras prácticas sociales fue cuestionada por la asunción directa por esos hombres de la actividad política. Su “forma” entró en contradicción con su “función”. La relación de esa mediación política con las luchas de masas se vio modificada substancialmente. Es esa experiencia, en las nuevas condiciones, la que confiere, en primer lugar, su carácter político a la crisis de la izquierda.

En segundo lugar, la crisis de la izquierda es crisis de las prácticas políticas mismas, lo que se puede explicar justamente por efecto de la represión de la Dictadura Militar a toda actividad política. Es esta represión la que explica que la función tribunicia ejercida por los partidos populares hasta 1973 haya cesado, pero no explica la incapacidad de la izquierda para actuar en las diferentes coyunturas dadas hasta ahora, agitando las reivindicaciones populares o canalizando las aspiraciones de las masas en relación con la cuestión de la Constitución y de la democracia, por ejemplo.

Por otra parte, lo que aparecía como objetivo esencial de los partidos de izquierda –llegar al poder y mantenerse en él–, no fue logrado con el agravante de que el pueblo no parece confiar en la izquierda⁹⁷. Además, en las condiciones mismas en que vive hoy la mayoría de los trabajadores el problema del poder político ha pasado a ocupar un lugar más que secunda-

97- “Hacia una nueva política”, en “Estudios” (Bruselas), N°10, P.14.

rio en sus preocupaciones. Por el contrario, parece ser más importante el desarrollo de nuevas formas de solidaridad y de cooperación, así como la creación de nuevos espacios de expresión y de creatividad populares (contracultura).

La crisis es ideológica

La crisis de la izquierda es ideológica, porque la ideología en general, como sistema relativamente autónomo de representación, está también en crisis. Es la práctica de los trabajadores la que, al producir nuevos significados, nuevas maneras de percibir, de interpretar, de pensar y de actuar, puso en cuestión los distintos sistemas ideológicos, dejando al descubierto su carácter eminentemente histórico-social, es decir, producto de la actividad colectiva de los hombres. La ideología apareció como lo que es, no solamente como ideas que se consumen, que se aceptan o que se sufren, sino que, como algo producido, creado por la praxis colectiva. De ahí también la “desconfianza” hacia las ideologías demasiado estructuradas.

La izquierda chilena se autodefinía como marxista, en las distintas versiones de esta ideología. Estas versiones aparecen hoy en día cuestionadas, criticadas por su carácter economicista, reduccionista, etc. Incluso, hay quienes, a partir de posiciones de izquierda, abandonan totalmente el marxismo. Así, si bien es innegable que la Dictadura Militar le impide a la izquierda propagandizar el marxismo, no es menos cierto también que la misma izquierda cree menos en éste que antes del Golpe. Y ello producto de la actividad multiforme que se produce en el período señalado que permitió concretizar aquello de que “todo hombre es filósofo”. La desacralización del marxismo se produce durante la Unidad Popular cuando los trabajadores constatan que son capaces de pensar por sí mismos y que la teoría que se les presentaba era incapaz de

dar cuenta de toda la riqueza de la nueva realidad social forjada por las decenas de miles de trabajadores en lucha.

Por otra parte, la izquierda ha perdido su(s) faro(s), el (o los) que se encontraba(n) en alguno de (o en todos) los países del “socialismo real”: Yugoslavia, URSS, China, Albania, Cuba, Vietnam, Camboya, Corea, etc. Los regímenes capitalistas burocráticos instaurados en esos países han mostrado su naturaleza eminentemente antiobrera, la negación de todo atisbo de autonomía de la clase. Si dudas aún quedaban, éstas han sido disipadas por la invasión soviética a Afganistán, por el apoyo de Cuba a la agresión colonialista del militarismo etíope en contra del pueblo de Eritrea, por la represión al movimiento autónomo de los obreros en Polonia en pos de una República Autogestionada, etc.

La crisis es social: es crisis del movimiento obrero

Para la izquierda, la crisis solo afectaría sus superestructuras políticas. Todos sus análisis tienden a mostrar que el movimiento obrero habría quedado intacto después de la derrota de 1973 y que el problema esencial sería, entonces, el de la dirección del movimiento.

Esta tesis, como las otras, es también falsa. El mismo carácter global de la crisis hace pensar que sus orígenes se encuentran al exterior de los partidos y no en estos, a menos que se conciba a los partidos como estructuras completamente independientes de las fuerzas sociales en que se sustentan, es decir que se las considere como estructuras autofundadas.

Si, por el contrario, se estima que los partidos expresan de alguna manera fuerzas sociales y que los partidos de izquierda encuentran su fundamento en la actividad multifacética

del movimiento obrero y de las otras capas populares, será necesario buscar las raíces de la crisis en las transformaciones sufridas por esas fuerzas sociales.

En efecto, en la concepción dominante en el seno de la izquierda, el partido aparece como la instancia fundadora de la realidad. La actividad de tal o cual clase aparece como el producto de la actividad de tal o cual partido. La lucha de clases es así reducida a lucha entre partidos.

En este enfoque politicista, la práctica de las clases sociales aparece como la simple ejecución de las estrategias y de las tácticas elaboradas por los partidos. Así, cuando en la izquierda se habla de alianzas de clases, lo que se quiere decir es alianzas de partidos. La relación de las clases con los partidos es representada unidireccionalmente. El partido sería el elemento fundamental, la clase, lo secundario; el primero representaría la actividad, la voluntad; la segunda, la pasividad, la inercia. En la concepción machista dominante en la izquierda criolla, el partido parece representar al macho y la clase, a la hembra ¿No es ésta fecundada por las ideas y por la actividad del primero? En esta concepción serían los partidos los que permitirían que las clases se manifiesten políticamente. La variable independiente sería el partido; la subordinada, la clase.

El desarrollo de la lucha de clases muestra, por el contrario, que un partido es una asociación de individuos, históricamente condicionada, precedida, que surge respondiendo a la experiencia socialmente condicionada de esos individuos, en suma, a determinadas condiciones, las que una vez superadas, determinan a la vez la superación del partido. De ahí que se pueda afirmar que un partido es, con respecto a la(s) clase(s) que representa(n) la variable dependiente, el elemento determinado, una de las formas posibles que puede adoptar el movimiento en determinadas condiciones históricas. El pa-

pel primero y fundamental le corresponde a la lucha de clases. Es ésta la que determina el nacimiento, el desarrollo y la muerte de los aparatos de lucha de las diferentes clases.

De ahí entonces que las causas de la crisis de la izquierda sea necesario buscarlas en las modificaciones experimentadas por las fuerzas sociales que esa izquierda ha representado históricamente. En lo que se refiere al movimiento obrero tradicional, es evidente que este ha sufrido una crisis profunda que no es producto sólo de su derrota “política”, “militar” o “político-militar” como pretenden los panegiristas de las distintas tendencias de la izquierda. La derrota del movimiento obrero es el cambio brutal de las condiciones que generaron las movilizaciones masivas de los trabajadores en el período precedente⁹⁸.

En este sentido, el aspecto principal a señalar es el impacto que sobre el movimiento obrero ha tenido la reorganización del capitalismo. En efecto, éste es, en primera instancia, el producto de una modalidad específica de acumulación del capital y de una cierta estructuración del capitalismo expresada en una relación entre ramas y sectores de la economía. Ello determina el número, la composición, el grado de concentración, así como el comportamiento de los trabajadores. El peso de sectores como la gran minería, la construcción, los textiles, la industria automotriz y la electrometalúrgica, es determinante en el desarrollo del movimiento obrero como también lo es el de la administración pública en la que aproximadamente el 95% de los trabajadores se encontraban sindicalizados al momento del Golpe Militar. De aquí entonces que la reestructuración del capitalismo implique la desorganización del movimiento obrero en la forma en que éste estaba estructurado. Se puede evocar brevemente las modalidades de dicha reorganización.

98- “Correo Proletario” (Bruselas), N°2.

En primer lugar, el proceso de subsunción real del trabajo en el capital ha tendido a profundizarse. La separación del trabajador de los medios de producción y su subordinación creciente a estos últimos tiende a acrecentarse mucho más, a partir de la introducción de nuevas tecnologías, si bien es cierto que la importación de ellas ha sido mucho menor que lo que la Dictadura esperaba. Este proceso tiene al menos dos efectos sobre la mano de obra: en primer lugar, la descalificación de una gran cantidad de trabajadores y la selectividad con respecto a una pequeña minoría (los más escolarizados y los más jóvenes tienen más posibilidades de ser “seleccionados” para ocupar un puesto de trabajo). A veces, la concentración/exclusión se expresa en la absorción de mano de obra más descalificada: utilización extensiva de personal femenino, con la consecuente feminización (léase “desvalorización”) del trabajo. Los resultados están a la vista: la introducción de la microelectrónica en el sector financiero permite reemplazar un “buen” contador por un egresado de secundaria capaz de operar una calculadora. El primero “vale” (es pagado) por sus capacidades profesionales, su “saber-hacer”; el segundo, por su simple capacidad para manipular un aparato electrónico. Éste, como simple “operario”, es una pieza más del engranaje. Igual ocurre en la agro-industria. Las antiguas solidaridades, basadas en el saber-hacer en el taller o en la fábrica pasaron hoy día de moda.

En segundo lugar, esta mayor subordinación del trabajo al capital se expresa también en las variaciones en la composición orgánica de este último: el capital constante tiende a ser proporcionalmente más importante que el capital variable. De ahí la tendencia progresiva a expulsar mano de obra excedente de los centros de trabajo. Las enormes tasas de desempleo (entre 15 y 25% a lo largo del período) han permitido la constitución de un ejército industrial de reserva que ha aumentado la competencia entre trabajadores con y sin em-

pleo. Ello le facilita al gran capital la tarea de ver aumentadas sus posibilidades, por la vía de la intensificación de los ritmos de trabajo, de incrementar la tasa de plusvalía. Lo mismo se logra con el aumento de la jornada de trabajo (de 45.2 h por semana en 1970 a 48.4 en 1980).

Otra modalidad que permite aumentar la subordinación de los trabajadores es la precarización del trabajo:

1- La práctica de la subcontratación se extiende hoy en día prácticamente a todos los sectores de la economía con lo que los patrones pueden regular las condiciones de trabajo a su antojo. El trabajador que “pertenece” a varias empresas no tiene ninguna posibilidad de hacer frente a ningún patrón en particular.

2- El trabajo por piezas se extiende incluso a sectores como la agro-industria, lo que permite alargar la jornada de trabajo hasta 14 diarias.

3- Los trabajos temporales, a medio tiempo, por hora, a duración limitada –que tienden progresivamente a generalizarse– constituyen otro medio de aumentar las tasas de explotación y de destruir la solidaridad de los trabajadores anudada en el proceso de trabajo.

4- La extensión del trabajo a domicilio permite a los patrones disminuir los gastos en infraestructura (local, luz, agua, servicios higiénicos, etc.) y cargarlos sobre los hombros de los trabajadores. Para estos, significa la destrucción del trabajador colectivo.

De este modo, el mercado de trabajo determina las condiciones de trabajo. La apertura a la economía internacional no

sólo permite la eliminación de los empresarios “ineficaces” sino que además aumenta la subordinación de los trabajadores, los que deben adaptar sus reivindicaciones a la mantención de la competitividad de los bienes producidos por ellos. La pérdida de combatividad de sectores de trabajadores tales como los textiles, los metalúrgicos, etc., es producto de la nueva inserción de la economía chilena en el mercado transnacional. Por el contrario, el aumento de la fuerza de trabajo en sectores como la agroindustria o el sector financiero no ha significado la creación de nuevas potencialidades de lucha en esos sectores, sea por el tipo de tecnología empleada, sea por la escasa concentración de mano de obra, sea por las condiciones de clase misma de los trabajadores que allí laboran.

El conjunto de esos procesos determina la atomización del movimiento obrero, la individualización creciente, la destrucción de las solidaridades tradicionales basadas en la estabilidad en el sitio de trabajo o de vivienda. Las modalidades de decisión económica centralizada impuesta por los grupos económicos hacen aparecer el poder de la empresa como abstracto, inalcanzable, impersonal, con lo que los trabajadores quedan afectos a decisiones que escapan a sus marcos de referencia.

A ello cabe agregar que la legislación laboral no hace, sino que ratificar a través de sus diversas normas esta relación de fuerzas desfavorable a la clase trabajadora.

En estas condiciones, la capacidad de los trabajadores para desarrollar luchas explícitas se ve considerablemente disminuida. Tampoco otras manifestaciones de resistencia a la explotación han podido desarrollarse mayormente: ausentismo, disminución de los ritmos de trabajo, desapego al trabajo, etc., las que a lo más aparecen como meras reacciones individuales, sin que puedan aparecer como fenómenos co-

lectivos, considerados como manifestación global de un grupo social, como comportamiento colectivo.

Por otra parte, la concentración y la centralización del capital conducen a la concentración espacial de medios de producción y de la fuerza de trabajo, lo que obliga, por la lógica misma del sistema a una concentración de medios de consumo, tanto individual como colectivos (servicios, por ejemplo). En la actual fase de acumulación del capital, la importancia estratégica del consumo es grande, lo que obliga al sistema a reorganizar este último. De ahí la necesidad de una demanda solvente que permita el consumo individual sistemático, lo que se lograba hasta antes de la crisis por la vía del crédito barato. Las contradicciones que la actual fase de acumulación ha producido en este nivel son conocidas. Baste recordar el reforzamiento del individualismo consumista como efecto ideológico mayor. Al mismo tiempo, se constata el desplazamiento de las contradicciones a los lugares de habitación. La “población” misma, como espacio de reproducción de la fuerza de trabajo cobra una importancia fundamental, por lo menos, mayor que la que había tenido hasta ahora. La política de descentralización de la Dictadura al otorgar mayores recursos y nuevas atribuciones a las municipalidades convierte a éstas en centro del juego político. Salud, educación, trabajo, vivienda, sectores hasta ahora en manos del poder central, pasan a cargo de las municipalidades con lo que el régimen consolida su poder en las bases administrativas mismas del Estado, descentralizándose.

Así, no es sólo la política la que ha cambiado, sino que también el movimiento obrero, el que se ha visto profundamente transformado en su esencia misma y ello a partir de su práctica misma.

El primer elemento a remarcar es que ya existe una experiencia anterior de lucha, como ya se ha señalado. La agudización y la exacerbación de la lucha de clases en el período de la UP, la participación activa de grandes masas en esas luchas, la creación de nuevos espacios de actividad, en general, la democracia de masas y por la base existente, permitieron el surgimiento de nuevos modos de ser, de percibir, de sentir y de pensar en vastos sectores de trabajadores. El respeto sagrado a las instituciones y a las jerarquías tendió a perderse. Se dio así por iniciado un proceso de valorización de las propias capacidades para pensar, decidir y actuar. De esta manera se generaron condiciones para una mayor autonomía política e ideológica del movimiento obrero. Este proceso, en tanto fenómeno colectivo, fue aplastado por el Golpe Militar el que cambió, como se sostuvo más arriba, las condiciones de producción y de reproducción de la clase trabajadora, modificándose, junto con ellas el movimiento social de los trabajadores.

Sin embargo, estas experiencias, aunque a veces en forma individual y/o local, se mantienen y permiten encarar la nueva fase en condiciones totalmente inéditas. De aquí que nuevas formas de lucha surjan y con ellas nuevas formas de organización. Entre las primeras, baste recordar la “huelga de las viandas vacías” de los trabajadores del cobre, el “cansancio de los portuarios”; entre las segundas, el surgimiento de organizaciones culturales, de centros juveniles, de sindicatos de “independientes”, el rejuvenecimiento del cooperativismo, etc. Surgen, además, organizaciones como la Agrupación de Familiares de los Detenidos Desaparecidos, el Comité de Defensa de los Derechos humanos y sindicales (CODEHS), la Comisión de Renovación sindical, las que expresan esta nueva dinámica de la actividad de recreación de la solidaridad clasista del movimiento obrero.

Tal vez sea necesario recalcar que se trata de una solidaridad clasista, luego, solidaridad política. Ello es importante, puesto que lo esencial de la política del régimen tiende a la destrucción de la solidaridad de clase de los trabajadores. Cualquier acción tendiente a recrear esa solidaridad aparece, independientemente de la voluntad de sus actores, como actividad política, que apunta al corazón del Estado, al conjunto de la política de la burguesía. La política de los trabajadores se presenta así como posibilidad de la toma de decisiones consciente por la mayoría, como actividad colectiva en que son las “bases” las que están implicadas, como política cotidiana de creación de un nuevo movimiento obrero autónomo y de reforzamiento de un vasto movimiento socio-cultural alternativo, cuya realización cabal se ve obstaculizada justamente por la presencia de la Dictadura, como uno de los tantos estorbos a eliminar en el camino de la emancipación social. En estas condiciones, para muchos trabajadores comprometidos en la reconstrucción del movimiento obrero, los partidos políticos juegan un papel mínimo, deslucido y secundario.

No cabe deducir de lo anterior, sin embargo, que la crisis de los partidos, que deviene ya un estado más o menos permanente, sea un estado irreversible, que conduciría a su desaparición y muerte. No compartimos una tal visión fatalista y mecanicista. Los partidos, como todo aparato político ideológico, son producto de la lucha de clases: Paradojalmente, la misma represión desencadenada por la Dictadura Militar en contra de los partidos de izquierda, los ataques del régimen contra los “politiqueros”, transforman a los partidos en general, y a la izquierda en particular, en una fuerza de oposición simbólica a la Dictadura Militar. Al mismo tiempo, a falta de un desarrollo de la idea del valor de su propia fuerza como trabajadores, para muchos los partidos aparecen como el único marco de referencia para una acción política válida. Así, condenando a muerte a los partidos, la Dictadura Militar

les prolonga la vida, los fortalece como alternativa y los convierte en candidatos a su sucesión.

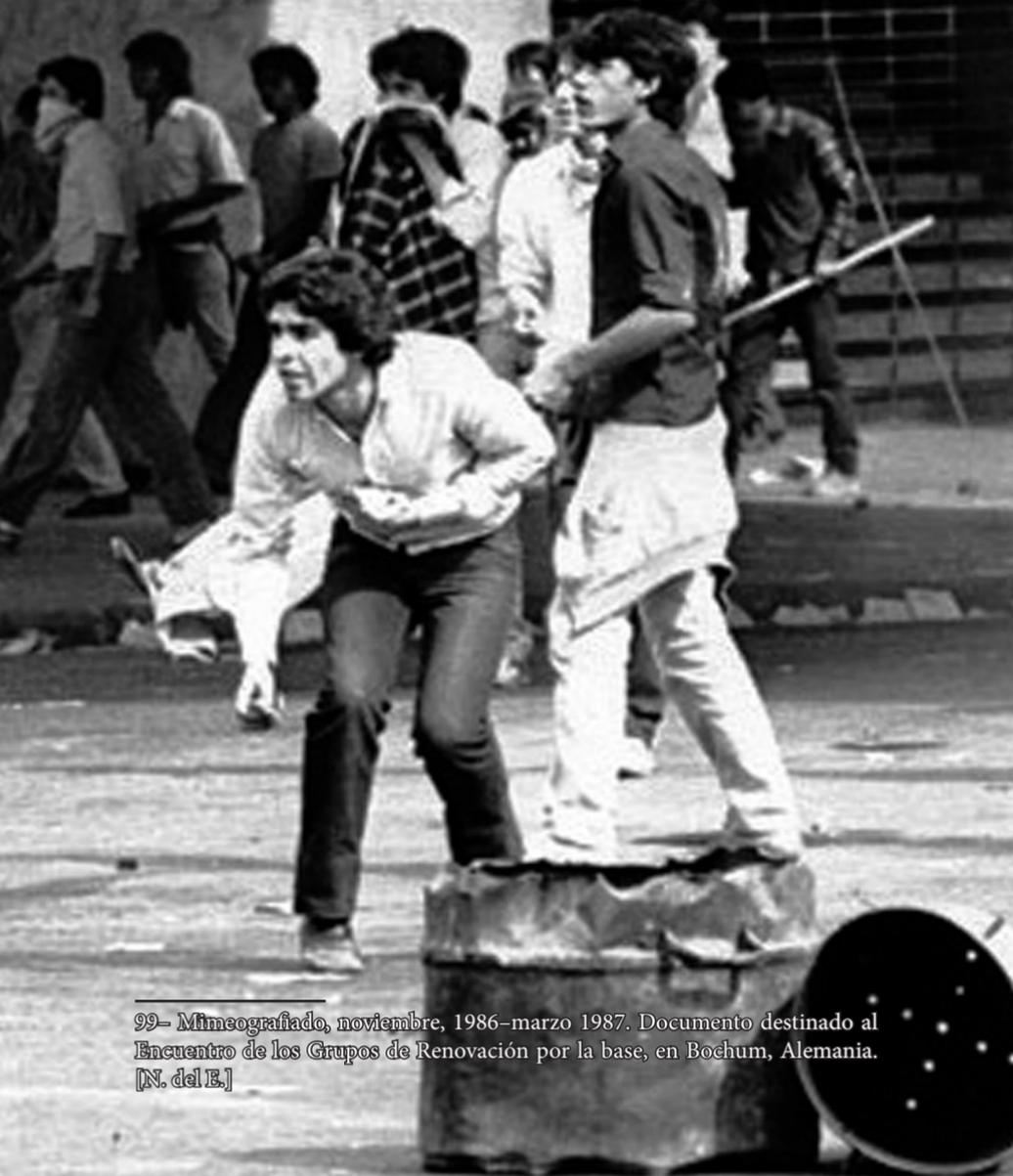
Los efectos de la crisis económica y la ruptura de la relación favorable a la gran burguesía internacionalizada que ello ha implicado, han relanzado a la palestra histórica a sectores de la burguesía interna hasta ahora silenciosos. Al mismo tiempo, se asiste a la resurgencia de movimientos de masa, tímidos aún, pero que anuncian nuevos desarrollos. En esas condiciones, la necesidad de la negociación entre las diferentes fracciones de la burguesía se hace hoy más que necesaria para impedir el estallido del sistema. La posibilidad de la mediación y de la negociación entre los diferentes sectores sociales permite hoy en día el resurgimiento de las viejas estructuras partidarias. Así, algunas de las condiciones que generaron la crisis tienden a ser superadas. Con ellas tienden a desaparecer también algunos de los obstáculos que impedían su solución.

El dilema que se presenta entonces a las tendencias renovadas es o reinsertarse en los procesos de recomposición partidaria o, por el contrario, profundizar las experiencias de lucha por el poder de los trabajadores, por su emancipación social. Es esta última vía la que hemos escogido quienes nos esforzamos por desarrollar al máximo la autonomía de clase.

Halle, junio de 1983



LA IZQUIERDA RENOVADA⁹⁹ ¿SOCIALDEMOCRACIA RENOVADA?



99- Mimeografiado, noviembre, 1986-marzo 1987. Documento destinado al Encuentro de los Grupos de Renovación por la base, en Bochum, Alemania. [N. del E.]

Introducción

La nueva fase de la lucha de clases que se abre en Chile en los años 70 se caracteriza entre otras cosas, por las profundas modificaciones que sufre la relación tradicional entre las clases sociales y el Estado, la política en general y, más particularmente, la relación partido-clases. Sobre este último punto, cabe señalar que la gran mayoría de las reflexiones que se han producido en los últimos años han tenido como premisa y como conclusión la afirmación de la necesidad del Partido considerado como instancia determinante de los procesos sociales y políticos.

Es en ese contexto que se sitúa la llamada Izquierda Renovada y es a ella a quien están destinadas las líneas que siguen. El objetivo de este trabajo se circunscribe a intentar definir su naturaleza y contenido, en la medida en que a se autodefine como una de las respuestas –sin duda lo es y la más seria de todas– a esas transformaciones en el Chile de los últimos años. En la medida en que se analiza su naturaleza, formas y contenido, se puede dar un paso en adelante para ver en que puede contribuir o no a la lucha por la emancipación social.

La importancia del tema es innegable. Esta corriente aparece como una de las alternativas a la crisis del capitalismo, así como a los profundos problemas que aquejan al continente indoamericano. Las corrientes socialistas renovadas, por otra parte, juegan un rol bastante importante en el período inmediatamente post-dictatorial en países como España, Portugal, Grecia y, en alguna medida, Brasil. En Chile, la presencia de esta corriente es suficientemente importante como para ocuparse de ella. Sin embargo, pese a la importancia del tema, es necesario reconocer que existen bastantes dificultades teórico-metodológicas para un tal tratamiento, dificultades que derivan tanto de la insuficiencia del aparato conceptual

de que se dispone como de las características del objeto mismo: contradicciones internas, complejidad, etc., todo lo cual obliga a constituir el objeto de análisis junto con su crítica.

Para este efecto, el trabajo será dividido en dos partes: en la primera (I) se intentará precisar el entorno histórico en el que surge y se desarrolla la Renovación y en una segunda (II) se procederá al análisis de algunos temas del discurso renovado. Para este efecto se ha procedido al examen de algunos de los principales documentos producidos por esta corriente durante el período 1976–1982. Este corte temporal se justifica por el hecho de que los fundamentos teóricos de la Renovación han sido producidos en ese período. Después de entonces, esos fundamentos experimentan un escaso desarrollo, se les encuentra sólo en estado práctico o en el discurso propiamente político.

I

Las Dos Renovaciones

Tal vez uno de los problemas más graves de las nuevas prácticas que surgen a partir del Golpe Militar es la falta de un lenguaje adecuado que permita expresarlas. En tal sentido, la palabra “renovación” permite llenar un vacío, constituyéndose en el lugar de encuentro simbólico de distintos sectores que intentan superar la crisis de la izquierda y del movimiento obrero tradicional. Ello es posible en la medida en que es posible atribuirle diferentes sentidos. “Renovar” puede significar “hacer una cosa como nueva”, “restablecer y cambiar”, con lo que se diferencia de “innovar”, que es “introducir una cosa nueva”; pero también significa “modernizar”, “reformular”, sea en el sentido de “volver a las purezas primitivas”, sea en el de “arreglar”, poniendo “en orden los asuntos que no están de acuerdo con los tiempos contemporáneos”. Pue-

de significar también “rejuvenecer” y/o remozar; o también “restablecer cuando se vuelve a establecer o instaurar una cosa o se pone en el estado que antes tenía”; o, también, “restaurar” que indica que “un arreglo se efectúa sobre el original”¹⁰⁰.

La corriente de la Renovación se autodefine como pretendiendo “renovar la política”. Sin embargo, para algunos, la renovación significaba clara y derechamente “innovación” o, en algunos casos, “volver a la pureza primitiva” de la izquierda. Para otros, por el contrario, se trataba de una restauración, de una modernización. Mientras para los primeros, la renovación contenía implícita una ruptura con la institucionalidad, para los segundos no se trataba más que de un reacomodo, de una reforma de dicha institucionalidad. En este caso, es la continuidad la que se presenta como norma, o para ser más precisos, es el cambio en la continuidad. Como se verá, esta es la tendencia que logrará imponerse, reapropiándose de todos los significantes atribuyéndole sus propios significados.

Mientras en la primera tendencia se encuentra sobre todo la nueva generación que hace su aprendizaje político en la UP y durante la Dictadura, en la segunda se encuentran militantes del Partido Socialista y de partidos formados en los años 60–70 como el MAPU (Movimiento de Acción popular unitaria), el MOC (MAPU Obrero–Campesino), la Izquierda Cristiana. En el primer caso se trata de dirigentes poblacionales, sindicales o estudiantiles de la base, de viejos militantes de la ultra izquierda, de sectores obreros ligados a la experiencia de los Cordones Industriales y de grupos ligados a otras experiencias de participación popular. En el segundo, militantes y dirigentes de partidos del “centro” de la izquierda o del ex “polo revolucionario” o de fracciones de ellos, revistas, inte-

100– Zainqui, José (1979) *Diccionario razonado de sinónimos y contrarios*. Barcelona: De Vecchi.

lectuales agrupados en centros de investigación, dirigentes sindicales, centros de estudios y un sinnúmero de asociaciones de distinto tipo, etc. Mientras en este segundo sector el discurso fluye con facilidad, la capacidad de expresión del otro sector, por el contrario, es más débil, sobre todo si se considera esa capacidad en términos tradicionales. Sin duda, es difícil expresar un pensamiento nuevo cuando debe ser expresado en las viejas formas.

La primera corriente se expresa organizacionalmente, por una parte, en asociaciones sindicales como el Frente Unitario de Trabajadores (1976–1980), la Comisión de Renovación Sindical (Movimiento de Renovación Social más tarde) y el Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales de Clotario Blest y, por otra, los diferentes grupos que salen de los partidos tradicionales, las “disidencias”, las fracciones o las reagrupaciones de militantes en nuevas asociaciones como los “socialistas de base”, los “grupos de trabajadores”, etc. Un análisis más detallado de esta corriente exigiría un capítulo aparte.

Precisando aún más, el objetivo de este artículo es, por el contrario, el análisis crítico de la segunda corriente, de la “Renovación” oficial e institucional, de aquella que tiene los timbres y las banderas de tal y que ha contado con el apoyo de los medios de prensa y de las organizaciones internacionales ligadas a la socialdemocracia.

A *grosso modo*, la evolución de esta corriente puede ser esquematizada como sigue:

1ª fase. El surgimiento de la “renovación” al interior de los partidos del “centro” de la izquierda (1976–1979). Se designa como “centro de la izquierda” a aquellos partidos que intentan mantener una posición equidistante de la “ultra-izquier-

da”, como el MIR, y de la “derecha” de la “izquierda”, como el PC. En esta posición se encuentran el PS con sede en Berlín occidental, el MAPU y la Izquierda Cristiana. Los temas de la renovación surgen en el interior de estos partidos como expresión ideológica sea de personalidades relativamente aisladas, sea de fracciones.

En el caso de MOC, aliado del PC, por el contrario, valdría preguntarse si la reflexión “renovada” no se sitúa en la perspectiva del “eurocomunismo”, al igual que ocurrirá con algunos cuadros del PC que derivarán al llamado “latino-eurocomunismo”. En efecto, en esa época el eurocomunismo, sobre todo en Italia, cobra un gran desarrollo, fenómeno que es percibido con buenos ojos en sectores intelectuales del PC. Sin embargo, más allá, del efecto “renovador” que la empresa renovada provoca entre algunos intelectuales de la corriente reformista obrera, hay un imperativo práctico mucho más inmediato: la necesidad de la constitución del Frente patriótico antifascista en el que está empeñado en ese entonces el PC y para cuya constitución es esencial la aquiescencia del Partido Demócrata Cristiano. En tales condiciones, el discurso eurocomunista, a través de un fiel mensajero del PC como es el MOC, podría llegar a constituirse en un buen cebo para atraer a los esquivos dirigentes de la DC criolla. Las fuentes principales de referencia son aquí Gramsci y el eurocomunismo en su versión italiana.

2ª fase. La crisis del PS y su transformación en crisis de la Izquierda. La ruptura que se produce en el seno del Secretariado Exterior del PS con sede en Berlín entre “almeydistas” y “altamiranistas”¹⁰¹ provoca la escisión de la izquierda unida hasta entonces en la UP de manera puramente formal. La situación creada deja en evidencia la “crisis de la izquierda”¹⁰².

101- V. Juan Sin Nombre (Luis Cruz Salas) “La crisis del partido socialista”, en “Estudios” (Bruselas). N° 7, abril-mayo de 1980.

102- Véase entre otros “La Crisis de la Izquierda”. Mimeo, Halle, 1981. Ver P:

La incapacidad de los partidos de oposición para presentar una respuesta alternativa al plebiscito convocado por la Dictadura confirma la gravedad de la crisis del sistema de partidos y, en particular de la oposición. Es en esa época que surgen los llamados para constituir el “área” o “corriente” socialista, que se transformará en Convergencia Socialista. A las reflexiones de matriz gramsciana se agregan ahora las de la socialdemocracia de izquierda y las “movimientistas”.

El eje central de la social–democracia de izquierda es la afirmación de un camino nacional y autónomo del socialismo. En esta perspectiva, la articulación de democracia y de socialismo es esencial, lo que se debería expresarse en la consigna de la República Democrática de Trabajadores para cuya realización se revela como imprescindible el Frente de Trabajadores, entendido como alianza de asalariados, pequeña burguesía, campesinos, estudiantes y otros sectores explotados, expresados por sus partidos. A lo largo de las discusiones y buscando un mayor consenso esta posición es posteriormente morigerada en la medida en que lo que se busca es la “*unificación orgánica de las fuerzas que componen el área socialista*” en “*un gran partido con unidad de conducción, verdadera democracia interna, posibilidad de discusión y creación colectiva*”¹⁰³. El principal expositor de esta corriente es, sin duda alguna, Raúl Ampuero, ex–secretario general del PS, quien se había marginado de ese partido en 1967 fundando la Unión Socialista Popular. Cabe señalar que sus tesis sobre la República Democrática de Trabajadores y sobre el Frente de Trabajadores en contraposición a las tesis del PC sobre el Frente de Liberación Nacional, constituyen uno de los más originales aportes al pensamiento político en Chile en los años 50¹⁰⁴.

El sector movimientista –inspirado sobre todo en las tesis de 141–175 en la presente edición. [N. del E.]

103– Ampuero Raúl “Entrevista”, en “Chile–América” (Roma), N° 60–61, enero–febrero 1980, P.79.

104– Originalidad sin duda que es compartida con Eugenio González y con los teóricos del Partido Socialista de Trabajadores (1940–1944).

Alain Touraine– reivindica el carácter de movimiento, social y político a la vez, de la oposición antidictatorial. El rol de los partidos en el seno de ese movimiento sería el de dinamizador, de sistematizador y de generalizador de las luchas en contra de la Dictadura.

El “Acta de Ariccia”, documento elaborado al término del seminario “El Socialismo Chileno: historia y perspectiva” en enero de 1980, sintetiza las preocupaciones de los tres sectores señalados, a los que habría que agregar el Partido Radical. En efecto, este partido afiliado a la Internacional Socialista, comparte con ésta el “aggiornamento” que se produce en su interior¹⁰⁵. De esta manera, la “renovación” parece abarcar a casi todos los partidos de la izquierda (PR, PS, MAPU, MOC, IC) excepto al PC y al MIR y a las mini burocracias trotskistas y maoístas.

Todo parece apuntar en ese momento a la creación de un gran partido del “área socialista” o al desarrollo de un movimiento socialista no estructurado rígidamente. Sin embargo, progresivamente, los diferentes encuentros van a permitir la recomposición de las antiguas estructuras partidarias, en la medida en que el movimiento de masas abre espacios –en los límites tolerados por la Dictadura– a la actividad política especializada y delegativa con lo que los partidos se reafirman. Una nueva fase se abre.

3ª fase. El Bloque Socialista. Los procesos de disgregación de los partidos del “centro” de la izquierda parecen detenerse y se tiende a las unificaciones parciales de las fracciones hasta entonces rivales de partidos como el MAPU y el PS.

En esas condiciones, pasa a primer plano la problemática

105– Ver a este respecto: Brandt, Willy, Bruno Keisky y Olof Palme (1976) *La Social-démocratie et l'avenir*. Paris: Gallimard.

partidaria interna mientras que el discurso renovado tiende a pasar a un segundo plano como discurso particular de cada una de esas entidades, aunque como alianza de grupos se sigue insistiendo sobre la necesidad de la renovación. De ahí el doble lenguaje de algunos dirigentes de esos partidos en ese período según el interlocutor con el que se trate. Por su parte, los “convergentes” no militantes de alguno de los partidos tradicionales se mantienen unidos en la Convergencia Socialista y en la Convergencia Socialista Universitaria.

4ª fase. El fracaso de la Asamblea del Bloque Socialista marca el fin de las tentativas “renovadas” en la izquierda. Es la dinámica de recomposición de las estructuras partidarias la que marca el desarrollo ideológico de esos grupos. La muerte del Bloque conlleva a su vez la desaparición del lenguaje renovado de los primeros momentos como expresión de un vasto sector de izquierda y, al mismo tiempo, su difusión en distintas áreas. Por aquí y por allá, aparecen artículos de representantes de esos partidos adjudicándose la propiedad de la “renovación” mientras acusan a otros de no ser consecuentes con el mensaje “renovado”. Esta última fase marca la absorción definitiva de los “movimientistas” en los partidos, especialmente en el PS-Núñez. Este será el partido que aparecerá como el portaestandarte de la renovación en los años siguientes.

Después de esta descripción somera y esquemática de la evolución de la izquierda renovada (IR)¹⁰⁶ vale la pena preguntarse en qué renovó la política, cuestión a la que es posible responder analizando de una manera más profunda lo que esta corriente entendía por “renovación de la política”.

Como primera aproximación se puede afirmar que la “reno-

106- En lo sucesivo, utilizaremos la sigla IR en lugar de “Izquierda Renovada”

vación de la política” es la respuesta que dan sectores del personal político de izquierda a la crisis que les afecta, “crisis de la izquierda” producto de la combinación de tres crisis correlativas y paralelas: crisis del movimiento obrero tradicional, crisis del Estado y crisis del régimen de partidos. A continuación, se pasará en revista el carácter de esas crisis.

La crisis del movimiento obrero tradicional

Si “*el factor más esencial del proceso de trabajo es el trabajador mismo*”¹⁰⁷, en otros términos, si este es el factor fundamental de la producción y de la reproducción de la sociedad, parece lógico comenzar con la crisis del trabajador colectivo, crisis que determina las otras.

Desde los años 20...

El movimiento obrero entendido como conjunto de comportamientos colectivos de identificación y de solidaridad entre trabajadores y de oposición y de lucha al mando capitalista presenta algunos rasgos particulares en la fase de acumulación capitalista que se extiende por lo menos desde los años 20 a fines de los 60.

1- Aceptación en la práctica por el movimiento obrero de la lógica de la industrialización substitutiva de importaciones a cambio del mejoramiento progresivo de las condiciones de vida, mientras que en el discurso se reafirma el contenido anticapitalista y socialista de la lucha. Existe el convencimiento de que la industrialización significaría el aumento de la clase obrera (lo que es válido durante un largo período), con lo que se crearían las bases para sepultar el capitalismo. La creencia en el desarrollo “neutro” de las fuerzas productivas es gene-

107- Marx, Karl (1972) *El Capital*, Libro 1 Capítulo VI. Buenos Aires: Siglo XXI. P. 28.

realizada. De ahí que las luchas no se centren en torno al control del mando de la empresa, sino que en torno a la cuestión de la compraventa de la fuerza de trabajo y de la distribución del producto.

2- Las reivindicaciones de los trabajadores se centran en la formación del salario nominal. Si bien capitalistas y obreros se enfrentan en el mercado como vendedores y compradores, existe clara conciencia de que tal relación tiene como premisa la relación como capitalista y obrero, como personificaciones respectivamente del capital y de la fuerza de trabajo¹⁰⁸, relación que se sitúa fuera del proceso de producción misma, como simple momento del proceso de circulación de las mercancías.

El por qué el combate de clase se desarrolla en términos puramente salariales, en términos de distribución del producto y por qué los trabajadores se autoperceben como simples vendedores de su capacidad de trabajo, como vendedores aislados, individuales, situación que lleva a que se busque el fundamento de la unidad de la clase en el exterior de ella, podría ser explicado en términos de la teoría del fetichismo de la mercancía, lo que excede los límites de este artículo. En cualquier caso, lo claro es que los mecanismos de formación de la identidad colectiva pasan por el partido, por el programa y no por la propia posición de clase. La lucha se centra en torno a la evolución del costo de la vida –variable determinada a nivel del Estado–nación–, lo que obliga a la búsqueda de representantes que actúen en esa instancia. Los sectores de trabajadores de mayor peso estratégico obligan a otorgar mejoras salariales refrendadas por el Estado lo que permite a los sectores más débiles, en un segundo momento, a exigir que les sean concedidas también a ellos. Si bien esto no constituye una especificidad del movimiento obrero chileno, es

108– Marx, Op. Cit. P. 49.

particularmente significativo si se considera que las empresas son, por lo general, pequeñas, con un número reducido de trabajadores¹⁰⁹.

3- A fin de fijar una mano de obra relativamente insumisa, que no vacila en utilizar el *turn over* cada vez que las condiciones son desventajosas, la clase capitalista echa mano a formas indirectas de salario, aprovechando los excedentes del sector externo, lo que permite una cierta gratuidad de algunos servicios públicos para algunos escasos sectores de trabajadores con poder de negociación colectiva. De esta manera, el ingreso salarial cobra una cierta independencia del “mercado de trabajo”.

4- Se asiste asimismo a un mayor aumento del número de asalariados respecto a los otros sectores de la población activa.

5- La figura central del período es el obrero profesional polivalente, el que “posee conocimientos técnicos, inseparables de la experiencia y la habilidad, que permiten adaptarlos a materiales o máquinas susceptibles de variaciones; su nivel se eleva con la edad, al menos hasta el momento en que ya no puede soportar la carga física y es desplazado a trabajos subalternos; el mismo obrero organiza su trabajo y eventualmente el del equipo que dirige. Este tipo de obrero profesional es también, por lo tanto, un tipo social: el oficio también es carrera y fuente de autoridad”¹¹⁰. Como señalan Bon y Burnier, “organizador cotidiano de su propio trabajo, el obrero profesional ocupa un lugar estratégico en la producción: su trabajo es lo suficientemente técnico para ser objeto de orgullo, suficientemente va-

109– Véase Angell, Alan (1972) *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. México: Era. pp. 84 y ss.

110– Touraine, Alain y Mottez, Bernard “Métiers et professions in la civilisation industrielle (de 1914 à nos jours)”, T. IV de la *Histoire générale du Travail*. Paris: Nouvelle Librairie de France. P.19.

riado para presentar un interés creador". Es el obrero profesional quien se encuentra, por su cultura, por su calificación profesional, a la cabeza de las organizaciones del movimiento obrero, organizaciones que *"expresan las esperanzas y los mitos de la capa más consciente del proletariado, la más apta para definir una acción política y un modelo social; los otros trabajadores reconocen en ella sus aspiraciones y se vinculan progresivamente a la ideología revolucionaria"*¹¹¹.

Esas organizaciones son, por una parte, el sindicato, centrado en la lucha "económica" en la empresa o en la rama de la producción y, por otra, el partido, centrado en la lucha "política", en torno a la conquista del poder central de Estado. Mientras en el sindicato deben participar todos los trabajadores, el Partido es reservado para los elementos más "conscientes" de la clase.

6- El eje central del proceso de acumulación es la fábrica y/o la mina. La organización de la empresa aparece como punto de referencia de la acción obrera. El lugar de la socialización obrera es la fábrica.

...pasando por el período de la Unidad Popular...

A través de un proceso acumulativo de experiencias se llega a fines de los años 60 a una situación que se caracteriza por la masificación, la generalización, la radicalización y la politización de las luchas, cuestión que hemos analizado en otro lado¹¹². Lo que interesa destacar aquí son los efectos de esa lucha.

111- Bon, Frédéric y Michel-Antoine Burnier (1971) *Clase obrera y Revolución*. México: Era. P. 36

112- Cruz, Luis, "Movimiento obrero y partidos políticos, 1968-1973", mimeo. Ver Pág. 79-107 en la presente edición. [N. del E.]

En primer lugar, se rompe la lógica contradictoria existente hasta entonces, en que cada uno de los términos parece necesitar del otro. La profundización de la lucha obrera y popular pone en cuestión la dominación capitalista misma. La lucha pasa de lucha por aumentos salariales y del gasto público a lucha por el control de la fábrica y de todo el aparato productivo. La separación existente hasta entonces entre lucha “económica” y “política”, propia a los períodos “normales” tiende a borrarse.

Ello no significa que los partidos populares y los sindicatos entren de manera directa e inmediata en crisis, sino que son dejados de lado por los trabajadores cada vez que, la dinámica de las luchas de estos los sobrepasen. No se constatan rupturas –al menos con algún nivel de significación– entre la izquierda obrera que se desarrolla junto a los Cordones Industriales y sus organizaciones partidarias o sindicales. Lo que se constata, por el contrario, es una actividad obrera y popular que rebasa los límites organizacionales, excede las directivas de las direcciones y se adelanta incluso a éstas¹¹³.

El movimiento de socialización de las luchas se extiende de las fábricas al territorio y de este vuelve multiplicado al interior de las fábricas. La “participación popular” tiende a transformarse en “poder popular”, pasando por encima de las trabas burocráticas que representan los partidos populares. El proceso es sangrientamente detenido por el Golpe Militar. Los partidos populares son incapaces de enfrentar el Golpe, de la misma manera que en los años 71–73 habían sido incapaces de ponerse a la cabeza del proceso revolucionario de masas.

La adquisición fundamental del período es la constitución de una generación que, a lo largo del proceso, adquiere hábitos

113– Prieto, Helios (1974) *Los gorilas estaban entre nosotros*. Buenos Aires: mimeo.

de participación política y de democracia de base, generación que será destruida, dispersada, reprimida, exiliada y con ella, la experiencia acumulada.

...a la contrarrevolución capitalista.

La respuesta capitalista a la insurgencia obrera y popular es cambiar las condiciones de producción y de reproducción de la clase obrera, buscando alterar de modo radical su composición social.

A la masificación de las luchas en el período anterior, el capital responde con la participación selectiva en el empleo y con la destrucción del trabajador colectivo concentrado en las fábricas y en las minas. Las dimensiones cuantitativas de la lucha obrera y popular son así modificadas fundamentalmente¹¹⁴. En efecto, el número de empleos no aumenta de manera proporcional al ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo. Al crecimiento “natural” de ésta se añade el hecho de que, debido al descenso de las remuneraciones reales, baja el ingreso familiar lo que obliga a un número más grande de miembros del grupo familiar a buscar un trabajo remunerado.

Por otra parte, la reestructuración capitalista significa para sectores como la agricultura, minería, industria y construcción la disminución en términos absolutos de la mano de obra ocupada. Por el contrario, el comercio y los servicios ven incrementadas sus filas en una fuerte proporción. El proceso de terciarización de la mano de obra se profundiza. Todo ello significa al mismo tiempo que cerca de un sexto de la población económicamente activa, constituida fundamentalmente por obreros, se vea excluida de la actividad productiva. De

114- Cf. “Correo Proletario” (Bruselas), N° 2 y Cruz, Luis “Pasado y Presente del Movimiento Sindical”, en “Estudios” (Bruselas), N° 7, abril-mayo 1980. P. 15 y ss.

esta manera, la relación entre “ocupados” y “desocupados” se ve modificada en sus aspectos más esenciales: la relación salarial será determinada en lo sucesivo por la persistencia de un gran número de trabajadores desocupados: “El trabajo excesivo de la parte ocupada de la clase obrera engruesa las filas de su reserva y, a la inversa, la presión redoblada de esta última, con su competencia, ejerce sobre el sector ocupado de la clase obrera, obliga a este a trabajar excesivamente y a someterse a los dictados del capital. La condena de una parte de la clase obrera al ocio forzoso mediante el exceso de trabajo impuesto a la otra parte y viceversa, se convierte en medio de enriquecimiento del capitalista singular y, a la vez acelera la producción del ejército industrial de reserva en una escala acorde con el progreso de la acumulación social”¹¹⁵. Todo ello es de sobra conocido como para detenerse en este punto.

Baste sólo señalar que la cesantía es un elemento constante de la nueva fase de acumulación capitalista. El capital induce la cesantía, constituyéndose en uno de los ejes de sus nuevas prácticas estratégicas. Si en un primer momento, la represión física, policíaco-militar es la principal herramienta utilizada para “disciplinar” a la clase trabajadora, a partir de 1975 ese lugar será ocupado por la creación y el aumento constante de un verdadero ejército industrial de reserva, lo que le permitirá al capital quebrar la “rigidez” que la clase obrera había logrado imponer en el período anterior. Quebrar esta rigidez significa el máximo de fluidez para el capital, el que se puede desplazar ahora sin dificultades.

Este proceso no hubiera podido ser llevado a cabo sin la reorganización del proceso de trabajo a través del desarrollo del “taylorismo salvaje”. Esta “taylorización” significa una mayor separación entre el trabajo de dirección y el de ejecución, así

115- Marx, Karl (2011) *El Capital. Crítica de la Economía Política*. México: Siglo XXI. T. I. Vol. 3, P. 792.

como una acentuación del control del capital sobre el proceso de trabajo. El rol de amortiguador de los grupos medios en el seno de la industria tiende a desaparecer acentuándose la polarización en el eje capital (dirección) / trabajo (ejecución).

El trabajo mismo marcha a la homogeneización: tiende a reducirse a su única calidad de tiempo de trabajo. El trabajo genérico, abstracto, indiferenciado pasa ahora a ocupar la escena. Cualquier trabajador puede ser reemplazado por otro. De ahí también la indiferencia, la apatía como norma de comportamiento¹¹⁶. El antiguo obrero profesional, celoso de sus prerrogativas, que estaba en condiciones de ejercer su autonomía en el proceso de trabajo es ahora “ahogado” por el nuevo trabajador indiferenciado, parcelado, que a lo más que puede aspirar es a reivindicar su condición de simple vendedor de fuerza de trabajo descalificado y subvalorado. La reorganización del proceso de trabajo permite aumentar la productividad del trabajador y, al mismo tiempo, la tasa de explotación.

La mayor riqueza para el capital significa menor riqueza para el trabajo, personalizado en el trabajador. El salario se reduce, descendiendo por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, el costo de producción del trabajador es reducido, desvalorizado mientras que la reproducción de la fuerza de trabajo (educación, salud, previsión social, pensiones, etc.) pasa a ser carga de los propios trabajadores. La prolongación de la duración del tiempo de trabajo, la intensificación de las cadencias, la introducción del salario por piezas, tienden a despojar al trabajador de cada uno de sus minutos de tiempo libre.

A la apropiación del tiempo de trabajo en el lugar de trabajo se agrega la expropiación fuera de éste: los desplazamientos

116- Cf. Marx, Karl. *El Capital*. Capítulo VI, Op. Cit.

entre el lugar de habitación y el lugar de trabajo son cada vez más largos, la emigración forzada, sea interna o internacional, etc.

El capital encuentra así un nuevo nivel de síntesis con el trabajo, que combina las dos formas de extracción de la plusvalía, la absoluta y la relativa, pero de manera tal que la segunda constituye a su vez la base para la (re)introducción de la primera en nuevas ramas de la producción. El capital se “renueva” volviendo a las formas de sus albores, retornando al trabajo a domicilio, al trabajo por piezas, a destajo, etc. La (re-)utilización de estas formas implica la descentralización territorial del proceso de trabajo, pero no la descentralización del capital. Muy por el contrario: la relación de hegemonía del capital y de subordinación del trabajo¹¹⁷ se extiende ahora a toda la sociedad.

En otros términos, el proceso de valorización capitalista se extiende a toda la sociedad. La socialización de la relación capital-trabajo vivo es el elemento esencial fundamental de la nueva fase de acumulación. La sociedad toda aparece ahora como sociedad del capital: todas las condiciones sociales se encuentran subsumidas en el capital. Este se presenta ahora como capital social global y el trabajo como trabajo puramente abstracto. Es esta nueva forma de socialización la que “legítima” y hace “necesario” el mando del capital sobre la producción.

La socialización del capital implica que el antagonismo entre capital y trabajo atraviesa toda la sociedad. Esta es ahora el espacio del enfrentamiento, del antagonismo, entre los dos opuestos. Ello conlleva otra consecuencia: la fábrica, como

117- “*Es el capitalista quien consume la capacidad de trabajo, y por tanto, la vigila y dirige*”, Marx, Karl (1972) *El Capital. Libro I Capítulo VI* (inédito). Buenos Aires: Siglo XXI. P. 61.

lugar central de ese conflicto en el período anterior, se ve desplazada a un segundo plano. Es la sociedad-fábrica la que se transforma en el eje del proceso de acumulación. El nivel de la ganancia es definido en el nuevo nivel de socialización y no en relación a la correlación de fuerzas existente en el seno de cada empresa o rama de la producción.

La centralidad de la fábrica entra en crisis no sólo como “*lugar estratégico de la valorización del capital sino igualmente como espacio privilegiado de la formación de identidad social y de socialización obreras*”¹¹⁸.

La desintegración del trabajador colectivo como crisis de la identidad social conduce a la crisis de las formas organizacionales tradicionales del movimiento obrero: sindicatos y partidos. Es la población, el barrio, por el contrario, el que aparece como espacio de constitución y desarrollo de una identidad social popular.

Por otra parte, la tendencia a la homogenización del trabajo parece contrarrestada por la tendencia a la fragmentación y por la acentuación de la jerarquización. Fragmentación territorial y social: desindustrialización, emigración interna forzada con el consecuente desarraigo del trabajador, etc. Jerarquización salarial, pero también jerarquización social con el aumento del número de capataces encargados principalmente del control y de vigilancia, etc.¹¹⁹.

La composición de la clase trabajadora se ve así modificada radicalmente. Sin embargo, decir cambio de la composición de la clase significa asimismo decir cambios de los comportamientos de la clase.

118- AA.VV. (1979) *Usines et ouvriers*. Paris: Maspero.

119- Ver a este respecto: Campero, Guillermo y Valenzuela, José (1984) *El movimiento sindical en el régimen militar chileno 1973-1981*. Santiago de Chile: Instituto latinoamericano de Estudios Transnacionales.

La anulación del trabajador colectivo, cuyo núcleo central era el obrero profesional, determina la desvalorización de toda teoría vanguardista. Ningún sector social, ni siquiera la clase trabajadora, puede adjudicarse el título de “vanguardia” en la lucha. En el caso de esta clase, el cambio de posición del trabajo en el conjunto de relaciones sociales hace que éste pierda su centralidad. El trabajo ya no puede ser emancipado de sus cadenas, de lo que se trata ahora es de su abolición. Ello puesto que el trabajo deja de ser el medio de acrecentar la riqueza general para ser, por el contrario, de manera directa e inmediata, únicamente medio de valorización del capital, de aumentar la plusvalía, de reforzar el sistema de dominación: “Trabajar es producir la propiedad del otro, y la propiedad significa mando sobre el trabajo del otro”¹²⁰.

El que no haya sector social que pueda situarse a la vanguardia de los otros no implica el cese de las luchas sociales. Lo que ocurre es que la tendencia a la homogenización ha implicado que el brote de contestación, de lucha, de resistencia, puede surgir en cualquier lugar de la cadena social: cada eslabón de la cadena puede devenir ahora el eslabón más débil. La actividad, abierta o subterránea, de minorías como los homosexuales, los mapuche, o de otros sectores sociales como las mujeres, los estudiantes, los pobladores, puede desencadenar dinanismos incalculables. Decir así que no hay sector social de vanguardia, puesto que cualquiera puede serlo, aun sin quererlo, implica asimismo descalificar todo intento de política, de programa o de organización de vanguardia. Nada ni nadie tiene hoy legitimidad social para declararse “vanguardia”.

En estas condiciones, la actividad de esos sectores encuentra sus fundamentos y premisas, así como sus medios y objeti-

120- Marx, Karl (1968) *Fondements de la Critique de l'Economie politique (Grundrisse der Kritik der politischenökonomie)*. Paris: Anthropos. Vol. I. P. 288.

vos en la actividad misma: “Una clase en que se concentran los intereses revolucionarios de la sociedad encuentra inmediatamente en su propia situación, tan pronto como se levanta, el contenido y el material para su propia actuación revolucionaria: abatir enemigos, tomar las medidas que dictan las necesidades de lucha. Las consecuencias de sus propios hechos la empujan hacia delante. No abre ninguna investigación teórica sobre su propia misión”¹²¹. Es en la experiencia adquirida durante la fase precedente que el nuevo proletariado difuso se nutre para actuar en una perspectiva no programática. Es la práctica revalorizada como práctica autofundada, no condicionada ni por una teoría ni por una “situación objetiva”. La práctica aparece así determinada directamente por las necesidades, por la subjetividad de los sujetos sociales¹²².

La indiferencia al trabajo se expresa como indiferencia a las organizaciones tradicionales del movimiento obrero que pretendían valorizar aquel. En el curso de una encuesta que realizáramos en 1984 se mencionaba entre otras razones de esta indiferencia no solamente el miedo a la represión o al despido, sino también al convencimiento de la inutilidad de las organizaciones tradicionales, al deseo de guardar la independencia, a la voluntad de evitar la manipulación. Pese al desarrollo que han alcanzado los partidos después de 1983, todos ellos se ven obligados por los hechos mismos a confesar su incapacidad para dirigir el movimiento. Ninguno ha sido capaz de prever la magnitud e intensidad de la movilización social de los años 83–84 (aunque todos de una u otra manera han estado presentes) y todos han debido correr para alcanzarla.

La actitud frente a la organización se ve hoy substancialmente modificada: asociación entre iguales, con objetivos preci-

121– Marx, Karl. “Las luchas de clases en Francia en 1848 a 1850”, en (1976) *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú: Editorial Progreso. T. I, pp. 218–219.

122– V. Frez, Carlos “La Renovación Sindical”, en “Estudios” (Bruselas), N° 10, abril–junio 1982.

sos y definidos. Más allá de la declaración explícita de objetivos, la asociación tiende a reconstituir los mecanismos de solidaridad de clase bajo normas que se distancian del punto de vista tradicional en materia de organización en la que esta está subordinada a una estrategia y a una táctica determinadas y, consecuentemente, a la separación entre dirigentes y dirigidos. Por el contrario, la democracia de base, la participación de todos y de todas, de cada uno y de cada una, la transparencia del proceso de toma de decisiones, la autonomía respecto de toda institución extraña a la organización o a injerencias externas, aparecen como rasgos dominantes de las asociaciones populares. Es evidente que éste no es un proceso homogéneo y que la necesidad de sobrevivir de las asociaciones determina rápidamente en muchos casos una pérdida de la autonomía. Más aún, cuando esas asociaciones ganan en importancia y prestigio atraen rápidamente a la militancia de los partidos, los que ven en ellas un “frente de masas” donde reclutar militantes, desarrollar sus políticas, lograr reconocimiento, etc. El proceso está así lleno de contradicciones, de zigzagueos, de saltos hacia el pasado, de recuperación de las viejas formas. La respuesta más o menos generalizada a los intentos de apropiación burocrática de la actividad popular es el retiro al hogar. Como caso concreto se puede situar la Olla común de la Legua, de cuya directiva se apropia el PC, lo que determina la marginación de decenas de asociados, lo que no excluye que los marginados se resten a otras actividades como, por ejemplo, la participación en las protestas.

Tal vez el hábito de buscar el origen de las nuevas formas de actividad de transformación social, de los nuevos comportamientos, en la “Organización” no tenga sentido en el momento actual: es en los nuevos comportamientos en tanto tales que se encuentra la autonomía y la renovación. Es en la crisis del movimiento obrero tradicional y en la emergencia de nue-

vos sujetos sociales que se encuentra el factor determinante de la crisis de la izquierda y del surgimiento de la Renovación.

La crisis del Estado

Aunque parezca inútil repetir lo ya repetido, la crisis del Estado capitalista chileno se origina no sólo en la lucha por la hegemonía entre la burguesía “interna” o la “compradora” o internacional, para retomar los conceptos de Poulantzas¹²³, sino que sobre todo, en la generalización de las luchas obreras y populares señaladas más arriba. De la combinación de esas dos crisis, la crisis hegemónica y la crisis prerrevolucionaria surge un nuevo Estado, el Estado militar, Estado de crisis, Estado que ya no puede limitarse al mantenimiento del equilibrio y del desarrollo armónico –si es que alguna vez lo logró–, sino a situarse derechamente en la nueva dinámica del capital.

En la medida en que el capital y el trabajo se han transformado en opuestos reales y no en simples polos de una contradicción, la mediación entre ellos deja de ser posible. En tales condiciones, la cohesión de la sociedad sólo puede ser mantenida a través de la violencia, de la voluntad de poder, del Estado fuerte que concentra todos los poderes sociales y cuya única función es mantener el sistema de dominación a través de su función represiva y terrorista. Es el mando por el mando: potencia política abstracta, desprovista de toda relación social concreta, como si no tuviera nada que ver con lo que ocurre en el reino terrenal de las relaciones “económicas”. Sin embargo, más allá de la forma de Estado “gendarme” que adopta el Estado militar, es claro que su rol excede la simple represión: es, por el contrario, el “capitalista colectivo ideal”, el capital político hecho Estado. Su rol es, hoy más que nunca, determinante, en todo el proceso de reproducción del capital.

123– Poulantzas, Nikos (1975) *La Crise des Dictatures*. Paris: Seuil. P. 44 y ss.

concepción del “capitalismo monopolista de Estado”, desarrollada en particular por el PC francés y que permite justificar la estrategia de ese partido en los años 70, bien que en sus elementos fundamentales esa teoría encuentra sus bases en todos los engendros ideológicos producidos por el llamado “marxismo-leninismo”. En esa “teoría”, el Estado no pasa de ser un instrumento “neutro” en manos de los monopolios quienes lo utilizarían para su política de pillaje, pero que podría ser igualmente utilizado sin ninguna transformación por las “fuerzas progresistas antimonopolistas”.

El Estado militar es, además, un Estado de crisis, marcado no sólo por la crisis hegemónica que marca su nacimiento, sino por la incapacidad de las diferentes fracciones burguesas para conquistar la hegemonía sobre las otras y ello en la medida en que el proceso de acumulación capitalista tiende a la indiferenciación de las distintas fracciones del capital: el capital aparece directamente como riqueza. Por otra parte, el Estado aplica una serie de políticas: desvalorización de ciertos tipos de capital, reestructuración industrial, apoyo a la concentración del capital, ayudas selectivas, ocupación por el Estado del lugar decisivo en el proceso de internacionalización del capital, etc.¹²⁴ que se transforman en factor de crisis en la medida en que quiebran la “solidaridad” intercapitalista, poniendo en cuestión el rol orgánico de la intervención del Estado en una serie de dominios (vivienda, salud, etc.). Con ello, se crean las condiciones para la lucha política directa en esos dominios y la posibilidad de enfrentamientos a partir de problemas concretos con el aparato de Estado. El Estado interviene directamente en el proceso de reproducción del capital a través de la gestión de la mano de obra (PEM, POHJ, etc.) y de la política monetaria. Esta intervención masiva determina la centralidad del Estado en el proceso de acumulación, pese a las apariencias. Más aún, el Estado mismo promueve la crisis, como ocurre con la política de shock en 1975.

124- Véase : Poulantzas, Nicos (1979) *La Crise de l'Etat*. Paris: PUF. P. 51.

En estas condiciones, la relación entre “base (estructura) económica y superestructura política deviene cada vez más orgánica a medida que se intensifica la composición orgánica de capital, es decir, a medida que la subsunción del trabajo en el capital se completa. Es decir, indiferenciación entre los dos niveles y resurgimiento de la lucha de clases a su más alto nivel”¹²⁵. En esas condiciones, la famosa teoría de la “autonomía (relativa o no) de la política y del Estado” no tiene sentido. Como tampoco la tiene la distinción tradicional entre lucha política y lucha económica y, de manera más actual, la distinción entre la lucha por desestabilizar el régimen militar y las luchas por desestructurar el sistema.

El Estado chileno, por otra parte, no se diferencia de manera fundamental de los otros Estados. Es cierto que ninguna de las democracias occidentales es la Dictadura Militar, pero es innegable que ésta última constituye una forma exasperada del Estado moderno. La Dictadura Militar constituye la forma más desarrollada de lo que en otras latitudes existe hasta ahora como mera tendencia, cuyo desarrollo depende de las luchas de clases concretas.

Los mismos rasgos que es posible encontrar en los Estados “democráticos” en forma más o menos desarrollada y/o tendencial concurren también en el Estado militar chileno:

1- Concentración del poder en el Ejecutivo a expensas de las formas de representación popular. En Chile, la representación popular fue simplemente eliminada.

2- Confusión orgánica de los tres poderes e invasión constante de los campos de acción y de competencia de aparatos y ramos que les corresponden. En Chile es el “Poder Ejecutivo” representado por Pinochet como Presidente de la República

125– Negri, Antonio (1978) *La classe ouvrière contre l'Etat*. Paris: Galilée.

quien “invade” los otros “poderes”. La Junta Militar, de la que también hace parte Pinochet representa el “Poder Legislativo” con la consecuente confusión de roles entre los dos “poderes”. El poder judicial por su parte está completamente subordinado a la Dictadura Militar.

3- Restricción cada vez mayor de las libertades políticas. En Chile, estas libertades han sido completamente suprimidas.

4- Declinación del rol de los partidos políticos burgueses y desplazamiento de sus funciones político-organizacionales hacia la administración del Estado. Ello se acompaña del desplazamiento de la ideología dominante de lo jurídico-político hacia el tecnocratismo, forma privilegiada de la legitimación del Estado por la vía del aparato administrativo. En Chile, los partidos políticos burgueses se han autodisuelto para insertarse en el aparato de Estado. Recién en los primeros años de esta década, se reorganiza una nueva derecha con tinte nacionalista mezclada con el antiguo gremialismo, tendencias ambas marcadas igual por el tecnocratismo.

5- Acentuación del ejercicio de la violencia del Estado; desplazamiento del rol ideológico de interiorización de la represión de aparatos tales como la escuela y la familia hacia los aparatos represivos mismos.

6- Establecimiento de nuevas correas y circuitos de control social: centros de madres, juntas de vecinos, etc., organizaciones que han sido reactivadas y subordinadas a los alcaldes impuestos por la Dictadura. Al traspasar la educación y la salud a las municipalidades se acentúa el control del Estado militar sobre la población de cada comuna.

7- Modificaciones legales y jurídicas que permiten refrendar jurídicamente el Estado de excepción permanente: basta ver a este efecto tanto la legislación dictada en los primeros años de la Dictadura, así como la nueva Constitución de 1980.

8- La división y dislocación de cada rama y aparato de Estado en redes formales y aparentes de una parte y centros estancos, estrechamente controlados por las cimas del Ejecutivo, por otra, así como el desplazamiento constante de los centros de poder real de los primeros a los segundos.

9- El desarrollo masivo del rol organizacional de redes estatales paralelas, de factura pública, semipública o pública-privada, que tienen como funciones simultáneas de unificar y de dirigir los núcleos estancos del aparato de Estado.

10- La incoherencia de la política del Estado, que marca claramente su carácter de política de crisis¹²⁶.

Se podrá objetar que las diferencias entre la democracia representativa y la Dictadura Militar son claras y netas, cuestión que no está en discusión. Pero lo que no se podrá discutir es que el Estado capitalista moderno tiende a adoptar formas cada vez menos democráticas, pese a que las formas de representación son mantenidas: tiende a ser cada vez más “representativo” y “delegativo” y cada vez menos democrático, si por esto se entiende la participación de la inmensa mayoría en la deliberación y toma de decisiones, así como en la evaluación de lo realizado.

La cuestión es poder determinar si en lo sucesivo el Estado podrá funcionar como en períodos anteriores o en forma “renovada”. Todo parece indicar que no y que la democracia re-

126- Poulantzas, Op. Cit., pp. 55-57.

representativa tiende cada vez más a dirigirse en contra de las necesidades, intereses y aspiraciones de los seres humanos concretos. Esta cuestión es mucho más compleja que el bosquejo que se ha trazado y merece un análisis mucho más detallado. En todo caso, un tal debate debe centrarse más que en la forma del régimen político en un análisis del conjunto de las relaciones de dominación y de hegemonía existentes en la sociedad global. En una tal perspectiva, el análisis de las modificaciones de la relación capital-trabajo, de las formas de subsunción del trabajo en el capital, de la extensión del proceso de explotación al conjunto de la sociedad resulta esencial para situar en sus verdaderos términos la crisis del Estado.

La crisis de los partidos

La actividad partidaria constituye un tipo de práctica política: en tanto tal es determinada por la composición orgánica de las clases, por el entramado de relaciones constitutivas de estas clases. Por tanto, la actividad partidaria no es ni autónoma ni autofundada. Constituye una forma organizacional que expresa la relación entre clases sociales y política, entre la actividad social de los individuos y la forma política que reviste esta actividad en el Estado. En tanto tal, la forma-Partido es histórica, es decir, mutable y perecible.

La práctica partidaria que conocimos se situaba en el cuadro del Estado nacional, es decir, en el espacio social, económico e ideológico definido por el Estado-nación. “Interior” y “exterior”, “nacional” y “extranjero” aparecen entonces claramente definidos en función de la pertenencia o no a este espacio. La fase de acumulación que se abre en los años 20-30 se caracteriza justamente por la substitución de importaciones y se habla así, con propiedad de un “desarrollo hacia adentro”. Las relaciones de dominación y de hegemonía exis-

tentes se expresan políticamente en el “Estado de compromiso”, Estado “keynesiano periférico” como ha sido llamado en otras latitudes.

El rol jugado por el Estado es esencial en el proceso de acumulación: *“proceso de acumulación y mercado interno van a estar vinculados ‘existencialmente’ al Estado chileno en función de las necesidades de la burguesía industrial; las concesiones a los sectores asalariados sólo pueden otorgarse hasta los límites funcionales permisibles por la alianza entre sectores dominantes”*¹²⁷. En este sentido, la particular situación del Estado frente al enclave minero imperialista le permite jugar un rol de redistribuidor de la plusvalía entre las distintas fracciones de la clase dominante.

En tales condiciones, el aparato de Estado puede aparecer, de una manera marcada en relación a otros Estados nacionales, como relativamente autónomo de los intereses sociales. A partir de esta autonomía puede situarse como “árbitro”, como mediador entre las diferentes clases sociales, como instrumento de consenso y de legitimación. Ocupar sus cimas permite inclinar la balanza en un sentido u otro.

En este marco, que prevalece entre los años 30 y 1973, los partidos desarrollan prácticas de:

1- Representación política de los diversos grupos y clases sociales; es decir, actúan en lugar de las clases sociales y grupos representados. El espacio donde son representadas las clases es la “esfera política”, el espacio de los “intereses generales de la nación”, en donde se encuentran los representantes de los distintos “intereses particulares”. Los partidos aparecen como la expresión de lo particular en lo general. Como toda

127- Durán, Mario “Una visión histórica sobre el Estado chileno”, en “Pensamiento socialista”, mayo-octubre de 1985, N° 35-36, P. 78.

representación implica delegación por los representados de su capacidad de decidir en sus representantes, la práctica partidaria aparece como práctica delegativa.

En el caso de los partidos populares, esta función de representación excede la pura representación política y deviene práctica tribunicia, es decir, de defensa de las aspiraciones populares ante las otras clases.

2- Negociación, de acuerdo y de concertación para obtener satisfacción mutua entre los representantes de las diferentes clases. En tal sentido, interceden frente a las otras clases presentando las peticiones de sus representados. Juegan el rol de intermediarios.

3- Mediación, es decir, prácticas de intervención destinadas a lograr un acuerdo entre los distintos intereses sociales, de terciar entre intereses contradictorios.

En esta medida, cada partido representa lo general ante lo particular *“Para que Chile siga siendo Chile es necesario adoptar tal o cual medida”*; *“el interés general lo exige”*. Llegado a este punto, el partido constituye la síntesis entre los intereses privados y el interés público, entre lo particular y lo general. El Partido aparece como la mediación *“necesaria”* entre el individuo y la sociedad, entre el ser humano y su libertad, entre el individuo y el Estado, de tal manera que individuos, movimientos sociales o clases sociales parecen no poder existir sin la mediación partidaria.

Estrategia y táctica aparecen como la expresión teórica de esa función de mediación del partido. El partido llega así a constituirse en una entidad autónoma, relativamente independiente de los extremos mediados. El partido se presenta

como una comunidad con una dinámica específica, con reglas de funcionamiento que le son propias¹²⁸.

Esta autonomización del partido con respecto a la clase social representada es más evidente en el caso de los partidos populares que en los partidos de las clases dominantes, ya que quien juega este rol de organizador de los intereses de éstas es el Estado. Para las clases populares, por el contrario, el partido aparece, por lo menos en los períodos “normales” como la única posibilidad de expresión y de organización política, delegando su poder en él.

4- Sistematización y generalización de la ideología (formal e informal) de las clases y fracciones de clases a las que representa. Salvo las mini sectas burocráticas, las grandes formaciones políticas no hacen más que retomar los modos de ver, las representaciones ideológicas de las clases sociales a las que representan. Esas representaciones ideológicas son sistematizadas (jerarquizadas, articuladas en un sistema) y difundidas, presentadas bajo una forma “general”, es decir, todo interés “particular” es presentado como interés general público. Los partidos actúan como los portavoces ideológicos de esas clases.

5- Organización, es decir, prácticas destinadas a fundar asociaciones, más o menos permanentes, a dar una estructura jerárquica y formal a la actividad social de la clase.

6- Dirección, es decir, prácticas destinadas a encaminar la actividad de la clase hacia un determinado punto en una perspectiva predeterminada. Dirigir significa mandar, hacer ejecutar, aconsejar.

128- Duverger, Maurice (1976) *Les partis politiques*. Paris: Librairie Armand Colin. P. 20. Hay traducción al castellano: (1968) *Los Partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.

El desarrollo de estas prácticas consolida y profundiza aún más la autonomía del espacio político y con él, la independencia de los partidos respecto a las clases sociales. La actividad política tiende así a ser concebida puramente como actividad de los que son miembros de un partido. De ahí la incapacidad para los militantes de los partidos de comprender que fuera de los partidos existe también una actividad política (entendida no sólo en su sentido primero, como “arte de gobernar la ciudad”, sino como actividad constitutiva, como participación colectiva en la toma de decisiones que conciernen al todo del que hacen parte todos y todas).

Éstas prácticas engendran hábitos, es decir “*disposiciones durablemente inculcadas por las posibilidades y las imposibilidades, las libertades y las necesidades, las facilidades y las prohibiciones que están insertas en las condiciones objetivas*”¹²⁹. En los partidos populares, estos hábitos se expresan en la práctica de los militantes que se conciben a sí mismos como representantes por derecho propio de las clases a las que creen representar, como sus organizadores, como sus dirigentes naturales, como los máximos exponentes de las ideologías populares, como la voz de los que no tienen voz, como la vanguardia de las masas.

Situar el problema de la relación partido–clase social en los términos precedentes permite emprender una crítica de fondo a la forma–partido en la fase actual. La crítica en estas condiciones no tiene nada que ver con una imagen más o menos corriente según la cual el Partido representa el Mal absoluto, la manipulación pura y simple, lo que es claro en el caso de la relación entre partidos populares y movimiento obrero, relación que hemos calificado como simbiótica.

129– Bourdieu, Pierre (1982) *Le Sens pratique*, Paris: Minuit. P. 90.

Se ha señalado más atrás que, pese a su discurso anticapitalista, el movimiento obrero chileno aceptó la lógica de la industrialización y de la modernización y que las luchas de los trabajadores se centraron en la constitución del salario nominal en función del aumento del costo de la vida. En la medida en que esto podía ser regulado por el Estado, la cuestión de la presión y/o del control sobre el aparato de Estado pasó a ser fundamental para los trabajadores. Por otra parte, la relación entre burguesía y trabajadores aparece definida por su carácter contradictorio en la medida en que tal relación implica al mismo tiempo oposición y presuposición mutuas. La burguesía no puede existir sin los trabajadores y estos no pueden existir como tales sin la burguesía. Cada término de la contradicción es mediado por el otro. En esas condiciones, el Estado no podía, sino que aparecer como la mediación absoluta (de ahí tal vez el estatismo de la izquierda) mientras que el movimiento obrero tendería a reglar sus conflictos con el capital a través de la mediación estatal. En este sentido, los partidos de izquierda son una especie de “correa de transmisión” del movimiento obrero hacia el Estado. Como, por otra parte y como ya se ha señalado, el movimiento obrero aparece diseminado en una multitud de pequeñas unidades¹³⁰ (donde es posible la democracia de base) –con lo que las dificultades para constituirse en fuerza social y en coordinar las luchas fragmentadas y parcelarias son mayores– se hace necesario buscar un agente externo a la clase misma que juegue el papel de “unificador” de la fragmentación y de la parcelación, agente que encuentran en los partidos de izquierda.

Más aún, como se constata a lo largo del siglo XX, después de cada derrota de los trabajadores o de reflujo de las luchas sigue un período de fortalecimiento de los partidos. La

130—Angell, Op. Cit. P. 79, señala que, en 1960 de las 6.100 empresas del sector manufacturero, sólo 190 empleaban a 200 obreros o más y que, en cambio 70.000 empresas empleaban a 5 obreros o menos abarcando el 46,3% de la fuerza de trabajo ocupada en la industria

pérdida de la confianza del movimiento obrero en su propia fuerza conduce a los trabajadores a delegar su capacidad de decisión en sus representantes políticos, en los partidos¹³¹. De ahí que no se pueda hablar en términos estrictos de subordinación del movimiento obrero al Partido, del organismo de masas como simple correa de transmisión entre la dirección partidaria y la masa, como tampoco se puede hablar de clientelismo puro. La relación entre partidos populares y movimiento obrero ha sido más bien simbiótica, de beneficio mutuo. Es de esta manera como los intereses “particulares” de los trabajadores pudieron ser mediados por los partidos en el terreno estatal. Ello no significa que el espacio principal de la lucha de los trabajadores no hubiera seguido siendo la fábrica, la mina, o el fundo, sino que las condiciones generales de la lucha estuvieron determinadas por la matriz estatal.

Como se observó más arriba, este cuadro es puesto en crisis por la masificación, la generalización, la politización y la radicalización de las luchas en el período 1966–1973.

La generalización de las luchas implica que la actividad ya no puede ser dirigida desde arriba; que los representados comienzan a asumir su propia práctica, de manera directa, lo que desborda el marco de la representación. La actividad política se descentraliza, con lo que la delegación de poderes tiende a vaciarse de contenido. Los términos, hasta entonces contradictorios devienen antagónicos, con lo que la posibilidad se transforma en realidad que se extiende: las masas no necesitan organizadores externos. Los marcos de referencia político–ideológicos cambian a cada momento en función de las nuevas prácticas, de los imperativos de la lucha cotidiana: la práctica colectiva misma crea nuevas maneras de sentir, de amar, de odiar, de pensar, de hacer. Los viejos hábitos políticos son remecidos.

131– Cf. “Pasado y presente del movimiento sindical”, en “Estudios” (Bruselas), Nº 6 enero–febrero 1980.

En las clases populares comienza a esbozarse una nueva cultura de democracia directa y de autonomía. Autoridad y jerarquía son cuestionadas. Los partidos son desbordados por las luchas de clases¹³². Las raíces de la crisis de la izquierda se encuentran en ese momento y no más tarde. Es en ese momento que los partidos no sólo son desbordados (incluso los de derecha y de centro) sino que sobrepasados en energía y en fervor subversivos. Incapaces de comprender lo que ocurre bajo sus ojos, las cúpulas partidarias siguen actuando como si estuvieran en un período normal, con lo que la distancia que les separa de las bases se agranda, proceso que, al calor de la lucha generalizada y de la actividad multiforme del sujeto social popular, se desdibuja y no aparecerá a la luz del día sino mucho más tarde.

La crisis no sólo afecta a la izquierda chilena. En primer lugar, es crisis de todos los partidos, lo que no parecen ver los teóricos de la IR preocupados sólo de la recomposición de sus propias capillas. En segundo lugar, es crisis del Estado mismo, como ya se dijo, es decir, de la forma política (interés general) que adopta el capital. El Estado militar que surge, forma exacerbada del Estado autoritario moderno, no puede reproducirse sin “guerra interna”, sin “seguridad nacional”. En tercer lugar, es crisis del sistema de representación capitalista, observable también en otras latitudes¹³³. Encerrada en los estrechos marcos nacionales, la IR es incapaz de percibir el carácter mundial de la crisis de los partidos. En cuarto lugar, es una crisis global que afecta al conjunto de las prácticas partidarias. Al contrario de lo que sostienen los teóricos de la IR, la crisis no es puramente ideológica. Como ya se observó, para esos teóricos la causa y el motor de la crisis se encuentra en la “falta de un proyecto” y la solución de esa crisis, en la

132– Cf. Viera–Gallo, Antonio “Reflexiones para la formulación de un proyecto democrático para Chile”, en “Chile–América”, nov–dic. 1976–enero 1977.

133– Ver el excelente análisis de Poulantzas, N. “La Crise des Partis” en “Le Monde Diplomatique”, septiembre de 1979, P. 28.

elaboración del ansiado proyecto. De aquí que la crisis de la asociatividad y de la organización se les escape por completo.

Constatar la crisis de los partidos y de la izquierda no significa que se esté afirmando que los partidos estén a punto de desaparecer o que hayan dejado de intervenir en la lucha de clases. Es evidente que no sólo han continuado existiendo pese a la represión y a la crisis que les afecta, sino que, además, a partir de las movilizaciones de masas de los primeros años de esta década (los 80) –y a gracias a ellas–, tienden a recomponerse. Lo realmente importante es determinar si constituyen efectivamente hoy en día, más allá del lugar que puedan ocupar en los medios de prensa y del efecto encandilador que ello tenga, el tipo de asociación adecuado que permite la creación de identidad social entre sectores explotados y de oposición de intereses frente a los sectores dominantes. Un tal análisis exigiría un estudio detallado del problema de la alienación y del fetichismo organizacionales, de la mistificación capitalista en el conjunto de la sociedad y finalmente, del formalismo propio de la sociedad burguesa, procesos en los cuales encuentra fundamento la persistencia de la forma-Partido.

Cabe señalar un aspecto que atraviesa las tres crisis (o mejor dicho los tres aspectos o momentos de la crisis) señaladas: la crisis de la forma nacional de la lucha de clases. Como se señaló más arriba, las condiciones de producción de la plusvalía (cuestión que no debe ser confundida con la de la realización de la plusvalía) han sido determinadas –por lo menos hasta 1973– en el marco “nacional”. Los márgenes de beneficio han sido definidos también en el marco del Estado-nación. Esta situación cambia cuando la crisis de acumulación que vive el capitalismo chileno a fines de los años 60 es solucionada, además de las medidas señaladas más atrás, con la “integración

a la economía mundial”¹³⁴, integración que no se plantea sólo en términos de “apertura al comercio internacional” sino que como reproducción ampliada en el seno de la formación social chilena de las relaciones capitalistas de producción en su nivel más avanzado (“norteamericano”). Las contradicciones “internas” de la sociedad chilena son desplazadas a nivel internacional: exportación de mano de obra excedente (léase refugiados políticos y “económicos”), determinación del precio en función del mercado internacional (salvo el de la mercancía fuerza de trabajo, determinado sólo en relación al mercado nacional).

El conflicto entre “nación” e “imperialismo” pasa a un segundo plano mientras el antagonismo entre trabajadores y capital mundial integrado se muestra en toda su fuerza. El capitalismo mundial integrado es la “figura de mando que recoge y exaspera la unidad del mercado mundial sometiéndola a instrumentos de planificación productiva, de control monetario, de sugestión política con características casi estatales. El capitalismo mundial integra en ese proceso, al lado de los países directamente metropolitanos y directamente dependientes, al conjunto de los países del socialismo real y dispone, además, de los instrumentos de absorción de la economía de numerosos países del Tercer Mundo”¹³⁵.

En resumen, las nuevas prácticas de lucha que hacen su aparición en los años 68–73, las crisis que ellas generan, así como las nuevas prácticas que se sitúan como solución a esa crisis, con las consecuentes modificaciones en la composición de las clases y de las relaciones que mantenían estas entre sí, sí como el traspaso de todas las contradicciones internas al mercado mundial determinan el surgimiento de una nueva problemática para el personal político de izquierda el que busca la solución en la renovación de su discurso.

134– Cf. Marx, Karl. *El Capital, Libro III, cap. XIV*, Ed. Cit. P. 303 y ss.

135– Guattari, Félix y Negri, Antonio (1985) *Les nouveaux espaces de liberté*. Paris. P. 31.

II

La problemática de la Izquierda Renovada

Se entenderá aquí por problemática el espacio ideológico donde determinados problemas, así como sus soluciones son presentados y representados. La problemática constituye el “centro de gravedad que ordena y jerarquiza los distintos elementos de un discurso”. Constituye la “organización lógica [y...] semántica de un conjunto finito de rasgos cuya puesta en relación obedece a reglas precisas”¹³⁶. Toda problemática nace y se desarrolla a partir de un conjunto de prácticas específicas. Son esas prácticas las que determinan la estructura, la organización de la problemática. Es, en tal condición, siempre la problemática de un sujeto concreto, enunciada por alguien con nombre y apellido, social e históricamente determinado. Una nueva problemática surge así cuando surgen nuevas prácticas desarrolladas por un sujeto que se va constituyendo al calor justamente de estas nuevas prácticas.

En este capítulo se intentará precisar los rasgos característicos de la problemática de la IR. En contra del discurso de sus teóricos, se sostiene que esa problemática, en la forma expresada por la IR, no es nueva, sino que, a lo más, tiende a reproducir la vieja problemática, aunque de manera “renovada”, remozada.

En efecto, el problema central para determinados sectores de la IR es cómo, a partir de las nuevas condiciones creadas por la lucha de clases, continuar existiendo como “representantes políticos y literarios”¹³⁷ de las clases trabajadoras y

136- Karsz, Saul (1974) *Théorie et Politique: Louis Althusser*. Paris: Fayard. P. 55.

137- Hemos retomado de Marx la expresión “representantes políticos y literarios” de Marx, Karl (1976) “El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en “Obras Escogidas”. Moscú: Progreso. T. I, P.434.

ello, en una situación tal, en que, a diferencia de la izquierda burocrática, no cuentan con el apoyo material y político de las grandes burocracias del Oeste (situación ésta última que tiende a variar en los años 80). Esta afirmación no constituye ni una acusación ni una denuncia de tratos torcidos por parte de la IR. Lo que prima en ella es la fuerza del hábito, de las prácticas del pasado que impiden percibir y analizar la nueva realidad. Los teóricos de la IR ven la nueva situación a través de los prismas del pasado.

Ello tiene dos efectos: en primer lugar, las transformaciones sociales producidas son percibidas a lo más como “cambio del escenario”, del “terreno”, y sólo más tarde como transformación del “sujeto”, pero en todo caso, ambos términos son percibidos siempre en una relación de exterioridad. La voluntad política aparece así autonomizada de sus condiciones. En segundo lugar, la IR no se plantea problemas nuevos. Lo que hace es dar respuestas “nuevas” a viejos problemas: la relación partido–masas, la cuestión de la democracia en los países del Este, la estrategia, etc. en función de las nuevas realidades que percibe (con los ojos del pasado). Por último, es siempre el sujeto Partido quien elabora las respuestas que exige la nueva situación.

La situación se complica por el hecho de que mientras en otras latitudes los homólogos de la IR logran recomponerse a través de un dispositivo institucional desarrollado y complejo (sindicatos, cooperativas, centros culturales), en Chile las organizaciones sociales tradicionales se encuentran también en crisis o desaparecidas. Las nuevas organizaciones son, por una parte, débiles y diseminadas en el espacio social y, por otra parte, celosas de su autonomía, pese a su debilidad. De ahí entonces que, en la ausencia de un sólido aparato institucional, sea en el terreno de las ideas que la IR busque su recomposición. En razón de lo mismo, sus diferendos con la

Izquierda burocrática no se sitúan en el plano de la organización sino en el de la crítica ideológica: la cuestión de “lo económico” y de su relación con “lo político”, el tema del leninismo o del “proyecto”, entre otros se transforman en los asuntos centrales de la renovación durante todas sus fases.

Este predominio de lo ideológico explica el lugar central que ocupa en el discurso renovado la cuestión del “proyecto”, noción fundamental ya en la reunión de Nueva York en 1977, retomada en Ariccia, Chantilly, Bordeaux y en todos los encuentros y seminarios de la IR, así como en casi todas las declaraciones de los actuales partidos del fenecido Bloque Socialista.

Por otra parte, las posibilidades de la recomposición tienen como obstáculo principal la hegemonía indiscutida del PC en el movimiento obrero y popular. Esta hegemonía puede ser explicada, en primer lugar, por la persistencia de la figura del obrero profesional en el movimiento obrero, con sus mitos y tradiciones organizativas (patriotismo, productivismo, culto al trabajo, creencia en el rol liberador del Estado, fe en la disciplina y en la organización jerárquica –calcada del modelo de la fábrica o de la mina–, etc.). En segundo lugar, por el peso del Estado en la formación social chilena: Estado centralizado y centralizador, con una gran fuerza social. En la medida en que su aspiración es transformarse en dirección del Estado, el PC ha calcado las estructuras de éste. En tales condiciones, el PC, como Partido que pretende ser apto para tomar las palancas del Estado, aparece como dechado de las virtudes de disciplina, de centralización, de eficiencia. Esta hegemonía del PC es contrabalanceada hasta 1973 por el peso electoral del PS. El problema es que sin elecciones esa contrabalanza no existe.

En la imposibilidad de jugar en ese terreno, los “representantes políticos y literarios” de la IR no tienen otra alternativa para recomponerse como partidos que jugar en el terreno de las ideas.

El proyecto

La categoría de “proyecto” ocupa en el discurso renovado el mismo lugar dominante que el de “organización” en la práctica de la izquierda burocrática. Es la categoría que ordena las otras y que le confiere un sentido, la que permite pensar el resto de los conceptos, que permite concebir el mundo y actuar en consecuencia. Ello se resume en la frase “*sin proyecto político no hay práctica política*”, remedo de aquella otra no menos “teoricista” que sostiene que “*sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario*”. La insistencia sobre la necesidad del “proyecto” no es exclusiva de Chile: constituye el *leitmotiv* de la neo-social democracia europea¹³⁸.

El “proyecto” constituye, según Bihr y Heinrich, una ideología práctica, es decir, una forma mistificada de producción de ideas destinadas a interpretar la realidad (valor descriptivo) y al mismo tiempo a señalar vías (valor normativo). Es el aspecto prospectivo el determinante. En Chile, como en Francia, el “proyecto” en cuanto ideología práctica “*no es una teoría (aunque implique análisis y crítica) ni un programa (aún cuanto atraviesa el programa de ciertas formaciones políticas) ni una construcción utópica (aun cuando promete un futuro mejor). Y ello en razón del hecho de que (el proyecto) representa un conjunto disperso (y confuso), jamás sistematizado como tal, lo que permite a mucha gente reconocerse parcialmente en él, sin poder jamás juzgarlo globalmente. En tanto que ideología práctica, el proyecto corresponde no solamente a un conjunto*

138– Para Francia, ver particularmente Bihr, Alain et Heinrich, Jean-Marie (1979) *La néo socialdémocratie ou le capitalisme autogéré*. Paris: Le Sycomore.

de decisiones (prescripciones, análisis, valores, representaciones, etc.) sino también a ensayos de realización, bosquejos de soluciones parciales que intentan responder a las exigencias de la situación actual”¹³⁹.

Para Viera–Gallo, uno de los teóricos de la IR, el proyecto es concebido como “un punto de referencia explícito, más allá del simple acuerdo o la intuición que sea capaz de señalar un camino viable para el pueblo de Chile”¹⁴⁰. Aún más, el proyecto constituye el puente de unión necesario entre las distintas fuerzas políticas, el medio y el resultado del proceso de homogeneización de esas fuerzas. El proyecto debe permitir “la unidad de acción, de objetivos, de estrategia y, dentro de lo posible, de táctica”¹⁴¹.

El autor en cuestión señala que “la unidad de la oposición es la condición esencial de la unidad del pueblo”¹⁴². En otros términos, no se puede pensar la unidad social sin la unidad política previa de los “representantes políticos y literarios”. Viera–Gallo, así como otros teóricos de la IR, no puede dejar de constatar que “existe un fuerte proceso de base” que va más allá de los partidos y en el que se produce una actividad política. Como la deficiencia fundamental de esta actividad es que carecería de un proyecto histórico es necesario dotarla de uno. El proyecto constituye el eje central en torno al que se articula la unidad del pueblo. Sin “proyecto”, el pueblo no existe. Todo parece transcurrir como si fuera en el reino de las ideas que el pueblo se constituye como sujeto social.

Algunos de esos teóricos, sin embargo, van más lejos y afirman que es la “conciencia” la que constituye la clase o, más aún que “son los partidos los que constituyen estas clases (las

139– Bihl y Heinrich, Op. Cit. P. 76

140– Viera–Gallo, Op. Cit. P. 58

141– Íbidem. P. 58.

142– Ídem. P. 59.

‘clases medias’ y la ‘clase obrera manufacturera’) en cuanto a una cierta homogeneidad ideológica y cultural (PC, PS, DC, PR). La heterogeneidad y carácter de la estructura productiva no permite hablar de una clase obrera y esta se constituye con una concepción del mundo y con ciertos comportamientos similares, en y por los partidos”¹⁴³.

Si las clases se constituyen gracias a la acción de los partidos, los que hasta entonces han estado ocupado en los debates de ideas, es necesario pasar a la acción práctica: *“el proyecto de una gran convergencia socialista, avanzado desde diversos sectores, representa el más serio intento de concretizar políticamente la existencia de una corriente cuya acción se ha circunscrito hasta ahora principalmente al terreno de las ideas”¹⁴⁴*. El paso de las ideas a la política será por fin dado cuando las luchas de masas de los años 82–85 abran espacios de actividad política, restableciendo la escena política, en la que aparecerán en primer plano los partidos, mientras el movimiento social aparece como simple masa, en segundo o tercer plano. Por otra parte, en la medida en que el “materialismo sórdido” de la organización partidaria cobra peso, el “espiritualismo” del “proyecto” disminuye en importancia, para dejar paso a las “proposiciones concretas”. En esas circunstancias es el tono pragmático el que predomina.

A la noción de proyecto se yuxtapone la de “modelo”, noción operacional que permite “explicar” un proceso sin explicarlo. El “modelo” se constituye en una especie de paradigma que permite describir en términos formales la realidad y al mismo

143– Hurtado, Cristina y Josefina Lira “Movimiento sociales y movimientos políticos en Chile de los ochenta”, en “Dossier Chile 80. Movimientos, escenarios y proyectos”. Encuentro de Chantilly, 3–5 septiembre de 1982, en “Chile–América”, N° 82–83, octubre–noviembre–diciembre de 1982. P. 35.

144– Ominami, Carlos “Una Metodología de Construcción de la Convergencia Socialista. Seminario ‘Convergencia Socialista y Unidad Democrática’”. Rotterdam, diciembre de 1982, en “Chile–América”, N° 78–79, 1982.

tiempo sirve de norma que es “aplicada” a la realidad. Así, la política económica de la dictadura constituiría la “aplicación” del “modelo” neo-liberal; las sociedades burocráticas del Este, la “aplicación” del “modelo leninista”, etc. En suma, las políticas prácticas no serían sino la “aplicación” de modelos preestablecidos. En esto también, las relaciones entre ideología y práctica son invertidas en una relación puramente unilineal, sin considerar que una determinada política o un régimen político es el resultado de una determinada correlación de fuerzas, de luchas, de choques, de avances y de retrocesos y en la que la resultante final jamás coincide con lo que se quería¹⁴⁵.

La IR sobrevalora la ideología como elemento constitutivo de la realidad, fetichismo ideológico originado probablemente en la posición que ocupa la mayoría de los teóricos de la renovación en el mundo académico (en el extranjero) o en los centros de investigación privados en Chile. Las ideas constituyen para ellos no sólo la materia prima y los medios de trabajo, sino además el producto de ese trabajo. La “aplicación” de las ideas les corresponde a los hombres de terreno, a los ejecutantes. Esta calidad de productores de ideas es además signo de valorización social, la que se hace valer frente a la “masa”.

El fetichismo de la ideología, sin embargo, va más allá de la simple sobrevaloración de la ideología como momento instituyente de la praxis social global. Las categorías utilizadas aparecen marcadas por la impronta de la intemporalidad: las categorías de mercado, partido, Estado, capital, etc., son utilizadas como si expresaran realidades autosustentadas, eternas, a-históricas. De aquí entonces que en el “proyecto socialista” estén presentes, sin falta, el mercado, la ley del valor,

145- Cf. Engels, F. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, en Marx, Carlos y Engels, Federico (1976) *Obras Escogidas en tres tomos*. Moscú: Editorial Progreso. Vol. III, pp. 384-385.

las funciones de dirección, la necesidad de que unos manden y de otros que obedezcan, de capitalistas y de obreros, etc., cuestión que parece no preocupar a los teóricos renovados. De todos modos ¿cuál es el problema si total “*cualquier categoría... posee dos aspectos, uno bueno y otro malo*”?¹⁴⁶ El teórico de la renovación trata a las categorías de la misma manera que el pequeño burgués trata a los grandes hombres de la historia: “*Napoleón es un gran hombre; ha hecho mucho bien, pero también ha hecho mucho mal (...)* Problema a resolver: *conservar el lado bueno, eliminando el malo*”¹⁴⁷. La Renovación consiste en eliminar los aspectos malos del mercado, del Estado, de la explotación, de la dominación, de la hegemonía, conservando “el lado bueno”.

En esta sobrevaloración de la ideología es normal que se considere que el problema “*más agudo, hoy [sea] el de la ausencia de un punto de partida o, si se quiere, el de la desintegración del punto de partida desde el que nos desplazamos en el pasado. No se encuentra desde dónde ni sobre qué fundar una crítica sólida a la realidad actual y diseñar a la par alternativas convincentes (...)* En el plano de las llamadas ciencias sociales ese punto de partida está normalmente constituido por un determinado cuerpo teórico... compuesto de conceptos, categorías, metodología, instrumentos de análisis, indicadores, etc. así como por un conjunto acumulado de información y de análisis. En nuestro caso, ese cuerpo teórico estaba constituido por el marxismo y su trayectoria (especialmente leninista), acompañado de un análisis histórico concreto tributario de las teorías cepalianas”¹⁴⁸. De aquí entonces la necesidad de “*refundar una teoría. Como toda refundación de un sistema de ideas que se han concretizado en organizaciones y proyectos sociales, ella no puede operar como pura y simple disolución. Debe hacerlo a*

146– Marx, Karl (1974) *Miseria de la Filosofía*. Madrid: Júcar. pp. 175–176.

147– *Ibíd.*

148– Tironi, Eugenio “Inventario sobre la crisis de la izquierda”, en “Chile-América” (Roma), N° 68–69, enero–febrero–marzo de 1981, P. 37.

través de un doble movimiento de ruptura y continuidad. Esta refundación es una de las tareas de la corriente política de la renovación”¹⁴⁹.

Cómo asume esta tarea la Renovación es lo que se tratará de elucidar en los puntos que siguen.

En el principio era Gramsci...

En este intento de refundación teórica plena de ruptura y de continuidad, uno de los pensadores más solicitados ha sido, sin duda, Gramsci. Ello no quiere decir, sin embargo, que la filiación intelectual de la Renovación se encuentre únicamente en el teórico italiano, ya que un lugar importante es ocupado, sobre todo entre los “movimientistas”, por el sociólogo francés Alain Touraine y la escuela accionalista. En materia económica, es la escuela regulacionista la que parece inspirar los análisis de los economistas socialistas. Pero es, sin duda alguna, Antonio Gramsci el teórico del cual la IR ha retomado las matrices fundamentales y, en particular, las ideas contenidas en sus *Cuadernos de la Cárcel*. El Gramsci que se retoma no es el de los consejos obreros, el de la autonomía obrera, sino que el Gramsci que escribe en los tristes y difíciles momentos que vive el movimiento obrero italiano bajo el fascismo, un Gramsci encarcelado, sujeto a censura permanente, lo que explica las ambigüedades y contradicciones que se observa en sus escritos de la época¹⁵⁰.

Una explicación de tal asunción del pensamiento de Gramsci por la IR puede encontrarse en que, a partir de lo que los autónomos italianos han denominado “lectura togliattiana” de

149– Moulian, Tomás “Sobre la teoría de la Renovación: notas introductorias”. “Dossier Chile 80 Movimientos, escenarios, Proyectos”, P. 14, en “Chile-América”, N° 82–83, 1982.

150– Cf. Anderson, Pierre (1978) *Sur Gramsci*. Paris : Maspero.

ese autor, es posible justificar una política reformista. Valga la pena recordar a este respecto, que es en la perspectiva de la política de “Unidad Popular” que el PC chileno publica a fines de los sesenta algunos textos de Gramsci. Ello no significó el abandono del tibio marxismo-leninismo profesado hasta entonces, lo que se mantuvo hasta fines de los 70. Cuando después del plebiscito convocado por la Dictadura, el PC cambia su línea y llama a desarrollar todas las formas de lucha en contra de la Dictadura se vuelve a las viejas consignas del Tercer Período y a “endurecer” el marxismo-leninismo, propio de ese momento. Cabe recordar asimismo que el “marxismo-leninismo” era la doctrina oficial de los sectores reformistas y centristas de la izquierda: el MOC, el MAPU y el PS.

Después del Golpe Militar, Gramsci será usado de nuevo para justificar los cambios en la posición política y ello a partir del esfuerzo pionero de algunos intelectuales exiliados en Italia, sobre todo del PS y del MAPU, donde gozan del apoyo del PC italiano, empeñado en ese momento en su política de “compromiso histórico” la que encuentra su justificación teórica en las tesis “eurocomunistas”¹⁵¹. De aquí entonces que no sea extraño que esos intelectuales hagan suya esa “lectura togliattiana” de Gramsci. Para Toni Negri, un autónomo italiano “*el togliattismo (es) la ideología del compromiso, de la síntesis a cualquier precio, del compromiso a toda costa, a partir de un pensamiento que era esencialmente el historicismo giobertiano, mucho más que el historicismo gramsciano. El sujeto eran las fuerzas populares; el término ‘clases’ había desaparecido totalmente de la circulación, salvo en ocasiones litúrgicas. El togliattismo tiene como punto de referencia las fuerzas populares; estas fuerzas populares son los elementos motores del desarrollo histórico; en general, la relación democracia-socialismo es considerada en términos orgánicos como proceso de continuidad dentro del desarrollo capitalista; así*

151- Claudín, Fernando (1997) *Eurocomunismo y Socialismo*. Barcelona: Siglo XXI; Mandel, Ernest (1978) *Critique de l'eurocommunisme*. Paris: Maspero.

pues, prácticamente, ni los antagonismos del proceso capitalista del desarrollo específico, ni la dinámica de las fuerzas que se desarrollan dentro del capitalismo entran en contradicción en los puntos más determinantes del mismo desarrollo, jamás son considerados de manera específica”¹⁵². Algo similar se verá en el desarrollo posterior de la Renovación.

Cabe recordar que la cuestión del “compromiso histórico” a la chilena se presenta en ese momento como un imperativo para los partidos de la ex UP que buscan desesperadamente constituir el tan buscado Frente Nacional Antifascista pregonado por el PC. En ningún teórico marxista serio (salvo en las manipulaciones de la obra de Lenin, en alguna medida en Mao y ni pensar en la obra desprestigiada e igualmente desconocida de Kautsky) se podían encontrar las bases ideológicas necesarias para justificar una tal política. Gramsci, por el contrario, leído a lo Togliatti, se prestaba idealmente para tal operación.

Es así que autores como Jorge Arrate y Antonio Viera-Gallo retoman esa lectura para dar bases teóricas a la lucha “en contra del fascismo”. Vale la pena notar que, a mediados de los años 70, ambos autores se autodefinían todavía como “marxistas-leninistas”. La relectura de Gramsci está determinada entonces por la búsqueda de un fundamento teórico para la nueva alianza que se intenta crear. Es así la “razón política” la que determina la refundación teórica.

Para Arrate *“el carácter particular del aporte gramsciano está dado por los dos elementos señalados: la reevaluación del momento superestructural realizada con una perspectiva crítica dirigida contra el determinismo y sus consecuencias reformistas, y la aplicación creativa del marxismo-leninismo a la*

152- Negri, Toni (1980) *Del obrero-masa al obrero social*. Barcelona: Anagrama. P. 46-47.

*realidad concreta de sociedades capitalistas avanzadas y, por tanto, caracterizada por una peculiar complejidad en su forma específica de dominación de clases*¹⁵³. Para Arrate, situado en ese momento en las filas del centrismo altamiranista, la obra gramsciana le permite criticar al reformismo obrero estalinista.

Su contrincante, Viera-Gallo, en ese entonces militante del MOC, partido satélite del PC en ese momento, utiliza Gramsci para justificar el “compromiso histórico” a la chilena, compromiso que no se pudo realizar durante la UP, realización que, en 1976, bajo la Dictadura, se hace más imperiosa, “*como única forma de solucionar la crisis de la sociedad y del Estado chileno*”. Como se ve, los usos sociales del gramscismo son múltiples. Será finalmente la perspectiva del “compromiso histórico” la que prevalecerá.

Estado y Sociedad Civil

El tema gramsciano que se retoma como central es el de la relación entre Estado y sociedad civil¹⁵⁴. Mientras Gramsci intenta explicitar en cada caso el sentido de esos términos, aunque esas definiciones sean, las más de las veces, incoherentes con las utilizadas en otros textos, los autores mencionados no explicitan una definición de esos términos. Del mismo modo, sus textos presentan las mismas oscilaciones y contradicciones del maestro en la utilización práctica de esos conceptos. La utilización de ambos términos, Sociedad civil y Estado, en tales condiciones, deviene bastante arbitraria.

153– Arrate, Jorge “Una perspectiva gramsciana en la crisis chilena: Notas críticas”, en “Chile-América”, N° 25–26–27, nov.–dic. 1976–enero 1977, p.159 y ss.
154– Un análisis de esta relación en los *Cuadernos de la Cárcel* se encuentra en Anderson, Op. Cit., pp. 11 y ss.

De todos modos, baste señalar que la “sociedad civil” comprende, en la mayoría de los casos, al conjunto de instituciones que posibilitan la reproducción del sistema de dominación: Iglesia, partidos, familia, escuela, medios de comunicación, Bolsa de Comercio, empresas, etc. En otros casos, la noción es referida a los “movimientos sociales”, a las luchas “económicas”, etc. En este marco, las “relaciones económicas” parecen entrar en el dominio de la “sociedad civil” mientras que las “relaciones políticas” son consideradas en el Estado, en el que se incluye la Administración Pública, el Gobierno central, la policía, a veces a las Fuerzas Armadas, etc. En este esquema, la “sociedad civil” comprendería la esfera de lo “privado” y el Estado, la esfera de lo “público”.

Para los teóricos de la renovación que *“por más de una década hemos vivido bajo la imposición de un régimen que ha negado e imposibilitado la articulación y expresión de la sociedad civil. El permanente uso de la represión para dominar y el estéril esfuerzo por persuadir a través de una modalidad de funcionamiento económico ultra liberal, dan cuenta del carácter de esta Dictadura: fuerza y no consenso, autoritarismo que en el mejor momento contó con la pasividad de las mayorías, pero jamás con su aceptación o participación activa”*¹⁵⁵. La relación entre Estado y sociedad civil es presentada como relación de exterioridad, como si el Estado no constituyera la expresión de una nueva relación política de hegemonía y de subordinación¹⁵⁶, que a su vez genera sus propias expresiones políticas. El predominio del capital es dejado de lado, “olvidado”¹⁵⁷.

155– “Texto integral de la Dirección del MAPU para la Discusión”, en “Verde y Rojo”, septiembre 1984.

156– Marx, Karl. *Capítulo VI*, P. 62.

157– Llama la atención que en las menciones sobre “la sociedad civil” (en la que por definición están comprendidas las organizaciones empresariales), parece olvidarse que los gremios empresariales siempre tuvieron posibilidad de hacerse escuchar por los militares en el poder. Ver a este respecto: (1984) *Los gremios empresariales en el período 1970–1983: comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas*. Santiago de Chile: ILET.

Cabe recordar que mientras en Hegel y Marx, la esfera de la economía y la de las necesidades materiales están incluidas en la sociedad civil, en Gramsci, la esfera económica es dejada fuera de ésta última¹⁵⁸.

De la misma manera, los teóricos de la IR oponen metafísicamente las categorías de fuerza y de consenso como categorías aisladas, sin profundizar en los mecanismos de producción y de representación de la relación de dominación y de subordinación específicos a la sociedad capitalista en la fase actual de acumulación. No consideran que la sociedad capitalista se presenta como una sociedad en la que “poseedores de mercancías, dotados de prerrogativas iguales se enfrentan en la circulación, en el mercado, los cuales como todos los demás poseedores de mercancías sólo se diferencian entre sí por el contenido material de sus mercancías, el valor de uso particular de las mercancías que tienen para venderse entre sí”¹⁵⁹. Es en la esfera de la circulación que los seres humanos se sitúan como formalmente iguales. Es en la forma “económica” de la sociedad civil que los hombres son iguales, lo que en su forma política (léase “sociedad política”) se expresa en la democracia. El problema está en que en esta “relación no sólo se reproduce, no sólo produce en una escala cada vez más masiva, no sólo se procura más obreros y se apodera continuamente de ramos productivos que antes no dominaba, sino que... esa relación se reproduce bajo condiciones cada vez más propicias para una de las partes, para los capitalistas, y más desfavorables para la otra, los asalariados”¹⁶⁰. De esta manera, hasta la forma de la igualdad tiende a desaparecer en la sociedad capitalista, cosa que los teóricos de la Renovación no reparan.

Por otra parte, es claro, particularmente en la situación chilena, que la realización de la plusvalía no se puede lograr sin el

158– Cf. Anderson, Perry (1978) *Sur Gramsci*. Paris. Maspero. P. 16.

159– Marx, Op. Cit., P. 104.

160– Ídem. pp. 103-104.

concurso del Estado: “*Las reglas del mercado, incluso si ellas subsisten y parecen a veces reforzarse, no pueden existir (y esto constituye el rasgo nuevo de la situación) más que a través de la mediación del Estado que les confiere su sentido*”¹⁶¹, lo que es absolutamente válido en el caso chileno. La sociedad civil, como esfera de la economía pura y de las necesidades materiales con existencia autónoma se disuelve. La lucha de clases atraviesa ahora toda la sociedad.

Pese a ello, los discípulos criollos de (Gramsci)–Togliatti, continúan reproduciendo en sus categorías de análisis la forma mistificada tal como se presenta –y al mismo tiempo, se oculta– la sociedad capitalista, es decir, como escisión entre lo “público” y lo “privado” y entre lo “económico” y lo “político”, como instancias separadas y exteriores la una a la otra.

En esta relación de exterioridad, el problema de la determinación de la una por la otra deviene fundamental. Para la izquierda burocrática la respuesta es clara: es el “factor económico” el determinante. La economía es la variable independiente y determinante del sistema social y el resto es funcional a esa base: la “*superestructura es lo que es útil a la base*”¹⁶². Las superestructuras políticas e ideológicas constituyen sea un simple epifenómeno de la base, sea la objetivación directa e inmediata de ésta. Esta concepción reduccionista de la práctica social es denunciada, con justa razón por los gramscianos: “*La mentalidad “economicista” (en el sentido “sórdidamente judío” -Gramsci dixit- de los intereses inmediatos de los grupos sociales) lleva a interpretar la vida política y unívoca de lo que acontece al nivel económico. Postulan un determinismo histórico vulgar... esta posición de intransigencia equivale, en la práctica, a una renuncia a hacer política*”¹⁶³.

161– Negri, A. (1978) *La classe ouvrière contre l'Etat*. Paris: Galilée. P. 248.

162– Stalin (1976) *El marxismo y la lingüística*. Buenos Aires: Anteo.

163– Viera–Gallo, Art. Cit. P. 130–131.

A esta concepción reduccionista, los gramscianos no hacen más que oponer otra no menos reduccionista que enfatiza el momento “voluntad”, “decisión política”: “*La política es el incierto terreno de lo posible, de la lucha y del compromiso*”¹⁶⁴, remitiendo lo económico al dominio de lo necesario, de lo determinado absoluto. Cabría preguntarse si la crítica al naturalismo y al positivismo propios del economicismo no alcanza también al politicismo de los gramscianos renovados en cuanto estos instituyen la política pura como factor determinante. Más aún, en la concepción de estos, la economía no solamente es aislada como “factor”, instancia o nivel, sino que además ni siquiera es pensada como campo instituido por la práctica social, por las luchas entre las diferentes clases y grupos sociales ni menos aún, como terreno de esas luchas y de esas prácticas. Por otra parte, como lo señala en ese momento uno de los críticos del gramscismo teórico, en la medida en que no se explicita “*la concepción teórica de lo que es posible, la política queda reducida al puro terreno de lo incierto*”¹⁶⁵, de lo indeterminado absoluto.

En estas condiciones, la idea de lucha de clases se esfuma, así como también cualquier idea de autonomía de los sectores populares. Para la Renovación no es la práctica colectiva de lucha de los trabajadores la que determina sus propias condiciones, medios y resultados, sino que es la capacidad (o incapacidad) política e ideológica de los dirigentes lo finalmente determinante¹⁶⁶.

En esta insistencia en el rol determinante de lo político, el “aspecto económico” es olvidado. Un teórico renovado como Norbert Lechner debe reconocer “*la ausencia de estudios detallados sobre el estado actual del capitalismo en América la-*

164– Ídem.

165– Fernández, C. “El antieconomicismo como perspectiva de análisis. Comentario a Viera-Gallo y Arrate”, en “Chile-América” (Roma), 1980.

166– Ídem

tina (la ausencia de una crítica de la economía política), lo que podría explicarse, en parte al menos, por el hecho de que los grupos socialistas están desconcertados ante las restricciones económicas aparentemente inexorables (existe una política de austeridad económica en el marco de una democracia)”¹⁶⁷.

El error fundamental en todo caso, tanto del reduccionismo economista como del reduccionismo politicista es creer en la existencia separada de los distintos momentos de la práctica social global, en la exterioridad de cada uno de esos momentos respecto al otro. Al mismo tiempo, cada uno de esos momentos es convertido en un verdadero fetiche, producto de la práctica social misma para la cual domina, fetiche ante el cual se postran los teóricos renovados, desconociendo el valor de la actividad social práctica de los trabajadores.

La Hegemonía

Para el politicismo gramsciano, el concepto de hegemonía es fundamental¹⁶⁸. Anderson, quien comenta el uso de este concepto por Gramsci, no hace mención, sin embargo, a la utilización que hace Marx de este concepto con un sentido no sólo referido a la esfera política sino también a la esfera de la producción de valor¹⁶⁹.

La IR retoma acriticamente el concepto gramsciano de hegemonía, en la forma heredada de la III Internacional. En la primera etapa (1975–1980), el concepto de hegemonía aparece ligado a la idea de “bloque histórico”, como alianza de clases entre la clase obrera y otras clases explotadas en lucha común por el socialismo. La noción de “bloque histórico”, en

167– Lechner, Norbert “De la révolution à la démocratie. Le débat intellectuel en Amérique du Sud”, en “Esprit”, Juillet 1986, P. 12.

168– Sobre la evolución de este concepto, ver: Anderson, Op. Cit.

169– Véase a este respecto Marx, Karl. *Capítulo VI inédito de El Capital*, particularmente P. 61.

la concepción de Gramsci está destinada a ser opuesta a la estrategia de “guerra de clase contra clase” preconizada por la Tercera Internacional durante el llamado Tercer Período. La clase obrera para poder llegar a ejercer su hegemonía sobre las otras clases debe “hacer concesiones” y “sacrificios”¹⁷⁰. En esta perspectiva, la hegemonía consiste en el ascendiente cultural de una clase social sobre otras.

En la segunda etapa, la connotación clasista tiende a esfumarse: el bloque histórico pasa a ser definido a partir del “proyecto” común, homogéneo y sin contradicciones internas¹⁷¹. Lo que permite la unificación del “bloque histórico” es la ideología.

En la tercera etapa, especialmente a partir de 1983, se insiste sobre el momento de la dirección cultural, del consenso, opuesto a la noción de imposición como resultado del uso de la fuerza y/o de la violencia armada. El Bloque socialista aparece inscrito en la dinámica de la segunda etapa; su crisis, en la de la tercera.

Los rasgos culturalistas del discurso de la IR se exageran, sobre todo en sus formas prácticas: deviene “cambio de mentalidades”. La acción política deviene, consecuentemente, tarea pedagógica, labor pedagógica por cambiar esas mentalidades. Esta exacerbación del aspecto cultural y pedagógico permite valorizar el rol de los “intelectuales orgánicos” en su calidad de organizadores de la cultura y, al mismo tiempo, del Partido, como Príncipe moderno. Los pretendidos modernos discípulos de Maquiavelo –leído a través de Gramsci, leído a su vez a través de Togliatti– restauran en sus cabezas la forma-Partido al mismo tiempo que se revalorizan a sí mismos.

170– Ver los documentos de la reunión de Nueva York, en “Chile-América”, Ed. Cit.

171– Se puede consultar a este efecto el Documento de Chantilly ya citado.

El discurso acríptico de la IR no toma en cuenta que Gramsci, en las condiciones de censura en que escribe, se sitúa en tal nivel de generalidad que las posiciones estructurales de la burguesía y del proletariado aparecen como históricamente equivalentes y, luego, como intercambiables. La revolución proletaria aparece como el calco de la revolución burguesa. Ello lleva a olvidar que la posibilidad para la clase trabajadora de transformarse en clase culturalmente dominante en el marco del capitalismo es prácticamente nula, justamente en razón de su posición estructural.

El discurso sobre la hegemonía tiene otras connotaciones en boca de los teóricos de la Renovación: permite dejar de lado la cuestión del antagonismo de clases (en nombre del anti reduccionismo) y retomar el lenguaje de la totalización: la sociedad como entidad homogénea y la política como complejo de instituciones, devienen categorías centrales de un discurso que borra toda referencia a la autonomía obrera como separación radical, como ruptura de la institucionalidad burguesa así como a todos los problemas relativos a la composición de clase y de recomposición del movimiento social subversivo de los trabajadores. Una tal posibilidad es, a lo más, percibida como marginalidad, desorden, anomia.

La praxis de los trabajadores, para la IR sólo puede darse a lo más, en el marco de la sociedad del capital, en la síntesis de los “intereses generales” (representados en lo “nacional-popular”). Para la IR no hay antagonismo de clases; sólo relación funcional y/u orgánica entre ellas, relación que es definida a partir de la relación de fuerzas políticas y del “interés general” (del capital). La práctica autónoma de los trabajadores, así como de otras capas explotadas, es presentada como simple interés particular que debe ser políticamente mediado por la “sociedad civil” (burguesa).

Mientras para los sectores autónomos, la “concertación social” (entre sectores populares) constituye un medio de recomposición política e ideológica de esos sectores populares, de reunificación de las distintas expresiones del sujeto social popular, para la IR, la “concertación social” es el medio que permite articular la actividad autónoma de los trabajadores –como actividad particular– a la generalidad expresada en el capital, en el conjunto de relaciones capitalistas, lo que significa negar toda autonomía del movimiento obrero. De aquí que, a lo más, la IR no pase de hablar de “autonomía del movimiento sindical” (léase del “aparato sindical”) con respecto a los otros aparatos de dominación, pero no habla de la autonomía como ruptura, como diferencia radical con la institucionalidad, con el sistema de relaciones de dominación existentes.

La Renovación aparece, así como la forma renovada del viejo reformismo. El proyecto renovado no es para hoy; es para mañana, en un proceso (utópico) de reestructuración capitalista “nacional” en el que participen “todos” (“incluso los trabajadores” al lado de todas las fracciones del capital). De aquí que no sea extraño que aparezca como condición necesaria para la conquista de la hegemonía cultural de la sociedad la reestructuración capitalista y, en la medida en que se la considera necesaria, se la desea, aunque los teóricos de la renovación consideran que basta “renovarse” para conquistar la hegemonía.

La Renovación

Es lógico que, situados en la perspectiva superestructuralista señalada, los teóricos de la Renovación retomen sin vacilaciones el tema de la “reforma cultural” de Gramsci. Para éste, la toma y el ejercicio del poder por el proletariado no serán posibles sin una tal “reforma” que debería consistir en

un cambio en la manera de hacer política, de ver el mundo, de hacerse aceptar como clase dirigente por la mayoría del cuerpo social, de difundir sus propios valores como universalmente válidos. Esta tarea incumbe principalmente a los “intelectuales orgánicos”, intelectuales surgidos en el proceso de ascensión de la clase proletaria, la que crea, además, su teoría, su vanguardia, etc.

Esta temática calza bien con el estado de ánimo dominante en el post-73. “Algo” había fallado y era necesario cambiar. El principal responsable de que ese algo fallara era el “ultra izquierdismo”, el “espíritu aventurero”, el “espontaneísmo”¹⁷². De aquí entonces que para la estrategia del reformismo obrero de los años post-golpe fuera esencial terminar con toda veleidad “izquierdista”¹⁷³. “Renovarse” significa dejar de lado los “extremismos”, el “irrealismo” de la ultra izquierda y recuperar el sentido “democrático” de la política. La “renovación democrática” está íntimamente ligada a la tarea de “derrotar políticamente a la dictadura y a los grupos sociales que la sustentan”¹⁷⁴.

Progresivamente se pasa de esta concepción de la renovación a la renovación de las fuerzas políticas implicadas en tal proceso, como renovación teórica. Así, para algunos, el término “renovación” se refiere a los “esfuerzos que realizan ciertos sectores de la izquierda chilena para reformular su programa, revisar sus concepciones teóricas y readecuar sus prácticas, sus aparatos y medios de acción”. Se trata así de refundar una teoría “a través de un doble movimiento de ruptura

172- Para un análisis crítico de estas posiciones ver: “La política sindical de la dictadura”, en “Correo Proletario”, N° 4 y “Recomposición del movimiento obrero y partidos políticos. Algunas reflexiones”, en “Estudios”, N° 8, octubre-diciembre 1980.

173- Ver por ejemplo el llamado “Documento de Marzo” de la Dirección interior del PS, 1974.

174- Viera-Gallo, Op. Cit. P.58.

y continuidad”. Este ajuste de cuentas pasa, por una parte, por el análisis de la derrota de la UP y por la comprensión de la crisis del marxismo y del socialismo. Pero el centro de la reflexión debe ser el “nuevo escenario social”¹⁷⁵. Es evidente, al igual que en la concepción gramsciana, que es a los intelectuales a quienes incumbe esta tarea. Es evidente también que éstos no pueden actuar en el vacío, es necesario un cierto substrato común el que encuentran en la categoría de lo “nacional–popular”.

Lo nacional–popular

En Gramsci, el *“grupo subordinado substituye su propia hegemonía cultural, sus propias formas de sentir y de actuar a la hegemonía de la clase dominante. Para ello debe, sin embargo, unificarse previamente a sí mismo, al mismo tiempo que conquista a los otros grupos sociales. Esta unificación cultural puede desarrollarse a partir de una común sensibilidad nacional-popular, es decir, por un común sentimiento familiar relativo a cuestiones nacionales, comunes a ‘todos’ los que viven en una misma ‘patria’”*.

En el discurso renovado, la “nación” aparece claramente como lo que es: como ideología nacional, es decir, como modo de totalización social propio de la sociedad burguesa, por el cual ésta sublima sus antagonismos de clases. Si bien se reconoce tímidamente, *“y como rasgos específicamente ‘chilenos’ [sic] el rol del Estado en la constitución de la nación”*¹⁷⁶, se deja de lado que la “nación” como ideología es producto de la lucha de clases, producto ideológico que se impone como evidencia, como transparencia a los distintos sujetos, lo que permite al mismo tiempo la ocultación de los antagonismos

175– Moulian, T., Op. Cit.

176– Spoerer, Sergio “Referentes históricos de la Renovación”, en “Chile 80”, P.55 y ss.

sociales. Y ello de la misma manera que ocurre con el Estado que aparece como el sujeto y el soporte de ese proceso de totalización.

Los teóricos de la Renovación parecen olvidar así que el discurso “nacional” subordina y asimila las contradicciones de clase, al mismo tiempo que instituye simbólicamente un determinado territorio y determinadas formas de hacer como terrenos propios para el ejercicio del poder por una determinada burguesía nacional.

Es a partir de este olvido que no se tiene empacho en utilizar expresiones como “[somos ahora] una nación dividida”¹⁷⁷, como si la división que afecta a la sociedad chilena sólo fuera producto de la situación creada a partir de septiembre 1973. La división en clases sociales existe desde los tiempos de la Conquista. La constitución misma de Chile como “Nación” será el medio que permitirá a las clases dominantes afirmar su hegemonía y su dominación (separación) a través de la subsunción en la unidad imaginaria de la nación (“todos somos chilenos”) y la supresión simbólica de los antagonismos sociales. Esa unidad imaginaria no puede ser interpretada, sin embargo, como si se tratara de un mero desvarío de la conciencia o como una voluntad de engañar o de inculcar a terceros una idea errónea. El correlato “material” de la unidad imaginaria de la nación se encuentra en la imposición a lo largo de decenios de un determinado modo de producción en un territorio determinado. El proceso de constitución de la nación es consubstancial al proceso de constitución de un mercado nacional, al proceso de afirmación de una burguesía genérica que se autodefine respecto a su soberanía sobre un territorio determinado en oposición a burguesías situadas en otros espacios territoriales nacionales¹⁷⁸.

177- “El bloque socialista ante la profunda crisis que vive el país”, 20 de diciembre de 1984

178- En los textos escolares de historia, se suele mencionar como momentos constitutivos de esa conciencia nacional la Guerra contra la Confederación peruano-boliviana en 1836 y la Guerra del Pacífico

Al asumir como propia la problemática de la nación, la IR no hace más que sintetizar y hacer mediar el antagonismo social en la fórmula de la “nación”. La operación es completada con lo “popular”, con el componente “pueblo” que en castellano designa “la gente humilde y común”, la “gran masa”, nociones que pueden ser usadas socialmente con distintas significaciones, en todo caso no explicitadas en el discurso renovado.

¿Mera atracción pasajera por el populismo? Puede ser. Lo que resulta claro, en todo caso, es que el problema de la autonomía de los sujetos de clase puede ser fácilmente esquivado. El tinte culturalista con que a veces es enunciada la categoría “lo popular” permite su utilización como término de síntesis y de supresión de la contradicción de clases, cuestiones éstas que están íntimamente relacionadas con la concepción que la IR se ha forjado de las clases sociales en el período actual.

Las clases sociales

Las transformaciones de la composición de las clases sociales son interpretadas por la IR en la perspectiva sea del aminoramiento sea de la desaparición del antagonismo. Cabe observar en todo caso que, en el primer período, la problemática clasista sigue existiendo, ocupando un lugar central en algunos análisis de la realidad chilena. La matriz teórica es, en esos casos, el eurocomunismo de izquierda a la Poulantzas como se expresa en textos de Alexis Guardia¹⁷⁹.

A partir del segundo período, se hace evidente la tendencia al aminoramiento si no a la desaparición del antagonismo, dejando paso a la idea de “diálogo” social. Ello va acompañado

179- Entre otros: Guardia, Alexis “Nuevamente sobre el misterio de las capas medias”, en “Chile-América”, N° 58-59, noviembre-diciembre 1979, pp. 117-119.

por una cierta idea de la “terciarización” de la sociedad chilena, terciarización percibida como aumento del peso de las “clases medias”¹⁸⁰ comprendiendo en ellas a los trabajadores “independientes” de todo tipo con lo que el lustrabotas, las guardadoras de *parking*, etc., pasan a formar parte de esas clases. Este presunto paso a la “clase media” de vastos sectores de la sociedad chilena obliga a la IR a repensar el tema de las susodichas clases y ello en la perspectiva de atraerlas al bloque histórico. En cambio, procesos como la homogenización del trabajo, la desvalorización y la descalificación de los diferentes tipos de trabajos, la separación cada vez mayor entre trabajo de dirección y de ejecución escapan por completo a la IR.

En lo que respecta a la clase obrera, la cuestión se centra en la crítica del concepto tercer internacionalista dominante hasta entonces. Para los teóricos de la III Internacional, la pertenencia a la clase obrera está definida en base a “*la realización de trabajo productivo simple remunerado bajo la forma de salario (...) La clase obrera se localiza en las actividades de producción de mercancías*”¹⁸¹. Es evidente que una tal concepción en el momento actual es absolutamente inadecuada ya que no da cuenta de la nueva composición de clase que permite hablar de la constitución de un proletariado difuso y no de “clase obrera”. Cabe preguntarse asimismo por la validez de tal concepto en el marco de la teoría marxiana pretendiendo con él señalar al trabajador productivo en circunstancias de que éste es para Marx “*el trabajador que produce plusvalía*”, el “*que valoriza al capital*”¹⁸². En tal sentido, pueden ser considerados como “trabajadores productivos” el director, el ingeniero, el técnico, el capataz, el obrero manual directo

180– Veáse Tironi, E. “Trois mythes en vogue”, en “*Amérique latine*”, N° 6, Été 1981. P. 86.

181– Martínez, Javier y Tironi, Eugenio (1981) *La clase obrera en el nuevo estilo de desarrollo. Un enfoque estructural*. Santiago: PET.

182– Marx, Op. Cit. P. 78.

y el peón en cuanto son agentes reales del proceso de trabajo “*directamente explotados por el capital y subordinados en general a su proceso de valorización y de producción*”¹⁸³, concepción que tiene poco que ver con el obrerismo tercer internacionalista.

En todo caso, los autores en cuestión, a partir de la definición de clase obrera señalada constatan, con justeza, que la clase obrera tradicional ha disminuido tanto en términos absolutos como relativos, con lo que su peso social se ve reducido considerablemente¹⁸⁴. A partir de esta constatación concluyen que no se puede continuar fundando el accionar político socialista en la existencia de la clase obrera ni en general sobre ninguna clase social.

La cuestión de la autonomía de clase no puede ser así pensada puesto que el sujeto autónomo como tal habría perdido peso si no existencia real. El ataque al economicismo y al objetivismo del marxismo tradicional de la izquierda burocrática conduce a los teóricos de la IR, por una parte, a desligar los comportamientos políticos de la composición de clase y, por otra, a situar la cuestión del socialismo como cuestión puramente ética: “*Es necesario sacarle al socialismo el clasismo estrecho que lo ha llevado a identificarse con los intereses de un grupo social el cual está, además, perdiendo su peso en la sociedad chilena y recuperar para él un sentido nacional y popular, el contenido de una ética humanista frente al vacío del régimen, el testimonio de una cultura alternativa*”¹⁸⁵: Bernstein dixit¹⁸⁶.

183– Marx, Op. Cit. P. 79.

184– Una crítica a este punto de vista se encuentra en Riesco, Manuel (1989) *El desarrollo del capitalismo en Chile bajo Pinochet*. Santiago de Chile: ICAL [nota agregada para esta edición].

185– Tironi, op. cit., p.86

186– La separación entre ética y política, así como la fundamentación puramente ética del socialismo se encuentra ya en la polémica de Bernstein contra la ortodoxia kautskiana a fines del siglo XIX. Se puede ver a este respecto Bernstein, Eduardo (1966) *Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la socialdemocracia*. Buenos Aires: Claridad; así como,

La IR no ve en el nuevo proceso de homogenización/fragmentación/jerarquización del trabajo otra cosa que vacío, pobreza de la composición de clase, debilidad del nuevo sujeto social, marginalidad, lumpen. La socialización del capital como extensión del antagonismo a toda la sociedad, como posibilidad de recomposición del sujeto revolucionario a nivel social es algo que les escapa totalmente a los teóricos de la renovación.

De aquí entonces que la IR estime necesario privilegiar a “los actores sociales”, a las organizaciones que animan la representación de intereses sociales y “*redimensionar frente a las limitaciones de la razón economicista un viejo tema del movimiento obrero chileno: el de su relación con la política y con el Estado*”¹⁸⁷. De aquí también entonces que se plantee la necesidad de reevaluar ese tema y se refuerce la idea de que entre el poder y los múltiples sujetos sociales no es sino posible la mediación partidaria o de otros aparatos (Iglesia, organizaciones internacionales, etc.).

Ello conduce necesariamente a la necesidad de la mediación política general encarnada en el futuro Estado democrático y en el régimen de partidos, estos últimos en cuanto representantes particulares de los intereses singulares. En esta articulación de mediaciones, la Renovación ahoga en la teoría toda posibilidad de autonomía del nuevo sujeto para mejor someterla en la práctica.

Heimann, Horst (1982) *Textos sobre el revisionismo. La actualidad de Eduard Bernstein*. México: Nueva Sociedad/Nueva Imagen. En general, los marxistas neokantianos particularmente los austromarxistas, desarrollan este punto de vista en el siglo XX. Una fundamentación en términos kantianos se encuentra en Negt, Oskar (2004) *Kant y Marx. Un diálogo entre épocas*. Madrid: Trotta [esto último añadido para esta edición].

187– Martínez y Tironi, Op. Cit. pp. 28–29.

Hasta ahora, problemas y respuestas renovadas siguen situados en el cielo de la teoría, lo que no es suficiente. Es necesario ir a las “cosas prácticas”, a las “cuestiones políticas concretas”, una de las cuales es la de la democratización, pero ello exige previamente detenerse en lo que la IR entiende por “democracia”.

La Democracia

Es evidente que la afirmación democrática puede provocar consenso no sólo por la carga afectiva, por el valor que representa, sino además porque el conjunto de la oposición tiende a definir la “contradicción fundamental” de la sociedad chilena como la que opone dictadura y democracia.

Ambas nociones son hipostasiadas por la IR, es decir, las lleva a la categoría de principios absolutos. Cada una de ellas es considerada como una generalidad indeterminada, abstracta e inmaterial, de tal modo que aparece sin contenido histórico alguno, absolutamente desligada de las luchas concretas. En este sentido, la IR encuentra en este tema, así como en otros, sus antecesores teóricos en el centro socialdemócrata alemán de comienzos de siglo y, particularmente en Kautsky, quien al absolutizar cada uno de los términos es incapaz de comprender la relación entre uno y otro así como el carácter histórico de ellos¹⁸⁸. De ahí que su ex discípulo Lenin se vea obligado a aclarar que *“dictadura no significa necesariamente abolición de la democracia para la clase que ejerce esta dictadura sobre las otras clases, sino quiere decir necesariamente abolición (o limitación esencial, lo que es igualmente una de las formas de abolición) de la democracia para la clase en vista de la cual o contra la cual la dictadura se ejerce”*¹⁸⁹. Para los teóri-

188– Veáse: Kautsky, K. (1972) *La dictature du prolétariat*, Paris: 10/18. Particularmente pp. 219 y ss.

189– Lenin, V. (1972) *La révolution prolétarienne et le renégat Kautsky*. Paris: 10/18.

cos de la IR no existe el principio de especificación histórica, de determinación de lo general por lo particular, por la diferencia.

Es por esta razón que las nociones de democracia y de dictadura que se refieren a formas de régimen político son presentadas como si tuvieran una real independencia y autonomía de las condiciones sociales en las cuales se generaron y en las que continúan existiendo. De este modo, el conflicto entre dictadura y democracia es presentado como si sólo se refiriera a la forma del Estado, al tipo de régimen político. El formalismo propio a la sociedad burguesa es reincorporado por esta vía en el análisis.

Es claro que existen diferencias entre las concepciones de la IR y las de la izquierda burocrática, como así difieren éstas de las posiciones de la oposición burguesa. Pero en lo substancial, esto es, en calificar el conflicto como puramente político, las dos izquierdas y la oposición burguesa coinciden. A lo más que llegan tales diferencias son, por el lado de la izquierda, a doblar la contradicción política con la contradicción “económica” entre socialismo y capitalismo, contradicciones que se determinan mutuamente. En la medida en que se trata de contradicciones cualitativamente distintas, esta determinación mutua es externa; lo que implica que cada una de ellas tiene su propia solución.

Para la izquierda, como para la oposición burguesa, el conflicto central se sitúa en torno al cambio de régimen, por lo que todas las luchas deben subordinarse a la reconquista de la democracia, con lo cual, la posibilidad de la autovalorización obrera y popular es suprimida. De este modo, las necesidades más apremiantes de los trabajadores sería posible satisfacerlas sólo en un régimen democrático. De ahí entonces que los trabajadores deban luchar primero por restablecer la demo-

cracia, subordinando todas sus luchas a la creación de esa posibilidad. Los efectos que un tal discurso ha tenido entre 1983–1985 no son menores: aprovechamiento por parte de la derecha (UDI) de las reivindicaciones populares “inmediatas”, descuido de las bases, etc.¹⁹⁰

Situado el problema en el plano puramente político, el teórico renovado olvida que el Estado condensa y cristaliza las luchas de clases y que, por tanto, de lo que se trata es de cómo centrar los esfuerzos en este último plano y que, en una tal perspectiva, la lucha centrada en torno a la forma del régimen político sólo constituye un aspecto de una lucha de clases que es global. Olvida, por otra parte, la génesis misma del Estado militar como expresión de una relación de fuerzas en que es el capital quien reafirma su hegemonía y en que el trabajo es cada vez más desvalorizado y subordinado y que, en consecuencia, la tarea política esencial es, a partir de la nueva composición de clase, reconstituir un sujeto social subversivo, a través de la recomposición de mecanismos de identidad y de oposición, reforzando la solidaridad de clase, estimulando todas las iniciativas que tiendan a crear lazos de amistad, de fraternidad y de ayuda mutua entre los sectores populares, desarrollando distintas formas de democracia de base.

Tal tarea, sin embargo, no puede ser realizada, sino que en y desde el interior de los diferentes movimientos sociales y como transformación de las distintas conductas colectivas a partir de los niveles alcanzados, del carácter particular que puedan asumir los intereses sociales en un momento preciso, de la experiencia adquirida y no de un abstracto y formal “nivel de conciencia”.

190– En lo relativo al campo sindical, hemos tratado este problema en Cruz, Luis “Le syndicalisme chilien: Problèmes et Perspectives” in “Bulletin de la Fondation André Renard”, N° 158–159, mai–juin 1986, P. 162–163.

La absolutización del principio democrático hace parte de la mentada “revalorización de la democracia”: “Como efecto y reacción frente a la política de la dictadura, se advierte en amplios sectores sociales y políticos la voluntad de rescatar cuanto hubo de positivo en el período anterior (...) Hay una revalorización de la democracia política –del imperio de la libertad y del derecho–, del proceso de cambios que en su marco se daba y del cual a su vez era fruto”¹⁹¹. Según los teóricos renovados, la izquierda marxista, esclerosada en una perspectiva clasista y estrechamente reduccionista, no habría valorizado suficientemente la democracia, tarea que le incumbiría ahora, por el contrario, a la Renovación.

Esta revalorización permite descubrir que “la democracia no es burguesa por naturaleza”, que no tan sólo constituye el terreno de lucha entre burguesía y proletariado, sino que es, al mismo tiempo, lo que está en juego en tal lucha, puesto que es una conquista popular¹⁹². En esa operación, la IR confunde bajo una misma categoría los distintos aparatos del Estado burgués (y el Estado mismo como aparato) –por los cuales el capital se reproduce bajo su forma política, es decir ejerce un poder de dominación y se legitima como potencia dominante– con los derechos democráticos que el proletariado y las clases populares han podido conquistar a través de sus luchas¹⁹³. Tampoco considera que “la forma general del Estado representativo en una democracia burguesa es, en sí misma, el arma ideológica principal del capitalismo occidental; su existencia misma priva a la clase obrera de la idea de socialismo conduciendo un otro tipo de Estado; los medios de información y otros mecanismos de control cultural refuerzan desde luego este efecto ideológico central. Las relaciones de producción capitalista asignan a todos los hombres y a todas las mujeres a diferentes clases sociales definidas por la desigualdad de sus

191– Ídem, P. 57.

192– Silva Solar, Op. Cit., P. 67.

193– Cf. Mandel, Op. Cit. pp. 281–285.

posibilidades de acceder a los medios de producción. Estas divisiones en clases constituyen la realidad subyacente a los contratos de trabajo entre personas libres e iguales sobre el plano jurídico y esto constituye el rasgo distintivo de este modo de producción. Bajo el capitalismo, los órdenes políticos y económicos están luego, formalmente separados. De lo que se sigue es que el Estado burgués ‘representa’ por definición, la totalidad de la población formada por ciudadanos individuales e iguales, abstracción hecha de su distribución en clases. En otros términos, el Estado presenta a los hombres y mujeres sus posiciones desiguales en la sociedad civil como si éstas fueran iguales en el Estado. El parlamento, elegido cada cuatro o cinco años como la expresión soberana de la voluntad popular, reenvía a las masas la imagen ficticia de la unidad de ‘la nación’, que les hace creer que tienen su propio gobierno. Las divisiones económicas entre ‘ciudadanos’ son escondidas por la igualdad jurídica existente entre explotadores y explotados y con ellas, la separación y la no participación total de las masas a los trabajos del Parlamento. Esta separación de lo económico y de lo político es luego constantemente presentada y representada a las masas como la encarnación suprema de la libertad: la ‘democracia’, objetivo final de la historia. La existencia del Estado parlamentario constituye así el cuadro formal de todos los otros mecanismos ideológicos de la clase dirigente. Proporciona el código general en el cual todo mensaje exterior es transmitido. Este código es tanto más pujante cuánto más los derechos jurídicos de los ciudadanos no son simple espejismo: al contrario, las libertades y los derechos electorales de la democracia burguesa son una realidad tangible, cuya realización fue históricamente, en parte, la obra del mismo movimiento obrero y cuya pérdida será una derrota importante para la clase obrera”¹⁹⁴.

Valga la pena notar, además, que este énfasis en la democracia como rasgo distintivo de las sociedades occidentales constituye uno de los temas centrales de las corrientes sur-

194- Anderson, Op. Cit. pp. 46-47.

gidas de la II Internacional. Es de nuevo Kautsky quien constituye el punto de referencia principal cuando en su polémica con la “izquierda” (léase con Rosa Luxemburg y Anton Pannekoek, entre otros) recalca la oposición entre el “Occidente adelantado, civilizado” y el “Oriente atrasado”¹⁹⁵. Es sobre esta oposición que Kautsky funda su estrategia de desgaste, la que opone a los partidarios de la huelga general de masas. Más tarde, Gramsci retoma la misma distinción para afirmar su estrategia de guerra de posiciones opuesta a la guerra de movimientos. Para ambos, la existencia de un régimen democrático es un elemento determinante a considerar en la elaboración de toda estrategia. Sin entrar a discutir sobre la validez o no de dichas estrategias en los contextos en que fueron enunciadas, retomar tales categorías en el momento actual, en la época de la guerra total, de la guerra bioquímica y nuclear, constituye un arcaísmo.

En todo caso, tanto para Pannekoek como para Rosa Luxemburg –los que en ningún momento subestiman las diferencias existentes entre Oriente y Occidente–, tales diferencias se inscriben en la tendencia a la unificación del capitalismo en Europa. De ahí que sean justamente las mismas condiciones sociales invocadas por Kautsky contra la huelga general las que hacen necesario el recurso a esta arma de lucha por los trabajadores. Por otra parte, la distinción entre esos dos tipos de estrategia constituye sea una perogrullada: “no hay que implicarse en un combate decisivo hasta que las condiciones de la victoria no estén reunidas”, o bien una manera de encubrir una estrategia puramente parlamentaria¹⁹⁶. Por el contrario, la experiencia histórica muestra que es la lucha misma la que determina sus propias condiciones, modificación que, por supuesto, puede jugar a favor o en contra de los trabajadores en lucha. Por tanto, la distinción señalada por Kautsky no

195– Véase: “Et Maintenant y Une nouvelle stratégie”, en Kautsky, Luxemburg y Pannekoek (1985) *Socialisme: La voie occidentale*. Paris: PUF.

196– Luxemburg, Op. Cit, Art. “Usure ou combat”, P. 87.

tiene mayor fundamento. De aquí entonces que la estrategia revolucionaria *“es siempre una estrategia de transición que integra reivindicaciones inmediatas, compatibles con la lógica del capitalismo, y reivindicaciones intermedias, contradictorias con esta lógica; articulación de formas de lucha cotidiana, explícitas o implícitas, respetuosas de la legalidad burguesa y acciones de masas revolucionarias, que transgreden esa legalidad”*¹⁹⁷.

Para la IR, la democracia política supone la alternancia en el poder de los distintos grupos políticos *“según lo determine la voluntad popular libremente expresada mediante el sufragio universal y secreto. La lucha de ideas, la competencia entre partidos, la alternancia en el ejercicio del gobierno, la repartición de los poderes públicos, el respeto de los derechos ciudadanos, no son el monopolio de la burguesía ni fenómenos particulares del capitalismo: estos valores y derechos son patrimonio de una humanidad que los ha conquistado en una lucha constante por mayor libertad”*¹⁹⁸.

Viera-Gallo, por su parte, prescribe el pluralismo como la norma en la democracia política, no sólo en el bloque por los cambios, sino en toda la sociedad. Esto no significa, sin embargo, que todos y todas vayan a tener cabida: *“cualquier intento subversivo, de carácter regresivo o maximalista, debe ser sancionado conforme a la ley”*¹⁹⁹. El pluralismo no significa tolerancia con los “subversivos”, sino que, muy por el contrario, represión en contra de los que estén en contra del “orden” capitalista. La cuestión de la represión de “los intentos subversivos” (¡del “maximalismo”!) es esencial ya que *“es un hecho que la situación en Chile es y seguirá siendo de ‘emergencia’ y que, en tal sentido, resulta absurdo e idealista pensar en un extremo democratismo que puede desembocar en la anar-*

197- Pannekoek, Op. Cit.

198- “III Congreso del MAPU”, en “Verde y Rojo”, julio de 1985.

199- Viera-Gallo, Op. Cit., P. 60.

quía”²⁰⁰. Cabe señalar que, en los momentos en que el autor en referencia escribe esas líneas, todos los sectores de la izquierda sindicaron a las masas como culpables de la derrota del 73. Se teme, por tanto, que los desbordes de masas puedan llegar nuevamente a sobrepasar a las direcciones políticas, lo que sería bastante problemático para un futuro gobierno democrático.

Cabe, sin embargo, señalar que, en el momento actual, existen serias diferencias entre las dos grandes facciones de la izquierda, la renovada y la burocrática. Mientras para la primera, el miedo a la lucha autónoma e independiente de las masas es una constante, para la izquierda burocrática, que se autoconsidera capaz de instrumentalizar los movimientos de masas de los últimos años, estos son presentados como una manifestación de su propia fuerza y como el mejor instrumento para desarrollar sus propias políticas. De ahí entonces que amenace utilizar esos movimientos como medio de presión sobre las otras fuerzas opositoras para hacerse admitir entre éstas y hacer parte más tarde en las nuevas instancias de gobierno.

Esta preocupación de la IR por “el orden” se manifiesta también en los otros expositores: *“Nos parece claro después de la experiencia chilena que no puede haber una transformación democrática sin autoridad y disciplina y que el orden anárquico es lo más próximo a la regresión autoritaria y al fascismo. El ejercicio democrático del poder no significa que el Estado deba abandonar sus medios coactivos, que sería negar anticipadamente sus propias funciones”*²⁰¹.

La necesidad de la disciplina laboral y social remarcada en la Declaración final del “Encuentro de Nueva York” se expresa

200– Ídem. P. 61. Preguntamos ¿La renovación es el “partido del orden”?

201– Ídem. P. 67

como sigue: *“La eficacia del mando debe basarse en la existencia de un amplio consenso social y político y en la claridad ideológica de los gobernantes, así como en el estilo de gobierno. Lo que no supone desconocer el elemento de fuerza o coacción inherente a todo Estado, sino acentuar el aspecto de dirección propio de todo proceso político”*²⁰². *“Excluimos para Chile, pues, sea la dictadura, sea el autogobierno anárquico”*. En conclusión *“¡No al poder obrero y popular! ¡No a la República de los Consejos! ¡No a la República de los Trabajadores! ¡No a la Federación de Comunas y Consejos! ¡No al autogobierno de las masas!”* Aún cuando nada de esto esté puesto claramente sobre el tapete, la IR considera que más vale prevenir que curar y desde ya dejar claro todo lo que las masas no deben hacer.

En esta perspectiva no cabe siquiera pensar que el “proyecto” pudiera llegar a plantear la destrucción de los aparatos represivos del Estado, o a utilizar la legítima violencia contra el terror del Estado. Por el contrario, las Fuerzas Armadas deben ser *“integradas, reestructuradas y modernizadas como elemento decisivo de la democratización y reconstrucción nacional (...) Las FFAA no pueden ser más un ente aparte y separado de la sociedad que en cualquier momento se puede abalanzar contra ella”*. De ahí la necesidad de constituir una “doctrina de la defensa nacional” que rescate la doctrina de Schneider y de Prat, doctrina que tendrá como criterios fundamentales:

–“La subordinación real y efectiva de los institutos armados al poder civil” (¿al poder de los patrones?).

–“Una idea de la defensa nacional y del resguardo de la soberanía no sólo como problema de los cuerpos armados, sino que como tarea de todo el pueblo” (o sea, el pueblo será soporte de las FFAA en sus tareas represivas).

202- Ídem. P. 61.

– “El desahucio de la noción estratégica de la defensa hemisférica como misión especial de las FFAA: el carácter nacional de la FFAA exige que su compromiso sea únicamente con el Estado de Chile, sus autoridades democráticas y su pueblo”.

– La necesidad de imbuir a las FFAA en una “cultura democrática” que estreche lazos entre militares y civiles, dando mayor participación a los civiles en los asuntos militares y a estos últimos en las tareas del desarrollo nacional; en este mismo sentido, los miembros de las instituciones militares asumirían plenamente sus derechos civiles, en su calidad de funcionarios públicos y ciudadanos.

– “Una política de defensa nacional debe vincularse estrechamente a una estrategia de desarrollo global del país”²⁰³. La defensa nacional debe vincularse así al desarrollo del capitalismo nacional en su globalidad.

Hasta aquí lo medular del programa militar de la reforma renovada de las Fuerzas Armadas ¿El modelo a seguir será, tal vez, Suiza?

En todo caso, lo que parece claro es que la nueva legalidad renovada no parece diferenciarse, desde el punto de vista de las formas y de sus contenidos, de la que prevalecía hasta 1973: pretendida soberanía popular, elegibilidad de los gobernantes (en la que no cabe pensar en la revocabilidad de los dirigentes cada vez que no cuenten con la confianza de sus bases, ni en el control directo de los representantes por sus representados, ni en la rotación en los puestos de gobierno o de la administración pública: pensar eso sería “maximalismo” y para la IR “el maximalismo es subversivo”), legalidad (o sea, respeto a la correlación de fuerzas existentes, respeto a la legitimidad del capital), pluralismo político, etc. Entre

203– “Texto integral de la Dirección del MAPU para la Discusión”, en “Verde y Rojo”, septiembre 1984, pp.22-23.

las novedades se integran elementos nuevos: vigencia de los derechos humanos, legitimidad de los derechos sociales, mecanismos de participación en la toma de decisiones por parte de todos los ciudadanos (que siguen viviendo su existencia separada como “productores” y como “ciudadanos”), etc.

La crítica a los socialismos reales

La crítica a los socialismos reales que lleva a cabo la IR se inscribe en la perspectiva de la democracia representativa. Así, para los teóricos renovados, esos “socialismos” constituirían la realización de la concepción leninista de la dictadura del proletariado. El aspecto “malo” de estos sistemas sería la “falta de democracia”. Como esta última no existe, o es escasa en el Estado, tampoco existe en la sociedad civil. En la versión trotskista y/o marxista vulgar, se afirma que se trata de “Estados obreros burocráticamente degenerados” o de “sociedades socialistas” pero cuya “superestructura es antidemocrática”. Es decir, el aspecto “malo” se encuentra en la organización política de la sociedad. De aquí entonces que los viejos trotskistas (arrepentidos o no) del PS no vean ninguna incompatibilidad entre sus arcaicas concepciones y la crítica renovada: en los países del “socialismo real” la revolución será fundamentalmente “política”. Más allá no podrían ir quienes han confundido “nacionalizaciones” y “planificación” con socialismo. Reducido el problema a su aspecto puramente “político”, la IR es incapaz de percibir las relaciones existentes en el socialismo real como relaciones de explotación (¿miedo a sindicarse a las burocracias del Este como explotadoras? o ¿simple negligencia de lo “económico”?), de opresión, de alienación, en suma, de dominación. Dejada de lado la problemática clasista es normal que el conflicto social existente en esos países sea percibido como puramente “político”, si bien algunos de los teóricos de la IR interpretan el conflicto como mera oposición entre “Sociedad civil” y “Estado”.

Se puede contrastar la posición de los teóricos de la IR con la posición de Modzelewski y Kuron²⁰⁴ que en su Carta abierta al POUP de 1964, la que constituye un modelo de análisis de esas sociedades escriben: “¿A quién vende el obrero su fuerza de trabajo en nuestro país? A quienes disponen de los medios de producción, o sea, a la burocracia política central. Por ello, la burocracia política central es una clase dominante: tiene el poder exclusivo sobre los medios de producción de base, compra la fuerza de trabajo de la clase obrera, la despoja por la fuerza bruta y la imposición económica del excedente que emplea en fines hostiles o extraños a los obreros, con el fin de reforzar y de ampliar su poder sobre la producción y la sociedad. Y esto es, en nuestro sistema, el tipo preponderante de relaciones de propiedad, la base de las relaciones de producción y de las relaciones sociales”²⁰⁵.

La lucha de los obreros de Gdansk por reapropiarse de todas las condiciones de la vida social es transformada por la IR en mera lucha por elecciones libres mientras que la República Autogestionaria de los trabajadores polacos deviene en la cabeza de los representantes políticos y literarios de la Renovación una vulgar parodia de la democracia representativa.

204– Karol Modelewski y Jacek Kuron fueron miembros del Partido Obrero Unificado polaco (léase PC). A raíz de la publicación de esa carta son expulsados del POUP y encarcelados. Más tarde, hará parte del grupo de consejeros de Solidarnosc. Después del Golpe de Jaruzelsky, deben pasar a la clandestinidad.

205– Modzelewski, Karol y Kuron, Jacek (1968) *Socialismo o burocracia*. Paris: Ruedo Ibérico. Sobre la cuestión de las relaciones de producción, el texto fundamental sigue siendo la *Introducción... de 1857* de Marx. Para análisis concretos ver particularmente: Rousset, David (1968) *La société éclatée*. Paris: Grasset; Castoriadis, Cornelius *La sociedad burocrática*. Por nuestra parte hemos criticado las posiciones trotskistas en relación a Polonia en términos más o menos similares en “Carta a una compañera trotskista”, en “Estudios”, N° 10, abril–junio 1982.

La Democratización

Es en la perspectiva de “revalorización de la democracia” que la consigna de la democratización de la sociedad cobra todo su sentido.

El contenido del proyecto renovado está dado por lo que, desde el encuentro de Nueva York en septiembre de 1976, ha sido llamado “democratización” de la sociedad chilena. Es importante señalar este encuentro puesto que constituye el principal esfuerzo por parte de la UP para acercarse a sectores de la DC en la perspectiva de la constitución del frente antifascista. Los personeros de la izquierda que asisten a dicho encuentro son los que sustentan esa línea en el interior de esos partidos. Para los participantes en dicho encuentro se trata de perfilar un proyecto que *“interprete, recoja y lance la más vasta unidad social y política de nuestra historia. Para que este rompa aquella política de desmovilización ideológica debe renovar el lenguaje de las cosas políticas, proclamar lo viable por sobre lo absoluto y lo nacional por sobre lo excluyente”*²⁰⁶. Para contar con un amplio consenso *“el único proyecto posible es uno de democratización”*²⁰⁷. La función práctica del proyecto es así clara: se trata de obtener un consenso, un acuerdo entre fuerzas sociales antagónicas en el terreno del régimen político a través de la mediación de sus representantes políticos.

La democratización es el proceso conducente a la democracia representativa plena. Pero la IR va más allá. Entiende por *“democratización, la renovación o transformación progresiva de la sociedad en términos de métodos democráticos, dentro de un Estado de derecho”*²⁰⁸. Otro de los participantes en el

206– Campos, Juan Gabriel “Presentación de los organizadores”, en “Chile-América”, N° 25–26–27, nov.–dic. 1976–enero 1977, P. 48.

207– Silva Solar, Julio, Op. Cit. P. 67.

208– Ídem. P.63.

encuentro de Nueva York es más preciso: “La democratización es sinónimo de proceso de recomposición nacional que es igual a la vez a la derrota política de la dictadura y de los grupos que la apoyan así como del período postdictadura; lo que es a su vez sinónimo de renovación democrática” la que constituye, en cierto sentido, “una verdadera revolución, ya que pretende revertir un proceso histórico cuestionado, la hegemonía política de los grupos tradicionales”²⁰⁹, “revolución que, en una primera etapa, será más política que social”.

En el cielo de la abstracción indeterminada, de la indeterminación histórica en que se mueve la IR, la democracia es definida como “ideal y como proceso”²¹⁰, “dentro de un Estado de Derecho”. Democracia y Estado de Derecho aparecen íntimamente ligados. Para la IR, la democracia como ideal tiene dos dimensiones: una meta-histórica que se confunde con la aspiración al autogobierno libre del pueblo y otra histórica que se va definiendo en cada etapa. Como proceso “es un desarrollo constante (...) en pos de esos ideales”. El proceso histórico deviene así, en el mejor estilo proudhoniano, la realización del ideal.

En este proceso se distinguen tres etapas:

“1º El Estado de Derecho liberal surgido de la revolución burguesa como forma política del capitalismo industrial. 2º El Estado social de derecho promovido en la Europa de post-guerra por el neo-capitalismo y en EEUU por el New Deal, intentando poner remedio a los abusos más evidentes del capitalismo clásico; 3º El Estado democrático de Derecho, como forma política de la transición al socialismo planteada por diversas fuerzas políticas democráticas”²¹¹.

209- Ídem. P. 58.

210- Viera-Gallo, Op. Cit. P. 60.

211- Íbidem.

¿Proceso unidireccional? En cualquier caso, proceso de auto-desarrollo del Estado, que pasaría de una forma a otra, sin contradicciones, proceso en el que las luchas de clases y, particularmente, las luchas del movimiento obrero parecieran no haber tenido ningún efecto. El único rasgo en común de esas formas es su calidad de “Estado de Derecho”, noción básica del pensamiento constitucional burgués. En esta concepción, el Estado debe estar sometido a las leyes establecidas por él mismo. Cualquier poder debe ser conferido por la ley y ejercido en las formas y procedimientos establecidos por ella. ¿No cabría preguntarse si la Dictadura Militar que actúa conforme a la legalidad que ella misma ha establecido no es también Estado de Derecho? En cualquier caso, la IR reduce el problema a la dicotomía Estado de Derecho/Estado de facto, dictadura/democracia, dejando de lado el carácter contradictorio de cada una de estas formas, así como la interpenetración que tienen en la sociedad capitalista o ignorando que el Estado de Derecho es también una de las formas de dominación política del capital.

Cabe observar, por otra parte, que mientras las dos primeras etapas señaladas indican procesos históricos reales, la tercera etapa no constituye más que una aspiración. Su función ideológica es establecer “*la estrecha relación entre democracia y socialismo*”²¹² y, en consecuencia, la continuidad entre una y otro. El “Estado Democrático de Derecho” parece situarse así en la óptica de la “*democracia avanzada*” tan cara a los comunistas franceses en los mismos años en que se desarrolla la IR. Para estos, la “democracia avanzada” es definida como la etapa de transición entre la democracia capitalista y el socialismo. Este a su vez es calificado como etapa de transición entre el capitalismo y el comunismo²¹³.

212– Viera Gallo, Op. Cit. P. 67.

213– Ver Mandel, Op. Cit.

El proceso de democratización tiene así como culminación la constitución de un Estado democrático de Derecho concebido como “*forma política de la transición al socialismo*”²¹⁴. Así, entre democracia burguesa y socialismo no habría ruptura sino que “transición”, transición pensada como neutralización de todos los conflictos sociales, sin luchas de clases²¹⁵. El eurocomunismo, como culminación de todos los virajes teóricos del estalinismo desde la época de los frentes populares, inventa la “democracia avanzada” como “etapa de transición entre capitalismo y socialismo”: la Renovación no hace más que repetir a sus inspiradores europeos. En su concepción reduccionista, la IR piensa cada etapa como debiendo ser precedida necesariamente por otra. El secreto de la sucesión de estas etapas, de su duración, del momento en que se puede (o debe) pasar o no a la siguiente sólo lo posee el Partido (o el teórico) renovado. Cuando éste diga que ha terminado una etapa y comenzado una nueva, las masas, una vez escuchada “La Palabra”, deben ponerse en acción para hacer lo que se les dice que deben hacer. La actividad de las masas y su organización son funciones de la estrategia fijada por el Partido (o por el teórico en cuanto es éste quien conoce el secreto de las etapas). En los últimos meses, se ha inventado nuevas etapas de transición entre la situación actual y la “democracia avanzada”: la salida de Pinochet, la constitución de un “gobierno de unidad nacional”, etc. De aquí, entonces que quepa esperar la invención de nuevas etapas intermedias cada vez que el Partido (o el teórico) se encuentre sin salida.

214– Silva Solar, Op. Cit. P.60.

215– Se puede contrastar esto con las afirmaciones de Marx: “*Entre la sociedad capitalista y la comunista se encuentra el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. En el correspondiente período político de transición, el Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado*”. (1946) *Crítica del Programa de Gotha*. Buenos Aires: Lautaro. P. 29.

El desdoblamiento del poder

Uno de los puntos más destacables de la corriente renovada ha sido la insistencia en su proyecto de combinar “*las instituciones de democracia representativa con instituciones de democracia directa*” y ello “*a fin de que se haga más efectivo el ejercicio de la soberanía popular, limitando la burocratización y la tendencia a la creación de organismos estatales que escapen al control democrático convirtiéndose en cuerpos separados*”²¹⁶.

Para evitar esto último se busca el “*establecimiento de múltiples formas de participación de los ciudadanos en la toma de decisiones y en la implementación práctica de las mismas*”. En este punto cabe mencionar el carácter privilegiado que tienen, como canal de participación, los partidos políticos (que la Constitución debe reconocer y reglamentar) y las organizaciones sindicales y, en general, del trabajo. Se trata de recomponer un tejido completo de organizaciones sociales, culturales y políticas a través del cual los habitantes participen directamente en la gestión de los asuntos públicos. Pero la participación no debe limitarse a los aspectos políticos generales y a lo económico sino que debe también abarcar los otros ámbitos de la vida social: cultura, salud, educación, transporte, recreación, etc.²¹⁷. La participación no implica la toma del poder social y político. Las decisiones últimas son siempre tomadas por los grupos dominantes.

En la misma perspectiva, el MAPU renovado establece que “*una verdadera democracia sólo será posible una vez que los intereses populares se hagan hegemónicos en el Estado, dando paso a una nueva ética política, donde el interés nacional y mayoritario pueda efectivamente ponerse por encima de los*

216– Viera–Gallo, Op. Cit. P. 61.

217– Ibíd. P. 62.

intereses particulares o de grupo. El autogobierno del pueblo que postulamos asumirá una institucionalidad que combinará formas democráticas directas y representativas. El poder popular en la comuna y regiones y la elección periódica de autoridades representativas se desarrollarán en el marco de amplias libertades”²¹⁸.

Ello permitirá establecer el consentimiento de la gran mayoría, el consenso, el que es considerado elemento esencial de la democracia. El tema de la participación popular, contrapuesto al de “poder popular”, revalorizado por la Renovación y despojado de las connotaciones desarrollistas y populistas que tuvo en la ideología de Roger Vekemans y el DESAL y su aplicación práctica como política de “Promoción Popular” por la Democracia Cristiana en los años 60, se constituye en el punto de reencuentro con la vieja socialdemocracia latinoamericana. No es curioso, por otra parte, que la teoría de la marginalidad social utilizada por algunos renovados²¹⁹ desemboque en la necesidad de la intervención del Estado.

Para la IR no se trata de terminar con el Estado ni colaborar para que se “extinga”, sino que de revalorizarlo. El Estado debe ser reestructurado de tal manera que devenga un nuevo Estado esta vez democrático. Para lograr el consenso democrático deberán establecerse mecanismos que creen condiciones de “unificación” política de los poderes del Estado. Esa unidad política del aparato del Estado es esencial para asegurar la eficacia del mando. El Estado es, para la IR, a lo más un instrumento del proceso de democratización que conduciría al socialismo. Ni la destrucción del Estado ni su extinción están en el pensamiento de la IR.

218- “Resoluciones políticas del III Congreso de la Unidad del MAPU”, mayo 1985, en “Verde y Rojo”, N° 35.

219- Véase, por ejemplo: Cristina Hurtado y Josefina Lira, Art. Cit., en “Movimientos sociales, escenarios, proyectos”, “Chile-América”, N° [No aparece en el texto original, N. del E.] P. 33.

Desde este punto de vista, la IR no difiere grandemente de la izquierda burocrática, aunque por razones distintas. El Estado como potencia social que concreta el mando, la dirección y mando sobre las “partes” de la sociedad que están contra el “orden”, es reafirmado en ambos casos. Las izquierdas renovada y burocrática no se alejan de las concepciones de la II Internacional: en ambos casos se asiste a la misma veneración del Estado, ya presente en los socialistas de Estado bismarckianos, reasumida por las corrientes intervencionistas en Chile (entre ellos Valentín Letelier y sus sucesores del PR) y sistematizada por Kautsky y sus discípulos –desde Lenin pasando por las mini burocracias trotskistas, estalinistas, maoístas, etc–.

La IR, como toda socialdemocracia, no puede vivir sin Estado. Éste constituye no sólo el medio de su existencia, sino que constituye el objetivo, el fin de su actividad. Es el único espacio social viable donde la IR como cualquier otro “representante político y literario” puede reproducirse como aparato, donde sus intereses particulares como sector social pueden transmutarse en interés general de la sociedad.

En el proyecto renovado, el Estado seguirá siendo la potencia estratégica fundamental, la principal potencia de organización del modo de producción capitalista. Sin embargo, se tratará de un Estado menos “centralizado”, menos “interventor”. En otros términos, asumirá menos tareas que las que tenía precedentemente. Ello no va en el sentido del autogobierno del pueblo, de la libre actividad de individuos libres y autónomos, en el sentido de la autoproducción de la sociedad por ella misma, sino que de la simple emancipación política del individuo frente al Estado, es decir, de una situación en que el “Estado puede ser un Estado libre sin que el hombre sea un hombre libre”²²⁰.

220– Marx, Karl (1968) *La Question Juive*. Paris: 10/18. P. 22.

En estas condiciones, el Estado podrá jugar su rol “*de mediación dominante en el modo de producción que reproducirá el proceso fundamental de disyunción/conjunción entre lo mundial y lo local, lo económico y lo social y entre los elementos de lo social fragmentado*”²²¹. En segundo lugar, el desdoblamiento del Estado permitirá ir en el sentido de la reapropiación de la dominación capitalista por la sociedad. Por último, evitará la sobrecarga del aparato de Estado, la rigidez del aparato burocrático, los costos improductivos importantes, la pérdida de legitimidad, el centralismo, etc.

¿No cabe preguntarse entonces que, si en vez de desestatización, de lo que se trata es de una acentuación de los mecanismos de dominación? Si es así, la localización y la institucionalización jugarán un rol primordial ¿Qué significa la localización? Significa la asignación de un lugar determinado, de un sentido, de una función a cada práctica social, separándola del conjunto de la práctica social global, reduciéndola a su “especificidad”, minimizando sus contenidos (por ejemplo, el sindicato debe jugar un rol puramente contractual y reducido al espacio de la empresa), no debiendo en ningún caso transformarse en el espacio de formación de una ideología subversiva. La institucionalización consistirá en reconocer, validar, garantizar, legalizar, codificar y, eventualmente, financiar por el Estado, las prácticas sociales surgidas fuera de este último. Ello permitirá el reconocimiento recíproco: los movimientos sociales “reconocen” al Estado como poder legítimo y, en contrapartida, éste les “reconoce” como sujetos de deberes y derechos. Ambos guardan su independencia, pero el Estado termina –como ya ocurre en los países democráticos de Occidente– por “*presentarse como el productor, el iniciador de la práctica social en cuestión, lo que le permite interferir, crear una dependencia y, eventualmente, poner fin ‘dulcemente’ [a*

221– Bihl y Heindrich, Op. Cit. P. 127. Sobre este punto como sobre lo que sigue, nuestra crítica se sitúa en el marco del análisis desarrollado por estos autores.

esa práctica] con la complicidad de los protagonistas”²²². “La existencia de movimientos sociales, capaces de levantar intereses específicos es vital para asegurar la independencia y la fortaleza de la sociedad frente al Estado y para dar libre curso a la expresión de los conflictos sociales, que no desaparecerán por decreto”²²³.

La descentralización permitirá crear un poder político periférico, que constituirá el canal de mediación entre el Estado central y la “sociedad civil”, es decir, permitirá acortar la distancia entre la instancia central de mando y la de ejecución, con lo que la frontera del poder será más difusa y las oposiciones más atenuadas. Permitirá al mismo tiempo “integrar” a sectores hasta ahora considerados como “subversivos”, permitiéndoles verse “representados” en las estructuras del “poder” social: sindicatos, comités de cesantes, ollas comunes, etc., se verán representados en la municipalidad, junto a los representantes del capital y del poder.

El Estado podrá así transferir a entidades locales o regionales parte de sus responsabilidades. Organizaciones locales o regionales se verán transformadas en interlocutores de los poderes periféricos y en grupos de presión susceptibles de dinamizar la burocracia estatal local y los “representantes” locales. La actividad política global se verá así substituida por la actividad participativa a nivel local, en la que los militantes podrán encontrar un medio para ocupar sus tiempos libres.

El problema que se presenta para los teóricos renovados es cómo poder controlar los márgenes de autonomía y de libertad que han sido otorgados a la sociedad civil. Es evidente, que el Estado renovado, en la medida en que tendrá una posición de intermediario entre el espacio mundial y el espacio

222- Op. Cit. P. 129.

223- “Resoluciones políticas del III Congreso”, Op. Cit. P. 10.

“nacional”, podrá seguir controlando el flujo de energía y de información, la codificación legal y jurídica de las prácticas sociales, el control de la “violencia legítima”, etc. El control del todo social se hará sin controlar todo directamente. Las formas tradicionales de control estatal serán utilizadas sólo como medio secundario. Lo esencial pasará por la constitución de una “sociedad cívica” (“*El Estado es Ud.*”), en la que el “autocontrol” será la norma. El ejemplo se puede encontrar en Suiza, en que cada ciudadano actúa como verdadero agente del Estado por lo que en cada suizo –según dicen las malas lenguas– hay un policía.

En este sentido, la ideología de la responsabilidad colectiva juega un rol fundamental: “*todos somos responsables*”. A todo deber corresponderán derechos y viceversa: las “responsabilidades” serán delegadas por el Estado central. Cada grupo o movimiento de base será responsable ante sí mismo. Con ello se evitará que los grupos se “adelanten demasiado” y pongan en cuestión la “gobernabilidad” o cuestionen el sistema global. Lo mismo vale para cada individuo. En tales condiciones, el sistema policial sería complementado por el trabajo y la “responsabilidad” de los grupos de base.

El Estado se diluiría así en el cuerpo social, difundándose por todas las innervaciones de la “sociedad”. De la sociedad–apéndice del Estado –el sueño dorado de todas las corrientes estatistas y, en particular, de la izquierda burocrática–, se podrá pasar a la sociedad–aparato del Estado. Mientras en la “sociedad–apéndice” del Estado los conflictos amenazan hacer explotar la sociedad y destruir el aparato de Estado, la sociedad renovada permitirá, por el contrario, que los conflictos se desarrollen en el seno mismo de la sociedad y de los grupos que la constituyen. Pero, ¿no planearía permanentemente sobre una tal sociedad la amenaza de la implosión?

El pasaje al socialismo

Para los teóricos renovados, el pasaje al socialismo no significa destrucción del aparato de Estado burgués, si no, muy por el contrario, que ese pasaje puede realizarse por medio de ese aparato, utilizando la institucionalidad burguesa.

La destrucción del Estado burgués no es posible ya que “el pueblo chileno” es muy apegado a las tradiciones propias de la democracia representativa y parlamentaria, apego que se verá reforzado justamente por el “rol social” que jugará el Estado democratizado. Pero aún más, esa destrucción no es necesaria, ya que de lo que se trata es de arrancarlo de las manos del “gran capital nacional y extranjero” que lo ha pervertido, transformándolo en un instrumento, sometiéndolo a su interés particular de clase. Una vez arrebatado el Estado a los militares y al gran capital, podrá ser utilizado para servir al interés general, con las modificaciones del caso. Pero, una tal destrucción del Estado burgués tampoco es deseable, puesto que este es el órgano que permite la expresión de la democracia representativa. La IR confunde las instituciones del Estado democrático representativo con los derechos democráticos conquistados por las masas²²⁴.

Por otra parte, la democracia socialista no constituirá una forma de poder político radicalmente diferente de la forma democrático-burguesa, sino que habrá ahí una dialéctica entre los movimientos sociales y la acción de transformación del Estado²²⁵. De este modo, la transición significa transformación de los organismos de representación en el sentido de su democratización, no de su destrucción, y al mismo tiempo lucha a nivel de la base por la democracia directa, pero esta

224- Cf. Mandel, Op. Cit., pp. 281-286

225- La fuente más izquierdista utilizada por algunos renovados en lo relativo a este punto es Poulantzas, Nicos (1978) *L'Etat, le pouvoir, le socialisme*. Paris: PUF.

lucha no debe jamás asumir la totalidad del poder político ni a través de su coordinación y centralización ni por otros medios. En otros términos, jamás deberá constituirse en poder popular, ya que este contendría en sus fundamentos el Gulag: Lenin habría sustituido la democracia representativa por la “democracia directa” y es a causa de esto que la vida política en la URSS habría sido posteriormente ahogada. Lo que no dicen los ideólogos renovados es que para los bolcheviques de lo que se trataba era justamente de ahogar toda democracia de base (crítica que hace justamente Rosa Luxemburg) y de legitimar el dominio del Partido como vanguardia revolucionaria, legitimación justamente puesta en cuestión por los movimientos de masas.

Como no existe diferencia cualitativa entre Estado democrático burgués y “democracia socialista” es lógico pensar que la transición al socialismo no es más que un proceso de democratización del poder económico y político. *“El socialismo efectivamente representa la profundización del concepto de democracia. La democracia además debe ser valorada en sí misma ya que ha sido el fruto histórico de la lucha de los sectores populares, es decir, una real conquista popular. Por consiguiente, si bien la democracia política ‘formal’ no constituye toda la democracia, sí es parte indisoluble e irrenunciable del desarrollo de la democracia en el terreno económico, social y cultural”*²²⁶. El énfasis en la continuidad entre Estado democrático burgués y socialismo lleva a definir a este último como ampliación de la democracia, la que de “formal” pasaría a ser de contenido. El socialismo es definido como “democracia económica, política y social” retomando la vieja posición socialdemócrata expresada ya en los años 40 en el Partido Socialista²²⁷.

226- “Comité de Enlace Permanente del PS El Partido Socialista de Chile: Alternativa Democrática” y “Fundamentos para la Reconstrucción y Desarrollo de la Nación”, mimeo, Santiago, abril de 1983, P. 2.

227- Véase: Allende, Salvador (1943) *La contradicción de Chile: Régimen de Izquierda, Política Económica de Derecha*. Santiago: Impresora Olmos.

El socialismo democrático

El puente entre la vieja social democracia y la nueva queda así establecido. Pero hay aún más, una vez transformados “convergentes” y “movimientistas” en partido buscarán una definición: “socialismo democrático”. Lo que no saben, o si lo saben parecen querer ignorarlo, es que esta marca de fábrica ya tenía su dueño: la socialdemocracia latinoamericana renovada de los años 60 que, frente a los empujes de la lucha de masas y de las repercusiones de la Revolución Cubana se ve en la obligación de recomponerse. En el “Encuentro de La Catalina” en mayo de 1970 tanto el teórico del MEP venezolano Demetrio Boersner como el ex socialista chileno y funcionario del CEDAL Alberto Báez Flores definen como “socialistas democráticos” a partidos como el APRA, el MNR salvadoreño, el PS uruguayo, los PS argentinos, Liberación Nacional de Costa Rica, etc.

Por su parte, el PR, afiliado a la Internacional socialista – asistente también a dicho encuentro– se autodefine como “socialista democrático”. Valga la pena anotar que en este partido la noción de “socialismo democrático” es usada en el mismo sentido que en Europa Occidental en contraposición a “socialdemocracia”: en efecto, en Alemania, Austria y Suiza, las organizaciones juveniles de la socialdemocracia rechazan la alternativa demasiado conservadora de los adultos y critican el sistema capitalista, reclamando “reformas de estructuras”. En un momento, también los socialistas italianos, franceses y griegos rechazaron autodefinirse como “socialdemócratas”²²⁸. Sería así justamente el carácter crítico del socialismo democrático lo que marcaría la diferencia con la socialdemocracia chilena actual del tipo Movimiento Social Demócrata de René Abeliuk, partidario de la “economía social de mercado” y de otras exquisiteces similares.

228– Cf. Art. “Socialdémocratie” en (1985) *Encyclopédie Universalis*. Paris: Universalis. Sobre el socialismo democrático en América Latina ver: CEDAL (1970) *Materiales de Trabajo*. San José de Costa Rica: CEDAL

La forma-partido o la imposible autonomía

Desde el “Encuentro de Nueva York” hasta las últimas declaraciones de los partidos “renovados”, pasando por Chantilly, la afirmación de la necesidad de la forma-partido como instancia de síntesis, de mediación y de representación de los intereses populares es una constante. En general, se tiende a reconocer, sin embargo, la existencia de un “fuerte proceso de base” que “sobrepasa los límites de la actividad de los partidos aunque también se expresa en ella con fuerza”²²⁹. Más aún, “el nuevo escenario deja sin eficacia a los partidos políticos y a los ‘movimientos populares’ que, normalmente se mueven en un escenario susceptible de obtener respuestas positivas a los objetivos planteados”²³⁰. Pero “no podemos pensar una alternativa democrática para Chile basada fundamentalmente en movimientos espontáneos, autónomos, autogestionarios sean sindicales, ecologistas, feministas, cooperativos, etc.”

¿No elimina esto toda referencia a la “sociedad civil”?

Todo el proceso “requiere de la acción del Estado y de la redistribución institucional del poder económico y social (...) En consecuencia, el sistema de partidos políticos volverá a jugar un papel semejante al que jugó anteriormente”, sistema que pese a las modificaciones sufridas “recuperará su rol de mediación entre los sectores sociales y la política estatal, volverá a canalizar las demandas sociales y a jugar un papel importante en la función distributiva del Estado”²³¹. “Canalizadores frente a los aparatos de Estado de las voluntades populares, portadores de proyectos de gestión de la sociedad y especialistas en la administración de los aparatos de Estado, son sin duda la pieza clave del sistema democrático”.

229- Viera-Gallo, Op. Cit. P. 57.

230- Hurtado, Cristina y Josefina Lira, Op. Cit. P. 31.

231- *Ibíd.* pp. 32-33.

Para la IR, los partidos deben ser además “portadores de proyectos sociales, lugares de discusión de las alternativas políticas y medios de comunicación y síntesis entre distintos sectores sociales”²³². De lo que se concluye que “si es cierto, por un lado, que la crisis de representación y su extensión como crisis del Estado tiene su origen en el nivel de los partidos en cuanto organismos directos del ejercicio democrático de la dirección política de la sociedad, es verdad también, por otro lado, que las premisas indispensables para la constitución y desarrollo de un Estado democrático nuevo deben ser preparadas y construidas al nivel de los partidos mismos”.

En otros términos, el verdadero sujeto político, el ente fundante de la política y de lo político son los partidos: “Y en este preciso sentido, las diversas expresiones de base y sectoriales pueden transformarse en verdadera mayoría por los cambios, sólo si existe un referente nacional, una fuerza política capaz de darle unidad y responsabilidad nacional a todas ellas, con la perspectiva de la transformación revolucionaria de nuestra sociedad”²³³.

Es en esta perspectiva que el PS se autodefine como “partido de trabajadores manuales e intelectuales que, rescatando su rol dirigente, pretende liderizar y vanguardizar la conducción del pueblo y sus organizaciones hacia la plena democracia”²³⁴. La necesidad del Partido como instancia de mediación se transforma rápidamente en necesidad de dirección política sobre el movimiento de masas. En efecto, si el Partido es el mediador y el intermediario, el portavoz de los que no tienen voz,

232- Ídem, ver en el mismo sentido: Razetto, Luis “Partidos políticos en un nuevo Estado democrático”, en “Chile-América”, noviembre-diciembre, 1979, Nº 58-59.

233- “Carta conjunta Gazmuri-Garretón” en “Proposiciones de Avance”, mimeo, 1985.

234- “Acuerdos y conclusiones para la unidad del Partido Socialista de Chile”, Santiago, abril de 1983.

el representante y el delegado de los que no pueden actuar por sí mismos en la escena política, el espacio de discusión, de formulación del discurso político, etc. es natural entonces que el Partido sea al mismo tiempo quien dirige a los que no tienen voz, a los que no pueden actuar por sí mismos en la arena política. En suma, el Partido debe ser la dirección del movimiento. Valdría la pena preguntarse en esas condiciones en qué consiste en el lenguaje renovado la repetición constante sobre el “*rol protagónico del sujeto popular*”. Hasta el momento, lo que parecía quedar claro en el discurso renovado es que el actor principal de la obra debería ser el sujeto popular. Lo que no se dice en ese discurso es que el autor del drama no es el pueblo, sino que el Partido²³⁵.

¿Cuestionamiento o reproducción del sistema?

Lo anterior lleva a preguntarse por la capacidad real que tiene el discurso renovado para cuestionar el sistema capitalista en sus estructuras fundamentales. Valdría la pena detenerse en tres aspectos de ese sistema que nos parecen fundamentales:

- 1- La separación del trabajo en tareas de dirección y de ejecución.
- 2- La separación de lo económico y lo político.
- 3- La subsunción del trabajo por el capital.

235- En los capitalismo burocráticos de Estado corría una broma al respecto: “*Un día el Comité Central consideró que el pueblo no existía. Entonces disolvió al pueblo*”. En su fetichismo partidario, la IR no se aleja tanto de la izquierda burocrática.

La división entre trabajo de dirección y de ejecución

El rasgo fundamental de la sociedad del capital es la separación de los trabajadores de los medios de producción. Esta separación se dobla en el proceso de división social del trabajo en el capitalismo por la separación de la sociedad en dos sectores: uno que dirige y otro que ejecuta. En la sociedad capitalista, el poder de dirigir al conjunto de la sociedad, de mantener la cohesión social, es asegurado por la propiedad de los medios de producción. Esta división aparece como “natural”, pudiendo ser incluso justificada con argumentos “técnicos”. Mientras el trabajo de dirección aparece como actividad jerárquicamente superior, como autonomía, como creación, el trabajo de ejecución aparece como simple aplicación, como heteronomía.

En la sociedad capitalista (sea “clásica” o burocrática), la práctica política se presenta como práctica de dirección. Todo partido político pretende dirigir la sociedad: lo que varía son las modalidades de la dirección.

En lo que respecta al movimiento obrero, cabe notar que, en un momento de su desarrollo, por la dinámica misma de la lucha, son promovidos a la dirección permanente del movimiento los elementos más combativos, los que mejor reúnen las virtudes y los valores de los trabajadores en lucha. El agitador “natural” termina transformado en “revolucionario profesional”. Si bien ello acrecienta la eficacia del movimiento, la profesionalización de los dirigentes implica la reproducción en el seno del movimiento social de los trabajadores del esquema organizacional de la sociedad burguesa. Los criterios de eficacia, de organización, de jerarquía desplazan al espíritu de solidaridad, de asociación y de igualdad.

Es evidente que los que se ocupan de manera permanente de dirigir el movimiento tienen una visión más amplia y de más largo alcance que aquellos y aquellas que trabajan en las minas, en las fábricas o en las minas durante jornadas agotadoras (y en el caso de las mujeres, una doble jornada: la segunda en el hogar). Este poder intelectual refuerza la posición de los dirigentes en la asociación, posición que es sobrevalorada de tal manera que los dirigentes aparecen como más importantes que el movimiento.

En esta posición es posible llegar a tener una visión más amplia del movimiento que la que se tiene en la base. Es posible pensar estratégicamente. El desarrollo del pensamiento estratégico está íntimamente ligado a la división social del trabajo. Los dirigentes “saben” donde van los acontecimientos; los dirigidos “no saben”. El “saber” es sinónimo de poder y de autoridad, por un lado y de obediencia y acatamiento por el otro. Los que no saben deben subordinarse a los que saben. Cuando no lo hacen, la dirección los acusa de “espontaneísmo”, de aventurerismo, de provocación. Desde los tiempos faraónicos hasta ahora, el tono del discurso de los que mandan se repite con una monotonía increíble: *“Las masas deben ser dirigidas y deben subordinarse a quienes dirigen”*.

(Una vieja polémica (1910): Kautsky versus Rosa Luxemburg y Anton Pannekoek)

El problema de la relación entre masas y dirección ha sido una constante en el seno del movimiento obrero: ¿Quién decide? es una cuestión que ha dividido las opiniones. A título de ejemplo se puede mencionar la famosa polémica de 1910 en la socialdemocracia europea sobre la cuestión de la huelga de masas y que enfrenta a Karl Kautsky, por una parte, y por otra, a Rosa Luxemburg y Anton Pannekoek. Mientras para estos últimos, las masas son capaces de auto-organizarse,

para el primero, deben someterse al pensamiento estratégico elaborado por la dirección: huelga de masas, sí, pero sólo cuando el Partido pueda dirigirla y contener a las masas. Para Karl Kautsky, como para sus discípulos (Lenin y Cía. incluidos) la masa “es capaz de ir al combate, pero en tanto tal, no es capaz de hacer leyes o de administrar el Estado. Esta es una preocupación que debe ser siempre entregada a pequeños grupos que se consagren de manera durable a estas tareas: sea personas que, en su calidad de miembros de las clases explotadas harán con gusto; sea representantes o a funcionarios especialmente retribuidos a este fin”²³⁶.

Distinta es la perspectiva en la que se sitúa Anton Pannekoek: “Luchar por la libertad no es dejar a los dirigentes decidir por sí mismos, ni seguirlos con obediencia, con el derecho de reprenderlos de cuando en cuando. Luchar por la libertad es participar en toda la medida de sus fuerzas, es pensar y decidir por sí mismo, es tomar todas las responsabilidades como persona entre camaradas iguales. Ciertamente pensar por sí mismo, decidir lo que es verdad o lo que es justo, constituye para el trabajador, cuyo espíritu está fatigado por la labor cotidiana, la tarea más ardua y más difícil, más exigente que limitarse a pagar las cotizaciones y a obedecer. Pero es la única vía hacia la libertad. Hacerse liberar por otros, que hacen de esta liberación un instrumento de dominación, es simplemente reemplazar los antiguos jefes por otros nuevos. Para lograr su meta, la libertad, los trabajadores deberán poder dirigir el mundo; deberán saber utilizar las riquezas de la tierra de forma tal que logren hacerla acogedora para todos. Y no podrán hacerlo en tanto no sepan luchar por sí mismos”²³⁷. El pensamiento de Pannekoek concuerda cabalmente con el espíritu que impregnara a la I Internacional y a los versos de “La Internacional”: “Ni en dioses, reyes ni tribunos / Está el supremo salvador/ Nosotros mismos realicemos / el esfuerzo redentor”.

236– Kautsky, K. “L’action de masse”, en Kautsky, Luxemburg, Pannekoek (1983) *Socialisme: La voie occidentale*. París: PUF. P. 272.

237– Pannekoek, Anton (1975) *Escritos sobre los Consejos obreros*. Bilbao: Zero.

En Chile, esta es una cuestión que está pendiente desde hace años y que resurge cada vez que el movimiento social tiende a desbordar los canales existentes. La respuesta que dan tanto la IR como la izquierda burocrática agrupada en el MDP es la misma: el Partido es quien debe dirigir y las masas obedecer. No ocultan su filiación: ambas son herederas de Kautsky. Ninguna de las dos pretende la supresión del poder político, ninguna se propone terminar con la división entre dirigentes y dirigidos. Por el contrario, ambas se sitúan como pretendientes al trono. Es cierto que entre una izquierda y la otra existen diferencias: Mientras la Renovación se plantea formas de consenso democrático, es decir, que los dirigidos contribuyan con su asentimiento a mantener el sistema de dominación, la burocracia enfatiza la necesidad de la “vanguardia” iluminada, poseedora de las claves del proceso histórico, vanguardia que deberá ser puesta a la cabeza del Estado. De aquí que mientras la primera se proponga la estructuración de un “bloque histórico” que termine en una forma morigerada de reformismo, la segunda pide a la clase trabajadora que le entregue todas sus potencialidades revolucionarias, para dirigirla, en suma, para dominarla. El resultado histórico de la acción de la burocracia impulsada por las masas ha sido la absorción/destrucción de las antiguas clases dominantes en y por la burocracia. Una vez transformada en Estado, el carácter “revolucionario” de la burocracia se termina: Los hijos pródigos de las viejas clases desalojadas del poder reaparecen ahora investidos del poder revolucionario, transformados en funcionarios del nuevo Estado revolucionario. Diferencias fundamentales entre la izquierda renovada y la burocrática, sin duda alguna.

Pero, lo que hace finalmente solidarias –y al mismo tiempo rivales– a las dos izquierdas, es el presentar la dirección partidaria del movimiento social como una necesidad imperiosa, natural, “técnica”, fuera de la cual nada puede ser pensado.

La dirección aparece, así como criterio explicativo y normativo de la acción política.

La separación de lo económico y de lo político

La separación entre una esfera económica y una esfera política ha sido suficientemente analizada, en particular, por el “joven” Marx, como para insistir una vez más. Baste señalar algunos puntos esenciales: la praxis social global aparece escindida en su forma política y en su forma económica, separación producto del hacer mismo de la burguesía en su proceso de constitución como clase. Tanto lo económico como lo político aparecen en la sociedad capitalista como dominios con eficacia propia, cada uno independiente del otro, con sus propias leyes de funcionamiento.

Los presupuestos lógicos de esta división se encuentran en las matrices espacio-temporales propias a la sociedad capitalista, marcadas por la serialidad, la segmentación, la discontinuidad, la irreversibilidad. En términos más concretos, cada momento o espacio (cada uno igual al otro) se sitúa como una parte de un proceso orientado a un fin. Fin, medios, cálculo, estrategia, corresponde a las modalidades de ser y de pensar propias a la sociedad capitalista. La acción humana se explicaría así, sea por el interés económico, guiada por la razón instrumental, sea por la razón estratégica.

Esta representación burguesa del mundo tiene otras consecuencias. Mientras en la política el hombre se considera como “ser general”, en la economía es “ser privado”, “ser particular”. La política aparece como el espacio donde se expresa el “interés general” y la economía como el espacio del interés “privado”. De aquí que sea normal entonces que, en cuanto seres generales, todos seamos iguales, pero en tanto seres particulares seamos desiguales. La política sería así el ámbito en que se suprimirían formalmente las desigualdades.

Lo económico y lo político, en tanto formas sociales de la sociedad burguesa aparecen como verdaderos fetiches, es decir como potencias que parecen existir independientemente de la práctica social, de la actividad real de los individuos, de las clases sociales, imponiéndose sobre ellos, apareciendo como condición, espacio, medio y resultado de su acción. En la misma medida, aparecen como categorías mentales que les impiden pensar la realidad de manera otra. Es a partir de esta separación entre la forma económica y la forma política de la sociedad que la dominación burguesa puede mantenerse y reproducirse, ocultándose ante los ojos de los humanos que la producen (sin quererlo) y al mismo tiempo la sufren.

Se puede argumentar que la actividad de los trabajadores modifica los datos del problema. En efecto, el movimiento obrero surge no sólo como expresión de protesta contra la explotación, la que aparece como dato puramente “económico”, sino también contra la opresión/represión, como dato puramente “político”, y contra la alienación, como categoría puramente ideológica-cultural. Si bien en sus primeras manifestaciones, el movimiento obrero es “revuelta universal” e integral (humana) en contra de todo el sistema de dominación²³⁸, a partir de sus derrotas y de sus victorias los trabajadores tienden a desarrollar unos aspectos de su lucha en detrimento de otros, proceso que en los momentos “pacíficos”, “normales” o de “derrota” termina por la consolidación de la separación de esos diferentes aspectos. La lucha de los trabajadores tiende a separarse en lucha económica, política e ideológica, cada una de las cuales precisa de un aparato de lucha particular: para la lucha política por conquistar el Estado, el Partido; para la lucha económica centrada en la empresa, el sindicato. Dado que el Estado aparece como lo general y la empresa como lo particular, la lucha económica de los traba-

238- Marx, K. “Gloses marginales a l'article ‘Le roi de Prusse et la Reforme sociale par un Prussien’”, en Marx, Karl (1970) *Textes (1842-1847)*. Paris: Spartacus. P. 84.

jadores (lo particular) debe subordinarse a la lucha política (lo general), con lo que el movimiento social de los trabajadores reproduce en su seno las mismas prácticas dominantes en la sociedad burguesa²³⁹.

Son justamente estas formas organizacionales las que, en un período revolucionario, se constituyen en la principal traba para la constitución de un poder proletario surgido de la base. Sin embargo, es justamente la actividad de rechazo, de oposición, de resistencia a la práctica burguesa, lo que obliga a la práctica política a calificarse socialmente, a aparecer como práctica socialmente determinada, como expresión de intereses socialmente específicos²⁴⁰. Es en la lucha misma de los trabajadores que están las condiciones para la superación de los obstáculos, “socializando” la política y “politizando” lo social.

Tanto la izquierda renovada como la burocrática aceptan esta separación, la afirman como algo positivo, lo que les permite al mismo tiempo revalorizar la instancia “política” como instancia de mando y de dirección, en otros términos, como instancia en la que pueden autovalorizarse. La diferencia se sitúa, sin embargo, por parte de la izquierda renovada, en el reconocimiento de la existencia de contradicciones en otros aspectos de la vida social: de aquí su relativa complacencia hacia movimientos como el de los jóvenes, el feminismo, el ecologismo, etc.

239- Sobre la crítica de esta separación, ver en particular Luxemburg, Rosa (1975) *Huelga general, partido y masas*. México: Grijalbo.

240- Cerroni, Humberto (1972) *Para una teoría del Partido político*. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente.

La subsunción del trabajo al capital

La noción de subsunción tiene en Marx el significado de subordinación y de inclusión, así como de incorporación “productiva”²⁴¹. La subsunción es, para Marx, el proceso por el cual *“el proceso de trabajo se convierte en el instrumento del proceso de valorización, del proceso de autovalorización del capital: de la creación de plusvalía. El proceso de trabajo se subsume en el capital (es su propio proceso) y el capitalista se sitúa en él como dirigente, como conductor; para este es al mismo tiempo, de manera directa, un proceso de explotación de trabajo ajeno”*²⁴².

Es en el proceso de subsunción que *“hace su aparición asimismo la mistificación inherente a la relación capitalista. La facultad que el trabajo tiene de conservar el valor se presenta como facultad de autoconservación del capital; la facultad del trabajo de generar valor como facultad de autovalorización del capital, y en conjunto, y por definición, el trabajo objetivado, aparece como si utilizara al trabajo vivo”*²⁴³. Es a partir del hecho de que el trabajo, en los marcos de la sociedad capitalista –clásica o burocrática– no puede reproducirse en tanto tal, más que a partir de su forma de trabajo asalariado, es decir, como trabajo subsumido por el capital, que este último aparece como condición necesaria para la existencia del trabajo (asalariado): *“Si no fuera por los empresarios, los trabajadores no tendrían trabajo”* [sic]. La sociedad capitalista aparece así como una sociedad cuya condición esencial es la presencia del capital como potencia absolutamente autónoma, desligada del trabajo²⁴⁴. En estas condiciones, el trabajo apare-

241– Véase: “Advertencia del Traductor” a Marx, Karl (1970) *Capítulo VI de El Capital*. Buenos Aires. Siglo XXI. P. XV.

242– Ídem. P. 54.

243– Ídem. P. 55.

244– La discusión actual sobre la “reestructuración” está marcada en su integridad por esta apariencia del capital en la sociedad capitalista.

ce como elemento secundario y dependiente, como simple “factor de la producción”. A esto se puede oponer el juicio contrario: sin trabajo asalariado, el capital no puede existir ni reproducirse. El trabajo es la condición y la fuerza del capital. En el primer enunciado, la relación del trabajo con el capital aparece como relación de la parte al todo. En la segunda, el capital como trabajo objetivado, como trabajo muerto, es un momento del trabajo en su totalidad. La síntesis de los dos elementos contradictorios se produce en la relación misma. El trabajador y el capitalista viven su relación mutua como si se tratara de una dependencia recíproca, lo que permite esconder el hecho de la hegemonía del capital sobre el trabajo y la subordinación de éste al primero, en resumen, esconde la dominación del capital.

A ello cabe agregar la mistificación que se produce en el proceso de distribución de los ingresos, al aparecer ligada dicha distribución a los diferentes elementos del proceso del trabajo, como cualidades naturales y eternas, específicas a cada uno de ellos e independiente de toda forma histórico-social. Así, el salario aparece como retribución por el trabajo; la ganancia, retribución por el capital; la renta, retribución por la tierra²⁴⁵. En estas condiciones, la lucha de los trabajadores se reduce a mera lucha por aumentos salariales, como fuente del ingreso correspondiente al trabajo, sin poner en cuestión las otras fuentes del ingreso. Sin embargo, esta reducción no es absoluta. Ya se vio como en Chile la lucha centrada en el ingreso salarial llevada hasta sus límites pudo poner en cuestión el régimen capitalista de producción justamente en razón de la masificación y generalización de las luchas. Si estos dos aspectos al menos, no están presentes, la mistificación del capital sigue operando.

245- Cf. Marx, Karl (1966) *El Capital*. México: Fondo de Cultura económica. Vol. III, Cap. LII

Aún más, en “condiciones normales”, la mistificación se extiende a todos los momentos del capital, momentos que son, al mismo tiempo, sus formas de existencia. En tanto formas, esos momentos son a la vez “materiales” e “ideales”. Son formas sociales que existen no sólo en la cabeza de los hombres sino también en la realidad social y ello como producto de la actividad misma de estos: Estado, nación, mercado mundial, Partido, etc., constituyen otras tantas formas de la existencia del capital, con grados distintos de complejidad. Como se ha visto más atrás, la IR reproduce en su discurso todas las mistificaciones inherentes a la relación capitalista: la necesidad de la dirección, de la subordinación, de la separación, de la jerarquía, del Estado, del mercado, de la ley del valor, etc.

La imagen que la IR se ha hecho de sus propias condiciones de existencia son presentadas como condiciones generales de la liberación y de la democracia. En tal sentido existe una continuidad con otros sectores reformistas, en particular, con la corriente social-demócrata clásica.

En razón de lo anterior, los juicios que Marx emite sobre la social-democracia de su época nos parecen pertinentes en el caso chileno, juicios que nos permitimos transcribir: *“Frente a la burguesía coligada se había formado una coalición de pequeños burgueses y obreros, el llamado partido social-demócrata. Los pequeños burgueses se vieron mal recompensados después de las jornadas de junio de 1848, vieron en peligro sus intereses materiales y puestas en tela de juicio por la contrarrevolución las garantías democráticas que habían de asegurarles la posibilidad de hacer valer esos intereses. Se acercaron, por tanto, a los obreros. De otra parte, su representación parlamentaria, la Montaña, puesta al margen durante la dictadura de los republicanos burgueses, había reconquistado durante la última mitad de la vida de la Constituyente su pérdida de populari-*

dad con la lucha de Bonaparte y los ministros realistas. Había concertado una alianza con los jefes socialistas. En febrero de 1849 se festejó con banquetes la reconciliación. Se esbozó un programa común, se crearon comités electorales comunes y se proclamaron candidatos comunes. A las reivindicaciones sociales del proletariado se les limó la punta revolucionaria y se les dio un giro democrático; a las exigencias democráticas de la pequeña burguesía se les despojó de la forma meramente política y se afiló su punta socialista. Así nació la socialdemocracia. La Nueva Montaña, fruto de esta combinación, contenía, prescindiendo de algunos figurantes de la clase obrera y de algunos sectarios socialistas, los mismos elementos que la vieja, sólo que más fuertes en número. Pero, en el transcurso del proceso había cambiado, con la clase que representaba. El carácter peculiar de la socialdemocracia consiste en exigir instituciones democrático-republicanas, no para abolir a la par los dos extremos, capital y trabajo asalariado, sino para atenuar su antítesis y convertirla en armonía. Por mucho que difieran las medidas propuestas para alcanzar este fin, por mucho que se adorne con concepciones más o menos revolucionarias, el contenido es siempre el mismo. Este contenido es la transformación de la sociedad por la vía democrática, pero una transformación dentro del marco de la pequeña burguesía. No vaya nadie a formarse la idea limitada de que la pequeña burguesía quiere imponer, por principio, un interés egoísta de clase. Ella cree, por el contrario, que las condiciones especiales de su emancipación son las condiciones generales fuera de las cuales no puede ser salvada la sociedad moderna y evitarse la lucha de clases. Tampoco debe creerse que los representantes democráticos sean todos tenderos o gentes que se entusiasman con ellos. Pueden estar a un mundo de distancia de ellos, por su cultura y su situación individual. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que no van más allá, en cuanto a mentalidad, de donde van los pequeños burgueses en modo de vida; que, por tanto, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a que impulsan a aquellos, prácticamente, el

*interés material y la situación social. Tal es, en general, la relación que existe entre los representantes políticos y literarios de una clase y la clase por ellos representada*²⁴⁶.

A modo de conclusión: ¿La Izquierda Renovada, forma renovada del reformismo?

1- La IR se sitúa como fuerza fundamentalmente ideológica: para ella es en el reino de las ideas que la praxis social encuentra sus fundamentos, las condiciones de su desarrollo y sus resultados.

2- Su práctica se sitúa como fundamentalmente propagandista y discursiva, por lo menos hasta que las movilizaciones de masas del 82–83 la hacen asumir la forma “sórdidamente materialista” de organización partidaria.

3- Su sueño dorado es convertirse en la fuerza de la mediación y del equilibrio entre los extremos, en la síntesis de los polos en lucha, es decir, en poder ocupar el lugar del régimen de partidos existente hasta el 73, en volver a condiciones socio-políticas que la misma lucha de clases ya dejó atrás. En tal sentido, su intento constituye una utopía reaccionaria.

4- Este intento por convertirse en la mediación y en la síntesis, permiten situarla como una variedad moderna y renovada de reformismo. Sin embargo, la ideología reformista en tanto reproducción intelectual de la mistificación del capital como potencia autónoma e independiente del trabajo es consubstancial a la sociedad capitalista misma. En efecto, es el carácter “invertido” y “contradictorio” (A es B si y solo si existe en B y B es A si y solo si existe en A en una relación de unidad y lucha) que presentan las formas fenomenales del proceso

246– Marx, C. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en (1976) *Obras Escogidas en tres tomos*. Moscú: Editorial Progreso. T. I, pp. 433–434.

de producción capitalista y de la sociedad burguesa ante los trabajadores, formas por las cuales esta sociedad es percibida por ellos, lo que determina las prácticas, y por extensión, su manera de pensar. *“Es por su práctica que los asalariados realizan y reproducen las relaciones económicas y sociales que se presentan a ellos antes que nada como condiciones de su existencia”*²⁴⁷. Es en esta dirección, más que en las diversas teorías de la “ilusión” o de la “traición” que será necesario buscar las razones de la fuerza social de la renovación, de la continuidad de la sociedad actual y, en cierta medida, de la sobrevivencia del régimen militar.

5- La renovación en cuanto teoría de la práctica reformista se ha quedado corta: la práctica renovada no ha renovado la política como era su pretensión. Ha retomado viejas respuestas²⁴⁸ para nuevos problemas y nuevas respuestas para viejos problemas.

Pero finalmente, si no fuera por los certeros ataques dirigidos en contra del estalinismo ¿es qué el esfuerzo renovado valía realmente la pena?

*“La política es el Estado y la revolución comunista no tiene sentido sin la supresión del Estado (...) La esfera política es, en efecto, el terreno privilegiado de las clases dominantes y la revolución comunista debe ser la negación de la política como esfera específica que se superpone a la sociedad, como mediación autónoma entre los hombres y su vida social”*²⁴⁹.

Halle, noviembre 1986–marzo 1987

247– Braune, Hermann y Zoll, Rainer “Pour un retour critique a Marx”, en “Les Temps Modernes”, mai 1982, N° 430, P. 2052.

248– Puede ser útil a este respecto comparar los documentos de la IR con los principales documentos del PS de los años 30–40.

249– Semprún, Jorge (1977) *Autobiografía de Federico Sánchez*. Barcelona: Planeta. pp. 172–173.



CONVERSACIÓN CON LUIS CRUZ SALAS²⁵⁰



250- Esta entrevista fue realizada durante la mañana del día sábado 27 de julio de 2019 en el hogar del compañero Luis Cruz Salas ubicado en la comuna de Ñuñoa. [N. del. E]

Compañero, lo primero que queremos es que nos cuentes un poco de tu trayectoria militante hasta el Golpe del 73 ¿Cómo tú te fuiste integrando, acercando a las luchas sociales y a las luchas políticas en la región chilena? ¿Dónde militaste? ¿A qué personas conociste?

Me crié en Estación Central, en un sector donde había fábricas, entre otras, una fábrica de fideos, otra de baldosas. Desde temprana edad tuve contacto con la clase trabajadora. En más de un momento vi a trabajadores en huelga así como escenas de represión policial en su contra y probablemente eso despertó más tarde mis inquietudes por la lucha social. Además, la experiencia de la huelga del magisterio de 1961 me marcó mucho, en particular la toma de la Escuela Normal José Abelardo Núñez donde estudiaba. Ese año también con cuatro amigos del barrio, en un momento decidimos constituir un “partido socialista revolucionario”, que duró hasta el Mundial de 1962, en desmedro de las bases que creíamos tener en el sector de Barrancas.

Otro elemento que contribuyó a mi formación y proceso de politización fue la lectura del *Escucha, Yanqui* de C. Wright Mills. Nuestro pequeño y joven grupo tomó este libro como una verdadera biblia, que desarrolló nuestra conciencia anti-imperialista. De ahí también surgió la inquietud por integrarse en una organización más grande. Me contacté con los socialistas de la Escuela Normal, pero los compañeros no llegaron. Con los comunistas tampoco funcionó al principio y terminé yendo al local de las Juventudes Comunistas, en Avenida Matta 832 diciendo que quería militar. Me dieron algunos contactos de comunistas de la Escuela Normal. Cuan-

do entré al local pensé que los fusiles estarían guardados en alguna parte, tal vez debajo de las escaleras, ya que suponía que estaba en un partido revolucionario, pero a poco andar me decepcioné. Así empecé a militar en la “jota” llegando a ser miembro de la dirección de estudiantes normalistas de Santiago. Ahí conocí entre otros a compañeros como Sergio Muñoz, Ignacio Chávez, un compañero muy preparado y militante ejemplar. Militar en una “célula” era una actividad participativa, donde todos teníamos que de una u otra manera emitir nuestra opinión y participar en diferentes tareas. A poco andar me propusieron ser funcionario de “la jota”, lo que no acepté.

En esa época, se nos invitó a algunos estudiantes secundarios, normalistas y alumnos de enseñanza comercial a formar un grupo de autodefensa para enfrentar a los fascistas, los que nos atacaban cuando hacíamos manifestaciones en las calles. Un día, Abraham Muskatblit –asesinado por la Dictadura en 1984–, nos dijo que, dado que en algún momento íbamos a tener que entrar en discusiones con los pro-chinos, deberíamos conocer sus planteamientos para lo que invitaría a alguno de sus dirigentes al local de “la jota”.

¿Esto en qué año fue?

En 1962 o 1963, por ahí. Eso significó que el secretario político del Regional dijera algo así como que *“no se puede traer a los enemigos de la clase obrera y de la Unión Soviética aquí al local del partido”*, por lo que ordenó la suspensión inmediata de las actividades del grupo y después su disolución. El grupo de autodefensa fue reconstituido más tarde con compañeros de las poblaciones.

En 1963 integré el Comité Regional de la Juventud Allendista, donde tuve mi primer contacto directo con Salvador Allen-

de. Cuando después del “naranjazo”, la Juventud Socialista sale a la calle a protestar en contra de una posible alianza del FRAP²⁵¹ con el Partido Radical, “la Jota” toma la noticia con escepticismo aunque considerando que esa acción impediría el triunfo de Allende. Actitud ésta que, según informaciones corroboradas por fuentes directas, varió: “la Jota” salió a la calle a “frenar” a sus pares socialistas, en una muestra de “fraternidad” y de “unidad” comunista–socialista. Ese mismo año terminé mis estudios en la Escuela Normal y en 1964 comencé a trabajar en una escuela en Resbalón, sector perteneciente hoy a la comuna de Cerro Navia.

En 1965 entré a estudiar Historia en la Universidad Técnica del Estado (UTE). Ese año, había comenzado el “Movimiento Universidad para Todos”, y los compañeros de la “Jota” me invitaron a incorporarme a las labores partidarias en la Universidad, a lo que accedí. En un primer ampliado convocado para elegir al secretariado en una gran sala con unas 500 personas son electos unánimemente y por aclamación los compañeros Alejandro Yáñez y Palacios y otros. Alguien me propone como Secretario de Finanzas, a lo que digo “no”, alegando mi doble condición de estudiante y trabajador lo que no me dejaba tiempo para ocuparme de otras tareas. Después de mi tercera negativa, ante la presión de los asistentes, terminé por aceptar sabiendo que no podría cumplir. Por otra parte, acostumbrado a las discusiones de célula y a la participación colectiva, el que una asamblea de 500 personas te eligiese así, sin conocerte, sólo porque a alguien se le ocurrió, no tenía sentido para mí.

251– El Frente de Acción Popular (FRAP) fue una coalición de partidos políticos de izquierda vigente entre 1956 y 1969 –en sintonía con la táctica del Frente Popular–, que llevó como candidato a la presidencia a Salvador Allende en las elecciones de 1958 y 1964. Fue reemplazado por la Unidad Popular en 1969. Estuvo conformado por los siguientes partidos: Partido Comunista de Chile, Partido Socialista, Partido Democrático del Pueblo, Partido Socialista Popular, Partido Radical Doctrinario, Partido Democrático, Partido del Trabajo, Vanguardia Nacional de Pueblo, Partido de Izquierda Nacional, Partido Social Democrata y Partido Democrático Nacional. [N. del E.]

En abril de ese año, los yanquis invadieron Santo Domingo con lo que se planteó agudamente la cuestión del qué hacer frente a las intervenciones estadounidenses en América Latina. Pregunta que se enlazaba con la discusión sobre las vías para llegar al poder: ¿vía pacífica o vía armada? La primera era defendida por la Unión Soviética y por el Partido Comunista Chileno: la segunda, por el Partido Comunista Chino y los grupos chilenos afines al maoísmo (término que aún no utilizábamos). A la cuestión ¿Qué hacer si tenemos un gobierno progresista y nos invaden? el PC contestaba monocordemente con la misma letanía: vía pacífica. La cuestión fue discutida en la célula de los estudiantes de Historia durante meses hasta que en septiembre un grupo decidimos separarnos de “la Jota”. Sin embargo, como no había ni lazos orgánicos mayores ni fuertes lazos ideológicos que nos permitieran continuar unidos, cada uno se fue por su lado.

En 1966, si mal no recuerdo, hubo una huelga en la Maestranza de General Velásquez. Mi madre trabajaba en esa época en el Servicio Nacional de Salud, como –así se las llama hoy– “auxiliar de enfermería”, pero denominadas entonces “chateras”, porque debían, entre otras tareas, sacar las “chatas” de los enfermos. Ella trabajaba tres noches en jornadas de doce horas, seguida de una noche libre, sin importar si era invierno o verano, día festivo, nada. Como se bajaba del micro en General Velásquez con la calle Coronel Souper, un día al pasar por la Maestranza se da cuenta que los trabajadores están en huelga ocupando el local. Al llegar me cuenta esto y me dice que les dio el pan chocoso que le daban a ella diariamente para que pudieran alimentarse. Ahí, voy a ver qué pasa y al conversar con los compañeros me entero que no tenían apoyo ni de la CUT, ni de otros sindicatos. Se trataba de una toma de fábrica, cosa que hasta el momento no conocía. Al día siguiente en la universidad, me paré en uno de los pasillos centrales con el tarro que había llevado para juntar fondos y

me puse a explicar los motivos de la huelga a los pasantes. Durante los días que estuve recolectando dinero no logré concitar el apoyo de otros estudiantes. Mis conversaciones con los estudiantes de “la Jota” tuvieron como respuesta a lo más una mirada despectiva o la total indiferencia. De los socialistas, que eran a comienzos de ese año todavía una ínfima minoría, sólo pude contar con la presencia de una compañera que cayó enferma. Hablé también con los compañeros de la Unión Comunista Revolucionaria (UCR), grupo que después se fusionó con el “Grupo Espartaco” dando origen al Partido Comunista Revolucionario (PCR). Les pido que me ayuden en el apoyo a la huelga y me responden que deben esperar la verificación de la información por parte de su Comité Central para hacer algo. Esperando su respuesta, seguí en mi tarea recolectando dinero, que no era mucho pero igual servía, para después pasar a dejárselo a los compañeros. En una de esas ocasiones, uno de los compañeros, me pregunta por el “socialismo”. Tuve la mala ocurrencia de sugerirle el texto *Del socialismo utópico al socialismo científico* de Engels, del cual tenía un par de ejemplares. Así, junto a otros compañeros de la toma pasamos más de una tarde de sábado o domingo leyendo ese texto, considerado entonces por mí como la mejor síntesis que podía encontrar sobre el socialismo. Después tuve que enfrentar las pruebas y controles en la universidad mientras el trabajo en mi escuela me absorbía cada vez más. Después, cuando pasaba frente a la Maestranza a veces lograba ver a alguno de los compañeros, pero finalmente terminé por perder todo contacto. Igual, siempre me quedó la inquietud de saber qué pasó con esas lecturas, ¿les sirvieron de algo o no?

¿Cuándo pasas de “la Jota” al PS?

A fines de 1966 vino la huelga del Magisterio, la que duró, si mal no recuerdo, como ocho o nueve días. Quienes esta-

ban ahí con todo y junto a la gran masa de profesores en la movilización, eran los socialistas. Ahí conocí a una compañera extraordinaria: Livia Videla, hermana de Lautaro Videla, pertenecientes ambos al grupo considerado como “trotskista” en el interior del Partido Socialista. Ellos la “tenían clara”, sabían lo que significaba la lucha en la calle, lo que era la lucha política-ideológica en el seno de las organizaciones de los profesores y en particular, de la Unión de Profesores de Chile (UPCh) que era la organización que agrupaba a las y los trabajadores de la educación que laborábamos en las escuelas primarias de la época, la Enseñanza Básica de hoy. De ellos aprendí muchas cosas. Así vía la Brigada de Profesores Socialistas me incorporé al PS, ello después de haber transitado entre 1965 y 1966 en varios grupos chicos en donde la discusión era siempre el problema armado. Ese último año llegó a la UTE un grupo importante de estudiantes socialistas –entre los que estaba quien sería mi futura compañera– los que organizaron la Brigada de Estudiantes Socialistas. Durante la huelga del magisterio, los socialistas se tomaron la Casa Central de la UTE, toma en la que también participé. Fui presidente del Centro de Estudiantes de Historia y Geografía gracias al esfuerzo sobre todo de los socialistas. Hasta 1972 milité tanto en la Brigada Universitaria Socialista de la UTE como en un núcleo territorial del PS en el sector de Macul. Ahí viví las divisiones entre “militantes rojos” y “elenos”. Quienes afirman que en el PS no había divisiones, que todos estábamos unidos o no saben de lo que hablan o lo dicen con un afán de mistificación.

¿Cómo podrías caracterizar el período de la Unidad Popular, en términos generales, desde tu perspectiva militante dentro del mismo PS?

Se vivía un proceso de radicalización que afectaba particularmente al PS por cuanto era el partido más directamente impli-

cado en las luchas que estábamos realizando los trabajadores durante los años sesenta. Este es un elemento bastante decidor. Los socialistas estaban en la huelga de la industria Saba, en la toma del fundo San Miguel en San Esteban, en todos lados donde había lucha social pero también estaba en sus miras la cuestión del poder y del apoyo a la guerrilla que hacía arder América Latina, en fin, estaban en cosas que al PC no le importaban. Para los socialistas, la experiencia guerrillera en nuestro continente había que apoyarla, desarrollarla. Ahora, cómo se compatibilizaba esa forma de lucha con las formas de lucha que teníamos acá, en donde había un amplio movimiento social, con tomas de terreno en el campo producto de la reforma agraria impulsada por el gobierno de Frei, el movimiento de reforma universitaria, etc. La muerte del Che nos impactó profundamente, pero eso en ningún momento lo interpretamos como señal de debilitamiento del movimiento guerrillero, o que éste había entrado en su etapa final.

Lo que se planteaba con toda fuerza a fines de los años sesenta era el problema del poder. ¿Vamos a hacer la revolución inmediatamente? No, era claro que no. Se iba a necesitar fuerza, estar preparados militarmente, claro. Nos planteábamos que la “toma del poder” era la tarea de nuestra generación. Para ello debíamos prepararnos, porque a la violencia reaccionaria tendríamos que responder con la violencia revolucionaria. Estábamos todos, creo, en esa línea, incluso personajes como Aniceto Rodríguez, que era del ala socialdemócrata y electo Secretario General del PS en su Congreso de 1968. Esta idea del enfrentamiento más que posible continuó rondando en 1970 lo que hacía suponer que el partido había tomado las medidas necesarias para cuando llegáramos al gobierno y prevenir un Golpe de Estado o derrotar a los golpistas.

Pero una vez en el poder ¿Implantamos inmediatamente el socialismo? Entendíamos por socialismo el gobierno de los

trabajadores, la nacionalización de los sectores básicos y la planificación estatal como respuesta a la anarquía de la producción. En este sentido nos enmarcábamos en las líneas trazadas en el texto de Engels ya señalado en cuanto dejaba en claro las contradicciones del sistema y la solución de ellas ¿Seguiríamos el modelo soviético o el cubano? ¿Eso significaba la nacionalización de todos los sectores productivos? ¿Era el gobierno revolucionario o simplemente reformista, como decían el MIR o los compañeros de la VOP²⁵²? Para nosotros era un poco difícil definirlo. Hablábamos del proceso revolucionario, que no era todavía una revolución, pero que iba hacia allá. Entendíamos que lo que se estaba haciendo eran reformas, pero que no podíamos, sino que hacer eso dadas las condiciones existentes como entendíamos que teníamos que organizarnos en los Comités de la Unidad Popular, en las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP) y en todos los organismos que se iban generando. Los avances del proceso llevaron a enfrentarse dos caminos opuestos: “avanzar sin transar” o “consolidar para avanzar”, apoyando el primero. Por otra parte, las elecciones de abril del 1971 habían

252– Sobre la controversial Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) se recomienda leer los siguientes libros –todos ellos de reciente publicación–: Anónimo (2012) *La VOP. Vanguardia Organizada del Pueblo 1969–1971. Historia de una guerrilla olvidada en tiempos de la Unidad Popular*. Santiago: Colecciones Memoria Negra; Kaplan, Arvizu (2016) *La Burguesía Temblará. Vanguardia Organizada del Pueblo. Historia de una guerrilla urbana en Chile. Tomo I. El cielo por asalto*. Santiago: Colecciones Memoria Negra; Guerra F., Zaldívar & V. Valenzuela (2018) *En los márgenes de la institucionalidad. Los casos de la Vanguardia Organizada del Pueblo, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el Comando 16 de Julio*. Santiago: Editorial Tempestades; Jara, Fabiola & Magaña, Edmundo (2017) *El rol del lumpen–proletariado en Chile (1970–1973)*. Santiago: 2&3 Dorm. También existe una entrevista a Alejandro Villarroel, “ideólogo” de la VOP, realizada a fines de 1995 para la revista “El Canelo”, la cual fue republicada en noviembre de 2009 por el periódico “El Ciudadano”: <https://www.elciudadano.cl/politica/chicauma-la-vop-intento-crear-el-primero-kibutz-a-la-chilena/11/04/> Además, está a punto de salir de imprenta el libro de Editorial Tempestades, *Si no aprendemos a luchar juntos nos matarán por separado. Mi vivencia en la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP)* de Carlota “Natacha” Vallebona en coautoría con Felipe Guerra [N. del E.]

demostrado que la Unidad Popular podía efectivamente aumentar su votación por lo que había que aprovechar esa fuerza llamando inmediatamente a un plebiscito para cambiar la Constitución, estableciendo todas las reformas que se habían planteado en el Programa. La verdad es que nada de eso se dio. Estábamos en abril de 1972 y mientras comenzaban a surgir en las filas de los trabajadores signos de malestar por las insuficiencias del gobierno se comenzaba a hablar del partido único que debería dirigir la revolución, posición sostenida por sectores importantes dentro del Partido Socialista.

En la UTE, nuestro patrón era el Partido Comunista, empeñado en maximizar su hegemonía en el mundo universitario, incluida ahí nuestra asociación de trabajadores de la educación. Así, en el Congreso de la Asociación de Profesores y Empleados de la UTE (APEUT), el PC logró imponer una lista unitaria de todos los partidos de la UP, con lo que logró puestos claves que le permitieron el control al servicio de la Rectoría de nuestra organización y eso con el apoyo de la mayoría de los socialistas. Con ello, disminuyó la autonomía política de la APEUT, lo que no fue óbice para que en 1973 lográramos sacar a la UTE a la calle bajo las consignas de los trabajadores de la base. En todo caso, ese fue el primer momento de un distanciamiento que se transformó rápidamente en ruptura. Era en esos momentos director de la APEUT del Pedagógico de la UTE y pude hablar sin ataduras en nombre de las bases que me habían elegido y después como miembro del FTR.

Ese año estuve encargado de la coordinación del Área de Educación cívico-política en la Facultad, trabajo que significaba salir de la universidad con los estudiantes, tomar contacto con pobladores, con sindicatos, con organizaciones sociales de terreno, embarrándose las patas, buscando la interacción, la comunicación entre sectores hasta entonces estancos. No bastaba con la participación en la “batalla de la producción”.

En esos momento se estaba discutiendo la carrera funcionaria, y tenías que tener un grado académico, magíster o doctor para poder mejorar tu condición salarial dentro de la universidad, y todo estaba estructurado de tal manera que era eso o trabajar en este otro sector.

¿Qué elegiste tú?

En ese momento tuve la posibilidad de haberme ido a estudiar a Francia, pero la deseché porque ya estaba en el proceso, estábamos ahí. Mi compañera es militante del PS desde los catorce años y su familia sufrió una fuerte represión; tampoco ella se iba a ir a estudiar afuera. En ese mismo período comencé a trabajar con los compañeros del Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), que eran los que estaban más dispuestos a trabajar en terreno.

¿El FTR? ¿El “frente intermedio” sindical del MIR?

Claro, ahí estaban.

¿Qué composición tenía el FTR en general? Aparte del MIR ¿Qué otra gente había?

Había gente de diferentes grupos trotskistas, pero en la UTE, en mi Facultad, eran ex-socialistas. En otras Facultades había uno que otro compañero que venía del PC, pero de bajo perfil. Los compañeros de mantención, los obreros que se ocupaban de las máquinas, estaban en total desacuerdo con la política del PC, pero no se manifestaban en forma pública. Entre los profesores hubo un solo compañero dentro de mi Facultad que se declaró abiertamente militante del MIR. Pero fueron sobre todo compañeros del sector administrativo y de mantención que conformaron el FTR. Administrativo era

Juan Álvarez, electo en el directorio nacional de la APEUT, militante del MIR y jefe político del FTR de la UTE-Santiago.

¿Qué rol cumplías en el FTR? ¿Cuáles eran tus tareas más prácticas?

Como era dirigente sindical, por una parte, transmitía en las asambleas de la APEUT la política del FTR, y por otra, asumía las reivindicaciones que planteaban los compañeros de la base, discutiéndolas primero en nuestra unidad del FTR para hacerlas llegar después a los compañeros del nivel superior. A veces hablábamos con el compañero Claudio Contreras, que era un estudiante, jefe político del MIR. Claudio es detenido desaparecido.

Cuando llegó la hora de constituir los Comandos Comunales, participé tangencialmente en el Comando Comunal de Quinta Normal, con 20 o 30 pobladores que a veces no eran siquiera de la población del sector, lo que no tenía mucho sentido.

También hice educación política. A pedido de Claudio que era bastante preparado, emprendimos con un grupo de estudiantes del Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER) la lectura de *Las Tesis sobre Feuerbach* de Marx. Fue mi primera lectura seria, lectura que me permitió darme cuenta lo poco que había entendido del pensamiento de Marx.

Como buen “marchista” de la época participaba en todas las marchas. Así fue como el 29 de junio pasábamos delante del proscenio con Allende en el frente de La Moneda y después debíamos dar la vuelta por Lord Cochrane para marchar hacia el oriente. Todo el mundo iba con sus *nunchaku* o, con palos largos. Como caminaba rápido, me encargaron que me adelantara para observar lo que pasaba y avisar a los compañe-

ros en caso de peligro. Así fue como vi que, en Plaza Bulnes, los milicos estaban apostados con la bala pasada. A los compañeros que iban pasando los apuntaban y les quitaban todo. Alcancé a informar a algunos responsables de columna, pero igual vi como fueron desarmados muchos compas del MIR. Ahí me quedó claro que la cosa venía pesada.

La noche del 22 de agosto un grupo del Comando Rolando Matus²⁵³ lanzó en la casa de mis suegros una bomba hecha con amongelatina que casi la destruyó. Su objetivo era mi suegra, dirigente de la JAP de Macul. Se salvaron porque simplemente cuando estalló la bomba estaban todavía en sus camas. Lo que no fue el caso de mi suegra quien al sentir la quebrazón de vidrios se levantó a ver y en eso se produjo la explosión. Si salvó con vida, aunque gravemente herida, fue porque justo un mueble saltó por efecto de la explosión, quedando delante de ella. Hasta el 11 tuvimos que custodiar la casa. El Partido Socialista prometió que pondría guardias de noche, pero la segunda semana los militantes socialistas dejaron de ir porque su presencia era requerida en otros frentes. Entonces, un primo de mi compañera que era homosexual, se ofreció para ayudarme a montar guardia. Por supuesto que más de algún cercano, hizo las bromas homofóbicas habituales en ese momento. En una de esas noches llegó una camioneta con gente armada tal vez para hacer proseguir la destrucción, llevarse algún trofeo de guerra y hostigar. Por nuestra parte, no estábamos con las manos vacías, sino que con armas largas. Cuando comenzaron a avanzar, a garabato limpio y apuntándolos, los tres, el primo y su pareja los conminamos a devolverse. Como continuaron avanzando salimos al antejardín con los respectivos “fierros” mientras el primo

253- El Comando Rolando Matus (CRM) fue un grupo de choque ultraderechista creado en 1971 para hacer frente a las brigadas izquierdistas Ramona Parra (PC) y Elmo Catalán (PS). Fue bautizado así en memoria de Rolando Matus Castillo, un joven agricultor y militante del Partido Nacional, muerto en Pucón en un enfrentamiento con el Movimiento Campesino Revolucionario-MCR, frente intermedio del MIR. [N. del E.]

gritaba hacia el interior “*ya cabros, vengan, ustedes apunten al de más allá y a ese otro*”, dando la impresión de que éramos muchos. Los “gallos” se asustaron y se fueron. Con esto el primo y su pareja dejaron callados a todos quienes dudaban de su valentía por ser homosexuales.

En la UTE se había acordado que todos teníamos que participar en las guardias. En una de esas guardias participó el profesor Ramón Solovera –un viejo militante comunista al cual le faltaba un pulmón–, una profesora de historia, un compañero administrativo que tenía como arma un martillo, otro compañero que tenía un palo y yo que tenía un calibre 22 argentino. Si bien nuestra tarea era defender la Casa Central del Pedagógico también nos correspondía la defensa de la Radio de la Universidad. Ese era el equipo de autodefensa que había en la Facultad de Educación de la UTE, por lo menos, entre los meses de agosto y septiembre de 1973.

En relación a la pregunta si el proceso era o no revolucionario, me parece que es una cuestión que no tiene sentido hoy. Todo proceso revolucionario implica reformas, pero no necesariamente todo proceso de reformas conduce a la revolución. Lo que hubo fue un proceso revolucionario inconcluso, impulsado por un vasto movimiento de masas que desbordó todos los aparatos, al gobierno, a la derecha, a todo el mundo. Se pensó que las elecciones de marzo de 1973 solucionarían el impase, pero se agudizó aún más la lucha de clases, sobrepasando la política institucional, lucha que atravesó la sociedad de un extremo a otro. La gente venía y se tomaba las fábricas en contra del patrón, porque no quedaba otra. Los trabajadores que se tomaron el cine “Normandie” no eran trabajadores que estaban pensando que se iba a construir el comunismo, simplemente se dieron cuenta que podían gestionar solos su trabajo. Otros se tomaron una fábrica de colchones lo que no estaba en el programa de la UP. Un

compañero me contó que él había hecho parte del Cordón de los Estudiantes Secundarios aquí en Ñuñoa, que era independiente de la línea política de la Juventud Socialista y del MIR, es decir, andaba en “otra onda”, y aunque los secundarios eran militantes de esos partidos, no seguían la línea oficial de estos.

¿No te generó conflictos partidarios militar en el PS y estar dentro del FTR?

Sí. En la práctica, la política oficial del partido dentro de la UTE era de “unidad” con el PC con repartición de cuotas en los cargos de tal manera que cuando se puso en marcha, muchos militantes socialistas pasaron a ocupar cargos directivos en la Facultad de Educación, mientras dejaban las otras estructuras universitarias para el PC y el resto a otros partidos de la Universidad con lo que el PS perdió su calidad de contrafuerza a los embates del PC. En esas condiciones era prácticamente imposible militar en el PS y ser al mismo tiempo leal a las bases sindicales. En septiembre de 1972 gané por concurso público una jornada completa para coordinar el Área de Educación Cívico-política, lo que impedía concretar el acuerdo previo entre PS y PC tendiente a destinar esa coordinación al PC. Se me pidió que renunciara dándoseme a cambio una jornada completa no concursada, lo que rechacé. Cuando se discutió el presupuesto de la Facultad se privó de financiamiento al Área, suspendiendo las actividades. Se me destinó al área de “Historia de Chile”, donde trabajé durante 1973. En ese momento, mis relaciones con el PS dentro de la universidad estaban prácticamente cortadas y no había nada que hacer.

¿Cómo valoras la experiencia de autoorganización proletaria que supuso la experiencia de los Cordones Industriales? En algún momento en uno de tus textos tú señalas que era una

especie de manifestación de esta idea de la clase constituida en partido, que nada tiene que ver con orgánicas formales o con la clásica forma-partido leninista.

En ese entonces, 1972–1973, estaba en la duda, aunque me jugaba por los Comandos Comunales.

Que era la línea del FTR, del MIR...

Claro. En ese momento no hice una evaluación correcta del período. Lo escrito en mis artículos es producto de una reflexión posterior y de discusiones que tuve con compañeros que habían participado en los Cordones. Cuando se constituyó el Cordón Matucana, participé como miembro de la APEUT del Pedagógico Técnico junto con compañeros socialistas presentes aquí como en todos los Cordones. Este Cordón no funcionó con todo su potencial debido al torpedeo de los militantes del PC que exigían su sometimiento a la CUT en contra de los esfuerzos de los socialistas que pugnaban por la independencia del Cordón. Personalmente estaba en la onda del Comando Comunal, pero mi posición, sostenida sin mucho empeño, fue por la independencia del Cordón.

Las primeras discusiones que tuve a este respecto fueron en Argentina con algunos compañeros que habían participado en otros Cordones Industriales, los que me hicieron cambiar bastante mi posición. Igualmente los intercambios con Helios Prieto²⁵⁴ en Buenos Aires que, aunque breves, fueron subs-

254– Helios Prieto Campa nació en Rosario, Argentina, en 1936. En su juventud estudió psicología y fue dirigente sindical en la empresa estatal de agua y energía. Fue uno de los fundadores del Partido de los Trabajadores Revolucionarios–PRT del cual redactó su documento fundacional y llegó a ser su Secretario General. Luego se escindió liderando la “Tendencia Proletaria”. Llegó a Chile en donde se unió a un sector radicalizado del movimiento obrero revolucionario. Tras el Golpe de Estado pasó un tiempo detenido en el Estadio Nacional antes de ser expulsado a Argentina. Escribió un muy interesante texto

tanciosos. También fue importante mi relación con un grupo formado en Buenos Aires que se autodenominaba “Socialismo de Base”, en que participaban también compañeros con experiencia en los Cordones Industriales.

Respecto a eso mismo, nos podrías contar un poco del exilio, ¿con qué personas o grupos te fuiste vinculando, en qué lugares y qué reflexiones políticas fuiste sacando? Por ejemplo, ¿cómo llegaste a la crítica de la forma partido kautskiana-leninista? ¿Cómo conociste más teóricamente el asunto de la autonomía proletaria o teóricos como Korsch, Pannekoek?

Con respecto a lo primero, desde el 11 casi toda la familia de mi compañera era buscada: mi suegro, mi cuñada era directora de la Dirección social y acusada de participar en el “Plan Z”²⁵⁵. Lo concreto es que éramos buscados, con casi todas las redes cortadas y todos sin “pega”, por lo que no quedaba sino que salir.

¿Dónde salen primero? ¿A Argentina?

Sí, a Argentina. El que estaba más comprometido era mi suegro. Cuando estuvo en la ENAP, en Punta Arenas, los miembros de la Brigada Socialista, ante la posibilidad de un Golpe de Estado, firmaron de su puño y letra una declaración comprometiéndose a volar todos los oleoductos. Por eso comen-

de balance crítico del proceso chileno titulado, *Chile: los gorilas estaban entre nosotros*, que fue editado en 1973 en Argentina y recuperado e impreso por los camaradas de Editorial Viejo Topo en la región chilena en el año 2014. [N. del E.]

255– El “Plan Zeta” es el nombre atribuido a un supuesto plan del gobierno de Salvador Allende para llevar a cabo un autogolpe, con el fin de imponer por la fuerza la dictadura del proletariado. Este plan sería realizado el día 19 de septiembre de 1973 durante la “Parada militar”. La supuesta existencia de este plan fue divulgada por los militares que perpetraron el Golpe de Estado de 1973 en el *Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile*. [N. del E.]

zó a ser buscado en esa ciudad y no en Santiago, lo que ocurrirá recién en noviembre de 1973 cuando lo fueron a buscar al Congreso, dado que había sido Secretario de la Brigada Parlamentaria Socialista. Mi cuñada, embarazada de 7 meses, terminó asilada en una embajada, acompañada de su marido buscado en Codelco.

En medio de eso, un día al llegar al lugar donde debíamos reunirnos con compañeros del FTR-UTE veo que está todo lleno de pacos. Me di media vuelta y me sumergí por unos días. Sólo más tarde me pude enterar que la casa allanada no había sido la de mi compañero del FTR, sino que la de al lado, donde vivía un compañero socialista. Por su parte, los compañeros de mantención me pidieron que me alejara de ellos puesto que como era demasiado “público”, los ponía en peligro si me detenían. En la reunión que tuve con un compañero de la dirección del FTR en la UTE me dijo que era mejor que saliera del país, puesto que yo sabía los nombres verdaderos de casi todos los compañeros, y si yo caía...

Caían todos...

Claro. No sé hasta donde uno puede resistir la tortura. Uno puede hacer promesas de que no va a hablar y que no va a reconocer a nadie, pero ¿hasta dónde se puede aguantar? No sé. Así fue como partí a Buenos Aires donde además de un par de contactos personales, tenía algunos contactos con gente ligada al MIR.

¿Cómo llegaste a conocer a Helios Prieto?

Cuando llegué a Argentina me encontré que ninguna de las direcciones que llevaba era segura. Mis contactos argentinos, militantes de izquierda o del PRT estaban a su vez ya

“quemados” después de su paso por Chile y justo estaba comenzando la represión en su contra. De ahí que preferían evitar relacionarse con chilenos. Mis contactos del MIR ya no estaban y los que quedaban eran en su mayoría adolescentes que no entendían mucho lo que estaba pasando.

Después llegó mi suegro quien tenía toda una serie de contactos que participaban en los Comités de Solidaridad y que nos prestaron ayuda. En medio de ese panorama, los socialistas me piden que les apoye en el trabajo de organización que estaban realizando y aunque les informé de mi paso por el FTR igual me dieron su confianza considerando mi pasado socialista. Acepté, pese a que siempre había estado más involucrado en las luchas sociales que en la interna partidaria. Durante casi cuatro meses realicé labores de chequeo y contra-chequeo de los socialistas que llegaban de Chile. En todo ese tiempo, tuve a la policía argentina en las afueras de mi casa.

En eso, conseguí trabajo en la “Librería Galerna”. Un día, pasó por ahí Helios Prieto y siempre que pasaba, lo que no era frecuente, aprovechábamos de conversar. Así fue como conocí posiciones de izquierda de las cuales no había tenido información hasta entonces...

Él había sido del comité central del PRT en un principio...

Claro, pero yo no tenía idea ni que había sido militante del PRT ni que había estado muy próximo a la experiencia de los Cordones Industriales. Sólo en el transcurso de las conversaciones pude darme cuenta cuan bien conocía el tema, lo que quedó de manifiesto en su *Los gorilas estaban entre nosotros*. Por su intermedio supe de la existencia de “Correo Proletario” y de la tendencia del “Chico” Zorrilla y Alejandro Alarcón, que habían sido militantes del MIR hasta que se escindieron en agosto de 1973 creo. Mi otra experiencia en Argentina fue

con un grupo de “Socialistas de Base”.

¿Eran chilenos exiliados?

Sí, chilenos exiliados que estuvieron al parecer en contacto con el peronismo de base, seguidores de Guillermo Kelly, un controvertido personaje. Entre ellos había también compañeros que habían participado en los Cordones Industriales. En Buenos Aires conocí publicaciones de izquierda que ni siquiera había imaginado.

¿Cómo cuáles por ejemplo?

No recuerdo ningún título, pero en alguna de esas revistas encontré por primera vez la idea de un “leninismo de base”, fundado en una imagen de un Lenin ni ultracentralista ni autoritario, recuperado a partir de una lectura de *El Estado y la revolución*. En alguna de esas revistas encontré más de alguna información sobre lo que había sido “El Cordobazo”²⁵⁶. En general, había muchas más revistas y, publicaciones que las que habíamos tenido acá en Chile.

¿Cuándo se van de Argentina a Europa?

En julio de 1974 partimos a Rumania, donde permanecemos dos años. Milité en el Partido Socialista, aunque cada vez que era elegido en algún cargo directivo aunque sólo fuera a nivel de núcleo o de secretariado local, desde arriba me sacaban porque en el exilio “no se permitían reingresos”, recordándome en cada ocasión que había estado fuera del partido.

256– Fue una insurrección popular que ocurrió en la ciudad argentina de Córdoba, el 29 y 30 de mayo de 1969, que contó con un fuerte componente obrero y que abrió el camino a una serie de levantamientos o puebladas en diversas ciudades trasandinas. [N. del E.]

¿Te marginaban?

Sí, me marginaban... En octubre de 1976 salimos rumbo a Bélgica donde estaba la familia de mi compañera. Ahí caímos en medio de la pelea interna que terminaría en 1979 en la división del PS. Mi cuñada era en ese momento la Encargada del PS y el blanco de tirios y troyanos. Pese a que no compartíamos las mismas posiciones políticas, –mi suegro era “anicetista”, mi suegra y mi compañera eran “militantes puros y sinceros” como dice “La Marsellesa Socialista” mientras yo estaba en una posición más cercana al MIR–, sus adversarios nos identificaban con ella. En medio de la trifulca, nos expulsan.

¿En qué año fue eso?

A comienzos de 1978.

¿A toda la familia?

A toda la familia y a todos los amigos, incluidos los socialistas que vivían en el mismo pueblo y militaban en nuestro núcleo o en los pueblos cercanos. A mí me expulsan por haber sacado una revista que iría en contra de la línea política del partido.

¿“Estudios” se llamaba la revista?

Sí. Alcancé a publicar diez números, de los cuales, los cuatro primeros se financiaron con las suscripciones que hicieron mi suegro y otros compañeros socialdemócratas. Ahí publiqué documentos de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), de Sandino, Gramsci y otros, todo lo cual fue considerado estar en contra de la línea del partido.

Otra de las acusaciones que se nos hizo a mi suegra, a mi compañera y a mí, es que mandábamos ayuda directa a Chile, sin pasar primero por Berlín, desde donde la burocracia del PS la distribuía entre sus fieles. Considerábamos que era nuestra obligación ayudar a los compañeros que estaban sin pega y sin nada que les permitiera sobrevivir, mandándoles cosas. Con cargos como ese y otros similares justificaron nuestra expulsión.

En la revista publiqué una de las primeras versiones de mi investigación sobre *La república socialista*²⁵⁷. Esto motivó al compañero Sergio Rojas a contactarme ya que su grupo estaba interesado en conocer más sobre el tema por lo que me pide que les hable al respecto. Terminé integrándome al grupo constituido fundamentalmente por obreros. Es ahí donde conocí a Alejandro Alarcón, que había estado en la CUT y a otros compañeros.

¿Quiénes más estaban en ese grupo? ¿Te acuerdas de los nombres?

Además de Sergio Rojas, Mario Caballero, obrero de la construcción, Luis Tureo, el compañero Brito, la compañera Miriam, esposa de Sergio Rojas, pero que estuvo poco tiempo, de los otros no recuerdo sus nombres.

¿Cómo cuántos eran aproximadamente?

Aunque en algún momento fue un grupo más grande, en el momento que me integré debemos haber sido entre 8 o 10 los que participábamos. Después algunos se marginaron quedando finalmente reducido el grupo a los 4 o 6 personas que asistíamos regularmente a las reuniones.

257- Existe una edición de este libro que aún es posible de encontrar en físico: Cruz Salas, Luis (2012) *La República Socialista del 4 de junio de 1932*. Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda: Santiago de Chile. [N. del E.]

¿Esto es lo que se le conoce como el “Grupo de Bruselas”?

Como “Grupo de Trabajadores de Bruselas”.

¿Qué actividades desarrollaban?

Fundamentalmente discusiones sobre la coyuntura política. La idea, sobre todo de Alejandro, era desarrollar una tendencia revolucionaria en el seno del movimiento obrero. Yo tuve la mala idea –porque todavía era “althusseriano”– de sugerirles leer *Los conceptos elementales del materialismo histórico* de Marta Harnecker lo que fue rechazado por Alejandro. Por su parte, él leía entonces los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* de Marx. Lo otro que hacíamos era brindar ayuda a asociaciones y grupos de distinto tipo que había en Chile, entre ellos al CODEHS y a compañeros en forma individual.

¿Qué es el CODEHS?

El Comité de Defensa de Derechos Humanos y Sindicales fundado por Clotario Blest. En Bélgica se constituyó, además del Grupo de Trabajadores, con compañeros de las dos Coordinadoras de Regionales del Partido Socialista, con compañeros de la fracción disidente del MIR que después se transformó en Izquierda Socialista y con uno que otro compañero independiente.

¿La Coordinadora Nacional de Regionales? ¿La CNR?

Sí, la CNR. En Bélgica había dos, con dos militantes cada una.

El grupo fuerte en el CODEHS era la fracción disidente del MIR. De ellos escuché las primeras reflexiones colectivas sobre el movimiento obrero, reflexiones que salían del es-

quema del Partido como sujeto supremo. En ello juega un rol importante Darío Páez, un psicólogo social, que terminó militando en Izquierda Unida de España antes de fallecer. También contribuyó al debate Jorge Magasich, con su tesis sobre los Cordones Industriales para titularse como profesor de historia. Fue el primer trabajo sistemático y documentado que conocí sobre ese tema.

A veces nos llegaban publicaciones de Chile que se discutían en las reuniones. También nos llegaban publicaciones de partidos como el MAPU. Ahí también fue donde por primera vez leí textos de Rafael Kries²⁵⁸, tal vez uno de los pioneros en tratar sobre las distintas expresiones del poder popular.

Todo esto me ayudó a cuestionar la visión teórica que hasta ese momento tenía, muy ligada a la forma-partido y al marxismo estructuralista, todo lo cual de poco servía.

En 1979 comencé a trabajar con inmigrantes, con cuyas organizaciones tenía un contacto fluido lo que me permitió observar el proceso de profesionalización de sus cuadros directivos que experimentaban, así como el desarrollo de formas absolutamente burocráticas de dirección. Esto daba como resultado la institución por un lado de dirigentes permanentes, poseedores del saber colectivo y por otro de una masa pasiva que aceptaba todo lo que venía de arriba.

¿Cuándo te refieres a inmigrantes de qué países eran?

Había italianos, españoles, portugueses, griegos, marroquíes y turcos. Fue con los españoles que tuve más contacto. Los griegos estaban ya de retorno, pero los dirigentes se situaban

258- De nuestro amigo y camarada Rafael Kries editamos este año con nuestro grupo *Cordones Industriales*. *El proletariado de la región chilena en la encrucijada de la revolución*. [N. del E.]

en la perspectiva de la autonomía, cosa que era totalmente desconocida de las otras asociaciones en las que los jóvenes que estaban estudiando llevan a cabo una fuerte crítica a la relación entre dirigentes y dirigidos en sus organizaciones, a la que calificaban abiertamente de burocrática. En la misma época encontré el libro de Claude Lefort *Elementos de una crítica de la burocracia*.

¿Lefort? ¿El que había sido de “Socialisme ou Barbarie”?

Sí. En “Socialismo o Barbarie” supe de dos posiciones, Castoriadis y Lefort. Éste estaba en una perspectiva más de base, mientras que Castoriadis más cerca de una posición “programatista”. La lectura de ese libro, más la experiencia con el trabajo con inmigrantes y los conflictos internos que se vivían en el CODEHS, me permitieron plantear una crítica a fondo de la forma burocrática que se expresó en un texto que se perdió entre los avatares del exilio y del retorno.

¿Qué conflictos había al interior del CODEHS?

Entre “ultrapartidaristas” y “anti-partido”. Entre los primeros, estaban los compañeros trotskistas que con su insistencia sobre el tema de la dirección revolucionaria pujaban por encuadrar el CODEHS en el formato partido para así acercarse a las masas que estaban siendo una vez más engañadas por la socialdemocracia. Esa discusión, al borde de la caricatura, muy marcada por la ideología trotskista se prolongó bastante, aunque muchos de los participante compartían de alguna manera nuestra crítica radical a los partidos. Cuando el CODEHS se dividió los partidarios de Castoriadis se quedaron con el sector “partidarista”.

¿Cómo podrías resumir las posiciones que sostenía el Grupo?

Primero, nuestro campo de acción era el movimiento obrero, idea que para Alarcón debía traducirse en la construcción de una tendencia revolucionaria al interior del movimiento. Lo segundo era salvaguardar la independencia política e ideológica de la clase obrera, muy en consonancia con algunos de los movimientos trotskistas. Como grupo teníamos relación con grupos similares en Suecia y en México. Había otros en Venezuela y en Alemania cuyos nombres no recuerdo, pero sí todos participábamos en los CODEHS. El nombre con que se nos conocía (“Grupo de Trabajadores de Bruselas”) surgió de la relación con la idea de autonomía de la clase trabajadora. Los compañeros de la fracción disidente del MIR, satirizando, nos calificaban de “obreros intelectuales”. Una tercera característica era que en el grupo no había cargos, no había dirigentes ni dirigidos, todos participábamos en el mismo nivel. Esa misma estructura horizontal se replicó en el CODEHS. A lo más podría haber circunstancialmente lo que llamaríamos hoy un “portavoz”.

¿Un vocero? ¿Algo así?

Claro, un vocero. Cuando una parte del CODEHS, sobre todo, las Coordinadoras y los compañeros de la fracción disidente del MIR que se convirtieron en Izquierda Socialista, impusieron una estructura de dirección para lo que había que hacer elecciones, el CODEHS terminó por dividirse. Durante cuatro años habíamos funcionado sin dirección de ningún tipo. Cuando se hace la elección se produce el quiebre, porque se polariza el espacio. Lo que quedó del CODEHS alcanzó a durar un año.

Volviendo a lo de las “influencias externas” que me determinaron debo mencionar, por un lado, mi encuentro con *Los consejos obreros* de Antón Pannekoek y con otros de sus escritos, lo que estaba en directa relación con la discusión que teníamos dentro del Grupo de Trabajadores sobre la relación entre el partido y movimiento obrero. Leí también textos de Wilhelm Reich. Por ahí entre 1981 y 1982 me relacioné con un pequeño grupo de reichianos, hasta que me enteré que su principal animador era un pedófilo que justificaba sus actos en los textos de Reich y ahí,...

No daba para más...

Así es. Me relacioné también con un grupo que se autodenominaba “Comarades”, conformado por compañeros belgas que invocaban textos de la autonomía francesa, aunque para ellos lo fundamental de la autonomía radicaba en el karate. Uno de los textos leídos trataba de la relación entre la autonomía proletaria y el karate y, si mal no recuerdo, se planteaba que sin autonomía individual no había autonomía proletaria, autonomía individual que se lograba con la práctica del karate, en el que se ejercitaban regularmente. Como vivía en un pueblo, ir a reunirme con ellos en Bruselas me salía caro. Y como estaban más centrados en el karate que en la política, perdí todo interés por continuar el contacto. Antes había conocido a gente del Partido Comunista Internacional.

¿El PCInt²⁵⁹?

No me acuerdo si ese era. Era medio “luxemburguista”.

259– El Partido Comunista Internacional (PCInt) es un grupo presente en varios países que se mantiene en la tradición de la Izquierda Comunista Italiana y el denominado “bordiguismo”. Su sitio web oficial es: <http://www.pcint.org/> [N. del E.]

¿Bordiguistas?

O quizás bordiguista. Había gente que venía huyendo de España después de haber participado en acciones en contra del franquismo ¿Dónde los conocí? En el lugar donde editaba la revista ¿Dónde la editaba? En la Asociación Hispano-belga, la que, dirigida por Sor Fabiola, una monja catalana, era el refugio para más de un izquierdista europeo perseguido por el poder. Ahí seguí al pie de la letra las instrucciones de la monja en el sentido de no preguntar nada a nadie, por lo que sólo rara vez pude enterarme de manera más cabal sobre las ideas de mis interlocutores. Un día, en el local, un compadre se sienta al lado mío mientras imprimía mi revista en el mimeógrafo y me cuenta que era buscado en España por haber puesto una bomba y que era del Partido Comunista Internacional, de cuya existencia, que creía ya tragada por el tiempo, me enteré ahí.

¿Conociste a gente de la Corriente Comunista Internacional²⁶⁰?

Sí, en ese lugar algo pude conocer de sus planteamientos. Pero fue en los 80 que pude conocer mejor la literatura de la ultraizquierda europea, lo que me ayudó a esclarecer mis ideas. A fines de los setenta todavía no tenía la película suficientemente clara. Recién en el 81-82, a partir de mis críticas a los textos de Althusser y de Marta Harnecker, que identi-

260- La Corriente Comunista Internacional (CCI) es una organización revolucionaria comunista internacional que según indica su sitio web oficial en castellano (<https://es.internationalism.org>) se dedica a: “*La clarificación teórica y política de los fines y los medios de la lucha del proletariado, de las condiciones históricas e inmediatas de esa lucha. La intervención organizada, unida y centralizada a nivel internacional, para contribuir en el proceso que lleva a la acción revolucionaria de la clase obrera. El agrupamiento de revolucionarios para la constitución de un auténtico partido comunista mundial, indispensable al proletariado para echar abajo la dominación capitalista y en su marcha hacia la sociedad comunista*”. [N. del E.]

ficaba con la burocracia, pude desarrollar mi idea de autonomía de clase y de la relación de esta idea con la de emancipación social. Este fue también el momento en que pude estructurar de manera más consistente mi crítica a Lenin. Fue un proceso con muchos altibajos y recovecos, condimentado con los encuentros realizados por los distintos grupos que estaban surgiendo en esos años, con los restos del CODEHS, con el FUT (Frente Unitario de Trabajadores), con los grupos de base, sumado a las lecturas encontradas por ahí. Mi participación en apoyo a luchas concretas, como la huelga de los portuarios belgas, de los mineros, a alguna huelga salvaje, la lucha contra los misiles, etc., creo que también me ayudó.

¿Cómo resumirías las tesis principales o centrales de esta serie de textos que vamos a publicar?

Es una crítica a la forma-partido y a la relación, que es histórica, entre movimiento obrero y partido. Los textos se enmarcan en una perspectiva que podría definir como “autonomista”, o a lo que entendía como tal en ese entonces. Hay en ellos restos de lecturas un tanto apresuradas de Mario Tronti, pero más que nada de Antonio Negri, con la ambivalencia que tenían los textos de este último cuando por una parte reivindicaba a Lenin y, por otra lo rechazaba. Es central también la idea de que la emancipación de la clase trabajadora será obra de los trabajadores mismos o no será o expresado en otros términos la idea de la independencia política e ideológica de la clase. Otra idea fuerza es la reivindicación de los organismos de base, sobre todo, sindicales, y la necesidad de la extensión de esta actividad sindical de base hacia el territorio y viceversa. Se critica asimismo a la llamada izquierda renovada.

¿Cuáles son los límites que ves en las distintas izquierdas de la década de los ochenta bajo la Dictadura? ¿Qué opinión tie-

nes de su vertiente más “lucharmadista” que se expresa en la actividad del FPMR, algunos aparatos del MIR y algunos grupos medios pro maoístas o fracciones del PS que también intentan pasar a la ofensiva en términos más militares? ¿Qué elementos tenía en común toda esta izquierda?

El elemento común a esos partidos –incluidos aquí el PC, los PS, etc.– es lo que denomino “fetichismo partidario” en el cual es el Partido el sujeto omnipotente que organiza la concepción que se tiene del mundo, de la vida. El partido como forma de asociación que ha sido constituida y que es producto de la actividad de las bases se transforma en un ente supremo que aparece como productor de los individuos que lo produjeron. El partido se ve como representantes de la clase sin el cual ésta es nada. El partido es el dios que organiza todo. En esto se funda la idea de que sin el partido soy nada por lo que todo debe hacerlo en función de lo que el partido determine. Esto se acompaña con el desarrollo de una burocracia interna. El grupo dirigente determina lo que deben hacer los dirigidos, los que aparecen finalmente como simple masa moldeable y manipulable por la dirección. Mientras los de arriba mandan, los de abajo acatan. Los de arriba forman, los de abajo, son formados, conformados y formateados. Estos son elementos esenciales, constitutivos de los partidos, independientemente que estén a favor o en contra de la lucha armada. En los grupos armados todo esto se acentúa dada la centralización, jerarquización y militarización que les es propia. Más allá de eso, está la misma estructura jerárquica y centralizadora de la sociedad del capital que distancia cada vez más a los partidos de sus bases.

Respecto a la fragmentación del Partido Socialista en el exilio y su renovación, ¿podrías señalar un poco las ideas centrales de esa polémica y la posición que tomaste respecto a esta diáspora e integración a la socialdemocracia de la mayoría del PS?

Hice mi memoria para titularme como profesor de historia sobre los partidos populares entre 1931 y 1941, entre ellos el Partido Socialista y pude constatar que ya en los mismos grupos que lo constituyeron había fuertes peleas internas. La diferencia es que en los 80 esto se da en una situación de exilio, es decir, “anormal”, muy distinta a las divisiones anteriores. Esta vez la división tiene que ver en parte con el apoyo que las partes de sus relaciones internacionales. El sector “almeydista” recibe ayuda desde el primer momento del llamado “Campo Socialista” así como de los partidarios de éste fuera de esa área. El sector “altamiranista” recibirá apoyo de sectores socialdemócratas sobre todo a partir de los 80. Pero además había diferencias profundas en la dirección partidaria respecto a la línea política a seguir. En el momento post golpe hay sectores que reivindican el Frente de Trabajadores como la línea oficial del PS, mientras que el sector más ligado al PC y que busca el apoyo de la Democracia Cristiana reivindica el Frente Antifascista. Mientras estuve en el PS apoyé la primera posición. Cuando se produce la división, el polo de izquierda era el del sector de Altamirano. Así fue como cuando un demócrata cristiano en representación de Chile Democrático de Italia, va a Bélgica invitado por comunistas y socialistas “almeydistas”, los “altamiranistas” se niegan a permitirle usar la palabra. El sector pro alianza con el PC y la DC estaba entonces en la onda eurocomunismo en la huella de los Partido Comunista de España, de Francia y de Italia.

¿Eran cercanos al eurocomunismo?

Bajo la forma de eurocomunismo, que ya presentaba una crítica a todo lo que había sido el discurso tradicional de los partidos comunistas occidentales, se encuentran antecedentes claros de lo que sería la “renovación”, que influyó poderosamente en personajes como José Viera-Gallo, de alguna manera en Arrate y también en la crisis que vive el MAPU Obrero-Campesino.

En segundo lugar, hay una cierta evolución también bajo la influencia de las socialdemocracias sueca, alemana y austriaca, que en los 70 muestran una ligera inclinación a la izquierda. Esto acompañado de las reflexiones que hacen socialistas italianos que radicalizan sus posiciones respecto a lo que habían sido las posiciones tradicionales del Partido Socialista Italiano. Hay una conjunción de elementos de tipo político-ideológico que se están jugando a nivel internacional.

Por otro lado, está el problema de lo que había significado la lucha en indochina. Estábamos todos felices: salían los norteamericanos de Vietnam y se triunfaba en Camboya. Pero resulta que llega Pol Pot al poder y todo lo que las izquierdas europea y latinoamericana habíamos aplaudido se transforma en un genocidio con los Jemeres Rojos. Por otro lado, estaba el verdadero *intrínquilis* ideológico en que se sume el maoísmo tras la muerte de Mao, el término de la revolución cultural, la eliminación de la “banda de los cuatro” y la asunción del poder por Deng Xiaoping.

A esta serie de modificaciones que se producen en el plano internacional se suma lo que provocaba en el exilio organizado los relatos transmitidos por esas organizaciones sobre lo que ocurría en Chile, que hablaban de un pueblo luchando con las armas en la mano, mientras fuentes directas nos decían todo lo contrario.

Por nuestra parte, lo que veíamos claro eran las distintas formas de solidaridad obrera que se daban en ese momento: el compadre obrero que comparte “la choca” con el estudiante que estaba trabajando en la construcción, las ollas comunes, los comedores populares, etc. Lo que también era claro era la separación radical entre el movimiento social y las formas partidarias, lo que se traducía en la práctica de la corriente renovada.

Respecto a esto último tendría que señalar que cuando uno hablaba con dirigentes sociales de base o con gente del CODEHS, ellos también estaban planteando una renovación. En los primeros encuentros de lo que iba a ser la “renovación”, posteriormente a las “convergencias socialistas”, que se hicieron en Francia –en Chantilly fue uno–, había una marcada tendencia “movimientista” y otra “partidista”. Con los primero uno podía estar de acuerdo en privilegiar el movimiento social, sin adherir necesariamente a las bases teóricas en que se sustentaban, las que se encontraban en la obra del sociólogo francés Alain Touraine. Quienes preponderaron fueron los “partidaristas”, los que desarrollaron una crítica parcialmente correcta de la forma política adoptada en los países llamados socialistas, aunque sin cuestionar ni el sistema de explotación ni la alienación propias de esos regímenes. En uno de esos artículos extraviados, que circuló de mano en mano, sobre los países socialistas sostuve que ahí había explotación y que el problema no era solamente el de la forma política antidemocrática o de la falta de libertad, sino que era necesario terminar con la separación de los trabajadores de los medios producción y la reapropiación por parte de estos de todas las condiciones de existencia.

Me parece que si bien en la renovación hubo críticas correctas al sistema, su límite fundamental fue su incapacidad congénita para entrar en el terreno de la crítica de la economía

política y de la sociedad burguesa, punto este que me parece esencial.

Todo esto obligaba a plantearse la necesidad de cambiar nuestra manera de percibir y de pensar y consecuentemente de actuar. Partimos rechazando todas las formas del marxismo-leninismo, aunque desarrollando radicalizar nuestra crítica al capitalismo. Nuestro rechazo fue visto como una traición por parte de la izquierda burocrática, pero también por compañeros del viejo movimiento obrero. Esto se acrecentó por nuestra crítica al “marxismo tradicional”, en sintonía con lo que harán años más tarde Postone, Kurz y otros. A ello siguió el rechazo del marxismo y la declaración de que no era “marxista”, aunque sí deudor de Marx y partidario de la idea de que la emancipación de la clase trabajadora deberá ser obra de la clase misma. A poco andar, sin embargo, cuando muchos de los que junto con su alejamiento del marxismo pasaron al campo del enemigo de clase, rechazando toda perspectiva revolucionaria, hube de echar pie atrás para evitar confusiones. En ese momento no podía continuar diciendo “no soy marxista” porque sonaba a abdicación de los principios y a claudicación frente al enemigo que en los 80 triunfaba en toda la línea. Volví a decirme “marxista” en un gesto de resistencia a la ofensiva del capital y del “pensamiento único”.

En el mundo del exilio, de alguna u otra manera, se empezó a creer que con las protestas todo cambiaría produciéndose la caída del régimen y que era necesario tener un interlocutor “válido” capaz de pararse frente a la dictadura obligándola a negociar para lo que había que generar alianzas democráticas y cosas por el estilo. La posibilidad de una salida negociada impulsada por la Alianza Democrática se esfumó en 1986. Lo que más tarde será presentado como el triunfo de la línea concertacionista no fue sino que la forzada aceptación

de la ruta institucional trazada por la dictadura en 1980. La izquierda burocrática, por su parte, que había puesto todos los huevos en la canasta del “año decisivo” también falló, no sólo por cuestiones de orden técnico sino por su incapacidad política para movilizar a la clase obrera, considerada por esa izquierda como “fuerza fundamental y motriz de la revolución”. Por nuestra parte, que sólo confiábamos en el movimiento de masas, ese era nuestro puntal, vimos también decaer la actividad del movimiento de masas, el que en 1986 parecía ya agotado. Toda nuestra crítica podía seguir manteniéndose, pero ya tenía poco que ver con el movimiento real tal como se estaba dando.

Cabe consignar que en el exilio entre 1983 y 1985 se formaron varios grupos. A las reuniones realizadas en Alemania asistían compañeros de los CODEHS que aún sobrevivían, del FUT, disidentes del MIR, del “Movimiento de Renovación por la Base”, unos más radicales que otros, etc. También llegaron compañeros que venían del MAPU con posiciones bastante interesantes que se expresaron en la “Revista Perspectiva” editada Francia, de la que se publicaron cinco números.

A la luz de toda tu experiencia práctica y teórica, de los contactos que tuviste allá en Europa, las discusiones y también con lo que ocurrió después en los noventa acá en Chile ¿Cuál es tu perspectiva actual respecto la sociedad dominante? ¿Cuáles crees tú que serían las tareas más urgentes para desarrollar en el actual período? ¿Sigues manteniendo el mismo horizonte que expresas en estos textos? ¿Continúas defendiendo la autonomía de la clase trabajadora, su autoactividad, y la construcción de organismos de base auto-dirigidos?

Creo que la pauta está dada sobre todo por el movimiento social. Estos textos corresponden a una reflexión, sobre todo,

en torno al período 70–80. Ese movimiento social en tanto tal se fue debilitando cada vez más hasta renacer nuevamente con los “pingüinos” en el 2006 y después con el movimiento “No al lucro en la educación” en 2011. Atribuir la responsabilidad de ese debilitamiento solo a la Concertación es superficial y no aporta elementos de juicio para una reflexión crítica del orden actual. A lo más se puede acusar a los partidos de frenar esos movimientos, lo que sólo pueden lograr cuando estos ya han perdido toda autonomía. Los movimientos sociales no son la obra de nadie; nadie puede adjudicarse ni su paternidad ni su maternidad, como tampoco su desarrollo y muerte. La salud del movimiento social se expresó en las marchas del 2011 cuando se gritaba: “El pueblo unido marcha sin partido”. Estimo que en estos últimos años han sido los movimientos tanto de los estudiantes como medioambientalistas, junto, y principalmente, a los movimientos feministas, los que han cambiado radicalmente las reglas del juego, reactivando el conjunto de las luchas. La reflexión tiene que estar dada en función del desarrollo del movimiento. La teoría que informa esa reflexión no puede sino que estar basada en los resultados de la crítica de todo lo que fue el período anterior. Considero que esa teoría del movimiento social encuentra sus elementos fundamentales en los escritos de Marx, sobre todo, en la crítica de la economía política. Dentro de lo que me es dable hacer, estimo que esa es una tarea a asumir.

¿Cómo qué elementos por ejemplo?

La crítica del valor y del trabajo fundamentalmente. De esto algo se puede encontrar hoy en Kurz y Postone. La idea de autonomía, tal como es desarrollada por el primer Antonio Negri o por los escritos del norteamericano Harry Cleaver, como por ejemplo *Una lectura política del Capital*. Me parece fundamental apropiarse de las contribuciones de John Holloway y de la corriente “Marxismo abierto”. Esto en lo que concierne al quehacer teórico.

En términos prácticos, estoy fuera de cancha. Digamos, por ejemplo, que difícilmente podría hoy intentar formar un sindicato no sólo porque estoy fuera de la “vida activa” sino también por razones de salud. Más aún, mi postrero intento por formar uno en la última empresa a la que vendí mi fuerza de trabajo quedó sólo en eso, en intento. Pero igual creo que se tienen que formar colectivos, constituir asociaciones horizontales y democráticas y realizar acciones que permitan, siguiendo a John Holloway, agrietar el capitalismo: quizás no lo vamos a destruir hoy, pero cualquier cosa que se haga para agrietarlo hay que hacerla. Ahora, si me preguntas si estoy de acuerdo con poner bombas, no. Por el contrario, hay que estar en cualquier acción de masas. Cuando las compañeras abuelas de la Plaza de Mayo al caer la Dictadura argentina parten con barras de fierro para romper las rejas de las cárceles donde están sus presos políticos, hacen saltar las cadenas de las celdas donde están sus compañeros y compañeras liberándolos, eso es una acción de masas. Si en la acción no están implicadas las masas, estamos liquidados. Lo otro, la acción aislada, de grupos sin base de masas, es el gueto. No otra cosa fue mi experiencia con algunos de los grupos de la izquierda en Bélgica, que vivían en un gueto, encerrados, preocupados de mirarse el ombligo. Cuando estoy en el gueto ¿Cómo voy a poder motivar a esa comadre que anda con su guagua en los brazos para que vaya también a la calle a protestar como ocurrió aquí en los 80? Es importante que la gente aprenda a decir ¡No!, a que no se deje poner la bota encima. Qué importante hubiera sido que en Osorno²⁶¹ la gente hubiera exigido que le llevaran el agua a sus casas ¿Y cómo? Vamos y nos metemos a la Intendencia, al local donde funciona la empresa y lo ocupamos, vamos con todo y claro que van

261- El pasado 11 de julio de 2019 el agua potable en la ciudad de Osorno y sus alrededores se contaminó, afectando a 45.000 viviendas, al producirse un derrame de 1.100 litros de combustible en la red de la empresa Essal, manteniendo a la población sin el suministro de este vital elemento por varios días. Se registraron algunas movilizaciones exigiendo la reposición del servicio. [N. del E.]

a haber detenidos, pero habrá sido una acción de masas en que participan mujeres, hombres, viejos, todos y todas, como colectivo, como voluntad colectiva, reconociéndose como libres e iguales en la acción común. El resultado tal vez no perdure, no cristalice en una institución permanente, pero como estamos en una sociedad en que todo se desvanece en el aire y en que el capital quebró la rigidez que tenía la clase trabajadora, con lo que todo es fluido, sólo nos queda responder con nuestra propia fluidez.

